

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 44
Enero-Marzo 2017

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

• Ensayo

Fugas críticas y devenires literarios de un escritor latinoamericano: Roberto Bolaño, por C. Valeria Bril

Así en la ficción como en la vida: los fantasmas del deseo en El desorden de tu nombre, de Juan José Millás, por Carmen María López López

El agua en la tierra del aire. Del fuego sugerido por la palabra a la evidencia del lenguaje cinematográfico, por Gisela Vanesa Mancuso

La polémica Alberdi - Sarmiento: divergencias y disputas en torno a dos idearios en conflicto, por Fernando Nahuel Valcheff García

• Relato

Sólo eso, por Arnoldo Rosas

Vida difícil, por Paula Winkler

Donde moran los dioses, por Carlos Montuenga

Tres hermanos, por Emilia Vidal

Dos tiempos inolvidables (La Cascaraña, segunda parte), por Edgardo Hernández Mejía

Dos relatos, por Daniel Alejandro Gómez

Llegaron los reyes, por Rolando Revagliatti

Andrea, por J.A. Santos

Crisis, por Nechi Dorado

Dinero y miedo, por Juan José Sánchez González

Aburrimiento, por Ana Patricia Moya

Vórtice, por C.A. Villegasuribe

El límite del sueño, por Adán Echeverría

Sola, por Javier Úbeda Ibáñez

Los adioses, por Alejandro Rosen

Sangre entre los dedos, por Carlos Manzano

El golfito o tres hurras por la bandera tricolor, por Francisco Martínez Carcelén

• Narradores

Francisco Javier Aguirre

• Aniversarios

30 años del Suplemento "Cuadernos del Sur". De la posmodernidad a un realismo diverso en la narrativa contemporánea, por Pedro M. Domene

• Miradas

Escritores errabundos, poetas aventureros, por Jesús Greus

Proemio de una historia que versa sobre el arte, por Imelda Ortiz González

El cuento: artificio de la palabra, por Carlos Alberto Villegas Uribe

• Reseñas

"El baile de los negros" de Xavier Borrell, por José Luis Muñoz

"El viejecito de los zapatos rojos y otros cuentos inmorales" de Carlos Tundidor, por Francisco Javier Aguirre

"El azar y viceversa" de Felipe Benítez Reyes, por Antonio Tejedor García

"El vendedor de mariposas" de Oscar Bazán Rodríguez, por Filiberto Mares Hernández

"Por la carne estremecida" de José Luis Raya Pérez, por Carlos Manzano

"Manual para mujeres de la limpieza" de Lucia Berlin, por José Luis Muñoz

• Novedades editoriales

Narrativas es una revista electrónica surgida como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. Inicialmente editada en formato PDF, dada la similitud de este formato con las tradicionales revistas hechas en papel, hemos decidido también publicarla en formato ePub, de modo que sea perfectamente legible en el conjunto de dispositivos electrónicos de lectura cada vez más presentes en nuestra vida cotidiana.

Envío de colaboraciones:

La revista Narrativas versa sobre diversos aspectos de la narrativa en español. Está estructurada en tres bloques fundamentales: ensayo, relatos y reseñas literarias. En cualquiera de estos campos, toda colaboración es bien recibida. Las colaboraciones deberán enviarse por correo electrónico como archivo adjunto en formato DOC o RTF. En su momento, los órganos de selección de la revista decidirán sobre la publicación o no de los originales recibidos. No se fija ninguna extensión máxima ni mínima para las colaboraciones, aunque se valorará la concisión y el estilo. Se acusará recibo de cada envío y se informará de la aceptación o no del mismo. Los autores son siempre los titulares de la propiedad intelectual de cada texto; únicamente ceden a la revista Narrativas el derecho a publicar los textos en el número correspondiente.

SUMARIO - núm. 44

<i>Fugas críticas y devenires literarios de un escritor latinoamericano: Roberto Bolaño</i> , por C. Valeria Brill3	<i>Sangre entre los dedos</i> , por Carlos Manzano 92
<i>Así en la ficción como en la vida: los fantasmas del deseo en El desorden de tu nombre</i> , de Juan José Millás, por Carmen María López López9	<i>El golfito o tres burras por la bandera tricolor</i> , por Francisco Martínez Carcelén 94
<i>El agua en la tierra del aire. Del fuego sugerido por la palabra a la evidencia del lenguaje cinematográfico</i> , por Gisela Vanesa Mancuso17	<i>Narradores: Francisco Javier Aguirre</i> 98
<i>La polémica Alberdi - Sarmiento: divergencias y disputas en torno a dos idearios en conflicto</i> , por Fernando Nahuel Valcheff García25	<i>Aniversarios: 30 años del Suplemento "Cuadernos del Sur". De la posmodernidad a un realismo diverso en la narrativa contemporánea</i> , por Pedro M. Domene ..105
<i>Sólo eso</i> , por Arnoldo Rosas33	<i>Escritores errabundos, poetas aventureros</i> , por Jesús Greus109
<i>Vida difícil</i> , por Paula Winkler36	<i>Proemio de una historia que versa sobre el arte</i> , por Imelda Ortiz González114
<i>Donde moran los dioses</i> , por Carlos Montuenga41	<i>El cuento: artificio de la palabra</i> , por Carlos Alberto Villegas Uribe118
<i>Tres hermanos</i> , por Emilia Vidal48	<i>"El baile de los negros" de Xavier Borrell</i> , por José Luis Muñoz120
<i>Dos tiempos inolvidables (La Cascaraña, segunda parte)</i> , por Edgardo Hernández Mejía50	<i>"El viejecito de los zapatos rojos y otros cuentos inmorales" de Carlos Tundidor</i> , por Francisco. Javier Aguirre120
<i>Dos relatos</i> , por Daniel Alejandro Gómez53	<i>"El azar y viceversa" de Felipe Benítez Reyes</i> , por Antonio Tejedor García121
<i>Llegaron los reyes</i> , por Rolando Revagliatti57	<i>"El vendedor de mariposas" de Oscar Bazán Rodríguez</i> , por Filiberto Mares Hernández122
<i>Andrea</i> , por J.A. Santos58	<i>"Por la carne estremecida" de José Luis Raya Pérez</i> , por Carlos Manzano123
<i>Crisis</i> , por Nechi Dorado63	<i>"Manual para mujeres de la limpieza" de Lucia Berlin</i> , por José Luis Muñoz124
<i>Dinero y miedo</i> , por Juan José Sánchez González67	<i>Novedades editoriales</i>127
<i>Aburrimiento</i> , por Ana Patricia Moya72	
<i>Vórtice</i> , por C.A. Villegasuribe75	
<i>El límite del sueño</i> , por Adán Echeverría81	
<i>Sola</i> , por Javier Úbeda Ibáñez86	
<i>Los adioses</i> , por Alejandro Rosen90	

FUGAS CRÍTICAS Y DEVENIRES LITERARIOS DE UN ESCRITOR LATINOAMERICANO: ROBERTO BOLAÑO

por C. Valeria Bril

La sola mención de que en el intento por superar los límites conocidos, cada autor, con una visión más integradora, se construye una figura para sí mismo que le permite subsistir socialmente en los medios académicos literarios y culturales; no es una afirmación del todo errónea. Puesto que se requiere de esa figuración para poder (o pretender) rivalizar desde la identidad de escritor con otros, sus pares. Esta figura puede estar vinculada además con una concepción particular en el nivel meta-literario, como ocurre con el caso «Bolaño», en donde se la representa como apta para dar cuenta de los desplazamientos figurativos de diferente índole a partir de un abanico muy variado de imágenes o modelos ficcionales de escritor.

Estas figuras son portadoras de significados que apuntan a reconocer especificidades literarias en algunos perfiles de escritores reconocidos. Por ejemplo, en los libros de Roberto Bolaño, podemos encontrar escritores convertidos en personajes, catalogados como difíciles de olvidar porque demuestran el talento de su autor: no por el logro de encontrar en su obra la imitación de la vida misma sino por el hecho de plasmar la experiencia de la literatura. Entre sus personajes predilectos hallamos figuras de escritores: algunos reales (auto) exiliados, perseguidos o asesinados durante la dictadura, y otros ficticios, propios de la imaginación del autor, pero siempre prevalece la celebración constante de la vida literaria.

A su turno, Bolaño se vuelve personaje en el libro de otro autor: Javier Cercas¹, quien escribió la novela *Soldados de Salamina* ([2001] 2009) en la cual se incluye un personaje llamado Bolaño². Cercas dijo lo siguiente con relación a su amigo:

Javier Cercas recuerda que antes del reconocimiento crítico, Roberto Bolaño era mucha más reservado. Que hacían un trío fraterno ambos junto a Enrique Vila-Matas. Y que el chileno aún tenía algo de poeta maldito. «Lo pasábamos muy bien juntos. Era un autor secreto y siempre tenía ganas de hacer una revista, como los personajes de *Los Detectives Salvajes*. Después, con el premio Herralde y el Rómulo Gallegos, cambió. Comenzó a sentar cátedra», dice. Aunque a Cercas esa actitud combativa no le gustaba, la entiende cómo un juego. «Roberto había crecido en esas peleas absurdas de las revistas mexicanas, de todos contra todos. Esas peleas las contaba con gracia y jugaba a eso, a tener amigos y armarse enemigos. A él le divertía y le parecía que tenía sentido; le gustaba estar en guerra, hacer de terrorista» (Gómez Bravo, 2003: n.p.).

La idealización de la figura de Roberto Bolaño por su actitud combativa (un «terrorista» como señala Cercas) sólo afirma el carácter *devorador* del escritor, es decir, el atributo de *ser* un escritor a todo terreno que no se deja distraer por apariencias y que conoce los secretos que encierra la existencia literaria de los escritores. Ello supone que Bolaño asume el perfil, y en esto seguimos el pen-

¹ El escritor español Javier Cercas conoció a Roberto Bolaño a finales de los años '70 en la terraza del Bistrot, un bar de Girona, España. Bolaño tenía 27 años y Javier Cercas 18 años. Y quince años más tarde en la terraza del mismo bar, Rafael Sánchez Ferlosio le contaría a Cercas sobre el fusilamiento de su padre. Fue Bolaño quien lo animó a Cercas a escribir una novela (*Soldados de Salamina*) sobre ese hecho e incluso lo ayudó a resolver su final.

² Recientemente Bolaño volvió a aparecer como personaje en otra novela, la del escritor chileno Roberto Brodsky: *Veneno* (2012).

samiento del autor español, si bien no exactamente de un poeta maldito, mejor aún de un escritor maldito³.

Pero ¿qué significa ser un escritor maldito?, la respuesta la encontramos con Enrique Estrázulas cuando se refiere al escritor uruguayo Juan Carlos Onetti para hablar de su malditismo: «Maldito es el creador que no tiene otro mundo que el visible y lo transgrede por inhabitable, lo margina y hasta lo desprecia» (Estrázulas, 2006: 11). En la definición de Estrázulas se podría encuadrar la figura de Bolaño, dado que éste irá más allá de su propia modelización al intentar crear desde la transgresión y el desprecio un discurso diferente que se arme con la inmediatez de su vivencia literaria. Desde allí el autor logra armar un proyecto de escritura que, a su vez, dialoga con otras narrativas, la de sus contemporáneos, y con otras literaturas «universales».

La reflexión sobre el ejercicio y la práctica de este escritor, sus procedimientos estético-literarios y su vinculación al mundo de las letras, no pasan desapercibidos para la opinión crítica que está siempre componiendo o deshaciendo las ironías e insolencias tan características del autor, en las que expone sus revelaciones sobre nuevos y viejos libros, y deja así inaugurada la fuerte presencia figurativa del escritor en su obra.

Pero son las redes de interacción entre la vida y la escritura de Bolaño, ligadas a una relectura atenta y constante de los cánones, las que traen aparejadas su perspectiva de escritor verborrágico. Esa necesidad del escritor de hablar de literatura se combina con el traslado a sus textos de alertas actuales sobre el panorama literario. Y a pesar de su lucidez literaria, demuestra tener sus momentos blasfemos con connotaciones críticas, astutas y desprejuiciadas, pero que no opacan asimismo su papel decisivo en los medios culturales a la hora de fascinar con su literatura.

La influencia literaria de Bolaño y su figura como escritor fueron creciendo de manera constante, e incluso hoy sigue aumentando la devoción hacia este autor. Bolaño goza de un seguimiento de culto entre sus lectores, cuyo número ha ido incrementándose entre los académicos, quienes producen con cierto fanatismo una gran cantidad de reseñas, artículos y ensayos sobre el autor y su literatura. La obra de Bolaño ha sido catalogada como notable por su calidad literaria, y se considera a su autor como lo mejor que le pasado en mucho tiempo al oficio de escribir.

LA PUESTA EN FORMA DE UNA LITERATURA «IMAGINARIA»

Desde otro ángulo, los personajes y/o los escritores y los admiradores del arte de Bolaño que también forman parte del imaginario literario del autor, no hacen más que poner en evidencia la inextricable articulación metaficcional entre realidad y ficción. Su literatura entra entonces en el juego de incorporar, como personajes, a personas conocidas del ámbito cultural-literario hasta hacer desaparecer completamente la línea divisoria entre la ficción y la no ficción. El pasaje de un plano a otro, sin cortes, nos hace pensar en la existencia histórica de algunos de los personajes que aparecen en sus libros, cuyos nombres pertenecen a la realidad imaginada del autor. Ese giro mediante el cual las vidas privadas de los escritores quedan plasmadas en el espacio de la ficción, es justamente la razón necesaria y fundamental que parece encontrar Bolaño para sustentar las trayectorias individuales de los personajes escritores. Este avance de la ficción sobre la vida y «la vida sobre la ficción» es advertido por Masoliver Ródenas (en Manzoni 2002) cuando afirma que:

En Bolaño no se trata de distinguir entre verdad y ficción. Ha creado un espacio en el que las cosas son simultáneamente normales e insólitas: «la vida no sólo es vulgar sino también inexplicable», «lamentable pero vulgar», «apacible pero también extraña». La referencia a los escritores

³ El uso del término “maldito” o de la expresión “poeta maldito” se generalizó luego de que el poeta francés Paul Verlaine publicara su libro de ensayos *Les Poètes maudits* (*Los poetas malditos*) en 1884, dicha edición tuvo una versión aumentada y definitiva en 1888. El concepto de Verlaine de “poeta maldito” fue tomado en parte del poema de Charles Baudelaire llamado “Bendición” con el cual inicia su libro *Las flores del mal* (1857). En la actualidad, el término se utiliza para referirse a cualquier poeta o escritor, particularmente aquel que lleva una vida bohemia, que rechaza las normas establecidas tanto para el arte como para la sociedad, desarrollando un tipo de creación más libre y provocativo, y que es incomprendido por sus contemporáneos y no suele obtener el éxito en vida.

no sólo nos sitúa en una tradición y revela el exigente conocimiento que Bolaño tiene de la literatura, lo que se limitaría a expresar una estética y exhibir unos conocimientos (51).

Esta tendencia habitual de reflexionar sobre la literatura involucrando la vida literaria de los escritores en el universo bolañiano, en narrativa y en poesía, señala la imposibilidad de analizar el tema de la figura de escritor sin hacer referencia inevitablemente a la experiencia vital de su autor. Sus figuras, convertidas en obsesiones para el autor, permanecen como ejemplos que pueden ser desagregados tanto de sus novelas como de sus libros de poesía. En *Los perros románticos* ([2008] 1995) y *Tres* (2000b), el autor «sueña» con escritores que se encuentran en el camino, con su amigo poeta Mario Santiago y su moto negra robada, con los poetas perdidos de México, con los detectives perdidos en la ciudad oscura y con los detectives helados. Al término de estas lecturas, nos damos cuenta que Bolaño «sueña» con los detectives latinoamericanos (poetas) que mantenían los ojos abiertos ante el «Espanto», entendido en su poesía como el trasunto de las dictaduras militares.

Más allá del tratamiento narrativo empleado para remarcar la interioridad del *ser* escritor, se hace evidente la profundidad literaria y crítica del autor para subrayar figuras que se mueven en un territorio que se construye a partir de una realidad ficcional y que no sobrepasa los márgenes de su propia experiencia como escritor, con su saga personal, que incluye su tránsito por otros países. De ahí, de esa relación con su historia —personal—, Bolaño iría adquiriendo la capacidad para construir un nuevo espacio y la responsabilidad (ya como novelista y un tanto alejado de su etapa de poeta *trotamundo*) para lograr posicionarse como escritor en ese espacio que pueda ser considerado como único y legítimo para su obra.

Los modos con los cuales la experiencia literaria de Bolaño se articula en su propia literatura, es un misterio a precisar desde ciertas características típicas de su personalidad que terminan modificando su obra en función de su práctica de escritura.

BOLAÑO VISCERAL. LA TIRANÍA DE SUS PERSONAJES

La obstinada y reconocible labor de Roberto Bolaño, cuya preponderancia consiste en saber exponer una literatura apasionada, atrevida y *visceral*⁴, da cuenta de un modo de *ser* escritor al abordar esa visceralidad en su narrativa a través de sus personajes-escritores y en la forma de relatar las historias en sus libros, sobre todo en sus novelas *Los detectives salvajes* (1998) y *2666* (2004).

El momento analítico que precede a la interpretación de su escritura, de su despliegue escritural, parece asumirse desde la representación de una figura de escritor que está inmersa, como diría Barthes, en la «opacidad pegajosa» ([1953] 2003: 83) de la condición que describe en el acto mismo de la literatura. Esta condición es atribuible por la misma intensidad de lo que describe: sus historias son tan viscerales como el autor lo fue en su vida. Y tal vez también porque ese contagio (textual) de visceralidad no es más que una forma de asumir la literatura. Así, como bien precisa el autor en una entrevista: «La literatura se parece mucho a la pelea de los samuráis, pero un samurái: pelea contra un monstruo. Generalmente sabe, además, que va a ser derrotado. Tener el valor, sabiendo previamente que vas a ser derrotado, y salir a pelear: eso es la literatura» (Braithwaite, 2006: 13).

Sus libros están saturados por referencias literarias y no literarias a autores, que funcionan en algunos casos como una especie de homenaje y en otros como una crítica. En cuanto a los hilos narrativos de esas historias, se suelen dejar como sueltos, es decir, como digresiones que llevan a otras microhistorias, que conducen principalmente a esa clase de relatos alrededor de las experiencias vitales de los escritores.

Es por ello que encontramos como temas recurrentes en la prolífica obra de Bolaño: una serie de sucesos que involucran todos los aspectos relacionados con la escena literaria, como puede ser la vida de los poetas (sus andanzas), la búsqueda de escritores, los libros encontrados y los grupos o movimientos literarios. Ejemplos de ese énfasis bolañiano se hallan —por mencionar sólo algunos—

⁴ Una primera acepción del término “visceral”, creemos que, está vinculada con el modo particular que tiene el autor para afrontar toda su literatura. Esa intensidad que deposita en su escritura, pero que indudablemente es una demostración de cómo la ficción avanza sobre la realidad y viceversa.

en la novela *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce* ([1984] 2008) (escrita en coautoría con Antoni García Porta) en donde el personaje Ángel Ros quiere ser escritor, o en la novela *La pista de hielo* (1993) en la cual la historia recae sobre el poeta mexicano Gaspar Heredia que trabaja de vigilante y el chileno Remo Morán quien pretende ser escritor. Y, más aun, en la novela *Monsieur Pain* (1999b) la trama versa en torno al poeta César Vallejo, y en la novela *La literatura nazi en América* (1996a) se incluye una colección de biografías de escritores.

Mientras que en la novela *Estrella distante* (1996b) se relata sobre el piloto y poeta Wieder (que nos recuerda las representaciones poético-aéreas del poeta chileno Raúl Zurita), en la novela *Los detectives salvajes*, se narra sobre los poetas real visceralistas —trasunto de los infrarrealistas—. Así también en la novela *Amuleto* (1999a) encontramos a un grupo de jóvenes poetas que rodean a Auxilio Lacouture, «la madre de la poesía mexicana». En la novela *Nocturno de Chile* (2000a) se relata sobre el cura poeta y crítico Sebastián Urrutia Lacroix —retrato del sacerdote José Miguel Ibáñez Langlois— y en la novela *Amberes* ([2002] 2007) se presenta a un escritor un tal Roberto Bolaño, en tanto que en la novela *2666* se describe sobre todo lo sucedido con la búsqueda del escritor alemán Benno von Archimboldi.

No son la excepción los libros de relatos: *Llamadas telefónicas* (1997) en donde se detalla sobre Sensini —en cuya figura se perfila al escritor Antonio Di Benedetto—, Henri Simon Leprince y Enrique Martín, y *Putas asesinas* (2001): en «Encuentro con Enrique Lihn» se narra sobre el escritor chileno Enrique Lihn y en «Carnet de baile» se hace referencia de manera directa al poeta Pablo Neruda. Por último, la mitad de los relatos de *El secreto del mal* (2007) se ocupan de escritores «qu[e] escrib[en], algo malo, sin duda, pero algo largo y que [...] mant[iene] en vilo» (Bolaño, 2007: 22).

Éstas son muestras de la intensidad creativa y ambiciosa que Bolaño puso en su propia literatura. No sólo se trata de un escritor exagerado —en esencia, hiperbólico— y sentimental, sino también de un escritor que es protagonista y testigo de su literatura. Ese sesgo autoral no se puede desvincular de su visión particular. Bolaño parece decirnos a veces de un modo implacable que es primero escritor y luego todo lo demás. La defensa por su quehacer literario es asumida como algo muy personal, que va más allá de una simple profesión.

Y es precisamente la inscripción de la experiencia de la literatura en su vida, la única que alimenta la modelización social de su figura de escritor. No es entonces un hipotético anuncio aquello que escribió en «Un paseo por la literatura» (del libro de poemas *Tres*) divulgando quizá su destino o su deseo: «Soñé que era un detective viejo y enfermo y que buscaba gente perdida hace tiempo. A veces me miraba casualmente en un espejo y reconocía a Roberto Bolaño» (Bolaño, 2000b: 86).

SOBRE EL FINAL

Habida cuenta de la atracción crítica que se opera alrededor de la figura de Bolaño, su exaltación y esa compulsión por incluirlo en cualquier medio literario, además de lo perturbador de esa insistencia por hurgar en sus vivencias, ésta termina dislocando arbitrariamente la ocupación de un sitio prudente y preciso para este autor en el marco de la cultura literaria. El exceso de visibilidad torna difícil una caracterización más calculada de su figura a partir de los resultados concretos de su existencia como escritor. La distorsión figurativa que se manifiesta constantemente por la inmediatez de la explosión mediática, no ha sido superada en el tiempo transcurrido desde la muerte del autor.

Es que, efectivamente, las implicancias de su paso obsesivo por la literatura, hicieron de él, de este poeta por convicción y viajero de profesión, el destinatario propicio para recibir como dote: una fama escandalosa en el mundo de las letras. Desde el inicio, su obra tuvo la particularidad de resultar con una contención visceral notable que provenía indudablemente del aporte de su autor. De hecho, Bolaño reconoció que al leer un libro sobre Kafka que decía que «[...] el más grande escritor del siglo XX comprendió que los dados estaban tirados y que ya nada le separaba de la escritura el día en que por primera vez escupió sangre» (Bolaño, 2003: 158), se interrogó a sí mismo. Y ante su propia inquietud, asumió como respuesta que los libros (al igual que los viajes y el sexo) son caminos que no llevan a ninguna parte, pero es necesario perderse en ellos para volverse a encontrar o

para encontrar algo: un libro, un gesto, un objeto perdido, un método, o con suerte lo que siempre ha estado allí, «lo nuevo».

Y a partir de ese horizonte analítico, Bolaño se dejó llevar por el *poder poético* de su escritura. Lo más auténtico que se halla conocido en nuestro siglo, es este escritor que se construye siempre en el exceso, y transgrede buscando en su experiencia interior lo que necesita para seguir escribiendo.

La figura de escritor de Roberto Bolaño se impone como otra conclusión de su proyecto de escritura, cuya descripción se ajusta a la siguiente afirmación: «Ayer sacrificamos a un joven escritor sudamericano en el altar de los sacrificios de nuestra villa. Mientras su sangre goteaba por el bajo-relieve de nuestras ambiciones pensé en mis libros y en el olvido, y eso, por fin, tenía sentido» (Bolaño, 1998: 486).

Se juega aquí diversos imaginarios como en todos los libros de Bolaño: las representaciones sociales de figuras de escritor, cuyas trayectorias se vuelven posibles o imposibles, deseables o indeseables, apuntan a demostrar las adecuaciones sufridas así como los mitos y las identificaciones a las cuales se someten estos *sujetos* para autoayudarse a sí mismos a convertirse en escritores. Sus modos de empleo, usos y aportes, constituyen un verdadero mapa vinculado a una forma figurativa que permite individualizarlos en su protagonismo por sus propias actuaciones, para recuperar o lograr el éxito profesional.

Y al igual que sus personajes, lo que parece haber ocurrido con Bolaño es que su terquedad sobrepasó su sentido común: al querer colocarse también en «el altar de los sacrificios» *de la literatura* para dar comienzo a la letanía de sus desgracias. Como en el fragmento de su novela que recuerda el relato breve: «El eclipse» (1959) de Augusto Monterroso, en donde el personaje fray Bartolomé de Arrazola sabiendo lo que le sucedería, con toda la información para tramar un engaño, no puede salvar su vida.

A pesar de la pérdida de su ingenuidad, ya que también sabía, como fray Bartolomé de Arrazola quien «esperó confiado, no sin cierto desdén» (Monterroso, [1959] 1998: 56), lo que le ocurriría como escritor si continuaba con la exposición mediática en la escena literaria, el desenlace resulta aun más previsible para ambos: para el personaje de Monterroso que «Dos horas después el corazón de fray Bartolomé de Arrazola chorreaba su sangre vehemente sobre la piedra de los sacrificios» (56), y para Bolaño, *el joven escritor sudamericano*, a quien no le debemos quizás un corazón pero sí un hígado, como reza el artefacto, con el grafiti, que Nicanor Parra le dedicó a Bolaño: «LE DEBEMOS UN HÍGADO A BOLAÑO».

El sacrificio de Bolaño, como escritor, responde a su percepción selectiva de la literatura. Y un *Bolaño bajo sospecha*, se encamina hacia su ejecución como autor por su obra. Ésa es la mayor revelación que es imposible de ocultar, puesto que su literatura está sin dudas ligada a «la ternura de un mártir».

© C. Valeria Brill

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- BARTHES, Roland: 2003. *El grado cero de la escritura seguido de Nuevos ensayos críticos*. [1953], Buenos Aires, Siglo veintiuno editores Argentina.
- BAUDELAIRE, Charles: 2011. *Las flores del mal*. [1857], Madrid, Alianza Editorial.
- BOLAÑO, Roberto: 1993. *La pista de hielo*, Barcelona, Anagrama.
- : 1996a. *La literatura nazi en América*, Barcelona, Anagrama.
- : 1996b. *Estrella distante*, Barcelona, Anagrama.
- : 1997. *Llamadas telefónicas*, Barcelona, Anagrama.

- : 1998. *Los detectives salvajes*, Barcelona, Anagrama.
- : 1999a. *Amuleto*, Barcelona, Anagrama.
- : 1999b. *Monsieur Pain*, Barcelona, Anagrama.
- : 2000a. *Nocturno de Chile*, Barcelona, Anagrama.
- : 2000b. *Tres*, Barcelona, Acantilado.
- : 2001. *Putas asesinas*, Barcelona, Anagrama.
- : 2003. *El gaucho insufrible*, Barcelona, Anagrama.
- : 2004. *2666*, Barcelona, Anagrama.
- : 2007. *Amberes* [2002], Barcelona, Anagrama.
- : 2007. *El secreto del mal*, Barcelona, Anagrama.
- : 2008. *Los perros románticos* [1995], Montevideo, El Faro.
- BOLAÑO, Roberto y A. G. PORTA: 2008. *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce seguido de Diario de bar* [1984], Barcelona, Acantilado.
- BRAITHWAITE, Andrés (Sel.): 2006. *Bolaño por sí mismo. Entrevistas escogidas*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales.
- BRODSKY, Roberto: 2012. *Veneno*, Santiago de Chile, Random House Mondadori Chile.
- CERCAS, Javier: 2009. *Soldados de Salamina* [2001], Buenos Aires, Tusquets Editores.
- ESTRÁZULAS, Enrique: 2006. "Onetti, escritor maldito", Ñ REVISTA DE CULTURA, 11.
- GÓMEZ BRAVO, Andrés: 2003. "Los celos que alejaron a Bolaño y Cercas", BIBLIOTECA DIGITAL: EBOOKS EN LA RED, 28 de setiembre.
- MANZONI, Celina (Comp.): 2002. *Roberto Bolaño: la escritura como tauromaquia*, Buenos Aires, Corregidor.
- MASOLIVER RÓDENAS, Juan Antonio: 2002. "Relatos de la vida inexplicable", *Roberto Bolaño: la escritura como tauromaquia*, Buenos Aires, Corregidor, 51-52.
- MONTERROSO, Augusto: 1998. *Obras completas (y otros cuentos)* [1959], Barcelona, Anagrama.
- NEUMAN, Andrés: 2008. "Las tres apariciones de Bolaño", Ñ REVISTA DE CULTURA.
- VERLAINE, Paul: 1991. *Los poetas malditos* [1988], Barcelona, Icaria Editorial.

ASÍ EN LA FICCIÓN COMO EN LA VIDA: LOS FANTASMAS DEL DESEO EN *EL DESORDEN DE TU NOMBRE*, DE JUAN JOSÉ MILLÁS

por Carmen María López López

La narrativa española de los años ochenta, proteica y multiforme, aun a pesar de las décadas transcurridas, sigue definiendo su rostro. La cercanía temporal con la que el estudioso ha de interpretar sus códigos y motivaciones estéticas, aunque pueda entrañar dificultades por la falta de una perspectiva abarcadora y una ausencia de amplitud de miras con respecto al futuro, ofrece el privilegio de abocetar sus perfiles, en un incesante círculo interpretativo que nunca termina de cerrarse ni de colmar su forma. Asimismo, la multiplicidad de enfoques, corrientes y trayectorias de la novelística española de los siglos XX y XXI insta al estudioso a concebir una nueva aproximación, consecuente con las ideas filosóficas, históricas y culturales que vieron nacer la obra literaria.

Los caminos inaugurados por la narrativa de los años ochenta constituyen, en cierta medida, las bases sobre las que se sustenta la novela española contemporánea. La novela en el posfranquismo, tras la transición política iniciada en 1975, alcanzó nuevas líneas estéticas en los años ochenta (en tiempos de la democracia), con el retorno al desarrollo de la fábula o el acto de contar historias. Sin embargo, imbuida en el marco teórico de la posmodernidad y el desarrollo de tendencias como la metaficción, *El desorden de tu nombre* se hace eco de la invalidación de códigos estéticos que suponen una subversión y avance con respecto a la modernidad. En este sentido, la amoralidad es un pilar básico para invalidar las relaciones sentimentales y amorosas propias de la burguesía del siglo XIX, hacia relaciones de poder asimétricas donde predominan el adulterio, el deseo triangular o la falta de ética en el comportamiento humano. En este sentido, el objetivo de este estudio consiste en ahondar en este nuevo despliegue de códigos estéticos, enmarcados en el paradigma de la posmodernidad y vinculados a la metaficción como tendencia literaria a finales de los años ochenta.

***EL DESORDEN DE TU NOMBRE*: CLAVES Y CÓDIGOS ESTÉTICOS**

Esta línea de fuerza que vincula el marco teórico-analítico de la posmodernidad con la reflexión metaliteraria, se deja sentir en la novela de Millás, por cuanto «la atmósfera posmoderna propicia la proliferación de la ficción metanovelesca en la narrativa actual» (Cuadrat, 1995: 209). Sin embargo, lo cierto es que no existe un término único ni una definición unívoca con respecto a esta tendencia a reflexionar sobre la propia literatura: «la definen como novela de la novela, o como novela desdoblada en el ejercicio de la crítica literaria, o como el relato que se autoanaliza, o que incluye dentro de sí otros relatos, o como el texto narrativo de acusada hipertextualidad¹» (Montejo Gurruchaga, 2005: 108).

En este sentido, *El desorden de tu nombre*, novela de Juan José Millás, publicada por primera vez en 1988, pese a los diversos estudios que versan sobre distintos aspectos (Sobejano, 1988; Bahamonde Traveso, 1994; Villamía Ugarte, 1997; Cifuentes Aldunate, 1998; Agawu-Kakraba, 1999; Grande Rodríguez, 2001; Basanta, 2004), precisa de una redefinición en el marco de los estudios sobre narrativa española contemporánea, pues en ella se prefiguran muchos de los procedimientos y recursos sobre los que se han asentado (y aún continúan asentándose) las bases la novela española actual.

Es común entre la crítica postular la tendencia al posmodernismo como paradigma predominante de

¹ En esta marco de gran complejidad y riqueza, habría que matizar que en la teoría continental europea (Bajtín, Barthes, Kristeva, Ricardou, Genette o Dällenbach), la metaficción se considera en el contexto amplio del plurilingüismo, el dialogismo y la intertextualidad (Montejo Gurruchaga, 2005: 108).

la novela posfranquista (Holloway, 1999: 10). A este respecto, *El desorden de tu nombre* encierra muchos de los principios filosóficos, teóricos e históricos que se atribuyen a la corriente posmoderna. En primer lugar, la obra se presenta como una suerte de artificio literario auto-consciente de su propia escritura, en una pérdida de la racionalidad y un «declive de la episteme analítico-referencial» (Navajas, 1987: 14). Derivado de este hecho, la obra no puede comprenderse como un todo orgánico sino como un artefacto cuya fiabilidad en tanto que representación del mundo se pone en tela de juicio: vida y literatura se confunden, se suplantán, hasta tal punto que Julio Orgaz siente el anhelo de escribir una novela, idea que finalmente desestima cuando se da cuenta de que los propios acontecimientos de su vida actúan como eje de la ficción que quiso novelar.

Desde estos criterios, ¿cómo puede el lector asediar la interpretación de la novela? Más que al significado, se prefiere acceder al metasignificado, pues prevalece la reflexión de una obra autoconsciente de su propia entidad ficcional. Si bien esta tendencia a la reflexión metaliteraria se inicia con la novela moderna (desde *El Quijote* de Cervantes a *Niebla* de Unamuno), en ellas el lector es guiado hacia un pacto mimético, tal como se desprende del memorable capítulo de la cueva de Montesinos. ¿Pero quién guía a quién en *El desorden de tu nombre*? Julio Orgaz, un publicista cuyo fracaso vital y sentimental lo induce a la escritura, parece ser descrito por el narrador como verdadero hilo y eje de la ficción, si bien a medida que se avanza (con los cuentos intercalados de Azcárate) la novela se refracta, al mismo tiempo que los juegos entre literatura y vida adquieren un protagonismo esencial. Orgaz no duda en desplegar su propia teoría sobre la lectura y la interpretación y, a pesar de haber leído muchas novelas, se siente incapaz de hallar verdades absolutas o totalizar la realidad a través de la visión parcial que en ellas se muestra:

Mi trabajo y mis inclinaciones me han obligado a leer muchas novelas y he podido advertir que adolecen del mismo defecto que la vida: su radical parcialidad; la existencia y los libros son unilaterales: o bien describen lo manifiesto, o bien se hunden en un falso latente, falso porque suele estar hecho con materiales que pertenecen a lo que se ve (Millás, 1988: 57).

A este respecto, siguiendo a Montejo Gurruchaga (2005: 109) habría que apuntar que si bien desde los albores de la novela moderna (*El Quijote*) se deja sentir esta suerte de reflexión metaliteraria dentro del artificio de la obra, será a partir de los años ochenta cuando afloran los trabajos críticos sobre esta tendencia y, aún más, habrá que esperar hasta los años noventa para poder leer las primeras monografías acerca de esta cuestión².

En términos filosóficos y epistemológicos, la reflexión postmoderna sobre la propia literatura —en sus distintas acepciones: *metaficción* (Waugh, 1995) o *discurso metafictional* (Montejo Gurruchaga, 2005)— impone un poso a margo de descrédito hacia la obra de arte. No se busca el conocimiento, sino la reflexión, acaso el reconocimiento ante la desconfianza de asideros racionales en un mundo carente de sentido donde se subvierten los preceptos de la estética moderna y se accede a una atmósfera impregnada de amoralidad. Aunque la obra no adolece contenidos, se concibe como un artefacto formal, como relato que el narrador va contando al tiempo que sucede la historia de Julio Orgaz, en un cruce de planos entre las distintas posibilidades del destino humano. En efecto, es pieza clave de la novela la falta de completud, de sentido del final, pues no se produce ese momento de revelación en que el *khronos* deviene *kairos* (Kermode, 1983: 52). Al contrario, la indecisión de Julio Orgaz conduce al narrador a exponer distintos desarrollos de esa novela hipotética que nunca se escribe. Ese jardín de senderos bifurcados es —en sentido borgeano— un laberinto de hipótesis que nunca llegan a colmar una idea racional y exacta. Como sostiene Bahamonde Traveso (1994: 28), si bien es un procedimiento tan antiguo como la propia narración (no específico del posmodernismo), la reflexión metaliteraria sirve para plasmar uno de los temas axiales de la narrativa de Millás:

2 En esta línea de fuerza son paradigmáticos los estudios de Gonzalo Sobejano (1988), "Sobre la novela y el cuento dentro de la novela", *Lucanor*, 2 (diciembre) y Sobejano (1989), "Novela y metanovela en España", *Ínsula*, 512-513, (julio-agosto); Isabel de Castro y Lucía Montejo (1991), *Tendencias y procedimientos de la novela española actual (1975-1988)*, Madrid, UNED; Sánchez Pardo, Esther (1991), *Posmodernismo y metaficción*, Madrid, Universidad Complutense; Dotras, Ana María (1994), *La novela española de metaficción*, Madrid-Gijón, Júcar; Pulgarín Cuadrado, Amalia (1995), *Metaficción historiográfica: La novela histórica posmodernista*, Madrid, Fundamentos; Ródenas de Moya, Domingo (1998), *Los espejos del novelista. Modernismo y autorreferencia en la novela vanguardista española*, Barcelona, Península; González Orejas, Francisco (2003), *La metaficción en la novela española contemporánea*, Madrid, Arco/Libros.

[...] la dificultad para tener un conocimiento cierto acerca de la realidad y de la existencia humana que, en mi criterio, enlaza perfectamente con la incertidumbre gnoseológica y epistemológica que preside este fin de siglo. El narrador juega con el narratario hasta límites insospechados: le hace conocer datos a los que no tienen acceso cada uno de los personajes por separado, pero a la vez le escamotea otros -como el momento en que Julio conoce la verdadera identidad del marido de Laura- o le sumerge en su propia duda existencial y ontológica (Bahamonde Traveso, 1994: 28).

Ahondando en aspectos filosóficos de la posmodernidad, la obra desestima los principios ortodoxos que han regido la modernidad, en concreto, el modelo de vida burguesa que imperó en Europa a partir del siglo XIX, como un trasunto de la racionalidad de una nueva clase social que emergía como principio articulador del orden social. La heterodoxia en las relaciones sociales se manifiesta en el triángulo amoroso Julio Orgaz, Laura y Carlos Rodó. De esta manera, en palabras de Gonzalo Sobejano (1988: 22), es posible hallar una gran riqueza polifónica.

La locura por la posesión del otro, el conflicto de la psique a la proyección del doble —en una lucha entre realidad y deseo articulada en torno a la suplantación y los fantasmas que Julio Orgaz proyecta en su mente—, abren una línea de fuerza a la concepción onírica y al despliegue de la sexualidad como búsqueda del otro para paliar el vacío interno que proviene de una pérdida de identidad e individualidad. Julio Orgaz, quien acude a la consulta del psicoanalista Rodó, mantiene una relación amorosa con Laura, la mujer de Carlos. En este sentido, adquiere importancia capital la sexualidad, aparejada a la pérdida de valores morales, la desconfianza en el otro o el descrédito.

Como ha estudiado Vance Holloway (1999: 339) a propósito de «los placeres del descontento edípico» en clave psicoanalítica, el deseo insatisfecho de Julio quiere superar ese lastre de la insatisfacción y «usurpar el papel del padre psicoanalítico», seduciendo a la mujer de Carlos Rodó. Es así como el amor y el erotismo se imbrican en la fábula de Millás, hasta alcanzar cotas insospechadas en la figura del publicista Julio Orgaz, para quien la disolución de la identidad del yo da cabida a la prefiguración y asunción de la identidad de otros, adoptando roles e identidades inestables de clara estirpe posmoderna, lo que lleva implícito el germen de la *alteridad*, del deseo de ser otro (Pérez Vicente, 2002: 235).

En esta cúspide de relaciones psicóticas cuya lucidez no invalida la cara oculta del desengaño, el adulterio se sitúa como pilar de esta *novela de la amoralidad* (Castro y Montejo, 1990: 29) en la que la ética se ha visto subsumida por la estética, por el goce carnal, por el individualismo posmoderno. Esto no significa que en la novela del XIX no existieran casos de adulterio ficcionalizados, toda vez que el adulterio es uno de los motivos predominantes en la literatura decimonónica (Ciplijauskaitė, 1984). Sin embargo, se incluían dentro de las formas de vida pequeño-burguesas. Lo que sucedía entonces era el choque entre la exaltación violenta del individuo en busca de su libertad y rebeldía (Madame Bovary, Ana Ozores) y una sociedad que lo oprimía al encorsetarlo en unas formas de vida prefijadas. En cambio, en *El desorden de tu nombre*, el goce carnal, la exaltación del deseo y el hedonismo desligado de principios morales alcanzan cotas extremas, fundamentalmente en el protagonista Julio Orgaz, caracterizado por su falta de escrúpulos como en el capítulo en que encarga a un viejo amigo que asesine a su rival: Carlos Rodó.

Ahondando en aspectos filosóficos de la postmodernidad, la obra desestima los principios ortodoxos que han regido la modernidad, en concreto, el modelo de vida burguesa que imperó en Europa a partir del siglo XIX, como un trasunto de la racionalidad de una nueva clase social que emergía como principio articulador del orden social. La heterodoxia en las relaciones sociales se manifiesta en el triángulo amoroso Julio Orgaz, Laura y Carlos Rodó. Orgaz, quien acude a la consulta del psicoanalista Rodó, mantiene una relación amorosa con Laura, la mujer de Carlos. En este sentido, adquiere importancia capital la sexualidad, aparejada a la pérdida de valores morales, la desconfianza en el otro o el descrédito.

El adulterio se sitúa como pilar de esta *novela de la amoralidad* en la que la ética se ha visto subsumida por la estética, por el goce carnal, por el individualismo posmoderno. Esto no significa que en la novela del XIX no existieran casos de adulterio ficcionalizados, toda vez que el adulterio es uno de los motivos predominantes en la literatura decimonónica. Sin embargo, se incluían dentro de las

formas de vida pequeño-burguesas. Lo que sucedía entonces era el choque entre la exaltación violenta del individuo en busca de su libertad y rebeldía (Madame Bovary, Ana Ozores) y una sociedad que lo oprimía al encorsetarlo en unas formas de vida prefijadas. En cambio, en *El desorden de tu nombre*, el goce carnal, la exaltación del deseo y el hedonismo desligado de principios morales alcanzan cotas extremas, fundamentalmente en el protagonista Julio Orgaz, caracterizado por su falta de escrúpulos como en el capítulo en que encarga a un viejo amigo que asesine a su rival: Carlos Rodó.

TENDENCIAS NARRATIVAS

En *El desorden de tu nombre* se entrecruzan distintos procedimientos narrativos: personaje escritor, novela de la novela, estructura en abismo y relatos intercalados (Montejo, 2005: 110). El referente al personaje escritor es, quizá, el más evidente, si bien hay que apuntar que aunque Julio Orgaz es un publicista que anhela convertirse en un escritor, hecho del que se deriva su deseo de escribir una novela. Este recurso dota de verosimilitud al relato y hace creíble que el narrador describa las obsesiones literarias de Orgaz, quien casi de manera obsesiva planea en su mente enfermiza las posibles tramas y cauces por los que habría de conducirse el desarrollo de su obra.

El procedimiento de la novela de la novela que versa sobre un novelista permite incluir en la diégesis elementos autorreflexivos, como las ideas que plasma Julio Orgaz sobre el género novelístico, al que considera un género de madurez, en contraposición al cuento que, quizá por su extensión más breve, resulta más sencillo de escribir o al menos de componer los mundos ficcionales que lo integran. La singularidad de los procedimientos metafictivos en la novela de Millás radica en que todos ellos parten de una novela imaginaria, de una obra de ficción que nunca se escribe y que de manera incesante espera ser escrita.

En cuanto a la estructura en abismo, es claro que *El desorden de tu nombre* se concibe como una suerte de relato especular: la ficción narrativa espeja en la vida de los protagonistas y todo ello crea un profundo laberinto de significaciones, que se enriquecen con los relatos intercalados, en concreto, con los cuentos de un escritor (Azcárate). La técnica de la intercalación de relatos —también conocida como estructura de caja china— no es un recurso novedoso. Ya Miguel de Cervantes, el padre de la novela moderna, dió carta de naturaleza a este procedimiento en su obra magna, *El Quijote* (piénsese en los relatos intercalados de Marcela y Grisóstomo, que actúa casi de manera autónoma como una novela pastoril). En la novela de Millás, lo esencial de este procedimiento es que la estructura de relatos intercalados se pone al servicio de la reflexión posmoderna, con el fin de ahondar en los cuentos de Azcárate.

En la imbricación de estas tendencias narrativas, que configuran un complejo tapiz de relaciones formales, estructurales y significativas, adquieren especial relieve dos de ellas: la novela de la novela y la intercalación de relatos. La primera de ellas otorga una suerte de reflexión meta-literaria sobre los límites entre la vida y la ficción, diatriba de la que finalmente parece salir victoriosa la vida. En la conversación que Julio Orgaz mantiene con Laura en el único capítulo de la novela, el escritor confía en que cuando llegue a casa su novela estará escrita, porque los acontecimientos se han producido tal y como él los había pensado en el plano de la escritura.

LA NOVELA COMO ARTEFACTO LITERARIO: REFLEXIÓN TEÓRICA, INCLUSIÓN DE CUENTOS Y PLAGIO

El desorden de tu nombre incluye en el seno de la novela su propia teoría sobre el género novela. Se trata de una reflexión metaliteraria que, si bien entronca con *El Quijote* cervantino, se entrecruza con algunas de las bases de la posmodernidad en tanto que descreimiento y desengaño del personaje que, falto de asideros racionales y teleológicos, confía en que la supremacía de la vida por encima del arte. Además, el aspirante a escritor Julio Orgaz dice estar escribiendo una novela titulada *El desorden de tu nombre*, en un juego de espejos sobre el artefacto ficcional cuyo autor es Juan José Millás. Ante su incapacidad para escribir, empresa que ve condenada al fracaso, Orgaz reflexiona: «El escritor más puro es el que no escribe una sola línea en toda su vida: es preferible no darse la

oportunidad de fracasar en aquello que más se juega uno» (Millás, 1988: 131).

La obra abierta, la imposibilidad de concluir la obra de arte es una de las fuerzas motrices de la novela. Se encontraría en el polo opuesto al cuento «El milagro secreto» de Borges, inserto en *Ficciones*. En este cuento Jaromir Hladik, un escritor judío pide a Dios que le conceda el tiempo necesario para culminar su obra. Tras vivir encerrado un año entero, cuando termina su obra finalmente muere. Sin embargo, en la obra de Millás no hay final cerrado: parece que con la muerte de Rodó la existencia de Julio Orgaz y Laura ha cerrado uno de sus círculos, si bien el de la ficción sigue abierto, pues en términos epistemológicos, la obra continúa sin escribirse, pese a que Julio Orgaz confíe en que cuando regrese a casa la novela aparecerá escrita sobre su escritorio.

Es muy significativo el momento en que Laura visita a Orgaz y ella, para esquivar la conversación, le pide que le lea un cuento. Se trata de un pasaje de lectura amorosa de los adúlteros que evoca — en la *Commedia* de Dante— a Francesca da Rimini y Paolo Malatesta en la leyenda bretona de Lanzarote y Ginebra. Aunque el cuento de Azcárate intitolado «Me despido» no versa sobre una historia de adulterio, la literatura (la lectura) funciona como un procedimiento autoconsciente para esquivar los lances de la vida, en tanto que mecanismo que contrarresta la muerte del pájaro de Julio Orgaz, aunque finalmente Laura sienta desazón y una angustia asfixiante tras la lectura de la narración, como si viviera «presa de ideas circulares» (Millás, 1988: 113). Al igual que la lectura, la escritura también cumple una función poderosa en la obra: Laura escribe un diario en el que inventa palabras que surgen de la combinación de dos o más vocablos. La escritura actúa como medio de conocimiento, como expresión de sus sentimientos y de su intimidad más profunda, pero también como reflexión sobre la literatura y sobre su propia vida.

El procedimiento de la inclusión de cuentos funciona como una intrahistoria que se inserta en la trama de la obra. El pretexto para incluir estos cuentos se da a raíz de un concurso de cuentos en el que participa una joven promesa, Orlando Azcárate, quien ya escribió una novela. El primer cuento que se inserta en la novela se titula «El concurso» y versa sobre la existencia de un escritor que narra un plan perfecto para asesinar a su esposa (disfrazado de suicidio), pero incapaz de llevarlo a la práctica, escribe un cuento policíaco. La mujer se suicida reproduciendo con fidelidad las pautas del cuento. El escritor, que ha enviado el cuento a un concurso, habla con el presidente del jurado para que lo retire, pero finalmente lo ha distribuido a otros miembros, hecho que desencadena una suerte de pesadilla en la que el escritor ha de ir eliminando uno a uno a todos los miembros del jurado. El cuento «El concurso», del que Julio prefiere no leer el final, funciona como mise en abyme y relato especular de la imbricación vida y literatura como tema metaliterario de *El desorden de tu nombre*.

Se pueden distinguir entonces dos niveles diegéticos: el primero que concierne a la diégesis esencial de la obra de Millás, en la que el narrador heterodiegético cuenta la historia de Julio Orgaz; en el segundo nivel diegético se intercalan los cuentos del escritor Orlando Azcárate, cuentos que Julio habrá de leer para dirimir si su calidad literaria es suficiente como para que se publiquen en su editorial. Estos cuentos, si bien funcionan como relatos autónomos, con posibilidad de ser desgajados de la diégesis principal, adquieren su sentido más profundo al contrastarlos con la vida de Julio, pues uno de los motivos esenciales es la rivalidad que surge entre Julio y el escritor Azcárate. Julio reconoce la calidad de los cuentos, tanto es así que desearía apropiarse de ellos, ser el autor de la obra de Azcárate.

De esta idea se desprende otros de los temas metaliterarios de la obra: la función del plagio. A mi juicio, una línea interpretativa muy fructífera sobre el plagio se explica a la luz de la rivalidad existente entre Julio y el escritor Azcárate. Si consideramos que la vida de Julio se sustenta sobre proyecciones, anhelos y deseos que él tiene de convertirse en otro (desear a Laura, la mujer de su psicoanalista; ver en Laura a una mujer difunta a la que perdió; querer escribir la obra de otros), se comprende que Julio vea en Laura los ojos, los gestos o la voz de la difunta Teresa: «Yo me enamoro de las mujeres pensando que tienen algo de lo que yo carezco, pero que sin embargo me concierne» (Millás, 27). Entonces no es extraño pensar que quiera apropiarse de la obra de esa joven promesa, a la que admira y detesta al mismo tiempo. En un capítulo de la novela Julio Orgaz se plantea asesinar al escritor para apropiarse de su obra, una obra que actúa como contrafigura de la obra imaginaria que Julio no ha sido capaz de escribir.

A este respecto, René Girard en su obra *Mentira romántica y verdad novelesca*, expuso la teoría del deseo triangular a partir de la imitación de modelos que un personaje novelesco imita o mimetiza con respecto a un héroe novelesco anterior. Para ello, se requiere la presencia de un mediador capaz de interceder entre los deseos del sujeto y el objeto deseante: «Don Quijote es el mediador de Sancho. Los efectos del deseo triangular son los mismos en los dos personajes. Tan pronto como se deja sentir la influencia del mediador, se ha perdido el sentimiento de lo real, y el juicio queda paralizado» (Girard, 1985: 10).

La búsqueda del deseo triangular como imitación de un héroe anterior en la historia literaria, abre una línea de pensamiento que permite ahondar en la identidad ficcional desde otros postulados epistemológicos. Si con anterioridad a Cervantes los héroes literarios no palpaban su capacidad de imitación o de actuación con respecto a un modelo, será Alonso Quijano quien reconozca que su modelo es Amadís de Gaula, el célebre caballero andante y personaje arquetípico de la novela de caballerías. De un modo semejante, pero en un corte sincrónico distinto, Julio Orgaz quiere imitar a Orlando Azcárate, estableciendo una mediación de su deseo. El protagonista desea tanto ser el autor de la obra de Azcárate que incluso se plantea publicar esos cuentos con su nombre, continuando la estela de la mimesis cervantina, si bien desde posicionamientos posmodernos donde la autoría importa poco en un limbo de descreimiento donde predominan el plagio, el *collage*, el pastiche.

Desde esta perspectiva, Girard critica la lectura romántica del *Quijote*, en virtud de la cual se piensa que don Quijote representa al hombre idealista frente a Sancho, epítome del realismo: es más bien en virtud de la imitación del Amadís caballeresco que Alonso Quijano se quita el velo de la realidad, para vivir y soñar en un universo de ficción. También el héroe flaubertiano de Madame Bovary sueña ser y actuar como las heroínas románticas. Así pues, la elección de un modelo implica su imitación, siempre para alcanzar un idéntico objetivo: el hallazgo de la identidad.

CARLOS RODÓ, VÉRTICE FUNDAMENTAL DEL TRIÁNGULO. RELACIONES ASIMÉTRICAS

Uno de los grandes desafíos epistemológicos de la posmodernidad se cifra en la gestión del deseo, puntal sobre el que según Agawu-Kakraba (1999: 18), se sustenta la arquitectura narrativa en *El desorden de tu nombre*. Desde estas consideraciones, el hombre postmoderno vive para desear (normalmente aquello que anhela y que no tiene o que más bien anhela porque no tiene). En esa lucha entre el deseo de algo no alcanzado aunque alcanzable, surge la caída trágica del héroe que, a la búsqueda de su identidad (reflejada en los otros), debe resarcirse y perder la batalla: «Parece absurdo que los hombres nos empeñemos en la búsqueda de un destino propio o de una identidad definida» (Millás, 1988: 126).

Continuando con las ideas de Girard sobre el deseo triangular que surge como proyección de la identidad de uno sobre los otros, la figura de Carlos Rodó aflora como *tertium* incómodo para Laura (su mujer) y Julio Orgaz (el amante) que desea eliminarlo. No puede entonces considerarse como un personaje accesorio, sino más bien como vértice fundamental del triángulo. Sin la figura del psicoanalista la novela carecería de sentido. En primer lugar, porque es con Carlos con quien Julio habla en la consulta sobre su relación con Laura; en segundo lugar, porque Julio desea suplantar a Carlos y ocupar el lugar de su existencia y, en último término, porque si Carlos desapareciera (muriera) la historia fabulada por Millás llegaría a su término, tal como sucede en las páginas finales de la obra.

La confesión de Carlos, el psicoanalista que a su vez visita la consulta de su psicoanalista, ofrece la clave interpretativa fundamental para comprender la asimetría en su relación sentimental con Laura: «Me casé, pues, con una mujer de la que estaba moderadamente enamorado, porque pensé que podría dirigir sus energías, sumarlas a las mías, de cara a la consecución de ese objetivo» (Millás, 1988: 119). Para Carlos es más importante el reconocimiento social y su estatus antes que su realización individual. Laura renunció a sus aspiraciones personales. Él quiso fundar una familia sólida con un miembro que amaba y el otro que era inteligente. Desde esta perspectiva, Carlos y Laura son un matrimonio que se sustenta sobre la base de las relaciones de poder y dominación: Carlos domina y subyuga la existencia de Laura, por lo que ella ha de buscar una vía escapista en la figura de su amante Julio Orgaz. Al mismo tiempo, Carlos anula la realización personal y profesional de Laura. Como ella misma reconoce en las conversaciones con Rodó, tuvo que renunciar a su vida para

anexionarse a una vida prefigurada y dirigida por su marido. Por todo ello, Laura impele de manera indirecta a Julio para que se deshaga de Carlos Rodó, así en la ficción como en la vida. Con el desenlace del que se desprende la muerte de Carlos Rodó, al parecer de un paro cardíaco (como el canario), la historia se cierra no sin que Julio apunte que en la trama de *El desorden de su nombre* (la supuesta novela que está escribiendo), prefiere que al psicoanalista lo maten entre el paciente y la mujer. Esta idea —nunca realizada en ninguno de los niveles diegéticos de la trama— se acercaría más al argumento de *Macbeth* de Shakespeare.

CONCLUSIONES

Vida y literatura, realidad y deseo son, en síntesis, algunos de los ejes en torno a los que se articula *El desorden de tu nombre*, con un gusto predominante hacia la reflexión desencantada sobre la realidad y la pérdida de identidad del individuo en lucha consigo mismo y con los otros. A modo de epílogo, las ideas que se extraen de este análisis apuntan a una tendencia a la amoralidad y a la invalidación de códigos estéticos (ruptura del orden social burgués, predilección hacia el adulterio o relaciones amorosas y sexuales mediada por el deseo). De las reflexiones de Julio Orgaz, protagonista de la novela cuyo autor extraficticio es Juan José Millás, parece deducirse que literatura y vida luchan por suplantarse. Vivir es leer y escribir es, a veces, dejar el folio en blanco para que —tal como sucede en el último capítulo de la obra—, la ficción determine que —al abrir las páginas del libro— la novela ya habrá sido escrita.

© Carmen María López López

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Agawu-Kakraba, Yaw B. (1999), "Desire, Psychoanalysis, and Violence: Juan José Millás' *El desorden de tu nombre*", *Anales de literatura española contemporánea, ALEC*, vol. 24, nº 1-2, pp. 17-34.
- Bahamonde Traveso, Gloria (1994), "Lectura en clave postmoderna de una novela de J. J. Millás: "El desorden de tu nombre", en José Ángel Fernández Roca, Carlos J. Gómez Blanco y José María Paz Gago (coord.), *Semiótica y modernidad: actas del V Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica, La Coruña, 3-5 de diciembre de 1992*, Vol. 2, pp. 25-34.
- Basanta, Ángel (2004), "El desorden de tu nombre, de J. J. Millás, en la novela española de los ochenta", Antonio Rey Hazas (coord.), *Mostrar con propiedad un desatino: la novela española contemporánea*, pp. 153-168.
- Castro García, María Isabel de y Montejo Gurruchaga, Lucía (1990), *Tendencias y procedimientos de la novela española actual (1975-1988)*, Madrid, UNED.
- Cifuentes Aldunate, Claudio (1998), "El desorden de tu nombre" (1987) y "La soledad era esto" (1990)", en Agustín Valcárcel y Hans Felten (coord.), *La dulce mentira de la ficción: ensayos sobre la literatura española actual*, Vol. 2, pp. 223-234.
- Ciplijauskaitė, Biruté (1984), *La mujer insatisfecha: el adulterio en la novela realista*, Barcelona, Edhasa.
- Cuadrat, Esther (1995), "Una aproximación al mundo novelístico de Juan José Millás." *Cuadernos Hispanoamericanos*, 541-42, pp. 207-216.
- Girard, René (1985), *Mentira romántica y verdad novelesca*, Barcelona, Anagrama.

- Grande Rodríguez, Verónica (2001), "Juan José Millás y "El desorden de tu nombre": la temática de la novela a través de los personajes", *Estudios humanísticos. Filología*, 23, pp. 303-312.
- Holloway, Vance R. (1999), *El posmodernismo y otras tendencias de la novela española (1967-1995)*, Madrid, Fundamentos.
- Kermode, Franz (1983), *El sentido de un final: estudios sobre la teoría de la ficción*, Barcelona, Gedisa.
- Millás, Juan José (1988), *El desorden de tu nombre*, Madrid, Alfaguara.
- Montejo Gurruchaga, Lucía (2005). "El discurso metafictivo en la novela española de la dos últimas décadas. Procedimientos autorreflexivos más frecuentes". *Claves y parámetros de la narrativa española posmoderna (1975-2000)*. María José Porro Herrera (ed.). Córdoba: PRASA, pp. 105-116.
- Navajas, Gonzalo (1987), "Retórica de la novela postmoderna española", *Teoría y práctica de la novela española postmoderna*, Barcelona, Ediciones del Mall, pp. 13-39.
- Pérez Vicente, Nuria (2002), "Amor y erotismo en la novela posmoderna española: Juan José Millás", D. A. Cusato y L. Frattale (eds.), *La penna di Venere. Scritture dell'amore nelle culture iberiche*, Messina, Andrea Lippolis, pp. 235-244.
- Sobejano, Gonzalo (1988), "El desorden de tu nombre, de Juan José Millás", *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas*, 504, pp. 21-22.
- Villamía Ugarte, Fernando (1997), "El desorden de tu nombre de Juan José Millás, novela "escrptiva"", José Luis García Barrientos y Esteban Torre (coord.), *Comentarios de textos literarios hispánicos: homenaje a Miguel Ángel Garrido Gallardo*, 345-346, pp. 425-436.
- Waugh, Patricia (1993), *Metafiction: The Theory and Practice of Self-Consciousness Fiction*. London, Routledge
- Waugh, Patricia. *Metafiction. The Theory and Practice of Self-Conscious Fiction*. London; New York: Methuen (New Accents), 1984.

Carmen María López López es Graduada en Lengua y Literatura Españolas (con Premio Extraordinario Fin de Carrera) por la Universidad de Murcia. Ha sido Becaria de Colaboración (2012-2013) en el Departamento de Literatura Española, Teoría de la Literatura y Literatura Comparada (Universidad de Murcia). Ha cursado un Máster en Literatura Comparada Europea (2013-2014), indagando en la interpretación de mitos, las relaciones entre Cine y Poesía, los Estudios Culturales y Crítica Postcolonial. Ha participado en distintos congresos de prestigio internacional, entre los que destacan: Coloquio Internacional Identidades Inestables. Avatares y evoluciones de la subjetividad en las narrativas ibéricas actuales (Universitat de Valencia-Sorbone París); Congreso Internacional de la Asociación de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada (28-30 de enero de 2015); SELGYC; Congreso Internacional de Literatura Española Contemporánea (CILEC), entre otros. Es autora de distintas publicaciones en revistas científicas en el ámbito de la Teoría de la Literatura y la Literatura española: **Tonos Digital**. **Revista de Estudios Filológicos**; **Signa**; **Impossibilia**; **Cuadernos del Hipogrifo**. **Revista de Literatura Hispanoamericana y Comparada**; **Ogigia**. **Revista electrónica de estudios hispánicos**. Actualmente, es investigadora de la Universidad de Murcia dentro del programa FPU y prepara su tesis doctoral sobre narrativa española contemporánea, ahondando en el discurso interartístico y los vínculos entre novela y cine.

EL AGUA EN LA TIERRA DEL AIRE. DEL FUEGO SUGERIDO POR LA PALABRA A LA EVIDENCIA DEL LENGUAJE CINEMATOGRAFICO

por Gisela Vanesa Mancuso

“Durante una de nuestras últimas excursiones en coche, hacia el final de la vida de mi padre como hombre, nos detuvimos junto a un río y dimos un paseo hasta su orillas, sentándonos allí a la sombra de un viejo roble. Al cabo de un par de minutos mi madre se quitó los zapatos y los calcetines, metió los pies en el caudal de aguas claras y se quedó mirándose los pies. Luego cerró los ojos y sonrió. Llevaba algún tiempo sin verle sonreír así”.

Daniel Wallace en *Un pez gordo*.

“Big Fish es acerca de lo que es real y lo fantástico, lo que es verdad y lo que no es verdad, lo que es parcialmente cierto, y cómo, al final, todo es verdad”.

Tim Burton¹.

Transponer. Trasladar. Te llevo, texto literario, a otro lugar, a otras formas que, no por distintas, te debilitarán, como dicen los más, acerca de estos viajes. Te llevo, con cuidado, en época de trasplante y de poda, como a un árbol, a otra tierra, y serás siendo el mismo árbol; vos, el mismo árbol, aunque te muestre de otra manera, y no habrá forma de perjuicio, no habrá manera de que no seas más visto, de que no se sienten bajo tu sombra más y más personas que te escudriñen y atisben en vos otro y otro discurso, otra y otra rama que ni siquiera vos sabías que tenías. Así le hablamos a *El pez gordo*, de Daniel Wallace para explicarle que es también *El pez grande*, de Tim Burton y viceversa. Una historia, dos discursos. Un suceso, dos fábulas, en el decir aristotélico, que nos guiñan los ojos, de un lado, del otro, cuatro, muchos, verdes, negros, translúcidos como una corriente, marrones como el fango. Porque lo que agrega, lo que convierte a ese pez del aire, de la tierra, del agua y del fuego es la divergencia, sustantivo que podría denotar cruce, entrecruzamiento, pelea: el agua apaga el fuego; el aire dispersa la tierra. Pero no. En la traslación de formatos semióticos hay puentes y ningún elemento colisiona con el otro: cada uno transita su espacio; cada uno es tan visceral como anchuroso: la fantasía no necesita explicar su verdad y la verdad es «algo» que no tiene autor hasta que se la cimienta e instala como tal.

Por un lado, la expresión literaria ofrece, tras la exploración vertiginosa y detallista del autor, la manipulación de una trama en la que las acciones y los personajes se ven, fundamentalmente, con los ojos del pensamiento y la imaginación, con los ojos de la que podemos llamar *capacidad cognitiva del lector*; por el otro, la expresión fílmica acude a la historia para renombrarla, y son los actores dirigidos los que crean la verosimilitud de la tristeza, del enojo, del temblor y de la alegría, sentimientos, expresiones cinésicas que se miran, esta vez, con los ojos profundos de la mirada facial y, en un segundo

¹ Citado por Lynn Hirschberg (2003), *The New York*, “Draw to narrative”.

orden, con la cooperación imaginativa y la propia historia del espectador. Para abordar una transposición, pensamos que es necesario reconocer que es igualmente desafiante para los creadores mostrar con palabras, en un caso, y mostrar, en el otro, con los gestos que no se tienen, con los sentimientos que no se sienten. El escritor «se llena» de su personaje hasta conocerlo como si se tratara de una persona de su entorno o él mismo transpuesto hacia su pasado y, así, nuevamente transpone aquello en la caracterización; el director de una película y sus actores se insuflan de las propias ilusiones y desasosiegos experimentales o de una investigación de los protagonistas que encarnarán, para transponer fragmentos de sus autobiografías o de la vida de otros (en el caso de las películas biográficas) en las existencias de esos personajes que nacen y mueren en cada última escena, pero que persisten en sus orígenes y en sus devenires a través de la mirada atemporal de quien lo actualice. Por eso, desde este punto de vista, *transportar* una novela a una película conlleva transposiciones internas de ambos procesos de composición y adaptación, de modo que el viaje es múltiple, y todos nos llevan bajo la sombra del mismo árbol en la que el lector o el espectador se *apoblarán* distintamente.

En este orden de ideas, Marta Beatriz Ferrari (2001) en «Del texto narrativo al fílmico: un caso de transposición» confirma, aunque desde la semiótica, esta idea de traslación benigna:

Al aproximarnos a las muy variadas posibilidades de relación verificables entre un texto literario y un film, advertimos el planteo de una cuestión que toca tangencialmente el problema mismo de lo que podríamos denominar el diálogo o la transposición intersemiótica. De este modo y en términos muy generales hablamos de la *adaptación cinematográfica* que supone siempre y necesariamente un cierto grado de modificación del original, pero dentro de este amplio campo de relaciones cabe distinguir entre una versión libre a partir de un determinado motivo literario [...]; concepto este muy próximo al de *inspirado en* que parece obligar a pocas fidelidades [...] y el caso del film *basado en* un cierto texto literario [como es el caso de *Big Fish* (180)].

Suele señalarse que en el origen de la adaptación de obras literarias al cine estaba su aspiración a ser reconocido como arte, sirviéndose del «barniz intelectual» que le proporcionaba la literatura, pero a costa de alejarse de su verdadera esencia visual y de sus genuinas posibilidades expresivas. Muchos han sido los críticos que han subrayado la esencia paradójica del cine: un fenómeno que nace ya como «mercancía», como producto de la «industria cultural» y, por ende, constitutivamente fetichizable (Luckas) pero que al mismo tiempo es el lenguaje que más ha contribuido a despojar del «aura casi religiosa» (Benjamin) a la obra de arte. Se trata, según Gruner, de «un arte laico, potencialmente desacralizador». (182,183)

No podemos soslayar, sobre todo a partir de la última de las citas, que para las masas los caminos hacia la lectura de un texto literario suelen ser más pedregosos que los caminos hacia la espectacularidad e inmediatez que ofrece el discurso cinematográfico. No talemos, entonces, el árbol. No subestimemos una historia, relegándola al campo intelectual de los escritores y de los lectores, pasando por alto a quienes quieren aproximarse a ella de otra manera. De igual modo, no podemos obviar, a pesar de esa alusión al cine como mercancía fetichista que, trátese del lector o del espectador de que se trate, por abultadas o medidas que sean sus competencias, habitualmente, la película despierta la curiosidad de la audiencia cinéfila que pronto se convierte en lectores de la novela en la que se ha basado el film, creando construcciones de discursos acerca de los paralelismos entre la una y el otro, ladeándose incluso por el gusto hacia una de las formas de mostrar la historia, acudiendo, tal vez sin saber, a recursos que, como la intertextualidad, la metáfora, el punto de vista, etc., se encuentran entre sus capacidades de análisis a pesar del desconocimiento de los nombres retóricos. De igual modo, están los que desean leer primeramente el texto literario, para corroborar luego si la película «es lo mismo; es igualmente calificable». Se nos impone entonces un enfoque particularísimo, sí, pero relativamente argumentado: no es imperioso comparar lo uno con lo otro, sino reconocer que el argumento puede ser el mismo, pero el modo estético de mostrarlo, diferente. ¿Cómo comparar lo que ya se jacta o, al menos, se presume diferente? ¿Cómo comparar un pez que se muestra descriptivamente con la mayor inabarcabilidad del lenguaje escrito con un pez que se muestra enteramente pez, constructivamente pez, para que la descripción sea aportada e internalizada por el espectador sin margen, en esta catálisis, para la cooperación de una sugerencia? Comparar una novela con un film basado en esta es subestimar la variedad con que una misma historia puede ser contada partiendo de diferentes herramientas. En este orden de ideas, Nicolás Diego Bermúdez (2008), en *Aproximaciones al fenómeno de la transposi-*

ción semiótica: lenguajes, dispositivos y géneros, analiza la dimensión material del sentido y la transposición como rasgo de la cultura contemporánea:

Se podría definir la transposición semiótica como la operación social por la cual una obra o un género cambian de soporte y/o de sistema de signos. Como acostumbra acontecer, aparece como una definición demasiado sencilla en relación a la complejidad del fenómeno que describe. Incentivada por la aparición de las artes del espectáculo que intensificaron, gracias a sus materias significantes (luces, sonidos, disposición espacial de los cuerpos), la impresión de realidad en las artes miméticas, la transposición hacia instancias representativas que aseguren una mayor plenitud (por ejemplo: literatura a cine) se ha vuelto —sin duda— la operación socio-semiótica que define zonas claves de la cultura contemporánea. (2)

El cambio de dispositivo que implica la transposición también produce un sentido específico [...] La relación del individuo con el libro o con la imagen cinematográfica se encuentra socialmente sobredeterminada; los medios y técnicas de producción de la materia semántica, los soportes empleados para hacerla circular, los modos de su circulación, los lugares dispuestos para su accesibilidad son solo algunas de las determinaciones comprometidas necesariamente en la constitución de un universo específico de sentido, determinación que —es evidente— mutan con el pasaje transpositivo (5).

En una misma línea de razonamiento, en *De la obra al texto*, Roland Barthes habla de la pluralidad del texto, de la experimentación del texto en un trabajo y producción concretos, pluralidad que puede producirse una y otra vez en diversos textos (entiéndanse aquí *discursos*), aunque aborden el mismo argumento:

El texto solo se experimenta en un trabajo, en una producción. Se deduce de ello que el Texto no puede pararse (por ejemplo en un estante de biblioteca): su movimiento constitutivo es la travesía (puede especialmente atravesar la obra, varias obras) 73 [...] El Texto es plural. Esto no solamente quiere decir que tiene varios sentidos, sino que realiza el plural mismo del sentido: un plural irreductible (y no solamente aceptable). El Texto no es coexistencia de sentidos, sino paso, sin travesía: no puede, pues, depender de una interpretación, incluso liberal, sino de una explosión, de una diseminación. El plural del Texto se pega, en efecto, no a la ambigüedad de sus contenidos, sino a lo que podríamos llamar la *pluralidad estereográfica* de los significantes que lo tejen (75).

El gran pez, de Tim Burton, transpone la novela *El pez gordo*, de Daniel Wallace. Sin perjuicio de que aquí nos abocamos al fenómeno de la transposición, cabe reseñar una diferencia fundamental —en cuanto al tiempo en el relato— entre el discurso narrativo y el discurso cinematográfico, diferencia que responde a una estrategia de transposición como rasgo de la cultura, en el decir de Bermúdez (2). En efecto, el texto literario comienza *in extrema res*; es decir, anticipa el final de la historia a partir del narrador *hijo*; luego, el narrador recurre a la evocación. Asimismo, la superestructura de la novela reseña con subtítulos cada una de las anécdotas magnificadas del padre, aunque manteniendo, también a través de un subtítulo, la continuación de la narración (mentira amable) por parte del hijo; especialmente, a partir de la descripción de la muerte, en la que se retoma la escena inicial, que bien podríamos considerar como la apertura de un marco que se cierra cuando el hijo del personaje principal —habiéndole querido creer a su progenitor— relata con su impronta narrativa esa etapa final que, del algún modo, unida a la inicial, simboliza el ciclo mismo de la vida del personaje y del hombre «como hombre»:

Durante una de nuestras últimas excursiones en coche, hacia el final de la vida de mi padre como hombre, nos detuvimos junto a un río y dimos un paseo hasta su orilla, sentándonos allí a la sombra de un viejo roble. Al cabo de un par de minutos mi padre se quitó los zapatos y los calcetines, metió los pies en el caudal de aguas claras y se quedó mirándose los. Luego cerró los ojos y sonrió. Llevaba algún tiempo sin verle sonreír así.

De repente, respiró hondo y dijo:

—Esto me recuerda.

Y se detuvo a pensar un rato más. En aquel entonces las ideas se le ocurrían despacio, si es que llegaban a ocurrírsele y supuse que estaría tratando de recordar algún chiste que contar. O tal vez me contaría una historia que celebrase su vida aventurera y heroica. Y me pregunté: ¿Qué le recuerda el pato que se metió en la ferretería? ¿El caballo del bar? ¿El niño que le llegaba a la altura de la

rodilla a un saltamontes? ¿Le recuerda el huevo de dinosaurio que encontró cierto día y después se perdió, o el país que en su época gobernaba durante casi toda la semana?

—Esto me recuerda —dijo— cuando era niño.

Miré a aquel anciano, aquel anciano con los viejos pies sumergidos en la corriente de aguas claras, en esos momentos que se contaban entre los últimos de su vida, y de pronto lo vi, sencillamente, como si fuera un muchacho, un niño, un joven, con toda la vida por delante, tal como la tenía yo. Nunca lo había visto así. Y todas esas imágenes... el hoy y el ayer de mi padre... convergieron, y en ese instante se convirtió en una criatura extraña, fantástica, joven y vieja a la vez, moribunda y recién nacida.

Mi padre se convirtió en un mito (2).

Como un guiño para un futuro director *transportador*, los cuatro capítulos titulados respectivamente «La muerte de mi padre: *Toma I*», «La muerte de mi padre *Toma II*», «La muerte de mi padre *Toma III*», «La muerte de mi padre *Toma IV*», intercalados entre los capítulos que refieren a las anécdotas enmarcadas contadas por el hombre gran pez, la narración vuelve, aunque concretando la muerte insinuada al comienzo, a deslizar el cierre del retrato, no sin sugerir que la muerte que aquel hombre se había preparado era, en «realidad», una transformación, otra forma de vivir, esta vez, en el agua, como un gran pez, que nace grande, pero ante quien, con la curiosidad de un niño, se le presenta un mundo nuevo, de agua, para explorar, para recobrar, acaso, la capacidad de asombro perdida con los años:

Dijo: *Llévame ahí y no sabes cuánto aprecio lo que estás haciendo y cuando veas a tu madre, dile... dile que le he dicho adiós.* Así pues, lo saqué del coche y descendí por el mullido ribazo hasta el río, donde me detuve con mi padre en brazos. Y aunque sabía lo que esperaba de mí, no podía hacerlo. Me quedé parado a la orilla de aquel río, sujetando su cuerpo envuelto en la manta como en un sudario, hasta que me dijo: *Puede que ahora prefieras mirar hacia otro lado,* y luego: *Por favor,* y de pronto sentí entre los brazos una vida formidable, frenética, imposible de retener por más que quiera, y claro que quería. Pero al cabo de un instante me quedé con una simple manta en las manos, porque mi padre había saltado al río. Y fue entonces cuando descubrí que, después de todo mi padre no había estado muriéndose. Sencillamente, había estado cambiando, transformándose en algo nuevo y distinto para continuar con su vida de esa forma. A lo largo de todo aquel tiempo, mi padre se había convertido en un pez. Lo vi deslizarse a toda velocidad de aquí para allá, una criatura plateada, brillante, resplandeciente, y después desapareció en la oscuridad de las aguas profundas donde viven los peces grandes, y no he vuelto a verlo desde entonces... aunque otros sí lo han visto. Ya han llegado a mis oídos historias de vidas salvadas y deseos concedidos, de niños que han cabalgado sobre sus lomos a lo largo de muchos kilómetros, de pescadores de caña arrojados de sus embarcaciones a las aguas de diversos océanos y ríos, desde Beaufort hasta Hiannis, por un pez juguetero, el mayor que nunca hubieran visto, y cuentan sus aventuras a quien quiera que les preste oídos. Pero nadie les cree. Nadie cree ni una sola palabra (64).

En la película el final no se anticipa, se nos presentan las articulaciones concatenadas: una imagen del fondo de un agua cristalina, el plano a un pez gigante que bucea de espalda a la pantalla y la voz en off del padre adulto:

«Hay algunos peces que no pueden atraparse. No es que sean más rápidos ni más fuertes que otros. Es simplemente que tienen algo extra. Uno de esos era la bestia y, para cuando yo nací, ya era una leyenda».

Relata asimismo las múltiples historias acerca de lo que era ese pez. «Unos decían esto; otros, aquello». Enseguida, la escena inicial, diferentemente al comienzo de la novela, presenta al padre frente al niño: «El día que naciste lo atrapé». El padre le cuenta al hijo, al que se lo muestra en su infancia, acerca de sus intentos por atrapar a esa bestia acuática, antes de que naciera. Entendemos, de este modo, que esta anécdota marco, retomada luego por el narrador hijo, retrata todas las historias magnificadas que el padre contaba. El padre le cuenta, como relata un cuento un narrador oral, que había tratado de pescar a ese gran pez desde que tenía su edad (ocho o diez años). Le confiesa que lo atrapó el día que nació, luego de muchos intentos vanos. Había lanzado, por ejemplo, el anillo de bodas con el que se casaría con su madre, pero la bestia lo había atrapado apenas rozó el agua. En la próxima escena el padre adulto le cuenta la historia a una nena. Se produce luego un *flash forward*: en el contexto en el que su hijo festeja, adulto, su compromiso con la novia, el padre habla para agradecerlo y

cuenta la misma historia acerca del gran pez. El hijo se levanta de la mesa. Se pelean en el exterior del salón. Avergonzado de su padre, el hijo desmiente la historia del gran pez y dice saberla de memoria, línea por línea, igual que él. A partir de ese día no le habla por tres años. El próximo recurso es un *flash back* con respecto al padre y un cambio de narrador: El hijo comienza a contar la historia del padre, se muestra al padre, en su juventud, intentando atrapar al pez:

Al contar la historia de la vida de mi padre es imposible separar la verdad de la ficción, al hombre del mito. Lo mejor es contarla como él me la contó. No siempre tiene sentido y la mayor parte nunca sucedió.

En consecuencia, no se presume sino después de largo tiempo que el padre va a morir y, aunque a partir de la apertura de un narrador que ya lo sabe muerto, se cuenta y muestra con las articulaciones del lenguaje cinematográfico, metanarrativo, al padre durante su vida, esas escenas autobiográficas en las que el hijo no cree, aunque después le escribe su final como signo de haberle, al fin, creído aunque haya necesitado de la verdad presencial de los personajes que se parecían mucho a las personas que su padre describió en los relatos de sus aventuras. En efecto, en la película *El gran pez*², el personaje principal (el padre) construye diversas versiones de acontecimientos que el narrador significa como *autobiográficos*: el hijo lo subestima porque piensa que «no son la verdad de la vida del padre» y le demanda esa verdad (¿esa verdad existe?). Pide por la Verdad, que le cuente algo «real» de él. Hacia el final de la película, cuando el padre muere, el hijo conoce a los personajes/personas que el padre refería en sus relatos narrados oralmente, comprende que hay algo de «verdad», que cuando le contaba *su* vida, le hablaba, de algún modo, desde la verdad, aunque ornamentando los acontecimientos con artificios que lo engalanaban. ¿Por qué? Porque necesitaba contar, acaparar la atención de su público, pensar en un *lector* presente que lo aceptara, incluso en ese principal *oyente* que era su hijo. ¿El padre mintió? Puede ser. Puede ser que no. Puede que no hayan sido sino mentiras amables, y las mentiras amables de la literatura suelen perdonarse: el lector u oyente avezado que reconoce el pacto de *lectura* «sabe» que, cuando un otro narra oralmente o por escrito, está construyendo y reconstruyendo un acontecimiento y se adentra en la escucha y en la lectura sin subestimar (suponiendo un lector modelo) lo que claramente es fantástico. En efecto, el hijo en *El gran pez* era un *lector empírico*: no asumió un pacto con el narrador que relataba su vida habilitando, de pronto y sin explicación, la irrupción de un elemento fantástico. El hijo, sin embargo, consiente ese pacto cuando el padre está en el umbral de su muerte: deviene *lector modelo*. En definitiva, en *El gran pez*, cada historia vívida por el padre se convierte en una serie de versiones, readaptaciones del mismo acontecimiento (discursos). Como lector, oyente, en su condición de periodista o escritor —se nos presenta la extrañeza de que un personaje que encarna a un escritor no logre comprender el pacto propuesto— asume ese rol cooperativo: el hijo de *El gran pez* acepta retroactivamente el pacto que el padre le había propuesto toda su vida y él mismo reconforta al padre imprimiendo desde su impronta narrativa una arista fantástica al último hecho autobiográfico de su progenitor: el principio de su muerte. ¿Será que Tim Burton dirigió al personaje principal de *El gran pez* hacia ese destinatario directo que desea pescar al ser acuático más grande de los ríos porque el hombre de su adentro es el más pequeño de los charcos? ¿Será que ese hombre narrador de historias es carne y hueso que transmuta en enunciador de una verdad construida, de una mentira piadosa, de la construcción de un discurso basado en una historia, en parte autobiográfica? Y será que esos halos de magnificencia, de hecho insólito sin explicación, se desvanecen a la luz de ese hijo, *lector empírico*, hombre real, descendiente avergonzado de un padre que miente, de un padre al que desconoce. ¿Quién dijo, quién dijo? Quién dijo que cuando se miente no se dice la verdad. En esta película, el padre quiere ser amado, el padre cree que para ser amado tiene que contar extravagancias con elocuencia, tiene que ser *muy grande*, necesita que alguien ponga la atención en su boca y en sus gestos, que alguien lo ame por lo que cuenta, que alguien se entretenga, como un lector ávido de *apoblarse* en otros mundos, en su *pueblolugar*, en su historia, aunque vanagloriada con los artificios de la imaginación. ¿Será que Tim Burton dirigió al personaje principal de *El gran pez* hacia esa intertextualidad impensada, no querida, que llevó al personaje principal de «Axolotl» a meterse, como un dios, y perder la libertad de Hombre, dentro de un ser acuático, sin saber cómo salir, lo que, en la película, llevó al padre de familia a hallarse y ahogarse en su presente, frente a su hijo, en las anécdotas de su

² Daniel Wallace (autor); John August (guionista); Tim Burton (director), *El gran pez*. Estados Unidos: Columbia pictures, 2003.

pasado para dotarlas, con toda la omnipotencia de un ser superior, de aristas fantásticas y maravillosas? ¿Por qué el hijo no le cree si entre las líneas de lo que cuenta se narran los hechos de su autobiografía fragmentada? ¿Por qué el hijo, en definitiva, le cree cuando, en el comienzo del fin autobiográfico, el hombre que quiere atrapar al gran pez es despedido, en ceremonia de fiesta, hacia su muerte y Tim Burton delega esa dirección en el personaje del hijo que, al modo del padre, escribe el final de la vida más elocuente, tan elocuente que, algún día, persuadidos por la última escena, a partir de esa última escena, sabemos, queremos, nos dan ganas de morir *así*?

Advertimos con esta aproximación comparativa entre el discurso literario y el discurso cinematográfico, los factores divergentes y concatenados que configuran el entramado de una película. En «Quién narra la película. Enunciación y narración», de André Gaudreault y Francois Jost, en *El relato cinematográfico. Ciencia y narratología*, nos plantean los lineamientos del relato fílmico. Como sabemos, en el discurso narrativo, en la novela, en este caso, un autor confiere a un narrador (categoría ficcional) el relato de una historia, cuyos personajes son construidos. En el cine, en cambio, la intervención de lo icónico, lo verbal y lo musical son entidades separadas de las que se habla, unificadamente, en la película que, en este orden de ideas, constituye una metanarración:

En la concepción que acabamos de desarrollar, podemos considerar que la instancia fundamental del relato fílmico no es unitaria, puesto que el cine tampoco lo es. Desde esta perspectiva se ha podido proponer un modelo según el cual el narrador fundamental, responsable de la comunicación de un relato fílmico, podría asimilarse a una instancia que, manipulando las diversas materias de la expresión fílmica, las ordenaría, organizaría el suministro y regularía su juego para transmitir al espectador las diversas informaciones narrativas. Incluso se ha contemplado la posibilidad de reagrupar las materias expresivas bajo la cúpula o la tutela de subinstancias particulares: así André Gardies (1987) divide en tres subgrupos las diversas responsabilidades narrativas de este auténtico director de orquesta que sería su «enunciador fílmico», quien modularía la voz de tres subenunciadores, cada uno responsable, respectivamente, de lo *icónico*, de lo *verbal* y de lo *musical*. [...] Una vez articuladas [las diversas operaciones de significación: *la puesta en escena, el encuadre, el montaje*], [las] unidades de primer nivel que son los *fotogramas* proporcionan la ilusión del movimiento continuo y dan lugar a esas unidades de segundo nivel que son los planos. La segunda capa de narratividad, de nivel superior a la mostración, equivale, según esta hipótesis, a la *narración*, aunque solo fuera en virtud de sus mayores posibilidades de modulación temporal. Por su parte, de esta actividad de encadenamiento que es el montaje emanaría ese *proceso* al que han terminado, en un segundo tiempo (es decir, tras el descubrimiento del procedimiento del cinematógrafo), por dedicarse los cineastas a relatar sus historias. Esta segunda capa de narratividad se apoyaría así sobre una segunda forma de articulación cinematográfica: la articulación entre plano y plano. Estas dos capas de narratividad presupondrían la existencia de, al menos, dos instancias diferentes, el *mostrador* y el *narrador*, que serían respectivamente responsables de cada una de ellas. Así, para llegar a producir un relato fílmico pluripuntual, se tendría que recurrir primero a un mostrador que sería la instancia responsable, en el momento del rodaje, del acabado de esa multitud de «microrelatos» que son los planos. En un nivel superior, la «voz» de estas dos instancias estaría, de hecho, modulada y regulada por esa instancia fundamental que sería entonces el «meganarrador fílmico», responsable del «megarrelato» que es la película (63, 64).

Ya en *Palimpsestos, La literatura en segundo grado*, Gérard Genette (1989) reconoció cinco tipos de relaciones transtextuales: la intertextualidad, la paratextualidad, la metatextualidad, la architextualidad y la hipertextualidad. Nos abocaremos al análisis de tres de los tipos señalados, no sin aclarar que no se deben considerar estos tipos como clases estancas, sin comunicación ni entrelazamientos recíprocos, pues la diversidad de formas de transtextualidad son, a la vez, aspectos de toda textualidad y, en importancia y grados diversos, clases de textos (17, 18).

Entendemos necesario definir, con la autora; en primer lugar, la metatextualidad que «Es la relación —generalmente denominada *comentario*— que une un texto a otro texto que habla de él sin citarlo (convocarlo) e, incluso, en el límite, sin nombrarlo. [...] La metatextualidad es por excelencia la relación *crítica*.» (13); desde este punto de vista, según la cita repuesta, una película es *metatextual*. En segundo lugar, la *hipertextualidad*: «llamo [...] *hipertexto* a todo texto derivado de un texto anterior por transformación simple [...] o por transformación indirecta [...] no hay obra literaria que, en algún grado y según las lecturas, no evoque otra, y, en este sentido, todas las obras son hipertextuales» (17,

18, 19). Desde este otro punto de vista, cuando se transpone un texto literario a un lenguaje cinematográfico se genera esta transformación necesaria, por los diversos sistemas de signos, que hemos referido, de los que se vale el discurso fílmico.

Complementando la idea de Genette, y refiriéndonos ahora al recurso de la intertextualidad, que se aplica en la dinámica de la película, Oswald Ducrot y Tzvetan Todorov (1972) reponen las reflexiones que Julia Kristeva (1969) esbozó en *Semeiotiké* y las que Roland Barthes (1973) expuso en *Crítica y verdad*, en el *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Allí nos dicen:

[El discurso mismo] lejos de ser una unidad cerrada, siquiera sea sobre su propio trabajo es trabajado por otros textos —«todo texto es absorción y transformación de una multiplicidad de otros textos»—, atravesado por el suplemento sin reserva y la oposición superada de la intertextualidad [...] Solo percibimos claramente todo lo que contiene esta definición de texto si retomamos con J. Kristeva, el término crucial de productividad: por lo cual es preciso entender que el texto «hace de la lengua un trabajo» *remontándose a lo que precede* [...] «No sometido al centro regulador de un sentido», el proceso de generación del sistema significante no puede ser único: es plural e infinitamente diferenciado, es trabajo móvil, concentración de gérmenes en un espacio no cerrado de producción de autodestrucción... (397-402).

Sospechamos, entonces, que a partir de la diversa constelación de herramientas —recordamos que el cine toma los recursos de la literatura—, hay dos fuegos diversos, fuegos al fin, que pueden arder igualmente, sin dejar de ser fuegos, pero elevando el entramado de su intensificación con un sistema diverso de signos. El discurso literario, la novela autobiográfica de *Un pez gordo*, dedicada por el autor a su madre y a la memoria de su padre, presenta una historia a través de un relato en el que se basa, sin transponerlo en el sentido mimético de la palabra, *El gran pez*, de Tim Burton, un film conformado por diversos capítulos o etapas de elaboración de las que habla la película, como conjunto, como metalenguaje de aquel otro sistema de signos literarios. Cada género, desde sus particularidades de producción, presentan el tenor del relativismo de toda verdad, la relación quebrada y vuelta a curarse entre un padre y un hijo que, a pesar de reconocer las magnificaciones de su padre, elige creerle, pero lo hace porque sabe que no hay verdad en sentido estricto; porque reconoce que hasta su verdad estará mediatizada por la fantasía de la reconstrucción.

... Y entonces, volver a las raíces multiplicadas de las *reexistencias*. El padre, árbol curtido evidenciado en su corteza, le enseña al hijo a plantar su primera semilla de palo borracho, jacarandá o araucaria; de ciruelo, ficus o roble; de junco, bonsái o cacto, y el hijo reconstruirá sobre sí el modelo fraternal, transponiendo la vida que le dieron, el lenguaje con que lo presentaron, la *Lengua* con que le mostraron el mundo de la lluvia, del aire, del fuego y de la tierra, para que logre aguar lo innecesario y se vea crecer con su árbol, transpuesto, hijo de sí mismo. Grande y gordo en el sentido de grandeza. Un gran, gran pez.

© Gisela Vanesa Mancuso

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Barthes, Roland (2005), *De la obra al texto*. Buenos Aires: U.B.A., Apuntes de Teoría y crítica literaria.
- Bermúdez, Nicolás Diego (2008), "Aproximaciones al fenómeno de la transposición semiótica: lenguajes, dispositivos y géneros", *Estudios semióticos*. N.º 4. Buenos Aires: U.B.A.
- Burton, Tim (2003), *El gran pez*. Estados Unidos: Columbia pictures, 2003.
- Ducrot, Oswald.; Todorov, Tzvetan (1972), *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.

- Ferrari, María Beatriz (2001), "Del texto narrativo al filmico: un caso de transposición", *Celehis, Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*. Año 10, N.º13. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Gaudreault, André; Jost Francois, *El relato cinematográfico. Ciencia y narratología*. Barcelona: Paidós, 2001.
- Genette, Gerard (1962), *Palimpsestos. Literatura en segundo grado*. Madrid: Taurus, 1989.
- Wallace Daniel (1999), *Un pez gordo*, [consultado el 10 de septiembre de 2015]. Disponible en: <https://es.scribd.com/doc/4794410/Daniel-Wallace-El-Gran-Pez>
- Phillips, Allen W. *En torno a la bohemia madrileña*. España: Biblioteca de la Bohemia, Celeste Ediciones, 1999.

Gisela Vanesa Mancuso (Buenos Aires, 1977) es escritora desde los siete años. Fue diplomada con honores por la Universidad de Buenos Aires por sus estudios en Derecho. Es Técnica Superior en Redacción, título oficial refrendado por el Ministerio de Educación, otorgado por el Instituto Superior de Letras Eduardo Mallea. Publicó, entre otros títulos, *Abrazo Mariposa* (cuentos breves), *Mientras velaba que te quería* (poemario), *Escritura de urgencia* (ensayo literario) y *Septiembre sin p no es primavera. La construcción narrativa del acontecimiento autobiográfico* (ensayo literario). Galardonada con, entre otros, el Primer Premio en Concurso de Poesía, otorgado por la Organización de Pueblos y Culturas (2005); el Segundo Premio en el Concurso de Cuentos organizado por la Fundación El Libro, del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (2009); el Segundo Premio en el Concurso de Novela Corta, organizado por la Editorial Mis Escritos (2014); el Premio Accésit en el Concurso de Cuentos organizado por la Comisión de Cultura del Colegio Público de Abogados de la Capital Federal (2015). Es Coordinadora de Talleres de Escritura Creativa y redactora permanente de los periódicos de edición impresa *Cosas de Barrio* y *El adán de Buenos Aires*, de la Ciudad de Buenos Aires. Contacto: abrazomariposa@yahoo.com.ar.

LA POLÉMICA ALBERDI - SARMIENTO: DIVERGENCIAS Y DISPUTAS EN TORNO A DOS IDEARIOS EN CONFLICTO

por Fernando Nahuel Valcheff García

*Chocaron dos filosofías ocasionalmente distintas,
dos temperamentos diferentes,
dos posiciones frente al orden político,
dos maneras de sentir la patria.*

Horacio Zarruquín Becú en *La polémica Alberdi - Sarmiento en Chile*

El análisis de los motivos que dieron origen a la conocida disputa entre Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento, plasmada en las *Cartas Quillotanas* (1853) y *Las ciento y una* (1853), supone un ejercicio de rastreo en el pasado que permita reflexionar acerca del contexto sociohistórico argentino de aquella época. Comprender los pormenores, las causas y los rumbos de la contienda, requiere el conocimiento de un panorama complejo cuyas bases arraigan fuertemente en la coyuntura política argentina de mediados del siglo XIX. La inminente caída de Rosas, tras 17 años ininterrumpidos en el poder, agita la arena política de manera incisiva. El debate público gira en torno a la necesidad de organización institucional de la nación y el modelo de país que se desea implementar. Mientras tanto, la derrota de Rosas en la Batalla de Caseros a manos del ejército de Justo José de Urquiza, posiciona a este último como figura de poder central y, en consecuencia, como el natural candidato a encargarse de poner en marcha el proyecto de país que la República reclama desde hace tiempo.

En este contexto, resulta de crucial importancia la firma del Acuerdo de San Nicolás en el mes de mayo de 1852, avalado por 13 provincias argentinas —a excepción de Buenos Aires— con el objetivo de sentar las bases de la organización nacional. Sus tres resoluciones fundamentales son el establecimiento de la vigencia del Pacto Federal de 1831, la convocatoria a un Congreso General Constituyente a llevarse a cabo en la ciudad de Santa Fe y la creación del cargo de Director provisorio de la Confederación Argentina, que recae en Urquiza. Este pacto constituye el desencadenante de la confrontación entre Alberdi y Sarmiento: mientras que el primero defiende la legitimidad del documento, el segundo sostiene su nulidad. Las tomas de posición frente al acuerdo cimientan las bases del conflicto, dejando en evidencia dos idearios en pugna que sostienen una determinada postura en torno a la libre navegación de los ríos y la distribución equitativa de las rentas aduaneras —temas en boga que reclamaban ser resueltos—, así como la adhesión o el rechazo a la figura de Urquiza y su proyecto.

Alberdi coloca a Sarmiento como iniciador de la polémica al incluir en sus *Cartas Quillotanas* una «Advertencia» al lector que consiste en la transcripción textual de la «Dedicatoria de la campaña en el ejército grande» (1852) de Sarmiento. En ella, el sanjuanino hace referencia a los motivos que lo llevan a desconfiar de Urquiza y que lo impelen a «explicar las causas del descalabro que este hombre ha experimentado» (2005: 78). El escrito, sin embargo, no sólo muestra su rechazo hacia la figura del Director provisional, sino que también se encarga de desacreditar a Alberdi mediante afirmaciones de tono beligerante («Ud. que tanto habla de la política para justificar enormidades que repugnan el buen sentido», p. 78), alegatos con los que lo desprestigia («No será el timbre menor de su talento y sagacidad el haber provocado y hecho necesaria esta publicación», p. 79) y acusaciones que pretenden deshonrarlo («Ud. sabe, según consta de los registros del sitio de Montevideo, quién

fue el primer desertor argentino de las murallas de defensa al acercarse a Oribe», p. 80). Asimismo, puede percibirse un dejo de ironía en las fórmulas epistolares que Sarmiento elige utilizar para dirigirse a Alberdi en el inicio y el cierre de su «Dedicatoria...»: «mi querido Alberdi» y «me suscribo su amigo» trazan un gesto discursivo que oscila constantemente entre el trato respetuoso y cercano y la abierta difamación.

Alberdi toma estas declaraciones como disparador de sus *Cartas Quillotanas*, incluyendo la «Dedicatoria...» en el marco de su propio discurso con el objetivo de responder a Sarmiento, dando rienda suelta a la confrontación. En esta línea, la primera carta inicia con una provocación por parte de Alberdi: «Sea cual fuere el mérito de su *Campaña en el ejército grande aliado de Sud América*, probable es que no hubiera leído yo ese escrito, por escasez de tiempo para lecturas retrospectivas de ese género» (2005: 83). Mediante una operación de marcado descrédito, Alberdi coloca a Sarmiento en un lugar de inferioridad, restándole importancia a una de sus obras más salientes. Este comienzo es representativo de la intención que Alberdi persigue con sus Quillotanas: correr a Sarmiento del lugar de prestigio del que goza, desmereciendo su actividad como escritor. Para ello, utiliza un estrategia sumamente lúcida y eficaz: en lugar de elaborar argumentos *ad hominem* orientados a la persona de Sarmiento, deja en claro su intención de «estudiarlo como escritor», mostrando su disconformidad con la actividad llevada a cabo por la «prensa de combate», a la que califica como «una prensa de mentira, de ignorancia y mala fe: prensa de vandalaje y desquicio (...) la mala prensa, la venenosa prensa de guerra civil» (2005: 93). Alberdi advierte la filiación de Sarmiento con este periodismo¹, al tiempo que alega la necesidad de concebir una prensa nueva que esté acorde con la época que la Argentina comienza a vivir. Le reconoce a Sarmiento su labor como «soldado de la prensa» durante diez años en los cuales su «pluma fue una espada» y sus doctrinas «armas, instrumentos, medios de combate». Pero la guerra ha concluido, enfatiza Alberdi. Los intereses de la Patria son otros, y es necesario que la prensa acompañe ese cambio: «La prensa de combate (...) se presenta enana delante de estos deberes. Sus orgullosos servidores tienen que ceder los puestos (...) Ya no hay ruido, gloria, ni laureles para el combatiente; empieza en él el olvido ingrato que es inherente a la República» (2005: 90). En este punto, la operación de desgaste que ejerce Alberdi sobre Sarmiento es absolutamente clara. La referencia a ese «combatiente que cae en el olvido» no puede más que aludir al sanjuanino y, fundamentalmente, a sus ideas, que para Alberdi resultan anacrónicas en la medida en que no se adaptan a los tiempos y las necesidades coyunturales de la nación. Al deseo de Alberdi de construir un país en el que sea posible la coalición y se incluya a todos los sectores (en una actitud fuertemente pragmatista), se opone la voluntad de Sarmiento de excluir a los gauchos y a los caudillos. Así, quedan en evidencia dos idearios, dos sistemas de pensamiento diferentes y contrastantes, dos modos de razonar y construir el discurso que luchan por imponerse uno sobre el otro.

En su segunda carta, Alberdi comienza acentuando el proceso de desgaste de la labor escrituraria de Sarmiento por contraste con la suya propia, a la que califica como un «estudio impersonal y desapasionado», redactado con el simple objetivo de «hacer rectificaciones que importan a la verdad histórica» (2005: 102). Toma, entonces, como objeto de su crítica la *Campaña* de Sarmiento, obra a la que considera marcadamente subjetiva y discordante con respecto a la Campaña real llevada adelante por Urquiza para derrocar a Rosas: «Su campaña personal, en vez de ser un diario de las marchas del ejército, es la historia psicológica de sus impresiones» (2005: 105-106), acusa Alberdi. De esta manera, no sólo logra desprestigiar a Sarmiento en tanto escritor, sino que también desestima su labor como hombre de armas y como redactor del *Boletín* de la Campaña. En definitiva, refuta el carácter de testimonio histórico de la mencionada obra de Sarmiento, a quien acusa de ser un «testigo de oídas» que refiere no a lo que ha presenciado, sino a lo que le han contado. Según Alberdi, la *Campaña* de Sarmiento no es más que un «arma de guerra» escrita en apoyo de la revolución que sería llevada a cabo el 11 de septiembre, la cual desembocó en la secesión de Buenos Aires de la Confederación mediante la impugnación de la autoridad de Urquiza. Alberdi llega incluso a tildar a Sarmiento de conspirador («Es un escrito de conspiración contra el nuevo gobierno provisorio de la Confederación Argentina», p. 127) y a acusarlo de ser

¹ «sería peligroso que Ud. atrajese a la juventud (...) en el sentido turbulento y continuamente agitador de sus publicaciones posteriores a la caída de Rosas» (2005: 87), sugiere Alberdi.

absolutamente parcial en su apreciación de las acciones llevadas a cabo por del Director provisional. Atribuye la postura reaccionaria de Sarmiento a su frustración por no haber sido consultado respecto al rumbo futuro del país, sintiéndose excluido y rechazado de un panorama político del cual buscaba formar parte desde hacía tiempo²: «Ud. no fue interrogado, ni consultado como esperaba, y ése fue un delito de Urquiza, para Ud.» (2005: 110). En este punto, Alberdi se torna especialmente incisivo en su crítica, tomando como base de su racional, cuidada y meticulosa argumentación, dos temas que afectan de manera particular la sensibilidad de Sarmiento: sus conocimientos militares y su competencia como «hombre de estado». Pero el gesto confrontativo de Alberdi es aún más significativo si se tiene en cuenta que la desacreditación y el cuestionamiento de Sarmiento en estos dos órdenes se sustenta en su labor como periodista/ escritor. En este sentido, le objeta el hecho de ser «un escritor que se creía hombre de Estado porque había escrito periódicos» (2005: 114) y le recuerda, con un dejo de sarcasmo, que «La disciplina militar no reconoce notabilidades literarias» (2005: 116). A medida que avanza la carta, Alberdi agudiza su provocación poniendo en duda los conocimientos y la experiencia militar de Sarmiento mediante una serie de afirmaciones categóricas: «(...) tampoco es juez ni voto en materias militares (...) Ud. no es soldado; no conoce la estrategia (...) Su saber militar sólo prueba la generalidad de sus lecturas (...) Ud. que no habría podido mandar una división; Ud. que no había hecho ninguna campaña; que no conocía la ciencia militar» (2005: 118). En la misma línea crítica, la segunda carta abunda en referencias al egocentrismo sarmientino, la hiperbolización que realiza de su propia figura y la inconsistencia de sus opiniones políticas, a las que encuentra sumamente contradictorias.

Un último núcleo de conflicto importante en el marco de esta carta lo constituye el cuestionamiento de la insignia rojo punzó, símbolo de la mazorca rosista. Según Alberdi, que no se efectivice su eliminación resulta un hecho absolutamente secundario, superficial y carente de importancia, en tanto no se trata de un «signo de un sistema» que posea un valor trascendental para la organización del país. «Jamás la salvación de la patria podría depender de un color» (2005: 133), afirma, y si bien aclara que no defiende su uso, sí enfatiza la necesidad de no convertir un punto frívolo en «cuestión de vida o muerte». Sarmiento, en cambio, considera que el no haber obligado a la población a eliminar dicho distintivo es un síntoma de que las bases sobre las que se está asentando la organización nacional se encuentran corruptas. Alberdi utiliza la postura de Sarmiento a favor de su propia argumentación y, de manera astuta, revierte el discurso de éste en su contra, acusándolo de querer instigar una resistencia y sublevación que, lejos de llevar a la libertad al país, sólo servirá para dificultar la consolidación de la autoridad política.

El final de la segunda carta y el inicio de la tercera mantienen una continuidad en tanto ambas retoman la reflexión acerca de la lógica combativa que sostiene la vieja prensa. Nuevamente, Alberdi vincula a Sarmiento con dicha forma de periodismo, esta vez de manera directa. Su discurso apunta aquí a mancillar el orgullo de escritor de Sarmiento, apelando a elogios irónicos que derivan en una marcada subestimación de su labor: «Cuando Ud. servía a los intereses de todos atacando a Rosas (...) todos lo ayudamos, todos lo aplaudimos (...) Lo aplaudíamos sin leerlo» (2005: 140). Asimismo, Alberdi vuelve a insistir en la necesidad de refrenar los impulsos combativos de Sarmiento: «(...) hoy que han cambiado las condiciones (...) no es posible tolerar que Ud. siga empleando (...) el tono y el lenguaje que en diez años se acostumbró a dirigir contra los asesinos de nuestros hermanos y nuestras libertades» (2005: 140). En el marco de la carta, otra de las estrategias a las que recurre Alberdi para desmoralizar a su rival consiste en el destronamiento de la imagen de Sarmiento como «mito político argentino», imaginario autogenerado e impuesto por él mismo. Dice Alberdi:

Por haber escrito diez volúmenes, ¿será Ud. *mito* político en su país? (...) El nombre de un escritor puede ser un mito en la imaginación del pueblo; pero ¿la gloria literaria es antecedente de gobierno en alguna parte? ¿No han tenido ese ascendente mitológico o fabuloso en nuestro país, Belgrano, Moreno, San Martín, que libertaron la América, y lo tendría un escritor de la prensa periódica! (2005: 142-143).

² Véase la *Carta de Yungay* que escribe Sarmiento a Urquiza en el año 1852, en la cual expresa su deseo de ser convocado a formar parte del nuevo gobierno de la nación.

Este embate al perfil político de Sarmiento, que a su vez vuelve a poner en jaque sus cualidades como escritor, es rematado con una afirmación contundente: «sus escritos no lo hacen a Ud. presidente de la República Argentina por derecho natural» (2005: 143). La crítica a Sarmiento en tanto escritor con aspiraciones políticas, también se agudiza mediante un extenso análisis en torno al ideario que el autor sostiene en *Facundo*. Alberdi pretende mostrar el carácter obsoleto y la inconsistencia del pensamiento sarmientino en dicha obra, refutando su menosprecio por el campo y acusándolo de promulgar una «falsa doctrina» encarnada en la oposición campo-ciudad y civilización-barbarie. De este modo, busca desautorizarlo en los ámbitos de la ciencia política e histórica, cuestionando la utilidad práctica que pudieron haber aportado sus reflexiones teóricas y recurriendo, una vez más, a su aguda perspicacia para plantear la imposibilidad de que Sarmiento ejerza la política por su condición de periodista: «La prensa periódica desempeñada por largos años, lejos de ser escuela de hombre de estado, es ocupación en que se pierden las cualidades para serlo» (2005: 164). En definitiva, como indica Marcos Mayer, «Alberdi realiza en sus Cartas Quillotanas una minuciosa operación de despojamiento de todos los títulos que pudiera llegar a invocar Sarmiento: militar, escritor, publicista, historiador, analista político» (2005: 20), degradando, así, su imagen pública.

En la última de sus cartas, Alberdi comienza escribiendo en primera persona, lo cual resulta una particularidad ausente en sus epístolas previas, rasgo que, por otra parte, lo distancia abismalmente del exacerbado ego sarmientino. No obstante, el uso del «yo» funciona para Alberdi no como un modo de exaltar su persona, sino como un medio para reivindicar su ideario frente a las acusaciones de Sarmiento en su «Dedicatoria...»: «¿Y sabe usted por qué hablo hoy de mí? Por la necesidad de defender las doctrinas orgánicas que ud. ha podido dañar con su anhelo de desconsiderar la persona de su autor» (2005: 172). Se dispone, entonces, a responder a los agravios de su adversario político uno por uno, de manera metódica y sistemática. Entre sus réplicas, aparecerá una de las insinuaciones clave para comprender el tenor de *Las ciento y una*. De manera velada, pero mediante una referencia que no deja lugar a muchas dudas, Alberdi acusa a Sarmiento de ser un «periodista a sueldo»³: «Yo no debo ni he debido mi pan cotidiano a la prensa (...) Yo visito la prensa por accidente y regalo mis manuscritos a los editores (...) otro se ha dicho *la prensa de Chile* por muchos años, y vende sus renglones al público» (2005: 176). En relación con este asunto, entra en juego la cuestión de la autoría, la propiedad y la defensa de un ideario. Alberdi posiciona su pensamiento político en la línea de una «idea largamente elaborada y sostenida», realizada en sus *Bases y Puntos de Partida para la Organización Política de la República Argentina* (1852), tratado de derecho que significó un aporte fundamental para la Constitución de 1853. Pone en duda, en cambio, la originalidad y el carácter novedoso de los conceptos planteados por Sarmiento en *Argirópolis* (1850): «Las ideas accesorias de *Argirópolis* no diré que sean mías, sino que yo las escribí seis años antes de escribirse *Argirópolis*» (2005: 185). Esta frase, que da lugar a interpretar una acusación encubierta por plagio, resulta una estrategia sumamente corrosiva por parte de Alberdi, puesto que no sólo posiciona a su adversario como un fraude intelectual, sino también como deudor de propuestas políticas ajenas. Concluida la carta, queda la puerta abierta a una réplica que no tardará en llegar.

Dos meses después de la aparición de las *Cartas Quillotanas*, salen a la luz *Las ciento y una*, una serie de contestaciones a los dichos de Alberdi publicadas en el diario *La Nación* mediante las cuales Sarmiento pretende reivindicar su figura y sostener su oposición a la autoridad de Urquiza. A diferencia de Alberdi, cuyo estilo se caracteriza por la medida, el orden, el discurso lógico racional y la argumentación metódica y sistemática, Sarmiento desarrolla alocuciones absolutamente pasionales, exaltadas y, por momentos, desmesuradas, que recurren a las más punzantes ironías para la descalificación de su «enemigo». Se trata de una escritura digresiva que abunda en anécdotas autobiográficas, descripciones exóticas e interrupciones constantes. Al decir de Marcos Mayer, «mientras Alberdi mantiene un tono aparentemente desapasionado que produce una sensación constante de orden y transparencia de las ideas, el texto de Sarmiento es de una inteligencia desaforada, que frente al ideal clásico de la claridad que sostiene su oponente, se inclina por el

³ Aunque Alberdi no apela específicamente a este mote, lo retomamos del discurso de Sarmiento, quien, en sus cartas, habla en estos términos para referirse a la acusación de su rival.

arrebato del romanticismo” (Mayer 2005: 14). En este sentido, Sarmiento también se distancia de Alberdi por la utilización del agravio y la injuria personal como recursos propios de una efervescencia verbal que incluso lo lleva a revelar cuestiones pertenecientes a la vida privada de su adversario.

La «Primera de las ciento y una» comienza con un tono sarcástico característico del discurso sarmientino. La fórmula de inicio de la carta construye un destinatario cuyas cualidades se acentúan de manera hiperbólica, generando el efecto irónico deseado: «Al excmo. Señor enviado plenipotenciario efectivo cerca de los diarios de Valparaíso y, ad referendum, cerca del gobierno de Chile, doctor don Juan Bautista Alberdi» (2005: 297). En línea con esta dedicatoria, Sarmiento continúa la epístola planteando la necesidad de responder a Alberdi y ensayando una serie de preguntas que reflexionan acerca de cuáles habrían sido las intenciones de Alberdi al escribir sus *Cartas Quillotanas*. A partir de aquí, pueden comenzar a observarse algunos de los rasgos constantes de la escritura de Sarmiento: su tendencia a la autolegitimación y a la exaltación egocéntrica y megalómana, el uso del doble sentido acompañado de un tono burlesco mediante el cual construye la figura de su oponente y la victimización de su propia persona. Luego de esta apertura, Sarmiento se dirige a Alberdi, planteándole que «en la olla podrida que ha hecho usted de *Argirópolis*, *Facundo*, *La Campaña*, etcétera, etcétera, condimentados sus trozos con la vistosa salsa de su dialéctica saturada de arsénico, (...) necesito responder (...)» (2005: 297). A continuación, procede a «fijar las cuestiones primordiales» que lo llevan a preguntarse y responderse acerca de los motivos y voluntades de Alberdi. En ese verborrágico fluir textual, Sarmiento redobla la apuesta de su contrincante, devolviéndole la acusación que éste había dejado deslizar en sus quillotanas: «¿De qué trata en sus cartas quillotanas? De demoler mi reputación. ¿Quién lo intenta? Alberdi. ¿Qué causa lo estimula? Ser empleado para ello» (2005: 297). Así, la denuncia se convierte en uno de los principales vehículos difamatorios que Sarmiento utiliza para deslegitimar a Alberdi.

En más de una ocasión, el discurso de Sarmiento apela al falso elogio, la sarcástica reivindicación y el enaltecimiento irónico de la figura de Alberdi como vehículos para llevar a cabo la denigración y el cuestionamiento de sus valores morales y profesionales: «¿Qué me queda, sino seguirlo paso a paso, pidiéndole gracia como el mendigo que pide un óbolo? ¡Pero está usted tan alto! ¡tan elevado! ¡tan sostenido!. Tengo, sin embargo, una ventaja (...) usted, como todos, me cree honrado. No lo creo así yo a usted» (2005: 297). Otro de los recursos que emplea Sarmiento en su acometida contra Alberdi es la apropiación de la palabra de éste mediante citas textuales que son retomadas para defenderse de las argumentaciones de su oponente, sobre todo durante la «Segunda de las ciento y una». Pero la gran diferencia con el proceder de Alberdi estriba en que los discursos que recupera Sarmiento no sólo provienen de las Quillotanas, escritos de público conocimiento, sino también de la correspondencia personal que ambos se enviaban en sus épocas de cercana amistad. Esto deja a la vista ciertas cuestiones de índole íntima que suscitarán la enfática y entusiasta respuesta de Alberdi en su *Complicidad de la prensa en las guerras civiles de la República Argentina* (1853).

Por lo demás, Sarmiento insiste en desacreditar a Alberdi criticando su ejercicio de las profesiones de abogado y jurista, cuya legitimidad pone en duda constantemente, así como su labor de periodista, que denosta en reiteradas oportunidades. En esta línea, el sanjuanino se refiere irónicamente a las *Cartas Quillotanas* mediante el empleo de epítetos, diminutivos y denominaciones ridiculizantes como «operilla» (p. 322), «panfletito» (p. 316), «librejillo» (p. 318), «ópera bufo-seria de Quillota» (p. 327) o «argucias quillotanas» (p. 429), por mencionar algunos. Tampoco escatima en expresiones de difamación o insultos hacia Alberdi: desde los risibles «escritor de periodiquines» (p. 309) o «doctorcito» (p. 306) hasta los agraviantes «tramposo» (p. 329), «mal hombre» (p. 329), «insolente deslenguado» (p. 327) y «botarate insignificante» (p. 359), pasando por animalizaciones como «cara de conejo» (p. 328) o «ratoncito» (p. 340). Incluso apela a expresiones que rebajan al máximo la figura de su contrincante: «es una esponja de limpiar muebles, que absorbe todas las ideas junto con el lodo, se estruja y absorbe otras, para volverlas a estrujar y aplicarse a todas las cosas sucias» (2005: 340), en alusión a lo que él percibe como inconsistencias en el orden político-ideológico. Al igual que Alberdi lo hizo en sus quillotanas, Sarmiento lo tilda de oportunista y contradictorio, y no vacila en afirmar que «tiene una conciencia de las cosas para cada día» (2005: 321). También deja en claro que los argumentos esgrimidos por Alberdi no tienen peso

alguno en tanto son empleados por él según la conveniencia de las circunstancias. Todas estas aseveraciones culminan en uno de los ejes centrales de la respuesta de Sarmiento. Al finalizar la segunda de sus ciento y una, haciendo uso de un tono sumamente mordaz y de un efectismo literario que pretende reforzar su argumento de base, Sarmiento ensaya un modelo hipotético del recibo que, según él, Alberdi habría cobrado para demorar su apoyo al Pacto Federal en favor de Urquiza: «Al “doctor” Alberdi por haberse negado a adherir al pacto federal hasta después de dada la batalla de Caseros, enviado plenipotenciario y nueve mil pesos fuertes de renta anual (papel) \$153.000» (2005: 341).

En la tercera carta, Sarmiento se dedica a defender su postura con respecto a los dispositivos teóricos de civilización y barbarie, en respuesta a la crítica que Alberdi hace del *Facundo*. Una vez más, insiste en establecer una correlación entre el apoyo de Alberdi a Urquiza y el sueldo percibido por Alberdi como «Embajador plenipotenciario en Chile», esta vez mediante un complejo razonamiento que teje en torno a distintas fechas y pronunciamientos, datos empíricos que contribuirían a concluir que Alberdi «prostituyó su inteligencia a negocios prácticos» (2005: 353). Según Sarmiento, los hechos hablan por sí solos, demostrando fehacientemente las verdaderas motivaciones de Alberdi:

El correo partió el 15 llevando los artículos de *El Diario*, y el acta del club; y el 8 de octubre, cincuenta y cuatro días después, le llegó al doctor Alberdi el nombramiento de enviado plenipotenciario. Es decir, a la vuelta del correo. Las fechas coinciden sin apelación. El 11 de agosto, la causa; el 8 de octubre, el efecto. Nada antes, ni una palabra, ni un indicio (...) Yo doy dos diarios chilenos en apoyo de Urquiza y un club agente en cambio de una embajada. Mandó las muestras de la mercadería en los dos artículos de *El Diario*, y el acta del club, y le mandaron los títulos (2005: 354).

Este encadenamiento de sucesos, que Sarmiento presenta como presuntas pruebas concluyentes, constituye, en realidad, un estratégico constructo discursivo que, a pesar de carecer de efectivo respaldo empírico, resulta convincente, lo cual demuestra la astucia, las habilidades argumentativas y la pericia del sanjuanino a la hora de intentar persuadir al potencial público lector de su carta.

La defensa de Sarmiento consiste en la puesta en práctica de un sólido ataque a Alberdi, tanto en lo personal como en lo profesional, por lo que la ironía, el egocentrismo y la profusión de acusaciones y alegatos se profundizan en la cuarta de las cartas, donde Sarmiento no pierde la oportunidad de denostar a Alberdi utilizando un discurso sumamente exaltado que llega a tornarse ofensivo: «¡Y dos meses de contradicción asidua (...) ha empleado Alberdi en urdir (...) esta telaraña, humedecida con la baba de la envidia hipócrita, de la rabia astuta, de la codicia sórdida, de la ambición rastrera!» (2005: 374). También insiste en plantear la existencia de un acuerdo tácito entre Alberdi y Urquiza que determinaría el acato de aquel a la ideología, acciones y propuestas de éste. Sarmiento sostiene que el modo de proceder de Alberdi se encuentra condicionado por la existencia de un pacto que pone en juego su libertad de pensamiento y de expresión. Un pacto cuyo beneficio principal para Alberdi sería el resarcimiento económico que recibiría por escribir a favor de Urquiza como su «periodista de alquiler», ya que, según enfatiza Sarmiento, el único interés y móvil de Alberdi es el dinero.

En respuesta a los cuestionamientos que Alberdi plantea en relación con su labor en la prensa, Sarmiento se muestra muy astuto en negar su profesión de periodista, así como de hombre de estado y militar, aunque defendiendo el valor de su experiencia en estos campos y consignando las características que él considera debe tener un profesional que se desempeñe en ellos. Vuelve a recurrir, entonces, a la ironía: se desentiende de su rol como militar, estadista y periodista, al tiempo que deja asentado un decálogo de requerimientos, cualidades y valores que estos profesionales deberían tener, atribuyéndoselos a sí mismo. En esta línea, y para reforzar su rechazo a los argumentos de Alberdi, Sarmiento emprende una enérgica defensa de la educación en tanto área de desempeño de su verdadera profesión: la de Maestro. Concluye, así, en la siguiente afirmación: «No soy, pues, periodista, Alberdi, ni escritor de profesión, ni soy militar de profesión. De profesión sólo soy ‘maestro de escuela’, y en este grado, adquirido con esfuerzo y sancionado por gobiernos ilustrados, he llegado con honradez y pureza a donde no llegará usted como periodista de alquiler

(...) y ni aun como abogado» (2005: 428). Este escepticismo va de la mano con una fuerte crítica de Sarmiento a las *Bases* de Alberdi orientada, más que contenido de la obra, a su uso como instrumento al servicio del proyecto de Urquiza y como documento que, desde su punto de vista, pareciera querer imponer una determinada agenda política para la organización nacional, ejerciendo atribuciones que le corresponden al Congreso y no a un único individuo.

La última réplica explícita en el marco de la Polémica, llega de la mano de Alberdi bajo el título de *Complicidad de la prensa en las guerras civiles de la República Argentina*. En líneas generales, constituye el intento de Alberdi de dar cierre a algunas cuestiones planteadas por Sarmiento en sus *Ciento y una*. En la «Advertencia» a la epístola, Alberdi manifiesta su voluntad de responder a las calumnias e insultos de Sarmiento mediante tres vías: «Prosiguiendo mi estudio de la prensa en desorden; rectificando las calumnias con respeto; obligando al detractor a que me haga enmienda honorable con sus palabras de otro tiempo» (2005: 197). Para ello, divide su escrito en seis partes. Las dos primeras retoman su análisis de la prensa de guerra, a la que califica de «bárbara», «fatua» y «bruta», en un cambio de registro que se aleja de su sosegada y medida elocuencia para adoptar un espíritu combativo más cercano al de su rival. En este sentido, coincidimos con Mayer en que «algo ha cambiado en el tono de Alberdi que ahora es más proclive, si no al insulto, a una manera de caracterización que bordea el agravio» (2005: 27). Como parte de esta operatoria, el autor de *Complicidad* critica severamente a Sarmiento por la manera en que ejerce su oficio de periodista en las *Ciento y una*, al apelar a cuestiones personales y a correspondencia privada para construir su discurso. «El que así la emplea, prostituye su ejercicio y la degrada más que los tiranos» (2005: 209), dice Alberdi, y refuerza su alegato con una afirmación vehemente, certera y determinante: «Jamás hubo un tirano tan atrasado que pusiera en mayor riesgo la libertad de escribir» (2005: 209). Las tres partes siguientes, las dedica a la rectificación de ciertos datos, fechas y acontecimientos aportados por Sarmiento cuya validez refuta, acusándolo de falsear los hechos y faltar a la verdad. Por último, dedica las páginas finales de su escrito a reproducir extractos de cartas elogiosas de Sarmiento hacia él, a modo de «enmienda honorable» que deja en evidencia la ambigüedad de carácter de su contrincante. Esta decisión de Alberdi muestra ser de una gran efectividad en tanto «el hecho de cerrar con la palabra de [Sarmiento] es una estrategia que tiende a una demolición definitiva, pues deja que sea el reo el que se inculpe admitiendo la valfa de su adversario» (Mayer 2005: 28).

Como puede observarse a partir de los aspectos consignados en el presente trabajo, la polémica Alberdi-Sarmiento surge como síntoma de una coyuntura compleja y una realidad política signada por el conflicto entre quienes intentan encauzar el rumbo del país tras la caída de Rosas. Lo que se pone en juego en estos discursos es la reputación de dos de las personalidades más influyentes de la época, dos ideólogos y formadores de opinión cuyas trayectorias, convergentes en otras circunstancias, se distancian irremediabilmente. El juego de réplicas y contrarréplicas que sostienen la polémica pone en funcionamiento un sistema discursivo dialógico en el que los ecos de la voz del «otro», al que se alude de manera tanto explícita como tácita, impregnan la palabra de ambos en todo momento. No obstante, debe tenerse en cuenta que hablar de un intercambio epistolar en el sentido tradicional sería inadecuado. Más que respuestas, las cartas constituyen bloques discursivos aislados y divergentes. Personifican la voz de dos figuras que «en ese instante de sus vidas, se convierten en los instrumentos que eligen para manifestarse, con máxima violencia verbal y enfática precisión, las dos corrientes emocionales en que se enhebra, dividiéndose, nuestro turbulento proceso político» (Zorraquín 2005: 61). Representan, en definitiva, dos perspectivas, dos conciencias lingüísticas y dos perfiles de intelectual que encarnan los principios y valores de propuestas disímiles y, todavía hoy, irreconciliables.

© Fernando Nahuel Valcheff García

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERDI, Juan B. y SARMIENTO, Domingo F. (2005). *Polémica Alberdi - Sarmiento. Cartas Quillotanas y Las ciento y una*. Buenos Aires: Losada.
- BUENO, Mónica (1999). "Sarmiento: una escritura fuera de ley" en *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*. Vol. 7, Nº 14-15 (1999): 143-190.
- FERNÁNDEZ, Nancy (2013). "Civilización y barbarie, o las construcciones del imaginario nacional: de Rosas a Urquiza". *Cuadernos de Literatura*, Vol. 19, Nº 37 (2015): 275-284.
- MAYER, Marcos (2005). "Estudio preliminar" a *Polémica Alberdi - Sarmiento. Cartas Quillotanas y Las ciento y una*. Buenos Aires: Losada.
- ZORRAQUÍN BECÚ, Horacio (2005). "La polémica Alberdi - Sarmiento en Chile" en ALBERDI, Juan B. y SARMIENTO, Domingo F. (2005). *Polémica Alberdi - Sarmiento. Cartas Quillotanas y Las ciento y una*. Buenos Aires: Losada.

Fernando Nahuel Valcheff García (Buenos Aires, 1992). Estudiante avanzado de las carreras de Profesorado y Licenciatura en Letras en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMdP). En la actualidad, se desempeña como Ayudante Estudiante en la cátedra de Introducción a la Literatura. Es miembro del grupo de investigación *Escritura y Productividad* y Becario del Consejo Interuniversitario Nacional (Beca de Estímulo a las Vocaciones Científicas, periodos 2015-2016 y 2016-2017). Ha sido colaborador en las *III Jornadas Internas de Investigadores en formación* organizadas por el Departamento de Letras, Facultad de Humanidades, UNMdP (Mar del Plata, noviembre de 2015) y en las *I Jornadas de Teoría Literaria y Práctica Crítica* organizadas por las cátedras del Área de Teoría Literaria, Facultad de Humanidades, UNMdP y el Centro de Letras Hispanoamericanas (CELEHIS - UNMdP) (Mar del Plata, octubre de 2015). Fue Miembro del Comité Ejecutivo en las *III Jornadas Gilles Deleuze* organizadas por el Grupo de Investigación *Escritura y Productividad* y la Fundación Destellos (Mar del Plata, septiembre de 2015) y Jurado Alumno en el Concurso de Ayudante Estudiante de la asignatura Taller de Oralidad y Escritura I (Mar del Plata, marzo de 2016). Asimismo, participó como expositor en Jornadas y Congresos de Literatura. Ha publicado el artículo "Amelia Biagioni o el imprevisible trayecto de una experiencia poética alterna", en *Catedral Tomada - Revista de crítica literaria latinoamericana* (Universidad de Pittsburgh, diciembre de 2015) y "Heterogeneidad textual y multiplicidad del discurso poético en *Estaciones de Van Gogh*, de Amelia Biagioni", en *Actas del V Congreso Internacional CELEHIS de Literatura* (Universidad Nacional de Mar del Plata, 2014), así como numerosas reseñas en la revista de cine y literatura *Letraceluloide* (ISSN 1851-4855). También ha participado en *Panoramas*, Foro de comentarios Latinoamericano a cargo del Center for Latin American Studies (CLAS) dependiente de la Universidad de Pittsburgh, con una colaboración titulada "Amelia Biagioni: un centenario silencioso" (Mayo de 2016).

SÓLO ESO

por Arnoldo Rosas

El muchacho salió de la tienda en la estación de servicios con la mochila colgada al hombro, empuñando una cajetilla de cigarrillos recién comprada, viendo al piso con la cabeza gacha, como quien cuida sus pasos para no dar un resbalón.

Dejó que a sus espaldas se cerrara automática la puerta de vidrio, produciéndose el mismo crujir de bisagras herrumbrosas y la misma alharaca de campanas frenéticas que lo había sorprendido cuando entró. Esta vez no hubo sobresaltos.

Permaneció sin avanzar, de pie en el pórtico, quizá re-acostumbrándose al calor de la mañana, o indeciso por la dirección a seguir.

Miró de izquierda a derecha. Un hilo de aguas negras corriendo por la cuneta. Un perro sarnoso rascándose los flancos con el poste de luz. Una mujer despiojando a un niño en la acera. Un ciclista desapareciendo al doblar la esquina. Las últimas casas del poblado derruyéndose en el abandono.

Fijó la vista en el camión cisterna que, a no más de cinco pasos, se surtía de gasolina. Los vapores del combustible vidriaban el aire cálido de las once de la mañana: A ese chico ya no lo agarra nadie —escuchó que decía el chofer del camión al hombre que lo atendía—. Ha pasado mucho tiempo, mi amigo. Dos días es demasiado. Hasta en el ferry se habrá ido. A estas alturas debe estar en otro pueblo haciendo sus vagabunderías.

El muchacho escondió aún más la cabeza entre los hombros, y se recostó a la pared donde un inmenso aviso prohibía fumar. Con la mano libre se palmeó los bolsillos del bluyín y, retorciéndose un poco para no dejar caer la mochila, de uno de los bolsillos traseros sacó un encendedor plástico color naranja. Abrió la cajetilla de cigarrillos, sacó uno, se lo llevó a los labios y, de espaldas a la brisa, lo prendió.

«El muchacho escondió aún más la cabeza entre los hombros, y se recostó a la pared donde un inmenso aviso prohibía fumar.»

Aspiró profundo, retiró el cigarrillo de la boca, y dejó escapar lento el humo por las fosas nasales, revistiendo de grises el aro cobrizo que le colgaba de la nariz.

Se mantuvo recostado a la pared, bajo el gran letrero de prohibido fumar, viendo de reojo al que dispensaba gasolina conversando con el chofer del camión cisterna, sin volver a llevarse el cigarrillo a los labios, hasta que el de la bomba devolvió el pico de la manguera a la maquina surtidora; el chofer pagó, se montó en el camión, se marchó dando bocinazos insistentes que reclamaban vía libre; un Fiat Uno azul eléctrico de vidrios oscuros ocupó el puesto dejado por el camión y su conductora, una muchacha gordita y buenamoza, se bajó a destapar el tanque de la gasolina, dejando abierta la puerta del vehículo. Entonces el muchacho volvió a aspirar el cigarrillo.

Una hoja de periódico llegó arrastrándose con polvo y otras basuras hasta sus pies. La foto de alguien que, con el pelo más corto y mejor afeitado, muy bien podría haber sido él mismo se distinguía entre grandes titulares y avisos de ocasión. Retuvo la hoja con la suela de la bota militar y, como si con ella se limpiase restos de excremento que hubiese mal-pisado, la restregó contra el pavimento hasta que se rompió, se volvió girones, y luego añicos irrecuperables. Miró de lado y lado, quizá cerciorándose que nadie lo observaba, y se sentó en un banco que alguna vez fue rojo frente al ventanal de la tienda de conveniencia.

Siguió fumando calmo, como si no tuviera nada en que pensar.

Desde allí percibió que el vigilante de la estación lo enfocaba, señalándolo con la punta del rolo.

Pantalón de dril, camisa caqui con caponas, cachucha blanca con un sello de metal en el centro. Instintivamente el muchacho se apretó la mochila contra el pecho. Después se humedeció los labios con la lengua, aspiró el cigarrillo, dejó escapar el humo por la nariz, y simuló mirar hacia otra parte —grafitis obscenos en la tapia de un terreno baldío; afiches de políticos que perdieron antiguas elecciones, ya pálidos de tanta lluvia y sol; muros sin enlucir; un niño medio desnudo que corre empujando el aro deforme de una rueda de carreta; aves carroñeras oteando la lontananza desde el alar roto de una casa vecina— con la atención fija en el vigilante, viéndolo venir hacia él con pasos largos por la calzada interior de la estación de servicio, dándole vueltas al rolo con el dedo en el fiador, empuñándolo y apuntando al frente, tal cual hacen los pistoleros con el revólver en las películas del Lejano Oeste, justo antes de disparar. El muchacho abrazó con mayor fuerza la mochila y movió los ojos de extremo a extremo sin voltear la cabeza. Cualquiera hubiera dicho que buscaba por dónde escapar.

La portezuela abierta del Fiat Uno, el de la bomba coqueteando con la gordita-chofer, ella secándose el sudor del cuello con una servilleta de papel desechable a la vera del vehículo, disfrutando el homenaje del hombre, con ligero rubor y una sonrisa. Esa sonrisa te hace ver aún más hermosa, mi reina; le dijo el de la bomba, encimándosele un poco, amenazándola con darle un beso. Ella, sin rehuir la cercanía, se apoya en la portezuela del carro, abriéndola aún más, dejando a la vista el volante, el asiento libre del conductor, las llaves colgando en la *suichera*, el gran bolso de mujer en el asiento del copiloto.

«El muchacho agachó de nuevo la cabeza y ofreció en la palma abierta el encendedor naranja. Al bies observó al vigilante encender el cigarrillo. Rostro brillante de horas al sol. Carrillos que se hunden y después se hinchan.»

El muchacho desde el banco pareció extraviarse en ese espacio imposible del automóvil. Tensó el cuerpo, apretó con mayor fuerza la mochila, se inclinó hacia adelante, tomando el aire necesario para emprender una carrera. Después negó con la cabeza, movió los labios, deletreando por lo bajo una maldición, y le dio una última aspirada al cigarrillo. Luego lanzó de un capirotazo la colilla encendida hacia el Fiat Uno y cerró los ojos.

Entonces llegó el vigilante y, sin mediar palabras, lo empujó suave por el hombro con la punta del rolo. A pesar de

haberlo anticipado, el muchacho se sobresaltó y el sudor comenzó a manarle por cada poro y a recorrerle copioso la frente, las mejillas, el cuello, como si las esclusas de una represa se hubiesen abierto de pronto y las aguas retenidas le inundasen los sobacos, el pecho, el abdomen, humedeciéndole notoriamente la camisa de algodón y la entrepierna. Hizo un grande esfuerzo para alzar la cabeza y enfrenar al hombre, evadiéndole los ojos, esbozando una sonrisa de tétano.

El vigilante se calzó el pulgar de la mano con el rolo en la correa del pantalón y en la otra mano mostró un cigarrillo sin encender. Adusto, hizo señas pidiendo lumbre.

El muchacho agachó de nuevo la cabeza y ofreció en la palma abierta el encendedor naranja. Al bies observó al vigilante encender el cigarrillo. Rostro brillante de horas al sol. Carrillos que se hunden y después se hinchan. Frente que se contrae. Párpados que declinan. Humo que mana en éxtasis. Siempre sin mirar de frente, recibió de vuelta el encendedor.

Entonces el vigilante le indicó que se corriese y le diese espacio en el banco. El muchacho apretó aún más la mochila contra su pecho hasta casi aplanarla y, sin siquiera solivarse, se arrastró de nalgas hacia el otro extremo del banco, dejando un rastro acuoso de sudor sobre las tablas.

El vigilante se le sentó al lado con las piernas extendidas y los brazos abiertos sobre el respaldo del banco, abrazándolo por detrás. Le daba caladas profundas al cigarrillo y disparaba a chicotazos la ceniza a la calzada, hacia el Fiat Uno que finalizaba la reposta.

En una de esas comentó:

—Hace un calor de mil demonios, ¿verdad?

—Así es. De mil demonios —respondió el muchacho entre dientes, sudando a mares, apretando fuerte la mochila contra el pecho, encendiendo contra la brisa cálida un nuevo cigarrillo.

Después, nadie dijo nada.

© **Arnoldo Rosas**

Arnoldo Rosas (Porlamar, Venezuela 1960). Perteneció al Taller de Narrativa del Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos" (1981-1982). Sus trabajos han merecido diversos reconocimientos y algunos de sus textos están incluidos en importantes antologías de narrativa venezolana. Ha publicado los libros de relatos *Para enterrar al puerto*, *Olvídate del tango*, *La muerte no mata a nadie*, *Sembré los muertos* y *De amores y domicilios*; la novela corta *Igual*, y las novelas *Nombre de Mujer*, *Uno se Acostumbra*, *Massaua* y *Un taxi hasta tus brazos*.

VIDA DIFÍCIL

por Paula Winkler

Es algo terrible matar, pero no solamente mataríamos a los otros, sino también a nosotros si fuera necesario dado que solo la fuerza puede alterar este mundo asesino, como lo saben todas las criaturas vivientes. No nos es dado aún, dijimos, no matar (...)

Bertolt Brecht, *Teatro Completo*, Madrid: Alianza, 1a.ed. rústica, trad. al castellano, 1991.

Conozco a Naty desde que me mudé a la pensión. Los vecinos y sus amigos prefieren llamarla La Naty. Agregarle el «la» le proporciona una aureola de respeto. Y no les falta razón, porque tras su aspecto ligeramente sofisticado (es marroquí, habla francés y pinta retratos —así cuentan en el vecindario—), esconde la fuerza de una domadora y la sagacidad de un felino: te escudriña de solo echarte un vistazo y mete miedo cuando, al subir las escaleras que llevan hasta su cuarto, la escuchamos que les grita no sé qué a dos tipos, regordetes y feos, que siempre la acompañan. Dicen que ellos le hacen algunos trabajos *non sanctos*, y debe de ser así por su aspecto temerario: visten unos pantalones amarrados y una campera de cuerina sucia, con olor a nafta (haga calor o frío). Les sobraría un talle, si adelgazaran, o tendrían la costumbre de andar como Cantinflas —aquel personaje mexicano tan querido que mi hermana y yo veíamos de chicas por la tele—, pero ambos lucen, con orgullo, sus pantalones bajos, que permiten ver su panza, en extremo adiposa. De uno de los bolsillos, medio en reversa, asoma un revólver, ignoro si real o de juguete, si con silenciador o sin él. Prefiero no saber, porque de haberles visto una vez que empuñaban su arma para sacarle unos mangos a un chico pasado de droga que convulsionaba, casi vomito del susto. Esos recuerdos permanecen fijos en mi memoria, no soy tonta.

*«Mamá toma y toma.
Empieza al alba y
termina en la
madrugada. Ni los
rostros cambiantes de
la luna la salvan.»*

Antes de venir aquí, yo vivía en Belgrano con mi familia. Papá, médico, presta servicios en un hospital de la zona y en varios sanatorios. Atiende también en un consultorio que comparte con una cirujana que estudió con él en la universidad. (Eso dice él, pero se desenvuelven entre ellos con demasiada confianza y saben casi todo el uno de la otra.) Mamá nunca trabajó fuera de casa y tiene tiempo suficiente para elucubrar sobre ese vínculo, llenándose la cabeza de pensamientos relativos a la traición.

—Para qué buscar empleo —nos preguntaba a Marta y a mí, desde niñas— si papá nos cuida y yo tengo que hacerme cargo de uds.

—No me digas —le contesté en una oportunidad, cuando adolescente—, nosotras nos cuidamos solas desde que usamos el cerebro: la abuela tuvo un infarto y vos, en lugar de ocuparte, nos mandaste a nosotras a internarla. Estabas borracha. Eso sí, de los papeles de la obra social de la abuela, no te olvidaste y nos llamabas a cada rato por el celular para asegurarte de que te lleváramos tu cerveza vespertina. Me ligué enseguida una paliza, y desde entonces, continuó, sin interrupción, la saga de sus insultos y destratos para conmigo.

Mamá toma y toma. Empieza al alba y termina en la madrugada. Ni los rostros cambiantes de la luna la salvan. Hasta las estrellas son testigo celestial de lo inevitable: una mujer que, pasados los cincuenta, decide aferrarse a la botella porque su marido se lo pasa hablando loas de su socia y pes-

tes de los demás. Y, en su opinión, Marta, mi vieja y yo vendríamos a ser «personas de obligado afecto». Textual: mi padre debe de imaginar que el cariño que se prodiga a los hijos es como cumplir el protocolo social. La familia, la indisolubilidad del matrimonio, palabras huecas todas, que repite y que a nosotras, no nos significan nada. En esa especie de edén, hecho de simulación y mentiras, las dos hermanas hemos visto a mamá cayéndose varias veces, haciendo papelones en unas cuantas cenas, etc. Su hígado debe de ser para ella un barril sin fondo, de esos cuencos profundos, solo prestos para el vicio. Marta está a un tris de imitarla: vive ocupándose con obsesión de la limpieza. Y hace las compras y cocina, siempre entregada con desdén a los quehaceres domésticos. No la he visto sonreír nunca, en esto se parece al viejo; pone tanta distancia respecto de los otros, que termina por creerse superior al mundo, incluso a las faenas del hogar que ejercita sin chistar. En algún momento, ella también va a volverse alcohólica.

¡Mi hermana! Le llevo dos años, y recuerdo cuando recibió un sorpresivo ramo de jazmines; después supo, del vecino de la esquina. Estaba muy ilusionada con su galán anónimo, hasta que descubrió que se trataba del viejo reblandecido del primer piso. Creía que las flores se las había enviado Marquitos, un buen chico, de ojos saltones y risa franca, que vivía en el mismo edificio que el sinvergüenza ese, pero en el segundo. La decepción la mató, por eso, desde el desgraciado descubrimiento, se dedica a organizar la casa con una energía rabiosa. ¡Y hasta le debe de hacer gracia internar y desinternar a mamá! (Ignoro cuántas «rehabilitaciones» lleva de aquí acullá, será una veintena...) Las dos se quieren pero se odian, salvajemente como dos cachorras. A menudo dan la impresión de que se ahogan entre ellas, como si compartieran una balsa medio rota bajo el sol que se raya, por agresivo. No divisan ninguna costa, pero luchan contra la furia de las olas usando tan solo sus brazos para desafiar la perversidad del destino.

«Ya en la calle respiré un poco el aire, pero la mañana tormentosa se volvió hostil: el viento penetró en mi cuerpo a través de la ropa interior, casi me doblaba.»

Es curioso cuán invisible puede convertirse una hija para su madre cuando el alcohol se interpone entre ellas. El día de mi fuga, mamá ni se dio cuenta, estaba en uno de sus *delirium tremens*. Todo sucedió muy rápido: me gritó y yo quise contestarle, pero me mordí la lengua. Ella se me acercó con el vidrio roto de una botella, lo sostenía amenazante. Se estaba defendiendo vaya a saberse de qué fantasmas. Fui a mi cuarto, improvisé valijas pues la ropa superaba en cantidad el espacio que estas podían darle, me costaba cerrarlas; corrí entre pasillos transportando mi equipaje lo más rápido que

pude, dejando caer la muda que sobraba y tomé prestado el dinero de una de las mesas de luz del dormitorio de mis padres. Había que huir para salvar el pellejo.

Ya en la calle respiré un poco el aire, pero la mañana tormentosa se volvió hostil: el viento penetró en mi cuerpo a través de la ropa interior, casi me doblaba. Caminé varias cuerdas para esquivarlo, hasta que no aguanté y subí a un colectivo que iba hacia el sur. Al cabo de un tiempo, me encontraba de súbito en La Boca (dejé mi mente en blanco durante las ráfagas y el viaje en colectivo). Empedrado, hilera de faroles; pintores exhiben sus obras frente a las casas de chapas multicolores. Las acuarelas y grabados de Quinquela Martín celebran aún la vida obrera del barrio. Y ese Riachuelo que está en sus cuadros se me hizo real, exhibía sin pudor las sobras de la ciudad. En sus aguas servidas, botellas y bolsas de plástico, plantines y toda clase de desechos e insectos muertos van y vienen como sobrevivientes en un mundo que se las arregla como puede. Yo, si al descender del colectivo, me sentía orgullosa de mí misma por haber podido escapar de mi casa, cuando me senté a la vera del Riachuelo y vi el puente, no reparé el hedor. Tan bien había hecho mis deberes yéndome de casa. Y mis dos valijas custodiaban las únicas pertenencias con las que vestiría durante un tiempo (o acaso, el resto de mi vida). Qué placer extraño, creer que sos la arquitecta de tu destino. ¡Adiós, familia, los dramas quedaban lejos!

Anochece. Trenzas de nubes plumizas cubren el cielo. Las calles se vaciaron. Si lo pienso dos veces, ignoro cómo vine a parar aquí. Pero soy una frustrada de las que no aceptan los naipes que le tocaron en suerte y que, al fin, juega y hace sus apuestas con estos. Necesito alojamiento. Me como las uñas (como siempre). Y después de subir y bajar escaleras precarias, de recorrer casas chorizo hasta

desembocar en sorprendidos y abandonados aljibes, patios con mugre y hojas quebradas, termino alquilando esta habitación de mala muerte, que me ofreció Naty, a cambio de todo el dinero que traje conmigo. Sin cortinas, ni sábanas; cuelgo el toallón que me traje de Belgrano en el ínfimo cuarto de baño, de cuya ducha salen dos hilos de agua. Me voy a dormir. Ojalá sueñe conmigo en palacio.

Despierto temprano para conseguir trabajo. ¡Empleo en un momento de transición, cuando lo primero que hicieron gobernantes y gobernados fue echar a gente de todos lados! Pero lo logro, claro que habiendo preguntado a medio vecindaje. Se trata de un bar recoleto, que Naty recomendó, ignoro si por lástima. El Zorzal se encuentra a dos cuadras, suele llenarse de turistas. Milonga y conventillo. Tendré que resignarme a este laburo. Sean unas u otras las dificultades a vencer, mi independencia queda a resguardo del alcohol y del dinero del viejo. Y, de momento, no oigo a diario las quejas y letanía de mi hermana, no veo las borracheras de la vieja, ni tengo que poner mi mejor cara cuando la socia de papá se aparece en casa. Me he liberado de los comentarios intempestivos de Marta y de las miradas desdeñosas de los vecinos y estoy a punto de convertirme en una heroína privada, pues superé las contingencias propias de la locura en casa.

Hago de todo en El Zorzal. Por suerte, como parezco de quince pese a mis 30, y un reloj de pared debido a mi cara redonda —dice Naty— y tengo un cuerpo horrible —dice también—, zafo del toqueteo de los parroquianos. Pero mientras sirvo y limpio las mesas, oigo sus chistes obscenos y me aguanto el guiño de algún turista alzado. *Fuck you, baby! Scheiße, Bier ist nicht kalt!*, putean por la cerveza o porque los incomodan los precios. Ignoro por qué terminé viviendo en La Boca, si pasé una infancia relativamente holgada en Belgrano. Marta y yo estudiamos inglés y alemán en un colegio trilingüe, entonces en casa sobraba el dinero. Sin embargo, no gano más por el hecho de entender sus insultos. Me aguanto. Y como no soy tonta (creo que lo dije), me doy cuenta de que las estrellas no titilan para mí, ni lo van a hacer. Sin haber concurrido a la universidad y con los astros en contra, mi futuro es incierto. Me he vuelto demasiado realista últimamente: los plebeyos convivimos con los ricos en una suerte de resignación rabiosa. Será el precio a pagar para que estos exporten nuestra pintoresca ideología: si nos incluimos en el mundo, la patria reverdece; un poco de sacrificio, y ganamos todos.

«Me enoja la soledad que llevo auestas. Y más, el hecho de no poder juntar unos pesos para disfrutar siquiera de un asado, alguna vez, en la parrilla de la esquina.»

Que recuerde, yo ayer me quedé pasadas las 12, limpiando baños y reconozco que hoy, durante una mañana que parece de purgatorio, pues me arrepiento de no haber estudiado más, querría regresar a Belgrano. Sin embargo, aquí estoy, en una pensión de La Boca. Hago la cama para no caer en una tristeza abrumadora. Bebo agua de la canilla, quién sabe si potable, para saciar una sed de vida sana. ¿Cómo será una vida sana? Tal vez sin alcohol, gritos ni palizas; debe de ser una vida junto a los tuyos, que te abrazan.

Bajo a comprar una tarjeta para el celular y, en un raptó de nostalgia infantil, llamo a casa: Marta está dormida, tuvo que internar a mamá y pasó la noche en vela. Le pido que me dé con papá. Intento inútil: se fue temprano al hospital. Ella misma no lo ve desde que la vieja empeoró y tuvo que internarla. Ahora, se encuentra con fractura de fémur debido a una de sus caídas, y él decidió irse a dormir al consultorio para no molestar. Le dejo saludos a mamá. Marta dice «gracias», inexpresiva, como de rigor.

Me enoja la soledad que llevo auestas. Y más, el hecho de no poder juntar unos pesos para disfrutar siquiera de un asado, alguna vez, en la parrilla de la esquina. Con lo que me deslomo en El Zorzal, debería saborear un ojo de bife con papas al plomo o hacerme de algún choripán en el quiosco. Naty va siempre a la parrilla y pide achuras y papines andinos. Los Andes, cuándo habré de conocer sus desfiladeros, las montañas que cruzó el Libertador. ¡Nunca! Así se vive, sin ilusiones ni esperanza. Pero a mí no me atrae la bebida. Menos, el sexo. Si querés adaptarte a tu vida, que nunca es como la imaginaste, hacete cristiana. Pero yo soy atea, una descreída, y me voy a transformar en una vieja escéptica (si envejezco). Ay, daría mi cuerpo, hasta en el Zorzal, por conocer Mendoza. Pero

nadie me ve, y prefiero no ser vista.

En la pensión hay demasiado sexo. Durante los atardeceres dominicales las parejas gritan, que sí o que no, que sí. Se huele un olor rancio e incivilizado, el perfume pachulí baja por las escaleras, impregna la calle. Jamás se me habría ocurrido pensar, en la casa de mis padres, que vería billetes a cambio de besos, no tan furtivos. Aunque te lo pidan, no los beses como a tu novio —insiste Naty, a menudo, como si yo tuviera o fuera a tener alguno—, hacé de cuenta que les aceptás la lengua, pero hasta ahí nomás —agrega con una sabiondez repugnante—. Y cuando me dice estas cosas en El Zorzal, me hartó de oler a cerveza, vino y ginebra y de ver jeringas y cuerpos que se deshacen de placer o displacer —tiemblan como en un falso rito africano—, puteo por no haber ingresado a la universidad, a mí que me gustaban tanto las ciencias.

—Esta tarde será especial para vos —me advierten el dueño del Zorzal y Naty, que han venido a visitarme al cuchitril por un encargo que, presumiblemente, va a interesarme—. Tenés que estar lozana. Fumá un porro para animarte —agrega Naty, dándose aires decadentes—. Tienen que confundirte con las chicas, así el intercambio que vas a hacer será más fácil. Primero, observá bien a la clientela, que no se te escape detalle: desisté si aparece algún cana o ves caras sospechosas. Y cuando no haya moros en la costa, como a mí me van a pasar un paquete sellado que ha de parecer azúcar sin serlo, vos tendrás tu trabajito extra, bien pagado. Los ojos de Naty se vuelven centelleantes, como si hubiera algo de qué alegrarse.

—En cuanto venga el Mono, y te toque como a todas las chicas, vos lo tocás a él y le ponés la merca en el bolsillo. Enseguida te dará unos verdes, que te me guardás en el corpiño y después me los das a mí. ¿Entendiste? —instruye el dueño del bar.

*«Nunca hasta hoy
fumé cigarrillos ni
porros. Qué asco, un
olor me invade,
marea, me trae ligera
paz. Dibujos animé y
la muerte en ciernes...»*

En estas ocasiones lo más aconsejable es hacerse la boba, pero me cuesta. Ya lo dije, no soy tonta. Pero no me queda sino asentir, no sea cosa de que me tomen por su enemiga. Naty se va, chocha, de mi pieza, y el dueño cierra la puerta tras de sí, no sin darme una palmadita en el muslo y desearme suerte al oído, el cual se llena de su aliento cálido, desagradable. Lo peor, todo esto me huele a tragedia. Por ello, Naty es La Naty, también para mí, a partir de ahora.

Preparo varios té para tranquilizarme y me acuesto sobre una sábana mínima y remendada que cubre el colchón desvencijado. Permanezco mirando el techo, supongo que con mi cara de reloj de pared o de vaca lista para el cadalso. Qué otra cosa hacer, no hay tele para entretenerme y el celular nunca suena: mis amigas dejaron de llamar en la última internación de mamá, y para Marta y mi padre, he dejado de existir cuando decidí mudarme. Así te tratan en la gran ciudad.

Se hace la tarde que anuncia una noche de cacería. El Zorzal se colmó de parroquianos. Las chicas menean sus caderas en tren de guerra, los turistas hablan en su idioma a los gritos, corren bandejas repletas de hamburguesas quemadas y cerveza; vino, alcohol, mucho alcohol. Hoy no me tocará limpiar baños. Aliviada, me siento en la barra dispuesta a cumplir la tarea que me encomendaron. Pido un fernet. Me sirven el fernet y no sé qué más hasta el tope de un vaso cervecero. Voy bebiendo. La Naty, de rojo militante, se sienta a mi lado, me guiña un ojo y me susurra en el oído que preste atención a la entrada: el Mono avisó que estaba al llegar. Entre el ruido e imágenes superpuestas de dibujos animados escandalosos que transmiten varios monitores, un video de Elvis, más antiguo que la humedad y el ir y venir de las bandejas, recuerdo la sucesión de días iguales a sí mismos en casa y a mamá a punto de estallar. Una ira contenida me arrebató las mejillas y les imprime, supongo, un color descomunal. Enciendo un porro. Si a mi ira no se le ocurre salir a los empujones, ni hacer que yo actúe en consecuencia, servirá esta represión para enfrentar al Mono y sus secuaces y poder cumplir mi tarea; largarme después, con mi paga, lo más pronto posible.

Nunca hasta hoy fumé cigarrillos ni porros. Qué asco, un olor me invade, marea, me trae ligera paz. Dibujos animé y la muerte en ciernes... Trato de no ahogarme entre cada bocanada, ni con las de la

Naty, que se acaba de prender uno. Y aparece el Mono, custodiado por tres imbéciles, que bailan al son de la música. Alto y desgarbado, no debe de pasar los 40; lleva un pañuelo anudado al cuello y una camisa verdosa. Digo «verdosa», pues la tela gastada de su camisa hace las veces de esos uniformes camuflados que usan los soldados en la trinchera. Unos vaqueros dejan ver unos tatuajes en sus tobillos desnudos. El Mono se dirige hacia mí y me sonrío como si yo fuera una modelo. La calma dura poco: los dedos de mis manos se han puesto a tamborilear por sí, de pronto, sobre la madera lastimada del mostrador. Mi cara, ardida, debe de dar cuenta de mi inexperiencia en estos menesteres. Y un sudor lamentable recorre mi cuerpo, estoy temblando como una hoja. Si algo aprendí, durante estos meses, es que cuanto más invisible sos, mejor. No hay que exhibir miedo, porque te dañan de verdad. Pero terror, más bien, es lo que siento; pánico de quedar atrapada en el Zorzal y entre ellos.

La Naty, que tampoco es tonta, pellizca mi brazo para que cese mi angustia y me empuja prácticamente hacia el Mono. «Una ayudita nomás» —se justifica en lo bajito—. Me imagino el resto, así que antes de que el Mono me toque, me le encimo yo, lo acaricio y le meto, en uno de los bolsillos de su pantalón, el paquete que me acaba de pasar la Naty. El desgraciado no dice ni «mu», se pide una ginebra y da unos círculos interminables sobre el mostrador con la copita. Bebe de un sorbo. Lejos de darme el dinero, me toma de la cintura, abre mi boca con sus manos y me besa (si a eso se le puede decir que «besa»). Luego, apunta a mi espalda, supongo con el cañón de su pistola, porque entre el porro y el alcohol, perdí un poco la noción de las cosas. Oigo voces lejanas y me invade una sensación de hastío inevitable. «¿Y los verdes?», le preguntaría si estuviera sobria. ¿Y los verdes?, pregunta él, sardónico. Callo. Tal vez porque deseo que la transacción llegue a su fin; que se arme la de san quintín y yo aproveche el lío para huír del Zorzal, aunque sea a los tumbos. Se hace un silencio que anuncia desgracia.

En efecto, el Mono grita algo a los concurrentes acerca de mí, su trofeo... y me arrastra hasta el baño. La Naty baila cumbia, desahogada, con el dueño y varios turistas. No deben de estar interesados en los dólares. Yo ya estoy tan mareada, que bailo también y, a punto de perder la conciencia, veo escenas dentro de escenas, varios bares y pistas de baile. El cielorraso se transforma en una gran mole que va a venirse abajo en cualquier momento. Se oyen disparos. Cómo me duele la cabeza, unos golpes me azotan en medio del tiroteo. Tal como esas ráfagas de viento me dificultaban la huída de casa, intento, torpe, resistir al Mono. Imposible: me acaricia sin pudor y va a proceder, evidente.

Le alcanzo a ver sus ojos filosos y crueles, convertidos, de inmediato, en un cíclope siniestro con los míos. Recuerdo a mi madre, y me dan ganas de beber todas las botellas del Zorzal.

Pero ya es tarde, cierro mis ojos. El Mono me pregunta entonces:

—Vos no tenés familia. ¿Cierto, tesoro?

© Paula Winkler

Paula Winkler. Narradora y ensayista argentina, doctora en Derecho y Ciencias Sociales, Magíster en Ciencias de la Comunicación. Publicó varios libros y recibió premios por algunos de sus cuentos. Su última novela, *El marido americano*, de Editorial Simurg, ha sido reseñada en Hispamérica. Su página literaria en la internet es www.aldealiteraria.com.ar.

DONDE MORAN LOS DIOSES

por Carlos Montuenga

Don Anselmo, el maestro de Valmayor, era un personaje apreciado por las gentes del lugar aunque su particular manera de ser no dejaba, en ocasiones, de despertar suspicacias en algunos ni de sorprender a otros. Hombre afable y cabal por lo común, generoso en la dedicación a los demás, dotado como pocos para sembrar la curiosidad y el deseo de aprender entre las almas indómitas que cada mañana se sentaban frente a él en los pupitres de la escuela, buen conversador y mejor escuchante en las tertulias con los adelantados del pueblo; a nadie se le ocultaba, sin embargo, que sus opiniones y maneras de hacer no eran precisamente un modelo de medida y rayaban con demasiada frecuencia en lo excéntrico. Acerca del pasado de don Anselmo, poco o nada se sabía en el pueblo. Había llegado a Valmayor unos años atrás para ocupar la plaza vacante de maestro y algún enterado aseguró entonces que se trataba de un hombre de gran valía que se había visto forzado, Dios sabe por qué ocultas razones, a tirar por la borda un futuro prometedor en la capital y refugiarse en la existencia sencilla de un maestro rural.

Sea como fuere, era notorio que el maestro debía disponer de medios de fortuna más que sobrados para vivir a su gusto sin reparar en gastos. Al poco de llegar compró una vivienda en las afueras del pueblo, una antigua casa de labranza próxima al puente del molino, flanqueada por un gran roble centenario, y la reformó de arriba abajo; derribó muros, abrió ventanas y transformó una de las viejas estancias donde antes se amontonaban aperos de labor en una gran biblioteca en la que había reunido libros de lo más variopinto: novelas de distintos géneros, tratados de historia y ciencias, ensayos y obras antiguas, entre las que destacaba algún que otro ejemplar raro cuyo valor habría sido difícil precisar. Don Anselmo era un lector impenitente; a veces se acomodaba después de la cena en un sillón frailuno que había dispuesto en aquella sala y perdía la noción del tiempo enfrascado en la lectura, hasta que las primeras luces del alba le devolvían al trato con sus obligaciones diarias.

«Al poco de llegar compró una vivienda en las afueras del pueblo, una antigua casa de labranza próxima al puente del molino, flanqueada por un gran roble centenario, y la reformó de arriba abajo.»

Aunque este hombre singular sabía de casi todo, sentía una especial predilección por la historia natural y, en particular, por lo que él calificaba como «los misterios de la vida vegetal». Era un profundo conocedor de todo lo relativo a la fisiología de las plantas y podía distinguir con facilidad la mayoría de las especies que crecían en la comarca. En ocasiones, cuando el sol primaveral se filtraba a raudales a través de los ventanales emplomados de la escuela, mandaba cerrar los libros a los chicos y chicas que ocupaban el aula y, en medio del general alborozo, daba orden de emprender la marcha hasta las afueras del pueblo para improvisar una clase práctica sobre el terreno. De modo que, sin más preámbulo, para allá se iban todos con el maestro al frente, seguidos por la mirada sorprendida de algún vecino que interrumpía un momento sus faenas para contemplar la comitiva. Una vez llegaban al prado que linda con los pinares, se oía la voz autoritaria del maestro que, tras imponer silencio a su tropa, entraba sin más en materia: «Quiero que miréis con atención las flores de este lugar. Algunas son flores solitarias que gustan de esconderse en el verdor de lugares sombríos, como las que están ahí bajo los helechos; parecen minúsculas estrellas azules y, a pesar de su apariencia humilde, pocas las superan en gracia y colorido. ¿Y veis esas zarzas que crecen junto al arroyo? Son rosales silvestres; sus flores no alcanzan el tamaño de las rosas que se cultivan en los jardines pero, en mi opinión, tienen formas y tonalidades mucho más delicadas. Allí en el prado hay flores grandes, de tonos vivos —gladiolos, amapolas, lirios— y también pequeñas campanillas blancas que trepan hacia la luz, enroscadas en los tallos de otras plantas... Pues fijaos bien en lo que os digo: si la naturaleza ha derrochado tanta belleza en todas ellas no es para nuestro deleite, como

podríamos creer, es ni más ni menos para que gracias a sus formas sugerentes y a sus vivos colores atraigan la atención de los insectos. ¿Y eso con qué fin? Pues porque de ese modo el polen que producen los estambres de la flor podrá llegar con facilidad a los órganos femeninos y producir allí la fecundación del óvulo para que así se perpetúe la especie». Y acto seguido llevaba a sus alumnos, que le seguían en medio de una gran expectación, hasta un ribazo tapizado por macizos de salvia y allí proseguía sus explicaciones: «Acercaos todos y poned mucha atención. Aquí están los estambres de la flor, ¿los veis? Tienen una forma muy, muy curiosa. Son como un pequeño balancín que puede oscilar sobre su punto medio. ¿Y sabéis para qué? Pues para que cuando una abeja penetre en la flor en busca del néctar que allí se encuentra, su cabeza tropiece con uno de los topes del balancín y lo fuerce a girar hasta que el otro extremo —que está repleto de granitos de polen— roce su dorso peludo. Cuando la abeja abandone la flor llevará su espalda espolvoreada con esos granitos y antes o después, al visitar una nueva flor, muchos de ellos quedarán adheridos a esas cabezuelas de ahí, que son sus órganos femeninos». Entonces, mientras los oyentes miraban y remiraban entre risas y exclamaciones aquellos sorprendentes balancines, don Anselmo se abandonaba sin el menor recato al asombro que él mismo sentía: «¿Y qué pensáis vosotros? ¿Cómo se las ha arreglado la naturaleza para hacer algo así? —solía preguntarles—. ¿Cómo ha sido capaz de construir un mecanismo de precisión que parece ideado para que, a cambio del néctar, los insectos se vean obligados a prestar ese grandísimo servicio a la planta?».

Había allí relatos de viajes y aventuras, cuentos e incluso alguna novela de Pío Baroja y de Stevenson

Otras veces, el maestro llenaba de agua hasta la mitad un recipiente rectangular de cristal que tenía en un rincón del aula y, ayudado por algún voluntario, ejecutaba un sencillo experimento a la vista de sus alumnos; consistía en añadir poco a poco pequeñas cantidades de sal al agua, agitando con frecuencia hasta conseguir que el líquido alcanzara la saturación, lo que podía apreciarse por la formación en el fondo de un pequeño residuo que ya no era posible disolver. Una vez alcanzado ese punto, cortaba varios trozos de un cordel de algodón y los sumergía en el líquido por uno de sus extremos, atando el otro en una delgada varilla metálica que colocaba atravesada por encima del líquido. Tras completar esas operaciones, don Anselmo decía que a partir de ese momento era cosa de dejar actuar en paz a la naturaleza y ordenaba a los alumnos que volvieran a sus pupitres para pasar a cualquier otro tema. Durante los dos o tres días siguientes todos se acercaban, nada más entrar en la clase, al rincón donde estaba el recipiente con la sal y al ver que allí todo seguía igual no tardaban en cansarse y olvidarlo. Pero al cabo de una o dos semanas, los cordeles empezaban a cubrirse de cristales minúsculos que se iban extendiendo desde la porción sumergida hacia el exterior del recipiente, formando una masa blancuzca que continuaba creciendo y organizándose en formas cada vez más sugerentes, semejantes a pequeños corales. «En este experimento habéis sido testigos de cómo la sal disuelta se transforma en cristales que son capaces de crecer y propagarse fuera del agua» —les decía el maestro—. Casi se podría pensar que esos cristales tienen vida y no puede negarse que en las moléculas de sal disuelta se manifiesta una fuerza que las impulsa a organizarse y crecer de acuerdo con un esquema que se repite una y otra vez. Todo ello invita a pensar que no existe una frontera clara entre la materia viva y la inerte. Pensad, por ejemplo, en los virus; los virus no respiran, no se mueven, no crecen ni responden a estímulos como la luz y el calor; ahora bien, son capaces de reproducirse aunque sólo en el interior de las células a las que infectan. Y, por otro lado, algunos virus pueden cristalizarse y se conservan así por tiempo indefinido sin perder su capacidad infecciosa. ¿Son entonces seres vivientes o son quizá un estado intermedio entre lo vivo y lo no vivo?».

Una norma casi sagrada de don Anselmo era que cada día uno de sus alumnos había de leer en voz alta algún pasaje, que luego se comentaba, de libros traídos de su biblioteca que tenía guardados en un viejo armario de la escuela. Había allí relatos de viajes y aventuras, cuentos e incluso alguna novela de Pío Baroja y de Stevenson. «Pocas cosas son tan importantes para vosotros como que le toméis gusto a la lectura —solía repetir mientras cogía uno de los libros del armario y lo dejaba caer sobre la mesa—. A simple vista, un libro no es más que un objeto como tantos otros, un montón de hojas cosidas en un cierto orden a unas tapas de cartón o cuero. Pero si alguien lo abre y comienza a recorrer con la mirada las series de palabras que forman cada línea, pueden empezar a ocurrir las cosas más extraordinarias; resulta que ese objeto que parecía una cosa inerte oculta un poder in-

menso, el poder de mostrar otra realidad a quien se sumerge en sus páginas. Sin moverse del lugar donde está, el lector podrá encontrarse de repente en una playa desierta sin más compañía que el rumor del mar y el chillido de las gaviotas o presenciar grandes cosas que sucedieron en épocas lejanas o que todavía pertenecen al porvenir. Si os acostumbráis a leer descubriréis que también es posible penetrar en el pensamiento de otras personas, aunque haga mucho tiempo que murieron. Y tened en cuenta que, al igual que los seres humanos, cada libro tiene su manera particular de ser; cuando seáis más mayores os bastará echarles un simple vistazo para conocerla. Veréis que algunos son muy serios y parecen observaros con gesto severo si os distraéis al leerlos; otros son libros humildes que sólo desean alegrar nuestra soledad y algunos otros, más traviosos, disfrutan sorprendiéndonos con sus ocurrencias. Por supuesto, os encontraréis también con libros arrogantes; en seguida se los descubre porque están convencidos de que sólo en sus páginas se encuentra la verdad y, aunque no siempre lo reconozcan, piensan que en el fondo no se perdería mucho si todos los demás libros desaparecieran. Debéis desconfiar siempre de ellos porque quien no duda suele ser el más ignorante».

A pesar de que el maestro sólo se dejaba ver en muy contadas ocasiones por la iglesia del pueblo, había llegado a trabar una buena amistad con don Julio, párroco de Valmayor, un hombre ya anciano que seguía atendiendo a las obligaciones de su ministerio con espíritu infatigable y conservaba en la mirada ese brillo inconfundible propio de quienes mantienen vivo el interés por todo cuanto les rodea. A más de ser un profundo conocedor de la historia antigua de aquella comarca, el bueno de don Julio compartía con el maestro una gran afición por el mundo de las plantas y en su casa de piedra, levantada al resguardo de la iglesia parroquial, tenía un huertillo flanqueado por un manzano añoso, donde gracias a sus cuidados crecían coles, berzas, judías, uvas de varias clases, y algunos frutales. De cuando en cuando invitaba al maestro a tomar un vaso de vino a la sombra del manzano, con la excusa de consultarle sobre una nueva clase de semillas o sobre el modo más adecuado de realizar un injerto difícil, y una vez que sus dudas, más o menos imaginarias, quedaban aclaradas, el maestro —sonriendo para sus adentros— esperaba pacientemente a que el párroco, tras carraspear varias veces y servirle otro vaso de vino, se decidiera a interperarle sobre asuntos de mayor alcance. No había duda de que don Julio sentía por él un gran afecto, lo consideraba un hombre de gran valía y admiraba su agudeza intelectual, pero las ideas del maestro le producían a veces una profunda inquietud.

«Y tened en cuenta que, al igual que los seres humanos, cada libro tiene su manera particular de ser; cuando seáis más mayores os bastará echarles un simple vistazo para conocerla.»

Una tarde de agosto, mientras ambos distraían el rigor de la canícula sentados junto a los frutales del huerto, don Julio habló en estos términos al maestro:

—Anselmo, hijo, nos conocemos desde hace tiempo y sabes de sobra lo mucho que te aprecio. Soy párroco de este pueblo desde época casi inmemorial y nadie conoce mejor que yo a los vecinos de Valmayor; son gente sencilla, no entienden de sutilezas y tengo por seguro que la mayoría te considerará un buen maestro y, si me apuras, hasta un sabio, ahora bien...

El párroco se rascó una oreja con gesto nervioso y, tras coger aliento, prosiguió:

—Bueno, como tú ya sabes, alguno hay que no termina de entender tus métodos. Y tampoco falta quien a veces se sorprende ante cosas que oye decir a sus hijos.

—¿Y qué cosas son esas, don Julio? — respondió el maestro.

—Pues hombre, cosas que les enseñarás tú en la escuela, digo yo; cosas como que todo ha de ponerse en duda porque ningún conocimiento es seguro...

—Pero don Julio, eso mismo, o algo muy parecido, ya lo dijeron los filósofos griegos hace miles de años y no me parece a mí que sea como para venir ahora haciéndose cruces.

—Anselmo, sabes de sobra adónde quiero ir a parar. Esa forma de expresar las cosas puede estar muy bien cuando quien lo escucha tiene ya sobrado juicio para no perderse por tales vericuetos, pero piensa que tus alumnos apenas han dejado atrás la infancia; están, como quien dice, empezando a vivir y me parece un error llenarles la cabeza de pájaros cantores. Lo verdaderamente importante

para ellos es aprender lo que necesitan saber para que el día de mañana puedan ser hombres y mujeres cabales.

—O dicho en otras palabras, don Julio, la escuela debería ser algo así como una cadena de producción en serie de gente sensata y cabal.

El párroco suspiró y le dio a don Anselmo unas palmaditas en el brazo.

—Anselmo, hijo, a veces no sé qué hacer contigo. Te voy a confesar una cosa: al poco de conocerte me dije a mí mismo: «Vaya por Dios, el nuevo maestro es un librepensador, uno de esos pedantes convencidos de que la única luz capaz de disipar las tinieblas y sacarnos a todos de la ignorancia es la luz de la razón». Luego, a medida que te fui conociendo, empecé a darme cuenta de que había errado. Tus ideas van por otro lado, de eso no me cabe la menor duda, pero reconozco que no termino de saber por dónde. De una parte, no admites la existencia de verdades que sólo es posible alcanzar a través de la fe pero, de otra, tampoco eres de los que rinden culto a la razón. En fin, parece como si al final te quedarás en tierra de nadie...

—Está visto que soy un ejemplar difícil de clasificar —dijo el maestro sin poder contener la risa.

—Te estoy hablando de cosas muy serias, Anselmo, y parece que tú te las tomaras a humo de pajas.

«¡Pero esa pérdida es inevitable, hijo mío! El candor de la niñez, mal que nos pese, debe dejar paso al sentido de la realidad que se va desarrollando mientras maduramos...»

—No lo crea, don Julio, le aseguro que aunque me ría tomo muy en serio sus palabras. Usted me ha recordado hace un momento que mis alumnos apenas están comenzando a dejar atrás la infancia y esa realidad innegable es para mí un motivo de continua preocupación. En las mentes de los niños y niñas que cada mañana veo sentados frente a mí, aún se mantiene viva esa forma de conocer las cosas, propia de la niñez, que antes o después se apagará si no ponemos todo nuestro empeño en evitarlo.

—¡Pero esa pérdida es inevitable, hijo mío! El candor de la niñez, mal que nos pese, debe dejar paso al sentido de la realidad que se va desarrollando mientras maduramos...

—Verá, don Julio, yo no lo entiendo así. No es posible hablar de verdadera maduración si se produce a costa de sacrificar eso que usted llama candor.

—Eso que yo llamo candor... Pues no sé cómo habría de llamarlo; candor, inocencia, ¿no te estás refiriendo a eso?

—Sí, claro, pero no sé si entendemos esas palabras de la misma manera. Al hablar de la inocencia de un niño pensamos en un estado en el que domina la espontaneidad, la falta de malicia. De acuerdo, pero ¿en qué consiste la inocencia cuando se refiere a un modo de conocer las cosas?, ¿qué nos ocurre cuando la mente se queda en silencio y es como la superficie tranquila de un lago en la que se refleja toda la belleza del cielo? No sé si entiende lo que quiero decir; fíjese, por ejemplo, en este árbol bajo el que estamos sentados; trate de poner en él toda su atención, mire el viejo tronco surgiendo de la tierra, esos muñones oscuros que sobresalen entre la corteza cubierta de musgo, las ramas extendidas como largos dedos deformes hacia el sol. ¿Ve cómo se mecen en la brisa?, se diría que duermen envueltas en el verdor intenso de las hojas. Mire el árbol como si se encontrara frente a él por primera vez, como si no supiera lo que es, límitese a sentir su presencia sin pretender explicar nada, ¿puede hacerlo? Si lo consigue, tendrá libertad para ver, se habrá liberado de esa pesada carga formada por todo lo que usted ha aprendido, esa serie casi interminable de conocimientos, ideas y opiniones que han ido acumulándose en su memoria a lo largo de los años.

—No sé, Anselmo, acaso los años me pesan ya demasiado pero no acabo de entenderte. Según tú, para entrar en el verdadero ser de las cosas uno habría de convertirse primero en un completo ignorante... Pero vamos a ver hijo, no irás a decirme que nada de lo que sabemos merece conservarse, que los todos los saberes y conocimientos reunidos a lo largo de siglos y siglos no tienen valor alguno. ¿Es eso lo que piensas?

—Desde luego que no, don Julio; son avances de un valor incuestionable y es difícil imaginar siquiera lo que supondría verse privado de ellos. No, yo digo otra cosa muy distinta; digo que a pesar de su importancia, a pesar de ser necesarios para el progreso material, esos saberes no nos permiten en modo alguno ir más allá de las apariencias; son... ¿Cómo podría yo explicarlo?, símbolos o señales que hacen más fácil nuestra vida pero enmudecen cuando se los interroga sobre lo que significa vivir. Nadie pone en cuestión que los jóvenes deben aprender muchas cosas necesarias y útiles, pero sin olvidar que ninguna ciencia o ideología, ningún credo, ninguna autoridad puede responder a preguntas como esa. Si uno se refugia en las ideas y creencias de otros pierde el poder extraordinario de ver la realidad por sí mismo y ha de conformarse con repetir lo que los demás dicen. Tal como yo lo veo, esa es la enseñanza más importante que un maestro puede transmitir a sus alumnos.

El párroco se había quedado mirando el cielo luminoso de la tarde con gesto abstraído.

—No sé qué decirte, Anselmo...

—Mire, don Julio, yo entiendo que mi forma de pensar pueda sorprenderle y ser motivo de recelo para muchos. Al fin y al cabo, a ninguno nos han enseñado de chicos ese hábito tan saludable de cuestionarlo todo, incluso eso que la gente llama a veces *verdades indiscutibles*. La sociedad no quiere rebeldes que se atrevan a vivir desoyendo lo que dicta la tradición, el sentido común, las ideas establecidas. ¿Qué debemos hacer entonces?, ¿convertir a los jóvenes en seres sumisos, incapaces de mirar al mundo con sus propios ojos?... En fin, mejor que fatigarle más con mis opiniones me gustaría contarle una historia que leí hace ya bastante tiempo. La encontré casi por casualidad en una librería de la capital por donde me dejo caer alguna que otra vez en busca de obras antiguas y ediciones raras.

Don Julio hizo un gesto de asentimiento, invitando al maestro a continuar.

—Pues veré, es la historia de Manjari, una niña que, según la leyenda, vivió hace siglos en un lugar remoto al sur de los Himalayas. Manjari, que significa «flor sagrada», pertenecía a una vulgar familia de artesanos pero al parecer no era una niña como las demás; cuando apenas contaba cinco años, una comitiva de sabios llegados de Bahktapur la eligió, entre otras muchas, como reencarnación de la diosa Durga. Poco después fue ungida con gran boato como diosa

«Mire, don Julio, yo entiendo que mi forma de pensar pueda sorprenderle y ser motivo de recelo para muchos.»

viviente; se le atribuían poderes para ahuyentar a los demonios y traer buena suerte, y no pasó mucho tiempo antes de que comenzaran a llegar fieles de todos los rincones del reino para postrarse ante ella e implorar su protección. A la niña diosa se le permitió seguir viviendo en la casa familiar, pero hubo de instalarse ella sola en uno de los pisos, mientras sus padres y hermanos pasaban a ocupar otro. Cada mañana, su madre la ayudaba a levantarse y, tras vestirla con una túnica roja bordada en plata, prendía flores recién cortadas en sus cabellos y le dibujaba un ojo dorado en medio de la frente y dos largos trazos negros sobre los párpados. Luego cogía a la niña en brazos, a fin de evitar que sus pies descalzos pudieran contaminarse al tocar el suelo, y la sentaba en un trono de madera teñida en rojo que se hallaba dispuesto en el salón contiguo. Comenzaba entonces el trasiego de los innumerables visitantes que a veces hacían cola durante horas junto a la casa. Uno por uno, iban entrando en el salón perfumado por resinas aromáticas, y al llegar frente a Manjari se postraban unos segundos y dejaban sus ofrendas junto al trono. A la niña diosa no se la permitía demostrar sus sentimientos en público y jamás dirigía la palabra ni miraba a los ojos a quienes acudían a ella; su instrucción se encomendó a un viejo abad que la visitaba todos los meses y sólo una vez al año, con motivo de la fiesta sagrada de Dashain durante la luna nueva de otoño, abandonaba su morada para mostrarse ante los fieles en una carroza abierta, engalanada con guirnaldas de flores.

Fue pasando el tiempo y Manjari creció sin dudar por un momento de su condición sagrada, entregada por entero a hacer todo aquello que los demás esperaban de ella. Sin embargo, tras cumplir los doce años empezó a padecer un mal inexplicable; sufría alteraciones repentinas en su estado de ánimo, acompañadas de dolores que nadie sabía cómo aliviar. Tenía a menudo un sueño extraño: acababa de comenzar la visita diaria de los peregrinos cuando veía a una niña, casi idéntica a ella, entrando en el salón con la mirada fija en el suelo. Luego la niña se acercaba muy despacio y, al

llegar frente al trono, levantaba la vista hacia ella en actitud desafiante y le decía: «Tú que eres una diosa, ¿acaso temes mirarme a los ojos?».

Poco a poco Manjari fue cayendo en un estado de profunda melancolía y a veces, oculta tras las celosías de su ventana, quedaba largo tiempo contemplando las luces del crepúsculo hasta que las primeras estrellas comenzaban a brillar en el firmamento, como si esperara algo que ella misma no era capaz de explicar. Algunos meses después, siguiendo un impulso repentino, decidió huir lejos del lugar donde su vida había transcurrido hasta entonces y una noche, tras ensuciar su cara con cenizas para no ser reconocida y cubrirse con una vieja túnica que había logrado sustraer a su madre, atravesó el zaguán al abrigo de las sombras y dirigió sus pasos hacia las tierras altas del norte, sin más equipaje que una mochila de piel con algunas provisiones. Así vagó durante un tiempo por llanuras polvorosas buscando refugio entre pastores nómadas que, al ver un ser tan desvalido, solían obsequiarla con tortas de mijo y leche cuajada de yak, permitiéndola descansar junto a sus fogatas. Cada vez que el silencio de la noche caía sobre aquellos páramos batidos por el viento, el miedo se adueñaba de Manjari. ¿Qué era aquel anhelo irresistible que la forzaba a dejar atrás todo lo que conocía? ¿Hasta cuándo podría soportar aquella vida alguien como ella, que nunca había tenido necesidad de valerse por sí misma? Pero al clarear un nuevo día, sus temores se disipaban y volvía a emprender la marcha con nuevos bríos, la mirada fija en las altas cumbres nevadas que se erguían a lo lejos como una colosal muralla. Durante semanas, atravesó valles, dejó atrás minúsculas aldeas y cruzó por pasos de montaña, dejándose guiar por las banderas de oración que de tanto en tanto jalaban las rutas de los peregrinos. Llegó al fin junto a un lago de aguas tranquilas donde, según había podido averiguar, tenía su morada un ermitaño con fama de sabio para algunos, aunque no faltaban quienes lo tenían por un loco. Allí estaba, sentado cerca de la orilla junto a su humilde choza: un anciano de aspecto frágil y mirada traviesa que la invitó amablemente a sentarse junto a él.

«Alégrate de estar perdida porque tal vez entonces puedas llegar a encontrar lo que buscas. Has andado mucho hasta llegar aquí.»

«Veo por el penoso estado de tus sandalias que has recorrido un largo camino. ¿Qué quieres de mí, niña?, ¿quién eres?» —le preguntó.

«Soy una diosa viviente» —respondió ella con acritud, rehuyendo su mirada.

«Ah, ya... Sí, tú debes ser la niña de quien las gentes hablan; parece que tu desaparición ha creado gran inquietud en todo el reino. Pero dime, ¿qué haces tan lejos de casa?».

Entonces Manjari no pudo contener las lágrimas. «No lo sé, quería huir, pero ahora... ahora no sé qué debo hacer, me siento perdida» —acertó a decir entre sollozos.

«Bueno, bueno, serénate y seca esas lágrimas. Piensa que hasta las diosas han de madurar en algún momento».

El anciano esperó a que la niña se hubiera calmado y luego le dijo con voz afable:

«Alégrate de estar perdida porque tal vez entonces puedas llegar a encontrar lo que buscas. Has andado mucho hasta llegar aquí. Estoy seguro de que te habrás cruzado con todo tipo de gente; habrás visto a pastores, monjes, artesanos, peregrinos... Me pregunto si alguna vez te has detenido para observarlos con atención: cada cuál entregado a sus afanes, buscando el mejor pasto para sus rebaños, reparando una techumbre destruida por la ventisca o repitiendo sus mantras. ¿Sabes tú lo que la gran mayoría de esas gentes tienen en común? Creen vivir y llaman vida a lo que sólo es una sucesión de pequeñas dichas y continuos sobresaltos. Están cautivos en un sueño, pero ellos lo ignoran; deambulan de un lado para otro como sombras, sin apartarse jamás de la costumbre y las tradiciones, imitando lo que ven hacer a los demás. Observan las leyes y veneran a los dioses, pero ni todos sus dioses juntos podrían igualar en sabiduría a esas bandadas de gansos salvajes que cada otoño vuelan sin descanso sobre las cumbres heladas, buscando el aire tibio de los bosques. Tú eres aún muy joven pero te has atrevido a desafiar lo que, según otros habían decidido, parecía ser tu destino. No debes angustiarte por ello; ten confianza y sigue adelante».

«¿Pero seré yo capaz de encontrar el camino?» —preguntó la niña.

«¿Quién sabe?» —respondió él, cerrando los ojos—. «Tal vez el camino te encuentre a ti».

Manjari se despidió del anciano reflexionando en sus palabras y, mientras se alejaba de él, pensó que acaso no les faltaba algo de razón a quienes lo tomaban por loco. Tras ir de un sitio a otro sin rumbo fijo, decidió seguir a un grupo numeroso de peregrinos que se dirigían hacia el Kang Rinpoche, *la joya de las nieves*, esa gigantesca montaña sagrada donde se dice que Shiva tiene su morada y las almas puras pueden encontrar el sendero de la luz. Fueron muchas jornadas de penosa ascensión atravesando un altiplano rocoso que parecía interminable, pero al fin la montaña —una escarpada pirámide oscura coronada por la nieve— apareció majestuosa en la distancia. Cuando estaban cerca de sus laderas, Manjari se apartó del grupo para aplacar su sed en las aguas de un río caudaloso que descendía por el valle y vio cómo los peregrinos continuaban su marcha siguiendo una senda flanqueada por enormes paredes de roca; algunos se postraban cada pocos pasos y, tendidos en el suelo, recitaban una breve plegaria; luego volvían a incorporarse y seguían adelante, repitiendo una y otra vez la misma operación.

«Así esperan purificarse y alcanzar la iluminación» —pensó la niña—. «¿No debería yo seguir su ejemplo?».

Trató de incorporarse, decidida a ir tras ellos, pero su cuerpo se negaba a obedecerla y al fin se resignó a descansar junto al río para recuperar las fuerzas. El sol del atardecer derramaba su luz dorada sobre el valle, creando mil destellos en las aguas de las riberas. Manjari comió un poco de harina de cebada cocida que llevaba consigo y luego quedó ensimismada escuchando el murmullo incesante de la corriente; el río tenía su propia voz y parecía hablarla a ella. «Yo soy lo mismo que tú» —le susurraba al oído—, «un movimiento sin fin donde nada puede permanecer igual a sí mismo un solo instante, una corriente poderosa en la que la Vida ensaya sus caminos y todo ha de transformarse y perecer para volver a existir de nuevo». Entonces, Manjari vio pasar ante ella los años de su niñez, la casa familiar, el trono donde su madre la sentaba para recibir a los fieles, las plegarias, las ceremonias, las flores, el aroma del incienso; todo surgía por un instante de aquella corriente turbulenta que sentía fluir en lo más profundo de su ser, para desvanecerse enseguida como jirones de niebla flotando sobre las aguas. Al fin, vencida por el cansancio, quedó dormida y soñó que se encontraba en la cumbre helada de la montaña sagrada frente a una mujer majestuosa, sentada sobre las rocas, que vestía un sari rojo adornado con esmeraldas. La niña supo enseguida que estaba en presencia de la diosa Durga; su rostro irradiaba una luminosidad deslumbrante que creaba reflejos de fuego sobre la nieve y una gran tiara de oro coronaba su larga melena negra recogida a la espalda en una trenza. Cuando Manjari se aproximó a ella, la diosa agitó en el aire su báculo de plata y la roca donde descansaba se convirtió al instante en un enorme tigre alado en el que se elevó sobre las montañas, refulgiendo como una estrella fugaz hasta perderse en el azul turquesa del atardecer.

Amanecía un nuevo día cuando Manjari despertó sobresaltada por un rumor de voces y al mirar en torno suyo vio un grupo de caminantes que se aproximaba, siguiendo la orilla del río, hacia el lugar donde ella estaba. Un momento después pasaron junto a la niña sin prestarle la menor atención, pero un muchacho que los seguía a cierta distancia, encorvado bajo el peso de una gran mochila de piel, se volvió hacia ella. Entonces se cruzaron sus miradas y los dos sonrieron. El muchacho prosiguió su camino, mientras Manjari lo veía alejarse. Luego la niña cerró los ojos, dejándose envolver en la pureza del aire helado que descendía de las cumbres, y se sintió feliz.

© Carlos Montuenga

Carlos Montuenga (Madrid, 1947) es doctor en Ciencias y colabora, de forma habitual, con sus relatos y artículos en espacios literarios como Almiar (revista Margen Cero), Ariadna (Asociación de revistas electrónicas de España) y Revista Narrativas. Ha publicado también varios de sus trabajos en las revistas digitales El Fantasma de la Glorieta, Adamar, Palabras Diversas, Amalgama, Voces, Aleñaños de la Literatura, Letralia (Venezuela), Remolinos (Perú) y en portales dedicados a la difusión de las humanidades y la filosofía, como A Parte Rey y La Caverna de Platón..

TRES HERMANOS

por Emilia Vidal

—¿Vos los escondiste?, ¡decí la verdad! Yo los dejé acá, sobre la mesita, fue un momento nada más...

Beni levantó la almohada con cierta dificultad y corrió las cobijas. Su hermano Lolo negaba con la cabeza sin mirarlo a la cara. No, no, repetía tras cada pregunta o acusación.

—Seguro que los dejaste en otro lado, siempre te olvidás las cosas. ¿Te acordás cuando mamá se enojó la vez que perdiste los anteojos? —le contestó para darle fin a la inquisición. El tercer hermano, Ferdi, salió de su ensimismamiento y meneó la cabeza ante la respuesta. Lolo siguió como si no lo hubiera visto—. Le habían costado carísimos y vos los perdiste con dos días de uso, encima había que ayudarte en todo porque te chocabas los muebles.

—Es cierto. Mamá, ¿cuándo va a venir a vernos? Lo prometió, dijo que volvía pronto y que me iba a traer esa torta de chocolate que tanto me gusta.

Beni cambió el tono de voz, abandonó la búsqueda y se aflojó sobre la cama destendida. Ferdi miró a Lolo con un gesto de reproche, había dicho «la palabra» y ahora los esperaba un día insoportable.

—¡Pero si vos no podés comer torta!, además ella tiene mucho que hacer y sabe que acá nos cuidan bien—. Le contestó Lolo sin mirarlo, porque miraba de reojo al otro hermano.

—Eso no es cierto, el otro día me faltaron mis pastillitas de menta y nadie se las había comido. Para mí, se las robaron.

—¿Ves? Siempre perdés las cosas y les echás la culpa a los demás, seguro te las comiste frente al televisor.

—No es sólo eso. Si nos cuidaran tan bien como decís no me habrían dejado afuera esa tarde en el jardín, ¡pasé mucho frío! ¿Y sabés que me dijeron? «Peeero Beni, te buscamos por todas partes». ¡Por todas partes! Mentira, como si pudiera esconderme, si estuve en el mismo banco sentadito todo el tiempo. Me la pasé mirando un pajarito buscar ramitas para su nido.

«Ferdí miró a Lolo con un gesto de reproche, había dicho “la palabra” y ahora los esperaba un día insoportable.»

—Bueno, tal vez esa tarde nos contaron mal y pensaron que ya te habían entrado. Raquel nos tiene bastante paciencia y pasa algún tiempo con nosotros. Hasta creo que nos quiere.

—Raquel... Raquel no es mamá. Punto.

Tras esta afirmación los otros dos hermanos intercambiaron una mirada inquieta y decidieron cambiar de tema.

—¿Ya viste el camisón de nuestra vecina? Cuando se lo trajeron eran margaritas y ahora parecen girasoles.

Esto provocó la risa de los tres.

—Ferdí, contale las cosas que se robó de la cocina. Después Raquel se pregunta de dónde sale ese olor.

Más risas. Algún carraspeo.

—Escuchate esta, Beni, no lo vas a poder creer, ¡pero tomá nota eh! El otro día, estaba su puerta abierta, el cuarto vacío, el olor pesado. Ahí nomás me mandé adentro y empecé a buscar, ¡escuchá!, en el cajón de la cómoda le pesqué: una pata de pollo, dos budines, un frasco de mermelada roja por la mitad, unas albóndigas adentro de una flauta y un pote de yogurt.

Ferdi apenas pudo pronunciar la palabra «yogurt», sh, sh, ooo, carcajada, respiración honda, guuuu, rrr, carcajada entrecortada.

—¡Un yogurt!, ¡qué tendrá que ver! ¡Qué panzada se había planeado!

Así secundó la anécdota Lolo y con eso se ganaron toda la atención de Beni que no preguntó por la madre, al menos hasta la siguiente hora. Entonces, cuando insistió una vez más «y mamá, ¿cuándo viene?», sus hermanos ignoraron su pregunta y salieron de la habitación con el pretexto de la merienda. Beni resopló con fatiga y salió tras ellos. En el pasillo, sus quejas se oían de fondo. «Así no puedo comer la merienda. Mamá me prometió torta, no debería dejarnos acá. La extraño.»

Para cuando llegó al comedor, los hermanos ya estaban en la mesa disfrutando de té con leche y medialunas. Cuando vieron a Lolo lo ayudaron a sentarse y lo alentaron para que coma. Él se negaba, «así no», decía.

Raquel se acercó con una sonrisa en la cara.

—¿Cómo están mis chicos?

Beni no contestó, dio vuelta la cara. Raquel le apoyó una mano en el hombro y le habló al oído.

—Espero que estén presentables porque tienen una visita.

Beni levantó la cabeza, miró a Raquel y siguió la mirada de ella hasta la puerta. Parada en el umbral, una mujer de unos cuarenta años los miraba con ternura. Traía un paquete en la mano. Beni se puso a aplaudir de contento, los hermanos sonrieron.

—¿Vieron? Les dije que iba a venir, les dije que traería torta.

—Claro que sí, Benito, pero sin «estos» no vas a poder comer nada, te los dejaste en la mesita ratona del salón grande.

Raquel sacó la dentadura de Beni de su bolsillo y se la dio en la mano, éste se puso los dientes de inmediato. Ya ni se acordaba del reclamo ni que los había perdido. La visita caminó hacia ellos y apoyó el paquete sobre la mesa. Lolo y Ferdi se pararon para saludarla, a Beni le costaba más.

—Hola, tío, ¿cómo estás?— saludó primero a Ferdi y luego a Lolo —Les traje torta, la hice esta mañana.

Ni bien sus tíos le aflojaron el abrazo, ella se agachó y se acercó a Beni que seguía sentado aunque amagaba a pararse.

—Hola, papá, dejá, no te levantes, yo te saludo —le dijo y lo besó en la frente.

© Emilia Vidal

Emilia Vidal (Mar del Plata, Argentina, 1979). Licenciada en Ciencias Biológicas, filósofa *amateur* y estudiante de Psicología. Realizó tres años de postgrado en microbiología aplicada y es autora, y co-autora, de un par de artículos científicos y un capítulo de libro. Fuera del ámbito científico, colaboró con algunos relatos —y otras incursiones— en diferentes revistas electrónicas y obtuvo con sus poemas una mención especial en el I Concurso Literario de Conurbana.Cult. <http://mariavidaldom.wix.com/emilia-vidal>.

DOS TIEMPOS INOLVIDABLES (*La Cascaraña, Segunda Parte*)

por Edgardo Hernández Mejía

Mateo expresó con notorio énfasis que su decisión de reunir en el parque Sánchez, de San Juan de la Maguana, a cinco estudiantes de la Escuela de Música «Profesora Monina Cámpora», obedecía a que antes de morir quería testimoniar a los jóvenes del pueblo su primera experiencia en el Restaurante *La Cascaraña*, acontecida durante el verano del 1962.

Contó que el 8 de septiembre de aquel año resultó ser extremadamente caluroso, lo que probablemente fue la explicación de que asistieran muchas personas a la mencionada taberna la noche de aquel día septembrino.

También narró Mateo que en la referida fecha, de los primeros en llegar fueron Sanchito y Guillermo, quienes ocuparon dos asientos, justo en la mesa sin mantel más céntrica y larga con que contaba *La Cascaraña*, como si aquella noche ellos pretendieran llamar la atención de los visitantes del lugar por medio de la comunicación del tema que desde tempranas horas analizaban con entusiasmo y pasión.

Reveló que cuando *La Cascaraña* se encontraba repleta de un público que en aquella ocasión prefirió mayoritariamente consumir cerveza rubia, Sanchito manifestó con gran vehemencia su defensa a lo que llamó numerosas y grandes conquistas de la revolución cubana, en beneficio de los obreros y los campesinos, así como su admiración hacia la denominada revolución de la China Roja. Y añadió que luego Guillermo pidió a los presentes ponerse de pie, a fines de dedicar un brindis a los pueblos de Cuba y de China y, desde luego, a los más altos dirigentes revolucionarios de aquellas naciones.

Entonces, dijo Mateo denotando extrañeza, únicamente Arturo y Enrique permanecieron sentados, lo que fue interpretado como una señal de desacuerdo con el brindis propuesto. En cambio estos dos comensales que no participaron del reconocimiento a los sistemas políticos de China y Cuba, comentaron que era mucho más racional y justo alzar las copas y los vasos como gesto de admiración y homenaje a las posiciones de avanzada que había adoptado la Iglesia Católica por medio de las encíclicas del Papa Juan XXIII, así como por las conquistas que la Democracia Cristiana, inspirada en la doctrina social de la Iglesia, había alcanzado en Italia en el orden social y económico, a partir de la terminación de la segunda guerra mundial.

«Contó que el 8 de septiembre de aquel año resultó ser extremadamente caluroso, lo que probablemente fue la explicación de que asistieran muchas personas a la mencionada taberna la noche de aquel día septembrino.»

Después, contó Mateo a los estudiantes, la camarada Idalia con su mano izquierda puso en alto la boina verde olivo que llevaba y pidió un brindis complementario para incluir esta vez a Corea del Norte, país que según la dama, también había derrotado al capitalismo explotador y a la injerencia internacional de los yanquis.

Siguió exponiendo Mateo con voz pausada que no transcurrió mucho tiempo en hacer su entrada al concurrido lugar de expendio de vino tinto, ron añejo y cerveza rubia, Don Antonio, Tomás y Lilito, quienes solicitaron al mesero servirles cerveza fría y poner canciones de Pedro Infante o de Lucho Gatica, y a seguidas externaron expresiones de solidaridad y defensa a los movimientos sociales que en toda América Latina estaban abogando por la reforma agraria democrática y por la desaparición gradual de los latifundios en los diferentes países de la región.

Al ampliar Mateo su conversación con los estudiantes del conservatorio de música sanjuanero, les contó con tono muy bajo, propio de quien trata algo misterioso, que aquel 8 de septiembre hizo su

entrada a la taberna como a las diez de la noche Don Félix, quien luego de saludar efusivamente a Don Antonio, a Tomás y a Liquito, pidió tres tragos de ron añejo, y tras ingerirlos de manera consecutiva aseguró que muchos de los seguidores de Liborio, símbolo de la religiosidad popular de la lejana región Sur de la nación, estaban haciendo activismo político y campaña electoral a favor del general Miguel Ángel Ramírez Alcántara; sosteniendo que esta situación le garantizaría al partido del citado general de la Legión del Caribe, una contundente victoria en las elecciones que serían efectuadas el siguiente diciembre; por lo menos en las provincias San Juan y Elías Piña. Todo lo cual se hacía, sostuvo Don Félix según la versión de Mateo, de manera desinteresada y sin esperar beneficio alguno.

Antes de despedirse Mateo de aquellos estudiantes que lo escuchaban con suma atención en el parque, dos de ellos externaron inquietudes en torno al naciente socialismo cubano. El primero en expresarse fue Don León, con una interrogante no respondida por ninguno de los presentes, relacionada con la base legal o juridicidad de las confiscaciones de empresas extranjeras en Cuba, sin compensación material de ningún tipo. Luego Américo preguntó si la cuantiosa ayuda económica enviada por Rusia a Cuba no le coartaba a ésta su independencia y su derecho a disentir alguna vez de los criterios políticos de los altos dirigentes de Moscú.

Años después, aunque Mateo no pudo reunir a los mismos cinco estudiantes que lo escucharon atentamente en el parque Sánchez de San Juan cuando se refirió a su primera experiencia en *La Cascaraña*, sí logró, en cambio, convocar frente al monumento en honor a la batalla de Santomé a tres de ellos, a fin de testimoniarles sus vivencias ocurridas veinte años después, en la fascinante taberna.

Jamás se supo si fue casual que este segundo encuentro con los ya egresados de la escuela de música, sucediera justo dos decenios después del primero, específicamente el 5 de septiembre de 1982.

«Jamás se supo si fue casual que este segundo encuentro con los ya egresados de la escuela de música, sucediera justo dos decenios después del primero, específicamente el 5 de septiembre de 1982.»

Narró Mateo que el verano del año 1982 fue en extremo caluroso, lo que provocó que un numeroso público asistiera a *La Cascaraña* en horas de la noche de la referida fecha.

Dentro de las personas que primero hicieron su entrada, testimonió Mateo, estaban Sanchito y Guillermo, quienes se ubicaron en la mesa más larga, sin mantel, que se encontraba en medio de la mencionada taberna, posiblemente con la intención de imponer su tema de conversación a las personas que fueran llegando al lugar. También dijo Mateo que al momento de agotarse los asientos en este atractivo centro nocturno, por el abundante

grupo de contertulios que se reunió allí, consumiendo cerveza rubia la mayoría de ellos, Sanchito expresó con entusiasmo que su inscripción en el partido de gobierno no obedecía a que se había asimilado al sistema, ni a que fuera partidario del arcaico modelo de la llamada Democracia Representativa, la cual, según él entendía, seguía siendo una desfazada expresión política de la oligarquía explotadora, sino que su militancia en el partido en el poder obedecía a una estrategia para realizar algo viable en el país en lo que llega el preciso momento histórico de hacer la revolución.

Luego expuso en alta voz Mateo que Guillermo solicitó a los presentes realizar un brindis por el desarrollo que con toda seguridad, según él, tendría la región Sur del país en el futuro inmediato, a partir de la remodelación y ampliación del puente sobre el río Yaque del Sur que él había edificado como ingeniero asociado a una oficina de constructores de obras de infraestructura vial.

Agregando Mateo que en aquella ocasión Arturo y Enrique prefirieron ignorar el brindis propuesto, y pasaron a criticar con acritud a las máximas autoridades del Vaticano y a la Iglesia Católica en general, manifestando profundo pesar y decepción, tanto por la muy extraña muerte del Papa Juan Pablo I, ocurrida apenas a los 33 días de ser elegido, como por la conducta de los dirigentes políticos Democristianos que en Italia sucedieron al inolvidable líder Aldo Moro. Concluyendo las palabras de Arturo y Enrique, aseguró Mateo, con expresiones de justificación y alabanzas a la Reforma Protestante que se había hecho en la Iglesia Católica en el siglo XVI, inspirada en la doctrina de Martín Lutero.

Después, contó Mateo a los antiguos estudiantes de la escuela de música, Idalia se puso de pie y pidió a los presentes que colaboraran con la compra de bonos por valor de cincuenta pesos, a fin de recabar fondos para su campaña en la Asociación Médica Dominicana, entidad profesional en la que estaba siendo postulada por tercera vez como presidenta de la seccional de San Juan, en su condición de doctora en medicina y de activista gremial.

No transcurrió mucho tiempo, expuso con voz pausada Mateo, en hacer su entrada a la concurrida taberna especializada en servir vino tinto, ron añejo y cerveza rubia, Don Antonio, Tomás y Liquito, quienes solicitaron al mesero tres cervezas frías y poner canciones de José José o de Camilo Sesto, y a seguidas externaron sus respectivas opiniones sobre los reclamos y exigencias que podrían hacerse al gobierno central con la finalidad de que tomara acciones tendentes a proteger a las empresas productoras agrícolas; en razón de que, según aseguraron ellos, los capitales no se invierten en un país donde no estén claras y garantizadas las reglas de juego. Aseguró Mateo que el resto de lo conversado por los referidos contertulios fue en relación a lo perjudicial que, según ellos, resulta para la industria y el comercio de la nación las frecuentes huelgas y reclamos por aumentos salariales de los trabajadores.

Ya al concluir Mateo su conversación con los egresados del Conservatorio de Música, les contó que como a las diez de la noche de aquel cinco de septiembre hizo su entrada a *La Cascaraña* Don Félix, quien luego de saludar con extrema atención a Don Antonio, a Tomás y a Liquito, pidió tres tragos de ron añejo, y tras ingerirlos de manera consecutiva lamentó que el partido del general Ramírez Alcántara, no obstante haber ganado en el año 1962, con el apoyo y el activismo de los Liboristas, la senaduría por San Juan y varias diputaciones, así como algunas sindicaturas de la zona Sur del país, respaldara de manera inexplicable y a cambio de nada el golpe de Estado que interrumpió el orden constitucional y derrocó al gobierno legítimo del Presidente Bosch, en el 1963. Y continuó reflexionando Don Félix, al decir de Mateo, en el sentido de que los partidarios de Liborio jamás habían estado en peor situación económica, de marginalidad y de desamparo que como pasaron a estar después de haber participado en activismo político en favor de un partido.

En la parte final del encuentro de Mateo con los ex estudiantes de música, dos de ellos externaron inquietudes sobre la revolución cubana, la cual ya no contaba en su seno con el Che Guevara. El primero en expresarse, dijo Mateo, fue Don León, quien justificó la confiscación de todos los capitales de las empresas yanquis en la Cuba revolucionaria, en razón de que, según sostuvo, el valor de lo expropiado en el año 1959 apenas representó una mínima parte de lo que el coloso del Norte había saqueado a Cuba y a las demás naciones de América Latina.

Mateo informó finalmente que Américo dijo entender, en su nueva condición de militante de un partido de izquierda, que la Unión Soviética cuando asistió económicamente a Cuba, lo hizo por solidaridad con sus camaradas del Caribe, pero que esa decisión jamás conllevó la imposición de pautas ni de condicionamientos políticos de ningún tipo.

Cuando llegó el momento de despedirse, frente al monumento a los Héroes de Santomé, Mateo le dio un fuerte abrazo a cada uno de los graduados de la Escuela de Música de San Juan, y les dijo con sabiduría y firmeza: «nunca olviden que la vida enseña que en cualquier parte del mundo, ninguna de las razones morales de los humanos son verdaderas, sino tras veinte años de persistencia».

© Edgardo Hernández Mejía

Edgardo Hernández Mejía nació en Santo Domingo, República Dominicana. Es Abogado, escritor e investigador de temas históricos. Actualmente es miembro de la Corte Suprema de Justicia de la República Dominicana, Profesor de la Pontificia Universidad Madre y Maestra y miembro colaborador de la Academia Dominicana de la Historia y del Instituto Duarte. Dentro de sus obras más importantes se encuentran: *A Partir de Nuestros Designios*; *El Contenido de la Patria*; *El Arte Durante la Guerra de Abril*; *La Vida en Marcha*; *Choque de Luces*; *Liborio entre Flores y Fuego*, *El Día que Quitaron la Frontera*, etc. Dentro del campo jurídico ha publicado seis libros sobre temas de Criminología, Derecho Inmobiliario y Jurisprudencia. Correo electrónico: edgarhernandezm@hotmail.com.

DOS RELATOS

por Daniel Alejandro Gómez

EL BAR

Desde que llegó a la ciudad sentía que lo perseguían. Algunos de sus conocidos, amigos tenía pocos, le decían que este sentimiento era verdadero, otros que no. Llegó una mañana muy gris, un poco fría, y, todavía con el traqueteo del tren encima, fue caminando sin rumbo por las calles, hasta que sintió hambre.

En una callejuela, visible bajo el rocío mañanero, alcanzó a ver una luz y el letrero de un bar. Se metió dentro y pidió un desayuno.

El camarero le charló un poco, no recordaría de qué; luego, le sirvió el desayuno y se calló. El hombre tomó el café y el croissant con ganas, y sin despedirse se levantó para irse.

—Hasta luego —dijo el camarero, como con un aire siniestro en la voz.

Volvieron a resonar sus pasos en la calle, sin haber contestado el saludo, y dejó por fin atrás la luz de la callejuela.

Me persiguen, pensaba. Todavía me persiguen.

Ese día, el primero, entró por fin al apartamento, pequeño, no muy cómodo, y se acostó durante algunas horas. En esta ciudad, siguió pensando con tristeza, mintiéndose, puede que me vaya un poco mejor.

Sabía que no. Sentía, percibía el eco distante de sus perseguidores en la gente de la ciudad.

En la primera semana, no salió mucho de su apartamento. Después, poco a poco, se fue dando con alguna gente y, así, comenzó a buscar trabajo. Luego de apuntarse en la sanidad, no le quedó más remedio, por fin, que tener la primera entrevista con el psiquiatra.

—Pase —recordaría que le dijo el psiquiatra, sonriéndose un poco.

Entró con cautela, como si caminara sobre cristales.

—Aquí le tenemos —le dijo el psiquiatra, alto, delgado, moreno, riéndose ahora francamente de él...

Cuando salió de la entrevista, pocos minutos después, se sintió inmerso en un mar de ojos. Le pareció que todos lo observaban. Y el psiquiatra, triunfante, parecía seguir riéndose de él por las calles de la ciudad.

Nadie le creía. Todos pensaban que lo suyo no tenía remedio.

El psiquiatra, se dijo entre dientes, tiene todos los triunfos.

Buscó, pues, trabajo, sin éxito. Por lo demás, se aburría irremediablemente. Por las mañanas, a veces, bajaba a desayunar a la callejuela —no estaba lejos de su apartamento— y a caminar un poco para estirar las piernas.

El camarero, con su aspecto siniestro, le charlaba un poco. El hombre no decía nada: ensimismado, solía mirar su taza de café. Había allí, por demás, todas las mañanas, dos o tres hombres más, contertulios del camarero, con los que tampoco cambiaba ninguna palabra.

Un día el sentimiento de opresión fue demasiado. En las aceras, desde los escaparates, en las terrazas, lo seguían, sí, todos le seguían. En las entrevistas laborales lo rechazaban cordialmente.

Los días pasaban, y la silueta del psiquiatra se perfilaba: nítida, clarividente, ominosa.

—Pase —le decía éste—, pase...

Y cuando finalizaba la entrevista, el ominoso rival le extendía, irónica, su mano a través del escritorio.

—Cuando quiera venga a verme —le seguía diciendo a nuestro pobre hombre.

Un día, al salir del ambulatorio, tomó como siempre el autobús. Asfixiado, llegó al centro de la ciudad, no lejos del apartamento.

Sí, ese odiado ser. Se reía, se reía. Su rostro sonriente le atenazaba la garganta. A veces, recordó, hasta soñaba que el psiquiatra iba a verlo a su casa, y que se reía de él. Toda su ira se reunió en ese ambulatorio. Las enfermeras eran odiosas. Los enfermos despreciables. Estaba decidido: dejaría de ir al psiquiatra, cueste lo que cueste, y enfrentaría sin su ayuda a sus, quizá, imaginarios enemigos.

Llegó pues al centro de la ciudad, feliz con su determinación, y, como por casualidad, se encontró con la callejuela.

Entró al bar y pidió una caña.

—Dicen que hoy va a llover —le dijo el camarero.

El hombre tomó su caña en silencio. Luego de un rato, abstraído en sus propios pensamientos, se determinó a salir. Con buen paso caminó hasta el umbral, ya en la salida, y sin decir nada se fue.

El camarero se quedó callado, limpiando un vaso. Sus otros dos tertulianos se miraron, y asintieron con la cabeza. El camarero los miró, en fin, a ellos a su vez, siguiendo su gesto.

Y los tres, sin decir nada, con sus gestos hubieron perfilado, nuevamente, a ese psiquiatra, tan lejano, del que decían no saber nada...

* * *

LAS TIERRAS

Al bajar del avión se sintió no del todo bien. No sabía por qué, pero una sensación poco halagüeña se adueñó de su cuerpo. No obstante, allí en el aeropuerto se encontró con su tío, todo sonriente, que lo abrazó de una manera exagerada.

—Tantas cosas escuchamos sobre ti —le dijo su tío, Francisco, vibrando de tanta emoción...

Los dos fueron en taxi hasta el apartamento del tío. Allí su tía, recién llegaba del médico, le saludó también muy efusivamente. Hablaron los tres, un poco, sobre la muerte de la abuela, la madre de su tía. Sus voces se habían convertido casi en un susurro; agacharon la cabeza, silenciosos.

—Bueno, qué se va a hacer —dijo la tía—, hay que seguir.

Ese mediodía comieron alubias con almejas, un plato especial que le había hecho la tía Maribel.

—Ahora te acuerdas de nosotros —le dijo Maribel, sonriendo, masticando notoriamente las alubias, como si fuere un comentario sin importancia.

El dijo que aprovechaba para pasear un poco por España, ahora que había conseguido un empleo y que tenía algo de dinero.

Después de comer se hizo un incómodo silencio. Bueno, a decir verdad el que se sentía más incómodo era él: veintisiete años, alto, con barba, y conservando algo así como un aspecto juvenil. Sus dos tíos, en cambio, parecían meditar.

Luego su tía Maribel se fue a trabajar. Y ya era hora de que su tío Francisco también se fuera a trabajar; pero, no obstante, éste miró y miró un rato a nuestro interesado, hasta que le dijo:

—Vamos, chaval, que aquí no hay nada que ver —y acarició, forzosamente, a Esteban en los hombros.

Esteban, de pronto, se sintió muy incómodo. No dijo nada.

Se fueron, pues, al centro de Madrid, en donde estaba la oficina. Era un empleo estatal el de su tío, y apenas habían estado un rato en la oficina, cuando sonriendo, el tío Francisco le dijo a Esteban que, por suerte, tendrían tiempo para pasear un rato.

Eran las dos o las tres de la tarde por Madrid, hacía sol y mucho calor. Esteban después, vuelto a América, recordaría un paseo lleno de árboles, y con muchas estatuas que, desde los siglos, les esbozaban una mirada hierática a los transeúntes...

—Hace calor —le dijo Francisco, y en efecto, era verano...

Se sentaron en un banco.

—Sufrió mucho —dijo su tío, como por casualidad.

—¿Qué? —preguntó Esteban.

—Tu abuela... sufrió...ya sabes...

—Ah.

La abuela había muerto, hacía algunos meses.

—Sí, de algo hay que morir —dijo Esteban.

El tío Francisco sonrió, nuevamente, y dijo como para que lo escucharan hasta las estatuas:

—Ya vale, chaval, hay que seguir caminado —y se levantó presto, de un salto.

Esteban lo imitó sin tanto entusiasmo. Luego de un momento de indecisión, contemplando a su sobrino fijamente, el tío le abrazó.

Continuaron caminando, y bajo un calor sofocante. Esteban contó algo de su vida: había nacido en España pero, al poco de nacer, su padre se lo llevó a América, en donde contaba con tener un mejor trabajo que en España (como así fue en efecto). Ahora, siendo un desconocido en el país, y por demás con un fuerte acento, ahora Esteban volvía a la patria, ya crecido, y en la que se sentía un extraño. Su tío lo escuchaba sin decir nada.

Unos días después, Esteban viajaba en tren hacia el norte, en donde vivía su otro tío, Antonio, y sin dejar de escuchar el saludo final, ya en el andén, de su tía Maribel y del oficinista Francisco, que forzaba su sonrisa hasta el final:

—A ver —le dijo Francisco— si te vienes a vivir aquí en España, chaval.

En un nuboso atardecer llegó a la tierra patria, toda verde y en el campo: un terruño en donde habían vivido su abuelo, al que nunca conoció, y su fallecida abuela junto a sus tíos. Le esperaba al bajar del autobús, que había tomado luego del tren, su tío Antonio, al que todos llamaban, no con aprecio, «el conde». El conde, dicho sea de paso, le recibió bastante circunspecto, muy extraño ante ese raro acento, y también estaban serios todos los demás, primos y tías, cuando llegaron a la casa de su tío en el pueblo.

Costó comenzar la conversación. Esteban tuvo que volver a contar un poco sobre su vida, hasta que su tío Antonio, el conde —esbozando una sonrisa que fue quizá demasiado amplia—, le dijo, levantándose de su asiento:

—Ven —y se lo llevó en el coche.

No habían recorrido mucho en el coche, cuando llegaron a un gran caserón solitario, derruido y arruinado, erguido en la verde llanura, y en donde se detuvieron. El tío Antonio, más serio que nunca, hizo un breve gesto con la mano, y dijo:

—Es aquí —dijo— donde me crié: la casa de mis padres, la casa de tu abuelo. La casa y las tierras que eran de tu abuela, también, hasta no hace poco...

Y parecía realmente un conde, hablando de sus tierras señoriales.

—Ah —musitó Esteban, mientras pensaba que por qué lo habían traído hasta allí.

Brevemente, Antonio refirió algunos pormenores de su infancia y de sus padres, hasta que se cortó en seco, y dijo:

—Y bien...

—¿Sí?

—Bueno, yo soy un poco más directo que Paco y Maribel: quiero decir, que no vienes aquí por nada.

—Vengo por nada.

—Bien —dijo el tío Antonio, contento de no haber tenido que leer ningún documento aciago. Así que volvió a arrancar el coche y a dar la vuelta hacia su casa, sin sentirse para nada incómodo.

En el camino de regreso, en el coche, ya de nada hablaron, quizá porque ya no hacía falta hablar de nada.

Llegaron a la casa y allí estaban todavía su tía y sus primos, reunidos, y habiendo a todas luces conversado sobre él en su ausencia. Su tía, mujer del conde, le ofreció después un poco de requesón, y Esteban se dio cuenta de que había estado en la nevera, y que no tenía aspecto de ser nuevo. No quiso comer.

—Y bien... —comenzó su tío Antonio, el conde, sentado a la cabecera de la mesa.

—Tengo que irme —dijo Esteban, de pronto—: la tía Maribel me espera en Madrid.

Se despidieron. El conde sonrió, todavía más, cuando le daba un abrazo. Esteban también sonrió: y tanto él como sus primos y tíos parecían emocionados.

En Madrid no se entretuvo mucho tiempo más. Estuvo un par de días en lo de sus tíos. Trató de tener algo que hacer —de dar un paseo, de ver algún museo— cuando Maribel y Francisco trabajaban. Después de dos días se fue a un hotel. Dijo, y le creyeron sin mucho inconveniente, que iría sin compañía hasta el aeropuerto.

Cuando llegó de vuelta a América, su padre, que sabía cuánto había deseado su hijo ir hasta Europa, y erguido ante él en toda la estatura de su edad, le preguntó si, en España, había conseguido lo que quería:

—No creo —dijo Esteban, que así supo que tendría que trabajar, un poco más, en los próximos años...

© Daniel Alejandro Gómez

Daniel Alejandro Gómez (1974). Escritor español nacido en Buenos Aires. Publicó cuentos, poemas y ensayos en medios electrónicos y periódicos y revistas impresas en varios países: como Revista Lilith, Revista Fábula, Revista Voces, Revista de pensamiento Cuenta y Razón, etc. También practicó el dibujo figurativo.

LLEGARON LOS REYES

por Rolando Revagliatti

No digo una de sesenta; o una de edad de la que se sabe que no pasaría de los setenta; digo de una, bien conservada, eso sí, viuda en segundas nupcias, viuda reciente de un hombre más joven, una mujer activa, actualizada, de algún pico pasados los ochenta. Una mujer nada achacosa —conste—, encantadora, tolerante, incapaz de faltar un miércoles al té de la confitería «Ideal» con dos amigas pulcras y educadas, no tan expansivas, que saben arreglarse y asistir a cursos que se imparten en la Sociedad Hebrea Argentina.

Mi co-protagonista es Hebe y ocupa un departamento confortable de la avenida Las Heras, contrafrente. La hija la visita dos veces por semana, al mediodía. Una empleada del hijo mayor acude a las once de cada mañana y realiza las compras, cocina el pollo o las lentejas, lava y limpia, mientras Hebe se lee su matutino, subraya el título de una conferencia («Nuestra Tradición Histórica y su Transformación Posterior»), cambia el long play de Brahms por el de «Romanzas Decimonónicas», ingiere la dosis de Sibelium con su juguito de pomelos, recorta con una tijera la crítica de la última película de Franco Zeffirelli, que no se perdería la sigan o no la sigan Betty y Raquel.

Hebe había reparado en fotos difundidas en revistas donde *luzco indumentaria de una conocida firma de moda masculina*. Explicitó —nos conocimos, faltando un par de semanas para el fin del año, en la presentación de un libro de poemas— que mi apostura le recordaba a ese *manequén*. La entero de que soy modelo de ropa y de comerciales gráficos y filmados de todo tipo de productos, que hace seis años que me he iniciado y que, sin duda, soy la persona que le ha llamado la atención en esas fotografías. Me cuenta que su bisnieta ha incursionado en publicidad. Hilamos respecto de otros temas y volvemos a encontrarnos por casualidad el seis de enero, en la vereda de su casa. Casa en la que permanezco desde hace cinco horas, desinteresado de un compromiso de cierta trascendencia.

Rellenita, Hebe, de blanquísima piel y ojos glaucos, se me había aproximado en el sofá de estilo. Desde un ovalado retrato se esmeraban en escrutar el avance confiado de esta dama a quien rocé con sofocada agitación. Ella afirmó sus manos suaves en las mías. Nuestro primer abrazo, aún en el sofá, nos condujo a un éxtasis vago. No besé enseguida sus labios. No deseaba besar más que sus mejillas y morder más que sus hombros. Deseaba el contacto de los cuerpos, la epifanía. Deseaba, ardiente, que Hebe desabrochara mi camisa y acariciara, trémula, mi espalda. Deseaba, claro, fui deseando, la contundencia de la unión de mi sexo obstinado y el suyo desguarnecido. Ignoramos el llamado del teléfono mientras oscurecíamos el dormitorio que acogería este amor fortuito. El delirio nos arrasó cuando Hebe gemía como una muñeca desquiciada. Nos adormecemos y aquí estoy, reflexionando sobre estos sentimientos que inclinan mi ánimo hacia lo que me place, esperando (anhelando) que Hebe despierte y me busque.

© Rolando Revagliatti

Rolando Revagliatti. Nació en Buenos Aires (ciudad en la que reside), la Argentina, en 1945. Publicó en soporte papel un volumen que reúne su dramaturgia, dos con cuentos y relatos y quince poemarios, además de otros cuatro sólo en soporte digital. Todos sus libros cuentan con ediciones electrónicas disponibles en <http://www.revagliatti.com.ar>. Ha sido incluido en unas setenta antologías: *Dramaturgia Latinoamericana: Argentina* (en República Dominicana, 2008); *Minificcionistas de 'El Cuento' Revista de Imaginación* (en México, 2014); *Poesía en el Subte* (1999), *Poesía Argentina Año 2000* (Tomo 1, selección de Marcela Croce, 1999), *MeloPoeFant Internacional* (bilingüe castellano-alemán, coedición en Perú y Alemania, 2004), *Pequeña Antología de la Poesía Argentina* (selección de Jorge Santiago Perednik, 2004), *Al Sur* (2008), *El Verso Toma la Palabra* (México, 2010), *Italiani D'Altrove* (bilingüe castellano-italiano, Italia, 2010), *El Cine y la Poesía Argentina* (selección de Héctor Freire, 2011), etc. Sus 185 producciones en video se hallan en <http://www.youtube.com/rolandorevagliatti>.

ANDREA

por J. A. Santos

Al día siguiente Manuel se levantó a las tres de la tarde con un dolor punzante atravesándole la cabeza en una línea que ondulaba desde la sien derecha hasta justo bajo la oreja izquierda. Aparte del pulso pinchándole el cerebro no tenía hambre, no tenía sed, no tenía ganas de nada, ni siquiera de María —que de todas formas estaba ya convirtiéndose en un concepto más que una persona con la que hubiese compartido veinte años—, no quería limpiar el piso, no quería pensar. Tras salir de la cama estuvo tirado en un estado semicatatónico en el sofá mirando a través de la ventana las huertas y bosques de Sar y al fondo la masa gris y vacía del Corte Inglés bajo un cielo uniformemente gris. El interior del piso era apenas menos húmedo que las pequeñas huertas de fuera junto al río: como tantos otros edificios de viviendas en Sar se había construido a todo correr sobre una huerta aún medio cultivada, y junto a sus vecinos conformaba una especie de parodia de paisaje urbano, dos o tres plantas construidas con el hormigón más barato apenas recubierto de revoque blanco o unos azulejos muy resbaladizos y que incluso en verano parecían perpetuamente fríos y húmedos.

Había pensado al cumplir los cuarenta que ya no tenía que moverse nada más en su vida ni dentro de él y que le esperaba una plácidamente aburrida cuesta abajo hacia la jubilación al lado de María —podía ser mejor, pero también podía ser mucho peor—. Después de medio año ya había alcanzado seguir resentido con María sólo por haberle chafado ese plan. Por lo demás la soledad se llevaba bien. Tampoco era que estuviese mucho más solo que antes. Pensaba. Se lleva bien. Bastante bien.

Sus amigos habían insistido, le habían medio obligado a salir, casi a punta de pistola. No te quedes en casa. Aprovecha que estás en la flor de la vida, ja-ja. Te vas a oxidar (¡Ya estoy oxidado!). ¡No lo estás, mandarrián! ¡Dos cervezas y para casa! (¡Ya sé cómo acaba eso! Pero ya no lo recordaba). Seis meses, cuatro de ellos en aquel piso semivacío en Sar, al lado del río como una bolsa de basura arrastrada por la corriente y enganchada en unas zarzas, y aún pensaba que era todo una trágica confusión —como cuando te traspape-
lan las maletas en el aeropuerto— y que todo iba a volver al camino, al camino real, todo cuesta abajo. Igual era momento de moverse.

«Serían ya las dos o las tres cuando alguien sugirió tirar para la zona nueva. Se mencionó a las divorciadas del Don Juan.»

Empezaron como siempre, como antes: unas tapas y unas Estrellas fresquitas y amargas por el Franco, esquivando enjambres de guiris y estudiantes, yendo sólo a los pocos bares que aún les parecían aceptablemente polvorientos y decrepitos (nada de mierdas modernas, y como le llaman ahora, hípsters. ¿Hípsters? Sí, hípsters. Los modernos de antes, ahora han colonizado San Pedro y no hay más que tiendas de tatuajes y mierdas de artesanía. Pues nada de mierdas de hípsters, vamos a bares de toda la vida, joder), como una taberna de pueblo atascada en 1930: el Orense, el Gato Negro, el Trafalgar. Sitios en los que las cáscaras de cacahuete crujiesen bajo el zapato al entrar, hubiese más vino que cerveza y en la televisión siempre fútbol aunque fuese la segunda división islandesa. Hablaron de fútbol, de películas, de batallitas de veinte años antes. Sus amigos hablaban de mujeres que no conocía y que dudaba que ellos conociesen, miraban a los grupos de amigas treintañeras evaluando cuáles de ellas estarían divorciadas. A la tercera cerveza le vinieron ganas de irse, insistieron en que siguiera con ellos, pensó que no pasaba nada por darlo todo una noche, por tardar todo el fin de semana en bajarse la resaca y el aturdimiento, y además hacía siglos que no pasaba por Liberty o el Maycar.

Tío, Liberty chapó en 2013. Dónde has estado. Él en 2013 estaba discutiendo con María sobre si darle un hermano a Breixo o no —discusión que tal vez no deberían haber tenido—. Sus amigos asintieron comprensivos. Pide ahí otra.

Serían ya las dos o las tres cuando alguien sugirió tirar para la zona nueva. Se mencionó a las divorciadas del Don Juan. Hizo como que no lo había oído pero los otros entendieron a tiempo que sería mejor no pasarse. Alguien sugirió el Blaster, tal vez de forma irónica. Con la lógica implacable del que lleva demasiadas cervezas en el cuerpo pero no las suficientes, se pusieron en camino. El Blaster, claro. A ligar con quinceañeras y universitarias. Qué podría salir mal. Total. De todas formas le quedaba de camino: luego sólo tenía que dejarse llevar cuesta abajo hasta el puente de Sar, intentar no caerse en el río y seguir subiendo hasta el apartamento. Pasando por una Plaza de Galicia vacía y nocturna y reflejada de neón húmedo, se dijo que no recordaba la última vez que se había divertido tanto hasta tan tarde, y que tal vez estuviera ante el principio de algo.

Se le pasó al entrar. Habían redecorado el garito desde los 90, ahora todo dentro era de un color antinaturalmente blanco y de una solidez informática, vuelto púrpura y rosa y amarillo por los focos del techo. Frente a los universitarios que llenaban la pista, cada uno y cada una iluminado en un tono distinto de neón, sus amigos y otros cuarentones formaban un muro grisáceo y alopécico acodado en la barra, mirando a todas las universitarias que pasaban a su lado conscientes de que pasaban a varios kilómetros. Se pidió otra cerveza que la camarera le sirvió con cierta piedad (pensó) mientras sonaba la música que le parecía más estridente y electrónica de lo que recordaba, con más aristas, más disonancias (había aceptado ya el estar algo fuera de onda: tenía cuarenta y tres años, la barriga estaba fuera de control, estaba pagando parte de la hipoteca de una casa en la que ya no vivía). Se la bebió casi de un trago —o tal vez con más calma, estaba en ese estado de la borrachera en el que el tiempo se vuelve extrañamente elástico—. Volviendo a la barra para despedirse (ha sido una semana larga/estoy desentrenado/no soy el que era pero ya/claro, para la semana, para la semana sin fallo. Fijo. Fijo, tío) tropezó. Sintió la carne joven un segundo al chocar, como hacía veinticinco años, y vio un tatuaje de una mariposa en el hueco del hombro, junto al tirante azul de un vestido exactamente ajustado, bajo un largo pelo negro y la piel muy blanca, tanto como el interior del local. No se disculpó. Ella ni lo miró, y la falta de desprecio le hizo sentirse aún peor que si lo hubiese mirado como al viejo pervertido que era —como había aceptado de repente.

«Manuel recordó sin nostalgia otras tardes de sábado parecidas muchos años antes y también que hubo una época en que tener alguien a quien abrazar le habría parecido rutina.»

El piso tenía el aire melancólico y vacío de los pisos que saben que sólo serán habitados unos pocos meses: en el vestíbulo sólo había polvo sin barrer, un paragüero decorado con unos ciervos pastando junto a un río, y un router blanco que parpadeaba día y noche tirado en el suelo. Manuel recordó sin nostalgia otras tardes de sábado parecidas muchos años antes y también que hubo una época en que tener alguien a quien abrazar le habría parecido rutina. De hecho hasta recordaba —vagamente, entre la confusión de la resaca— que las primeras semanas tras la partida de María hasta había disfrutado de la soledad reconquistada,

hasta había presumido sin demasiado convencimiento de por fin poder dar vueltas en la cama con libertad. Volvió a mirar a su alrededor. Fuera, a través de las huertas y campos abandonados de Sar, los bloques de viviendas del Ensanche y el Corte Inglés empezaban a parecer una Toledo de El Greco contra el cielo de tormenta en un color gris cada vez más excesivo y saturado. El sofá que había sido de un tono verde radiactivo hacia 1993 se reflejaba en la televisión apagada junto con su tripa. Aún llevaba la camisa de la noche anterior. Estuvo un buen rato mirándose en el reflejo: el vidrio oscuro quitaba años, barba y arrugas. Estar en una discoteca como el Blaster, pensó, también es como ver a los demás a través de un vidrio oscuro y esperar que ellos hagan lo mismo contigo. Y no es más que una versión excesivamente intensa de todo lo demás. Tan bruscamente como antes había estado quieto, cogió el portátil que dormía sobre la mesa. Aún veía el tatuaje de la mariposa. No estaba enfadado. Tampoco realmente excitado. El deseo era más bien de hacer algo. Lo que fuese. Moverse. Recordarse: aún no estás en la gran cuesta abajo. La idea tal vez le hubiese venido la noche anterior en la larga, inacabable —mucho más con seis o siete Estrellas encima— cuesta arriba desde el puente de Sar hasta el piso y había estado enterrada durante las horas de sueño totalmente vacío hasta que apareció en su mente como si hubiese estado siempre allí, como si estuviese esperando pacientemente en su cerebro a que él se diese cuenta.

Google lo sabría, claro. Le hubiera parecido una falta de respeto preguntárselo a Cortana, pensó: sintió no tener a quién contarle el chiste. Aunque le pareció demasiado descarado decirle directamente: putas en Santiago de Compostela ahora. Así que optó por: prostitutas Santiago de Compostela. Borró. Escorts santiago de compostela. Mejor. Evocaba estudiantes pijas necesitadas de caprichos, alguna tal vez lo hiciese por vicio, etc. Se dio cuenta con satisfacción que daba igual que estuviese navegando en modo incógnito o no. Pero a fin de cuentas lo hacía por curiosidad, no? No iba a hacerlo, no era un putero. Pero por mirar. Uno tenía sus necesidades. Recordó la frase de uno de sus amigos la noche anterior —ya tras unas cuantas cervezas— sobre María Poniéndose Las Botas (risas, incluida la suya). No le parecía el estilo de María, pero se obligó un poco a creérselo, a sacarse de dentro un poco de ira. Esa golfa. No le terminaba de salir. Dijo a Google que iba a tener suerte.

La idea de poder elegir le dejó un poco paralizado. Ni siquiera tenía muy claro que lo que estaba haciendo fuese legal. Esto estaba mal: le gustaba considerarse feminista. Se rio ante la hipocresía: era tan fácil como cerrar el ordenador y seguir cuidando de su resaca antes de volver el lunes a la oficina. Pero no. Volvía a sentir ese tintineo que ya no recordaba: el del deseo, amplificado por el cansancio, un poco de autocompasión ante su reflejo en la tele y los muebles baratos del peor contrachapado. Parecían más endebles cuanto más clásicos y sólidos aparentaban ser. Algo le decía que en el burdel (¿siguen existiendo los burdeles fuera de las novelas?) no habría más que muebles como los de este piso, incluido el paragüero de la entrada con los ciervos pastando junto al arroyo. De hecho no descartaba que el piso hubiera sido un burdel o parte de un burdel en los años setenta. Por otro lado, casi todos los pisos de alquiler en Santiago daban esa impresión. Toda Santiago una red de burdeles ocultos. Toda Europa una red de burdeles ocultos mientras todo el mundo iba por la calle sabiendo lo que había tras las ventanas.

Había una sorprendente variedad de oferta. Sabía que estaba mal hablar de gente en esos términos. Pero. Por una vez tomar algo sin más esfuerzo. No preocuparse. Era patético, desde luego, pero un tipo de patetismo distinto al de sus amigos la noche anterior en Blaster: aquello le bastaba. El de sus amigos era un patetismo socialmente limpio y aceptable. El suyo no: le pareció que aquello le daba una cierta grandeza. Pagar por follar: era inmoral, desde luego. Pero es eso o estar como estos dos acodado en la barra del after, suplicando un poco que la

«La idea de poder elegir le dejó un poco paralizado. Ni siquiera tenía muy claro que lo que estaba haciendo fuese legal.»

mujer del tatuaje mirase en su dirección y se acercase a hablar con él. Se levantó y dio varias vueltas al salón en calzoncillos y calcetines, exaltado, casi emocionado, con algunas manchas de la noche anterior aún en la camisa. Iba a hacerlo. Iba a ser uno de esos. Total. Eh, sociedad de consumo. Es un poco como esas cajitas que se compran en las librerías junto a la caja que venden experiencias. Un fin de semana en un spa, 80 euros. Una excursión por los volcanes de Lanzarote, 200 euros. Un buen regalo para una pareja que está de aniversario o el cumpleaños de un amigo. Se merecía un regalo. Sólo para él.

Había pensado llamar a la primera que viese. Luego recordó que estaba al mando y que podía permitirse ir con calma y elegir. Poner el poder en algún sitio cercano al sexo: ya se le había medio olvidado.

En el cajón de la mesita de centro —falso tablero con un brillo antinaturalmente nítido, con un falso taraceado impreso de pajaritos y guirnaldas— encontró un boli Bic y un trozo de papel, algún detritus del estudiante que hubiese vivido allí antes (KEBAB ALI: ENTREGAS A DOMICILIO PEDIDO MINIMO 10 €) . Empezó a tomar nota, como creándose un catálogo. Nerea. Kristal. Ariel. Francés, centro. Griego, milladoiro. Se hizo una buena lista en los márgenes del folleto del kebab, con la letra lúcida del resacoso. No terminaba de relacionar los cuerpos tersos y relucientes de los anuncios —tetas y piernas y culos más reales cuanto que decían estar al alcance— con su barba.

Reina, Tamara, Andrea. Se paró un instante. Andrea. Joven gallega, 25 años, discreción. En la foto una morena (las caras estaban todas borradas, las caras no importaban) en un vestido muy corto y ajustado bajo el que asomaba lencería. Se veía una mariposa o tal vez una paloma tatuada sobre su hombro izquierdo, bisecada por la tira del sujetador.

Se dijo: puedo llamar y si no coge no pasa nada. Tres toques. Cuatro. Pensó: ya no hay nadie que pueda ver ningún número sospechoso en el registro del móvil (por un segundo se imaginó redadas, un Guardia Civil descubriendo su número en la memoria de otro teléfono, chantajes, etc. Lo descartó. Sólo lo descartó, sin añadir ningún argumento). Fuera la nube había ido cubriendo las brañas de Sar y Santiago ya sólo parecía su habitual presencia grisácea. Empezó a llover suavemente en cuanto marcó, golpeando sordamente la ventana con finas gotitas de lluvia en cursiva.

Tenía voz de gallega y joven, y también un poco de sueño: notó que se estaba esforzando por parecer cordial. Independientemente de si era o no la chica de Blaster, pensó, lo era, y lo sería para él. Viene en el precio. Ah el precio (Mis tarifas son cien euros media hora y doscientos la hora. Realizo todos los servicios —y para remachar el todos, una risita—). Le dio una dirección en el Ensanche. Dijo que se quedaría una hora. Al salir de la ducha ya no tenía resaca.

En un domingo de primavera por la tarde Santiago es una ciudad muerta y habitada sólo por la lluvia o su promesa. Había escampado un poco, pero el cielo seguía del mismo color amenazantemente gris azulado: en cualquier momento podría caer un diluvio que tal vez no parase hasta la mañana del lunes. Bajando por la Rúa de Sar y cruzando el puentecito de juguete sobre el río también de juguete pensaba: «Esos guiris que bajan desde el centro a ver la Colegiata no tienen ni idea de a qué he salido de casa». Cruzando bajo las vías del tren y el puente del Periférico la Ciudad Vieja aparecía en lo alto como una capital olvidada de algún reino más antiguo y olvidado que Galicia: A la izquierda la masa informe del Ensanche, luego la punta de la torre de la Carraca asomando como un cohete barroco tras los muros acantilados de la facultad de Historia, luego la cúpula de la iglesia de la Enseñanza, a la derecha el cubo ciego de San Agustín, siempre tan rotundo, tan solo. Tomó a la izquierda subiendo hacia el Horreo y la Plaza Roja. El Ensanche, tan ajetreado entre semana, estaba vacío como ayudándole a conspirar.

*«Cuando salió a la calle
desierta vio a un
conocido del trabajo
andando en su
dirección: rápidamente
dio media vuelta,
empezó a andar
intentando llegar a la
siguiente intersección.»*

Paró en un cajero. Pensó: la chica del noche anterior estaba ahora duchándose y/o probándose lencería escueta para él/gracias a él. A ti, Manuel. Cuando salió a la calle desierta vio a un conocido del trabajo andando en su dirección: rápidamente dio media vuelta, empezó a andar intentando llegar a la siguiente intersección. No es que fuese a confesarle a su conocido «he salido de casa a follarme una puta» —con ese lenguaje, sobre todo el lenguaje. Crudo—, pero no quería romper el hechizo de la clandestinidad. Sentirse el hombre más poderoso en el Ensanche de Santiago, como el espía se siente poderoso infiltrado en la base enemiga.

La dirección era en unas galerías comerciales del Ensanche, donde antes estaban los cines Valle-Inclán. El bajo del edificio se abría a la calle, y desde allí se accedía al antiguo cine, un gimnasio, un pasillo que daba a una galería comercial que se extendía por el corazón de la manzana hasta la siguiente calle. Los cines habían cerrado hacía años, pero los últimos carteles de las últimas películas seguían colgados con chinchetas en la cartelera frente a las taquillas, bajo la colección de carteles clásicos de los años 70 y 80 que recordaba haberse conocido de memoria mientras hacía muchos años hacía cola para ver *Parque Jurásico* o *Indiana Jones y la última Cruzada*: películas de Nuevo Cine Alemán y de la época oscura de Disney en los primeros 80. Recordó que *Parque Jurásico* fue de las primeras películas que vio con María, y que aunque aún no sabía a qué atenerse en aquella tarde de otoño de 1993, ella no tardó en cogerle de la mano, ya en la primera escena cuando el Velociraptor destripa al empleado del parque. Esa tarde sólo había unos adolescentes haciendo *break-dance* junto a la entrada del gimnasio, al fondo de las galerías.

Volvió a llamar, escondido detrás de una columna, pensando en el tatuaje, un par de medias negras sobre carne blanca. La voz seguía tan cantarina, tan simpática: le dijo que estaba lista —como subrayando esa palabra—, le indicó cómo llegar —bajando las escaleras por la galería secundaria que bajaba hacia la calle paralela, luego seguir por la galería un par de pisos, el portal frente al Sex Shop.

La galería en el corazón mismo de la manzana era como un mundo perfecto y artificial —para la definición de perfección que hubiera en 1975 o así—. A ambos lados del pasillo se abrían locales

vacíos que en su día habían esperado ser una calle interior y ahora sólo alojaban polvo, persianas rotas, una academia de idiomas. En alguna esquina olvidada se pudrían unos chicles y unas colillas. Una pareja de adolescentes se daba el lote en un rincón. Alguna ventana ocasional dejaba ver el patio de la manzana, donde las torres de viviendas de los 70 parecían aún más tristes, más planas. Efectivamente había un sex-shop, escondido en el mismo corazón del edificio. Estaba cerrado, así como la tienda de botánica de enfrente, con una incongruente decoración setentera imitando madera y vegetación intentando evocar una naturaleza imposible en aquel mundo subterráneo y artificial. Intentó serenarse, pensando: no podía salir nada bueno de algo que se escondía en aquel sitio olvidado de la ciudad. No podía ser tan guapa como en las fotos. Tal vez fuese todo una estafa y un maromo con un garrote le estuviese esperando...

Ya había llamado y oyó un taconeo tras la puerta justo antes de que ésta se abriera.

—Hola, soy Andrea. —Sonrisa con pintalabios, pelo suelto alrededor del tatuaje de una mariposa.

* * *

Quince minutos después se volvió a abrir la puerta y salió, un poco despeinado: no, dijo, se ducharía en casa. Ella le dio un beso de despedida en la mejilla, le dijo que hasta la próxima, que estaría aún unos meses por la ciudad.

© J. A. Santos

J. A. Santos. Ha publicado el relato "Los Que Quedamos" en la Revista Almiar del pasado mes de marzo, amén de un par de ucronías publicadas en inglés en el foro www.alternatehistory.com.

CRISIS ¹

por Nechi Dorado

La crisis que padecía Claudia estaba próxima a llegar a su fin, todo parecía indicarlo... Podría haber sido la mejor decisión si se tenían en cuenta los hostigamientos padecidos por esa mujer víctima de la violencia doméstica.

Claudia amaneció sin haber pegado un ojo en toda la noche, sentía un nudo en el estómago y una convulsión de ideas se dibujaba en su cabecita enloquecida por tanto horror.

—No es a mi sola que me pasa esto, murmuraba hacia adentro como tragando las palabras e incapaz de darlas a luz.

Esta pesadilla debe terminar, la situación me superó, estoy harta de órdenes irrestrictas, debo tomar una determinación que anule esta opresión o voy a terminar loca, pensaba, agregando otra tortura a las sufridas hasta entonces.

Hacía muchos años que entre ella y su pareja se había instalado esa figura cruel que asesina al amor aunque la víctima no se dé cuenta muchas veces.

No fue la suya una reacción intempestiva, la fue elaborando día a día, golpe a golpe, agravio a agravio.

César era un hombre introvertido, nadie en el barrio podía mencionarlo mal ni bien, simplemente su imagen era la de un tipo callado, reservado, que todos los días salía temprano para regresar apenas entrada la noche.

Impecablemente vestido, con un ataché negro balanceándose al compás de su paso tranquilo y seguro, era el evidente sostén de la casa, quien traía el pan de cada día con esfuerzo y sacrificio a juzgar de los vecinos.

Solía vérselo de la mano de Claudia algunos fines de semana. Otros, salía solo para regresar entrada la tarde.

Claudia era una mujer extraña a criterio del vecindario, una señora de su casa como suelen llamar a las mujeres que no trabajan fuera del hogar.

La sociedad siempre se tomó la atribución de colocar o retirar estatus a su antojo, con la facilidad de un juez que condena o absuelve declarando a alguien víctima o victimario.

César no le hace faltar nada, fijate qué linda tienen la casita, ella es medio extraña, a veces anda con unos enormes anteojos negros aunque el día esté nublado. En cambio él anda siempre impecable, comentaban las vecinas en voz baja.

—Muchas veces pareciera desaparecer, pueden pasar días y días que ni se ve, pobre hombre, vivir con una mujer tan rara no debe ser fácil, a veces ni las ventanas abre, agregaba otra vecina.

—Sin embargo a mí me parece una chica buena, no se mete con nadie, va del almacén o la carnicería a su casa y lo único que se le escucha decir es buenos días, comentaba una tercera en ronda de chismografía barrial.

Esa noche César regresó como siempre. Dejó el ataché sobre un sillón del living antes de preguntarle a Claudia con voz seca, imperativa:

—¿Qué preparaste de comer?

«No fue la suya una reacción intempestiva, la fue elaborando día a día, golpe a golpe, agravio a agravio.»

¹ Del libro *Destapando el silencio*. Editorial Amaru, edición 2010 (agotada).

Claudia suspiró sin responder. Comenzó a agitarse su corazón, el nudo en el estómago parecía apretar más que nunca.

—Te hice una pregunta, siempre estúpida vos, agregaba César con la misma voz que sonaba a cachetazo en el medio del alma.

—No limpiaste los muebles, mirá el polvo que hay sobre la mesa ratona, otra vez pusiste jazmines y sabés que no tolero ese olor adentro de la casa, ¿vos me estás cargando a mí, te creés que sos muy viva? Te pregunté qué hiciste de comer.

Claudia suspiró como para tomar fuerzas, clavó sobre el rostro de César sus ojos que parecieron tomar forma de puñales.

César volvió a preguntar esa vez más agresivamente, mientras agregaba: no te me hagás la rebelde...

—¿Qué mirás con esa cara? Hace varios días que te estás haciendo la idiota.

La idea surgía como una ola devastadora, ella ya no mostraba sumisión y César poco dispuesto a tolerar esa falta de respeto.

—Por última vez te digo: ¿Qué preparaste de comer? Andá sirviendo que estoy cansado.

«César cargó el deseo brutal de darle vuelta la cara de un cachetazo, como hiciera tantas veces por mucho menos.»

Ella tomó fuerzas del mismísimo aire y las palabras brotaron de sus labios como dardos envenenados que dieron justo en el ego del «hombre» que no hacía faltar nada a su mujer. Ni la violencia.

—NADA, gritó Claudia, nada hoy, nada mañana, nada nunca más.

Fue un grito visceral lanzado desde la montaña de irrespeto soportado durante tantos años. Se sintió fuerte, fue lo más suyo que logró en tantas décadas de ofensas y maltrato.

César cargó el deseo brutal de darle vuelta la cara de un cachetazo, como hiciera tantas veces por mucho menos.

Claudia no bajó la mirada, ante el gesto amenazador del puño que se alzaba sólo dijo tajantemente:

—Ni se te ocurra...

Cuatro palabras, doce letras que abortaron el impulso irracional de ese hombre violento, producto del tejido social descompuesto de una sociedad enferma de atraso, de machismo, de irresponsabilidad.

Claudia colgó su bolso al hombro y dio el último portazo a esa cárcel dispuesta a enterrar sus angustias que parecían infinitamente enquistadas hasta una noche que cambiaría su historia definitivamente.

Salió a la calle, sintió el frescor de las sombras acariciando sus mejillas. Sobre ellas corrían lágrimas no sé si de felicidad o de dolor. Ella no pudo contarme.

En el hermoso jardín de la bonita casa quedaban los jazmines, las azucenas y el verde del césped prolijamente recortado que la empujaban para que no aminorara su marcha ni volviera la mirada hacia atrás.

La puerta que un momento antes proyectara su alarido de libertad se abrió nuevamente.

Claudia siguió adelante, imperturbable, decidida. Sólo pudo escuchar la voz de César más bestial que nunca.

—¿Dónde te creés que vas, perra?, gritó el hombre desde su desesperación propia del general al que la tropa no le acata su orden absurda.

Un ruido apenas perceptible pareció salir también desde esa puerta cuyo marco era el hermoso jardín.

Claudia sintió algo en la espalda y siguió caminando apenas unos pasos más. De su cuerpo brotaron flores de espanto que le dieron un adiós postrero a la esperanza y a la libertad.

Como siempre, nadie en el barrio vio nada. Un tímido título en los diarios de la mañana siguiente minimizaban una situación terrible que sigue vigente día a día, amparada por el manto del silencio.

«Crimen pasional»: un hombre enloquecido por los celos asesinó a su mujer de tres balazos.

Muy temprano el vecindario se apostó en el frente de la casa; el murmullo que ahí nacía fue tan asesino como el autor de los disparos.

—Y sí, era una mujer rara, pobre tipo que no le hacía faltar nada.

—Seguro que le fue infiel, qué querés, se volvió loco el pobre.

Doña Clara agregó tan tajante como injustamente:

—Ay Don Antonio, hay mujeres que si no se las para de entrada... quién iba a decir que la Claudia...

Pobre César, tan trabajador él.

Don Antonio no respondió, en general se refugiaba en el silencio cuando de cuestiones barriales se trataba pero ello no impidió que el recuerdo fluyera hasta el pueblo donde había dejado su historia que, casualmente, era el mismo pueblo donde naciera César.

Cuestiones laborales hicieron emigrar a don Antonio hasta una ciudad vecina, esa donde abriera sus ojos por primera vez Claudia, hija de Miguel y de Sofía, matrimonio admirable, trabajador, honesto.

La vio crecer y convertirse en mujer, fue testigo cuando el amor golpeó las puertas del corazón joven y entrelazó su brazo en el de un muchacho que arrastraba un pasado tan oscuro como repudiable.

«No era un tipo común, era uno de esos para los que no se encuentra descripción ajustada a su perfil.»

No era un tipo común, era uno de esos para los que no se encuentra descripción ajustada a su perfil. Pendenciero, matón, prepotente, atributos exacerbados gracias a las poderosas influencias con las que contaba pero que con los años, al dejar de ser útil, se fueron alejando de él considerándolo un tipo difícil.

Eso sucedió cuando dejó de ser útil y aparecieron otros con sus mismas características.

Incapaz de asumir que su vida fue una continuidad de actos repugnantes, dejaba correr su vida con un mate en la mano. Su refugio ni bien despuntado el día y hasta que las primeras estrellas asomaran por el cielo pueblerino, era bajo la copa de un frondoso árbol, desde donde decía que veía mirar a las pibas de «culito lindo» que lo meneaban provocativamente cada vez que pasaban cerca de él.

Harto de rumiar soledad y desprecio de sus vecinos, abandonado por sus padrinos fuertes, un día conoció a Claudia. Supo de su familia y un buen pasar a fuerza de trabajo y constancia y echó su mirada de águila sobre la presa.

Enamoró a Claudia, quien no fue capaz de distinguir la bajeza moral de aquel joven de mirada profunda y sonrisa de costado, típica mueca de los hipócritas incapaces de reír con los ojos y con el alma.

Un día decidieron unir sus vidas, ella pensando que sería para siempre, él fantaseando que esa historia duraría hasta que le diera la gana, total, las muchachas se tiraban a sus pies con un simple chasquido de sus dedos.

Se unieron la bravura de una pistola en la cintura y la inocencia de una muchacha que olía a margarita silvestre y que exhalaba amor cada vez que respiraba.

Don Antonio no podía dejar de pensar que cuando conoció ese romance se atrevió a decirle a Miguel que no era buena persona, esa, sobre la cual Claudita había posado sus ojos dulces.

—A mi tampoco me gusta ese tipo, Antonio, le confesó su amigo, pero ya sabés, lo peor que se puede hacer es tratar de quitarle las vendas a los ojos del amor. Mi hija está enamoradísima, jamás nos escucharía.

Miguel falleció una noche rodeado por sus seres queridos, y el amigo, antes de que la mano helada de la muerte lo rozara, apagando la luz de su mirada para siempre, pudo dirigirse a Antonio: hermano, cuidame a la familia.

Los recuerdos se agolpaban en la cabeza de Antonio, el titular del diario que anunciaba la muerte de Claudia tuvo fuerza de estocada en el alma de ese hombre entristecido.

El susurro malicioso de los vecinos lastimaba, ensordecía —si supieran quién fue César.

Antonio se dirigió a su casa, no podía quitar de su mente los rostros de Miguel, de Sofía y de Claudia.

Tomó el arma heredada de su abuelo, cerró la puerta y silenciosamente fue a buscar a César.

Una estampida retumbó mientras los vecinos seguían hablando del «crimen pasional» del pobre muchacho que se había vuelto loco por los celos y de la mujer que a veces parecía rara.

El barrio enmudeció, don Antonio elevó sus ojos al cielo con el arma en la mano. A lo lejos se sentía el ulular de las sirenas acercándose hacia el lugar.

César yacía con la mirada ausente, un hilo de sangre manaba de su pecho, los vecinos sorprendidos comenzaron un nuevo murmullo que jugó nuevamente su papel de criminal.

—¿Qué le pasó a don Antonio? Para mí que se volvió loco....

© Nechi Dorado

Nechi Dorado nació en Buenos Aires, es docente, periodista en prensa alternativa, escritora, "poetastra". En la actualidad escribe cuentos, relatos y poemas todos con fuerte contenido social que son difundidos por muchas revistas literarias virtuales y escritas. Participó en varias antologías. Miembro de PCsur, REMES —red mundial de escritores en español—, adherente y colaboradora del World Festival of Poetry y otros espacios culturales. <http://textosnechidorado.blogspot.com/>. Correo electrónico: nechi.dorado@gmail.com. <https://www.facebook.com/nechi.dorado>.

DINERO Y MIEDO

por Juan José Sánchez González

Las calles, las cosas, la gente, se escurrían despacio fuera del coche, en la clara luz de aquel templado mediodía de octubre. Pedro apenas las veía, atento solo a que nada ni nadie se interpusiera en su lento camino de regreso a casa. Siempre le pasaba lo mismo al salir del trabajo, el mismo aturdimiento, la misma ebriedad cansina. Ocho horas pegado a una cinta transportadora, respirando a través de una mascarilla su propio aliento caliente y húmedo, separando con cuidado las porquerías mezcladas con el vidrio destinado a ser reciclado, era suficiente como para que la mente se entumeciera y como para que todo adquiriera el mismo asqueroso regusto a basura remojada con alcohol. Además, estaba ese polvillo insano que manchaba su mono de trabajo y en el que prefería no pensar, y los mil inesperados peligros que escondía la basura, jeringuillas usadas, pequeños animales muertos, líquidos malolientes compuestos de quién sabe qué... o la granada de mano sin explotar que hacía un año había encontrado... Un mes antes, un trabajador de otro turno se había suicidado. Lo encontraron ahorcado en su casa. Era un tipo normal con el que no había tenido mucho trato. Parecía tranquilo y contento. Cumplía bien con su trabajo, nunca había dado motivo alguno de queja. Se había casado un par de años antes, tenía una hija de seis meses, no tenía deudas importantes ni problemas aparentes... nadie se explicaba nada... Pedro sí. Al menos era capaz de comprender por qué en momentos como ese. La vida nunca parecía tan absurda como al salir del trabajo, nunca se hacía más evidente que se nace para intentar ganar dinero como sea, no para ser feliz. Hay que llegar al fondo del cansancio y el aburrimiento para comprender eso, para que todo lo demás, las pequeñas ambiciones, las menudas esperanzas, se disuelvan como frágiles mentiras, incapaces de disimular las verdaderas razones por las que se mueve el mundo: dinero y miedo. Y en ese trabajo se llegaba muy pronto. Muchos no aguantaban. Entraban pensando que era cosa fácil. Pasarse el tiempo al lado de una cinta transportadora no era subirse a un andamio o joderse la espalda vendimiando. Pero bastaba poco tiempo para que se dieran cuenta de que no era tan bueno como habían pensado. Las horas se estiraban como chicles. Se hacían largas, eternas... la vista y la mente se cansaban pronto, atentas al interminable desfile de basura, los músculos de todo el cuerpo, en posiciones que apenas variaban durante todo el turno, se tensaban, dolían... la mente se atontaba, los pensamientos se hacían lentos, perezosos, extraños... se acababa pensando cosas raras. Cada uno escapaba como podía. Algunos de sus compañeros eran verdaderos yonquis a los que nadie hubiera contratado para otra cosa. Otros empezaban a beber desde bien temprano, escondiéndose de los encargados, que, por lo demás, solían hacer la vista gorda. Llevaban petacas que solían agotar a media mañana, entonces, medio borrachos e impacientes, empezaban a ponerse de muy mal humor. Era la solución clásica. Había otras formas de escapar más raras. A su amigo Jorge le había dado por apostar y jugar al póker a través de Internet. Su economía sufría excitantes oscilaciones. Unas veces no tenía ni para comer y andaba pidiendo dinero prestado, otras podía pasarse días enteros sin salir de un puticlub. Esa inseguridad parecía compensar bien la absurda monotonía de la fábrica. Quizás fuera el único tipo equilibrado de toda la plantilla.

«Era un tipo normal con el que no había tenido mucho trato. Parecía tranquilo y contento. Cumplía bien con su trabajo, nunca había dado motivo alguno de queja.»

Y él, Pedro, no soñaba con nada ni ambicionaba nada. Solo volvía a casa un poco más quemado, con la cabeza siempre aturullada. Se suponía que quería tener un hijo. Eso al menos intentaba hacerle creer a Marta. Él no lo había desmentido, solo callaba cuando Marta hablaba de eso. Ambos tenían treinta y seis años. Pedro era solo un par de meses mayor que ella. A él la edad no le importaba demasiado, pero a Marta empezaba a causarle inquietud. Todas sus amigas tenían hijos. No hablaban

de otra cosa. Además, ahora, con su madre enferma, le había entrado más prisas. Quería que la abuela llegase a conocer a su nieto. A veces le había dicho a Marta que prefería esperar un poco. ¿Esperar a qué? Preguntaba ella. Tenía razón, ¿esperar qué? Solo era la forma cobarde de decir que no. Sabía que sería el fin. Marta había llegado a un punto en que el amor no significaba nada si no le iba a proporcionar un hijo. Lo demás eran tonterías. Solo que Pedro estaba cada día más convencido de que no quería tenerlo. Tampoco estaba convencido de querer a Marta. Al menos no como antes, como al principio, cuando empezaron hacía ya diez años. Le seguía gustando follar con ella, eso funcionaba bien. También se llevaban bien en casa, se repartían las tareas, apenas discutían, tenían gustos comunes. Pero se habían ido convirtiendo en personas muy distintas. Ella quería una vida normal, una pequeña familia, una vida sencilla y tranquila... y él, él no sabía lo que quería. Había perdido las ganas en algún sitio, quizás entre la basura que removía cada día.

Logró aparcar justo enfrente de casa. Se bajó del coche, de su SEAT Ibiza negro de diez años. Alzó la mirada hacia aquel feo bloque de viviendas que alzaba sus cuatro plantas frente a él. Ahí llevaban viviendo de alquiler cinco años, desde que, tras vencer los escrúpulos católicos de sus padres, renunciaron a casarse, inscribiéndose como pareja de hecho. Sus blancas paredes sucias y desconchadas le daban muy mal aspecto, aunque en él vivía gente de lo más normal. El balcón situado más a la derecha, en la tercera planta, era el suyo. Era el único que no tenía macetas ni juguetes de niño. Las persianas estaban bajas. Marta no había vuelto aún. Salía de la peluquería en la que trabajaba a las dos, siempre que alguna clienta no la retrasase demasiado. Recordó que aquel día se iba a pasar por la casa de sus padres. La diabetes había convertido la vida de su madre en una insufrible tortura. Se hablaba de amputarle las piernas. Habría ido a comer con ellos. Eso le permitiría comer solo. Lo prefería antes que tener que hacerlo con Marta hablando de su futuro hijo.

«Quizás no fuera tan malo vivir solo, así, sin tener que hacer ningún esfuerzo por comprender a nadie, dejándose adormilar por la pereza entumecedora en que le hacía caer el cansancio y el estómago lleno.»

Entró en casa, se quitó el mono de trabajo, arrojándolo a la pequeña terraza interior, haciendo saltar una nubecilla de polvo. Se duchó y se puso el chándal que solía vestir en casa. Se fue a la cocina, se calentó un buen plato de macarrones y empezó a comer. En la tele vio lo de siempre: corruptelas políticas, muertes, violencia y deportes, noticias que cada día le hacían perder un poco más la esperanza en su país, en su mundo y en su especie.

Cuando acabó de comer apagó la tele y lo limpió todo. Después se fue a echar un rato en el sofá de la sala de estar. Cerró los

ojos, tenía sueño, pero no era capaz de dormirse. Escuchaba los sonidos del bloque. Un murmullo sordo y constante le envolvía, todas las televisiones estaban encendidas menos la suya. De vez en cuando una voz se alzaba, decía algo incomprensible y volvía a sumergirse en el continuo murmullo televisivo. Estaba bien así, sin pensar en nada, escuchando sin intentar comprender qué. Quizás no fuera tan malo vivir solo, así, sin tener que hacer ningún esfuerzo por comprender a nadie, dejándose adormilar por la pereza entumecedora en que le hacía caer el cansancio y el estómago lleno. Pero estaba el sexo. Sin Marta lo iba a tener difícil. Hacía mucho tiempo que no le entraba a una tía. Antes no se le daba nada bien y antes era muy distinto a como era ahora. Con su gorda cara triste y su desgana por todo, no iba a tener mucho éxito. En el primero C vivía sola una chica de veintitantos años que estaba muy buena. Rubia, con una cara bonita y un cuerpo excelente. Era dentista o algo así, pero trabajaba de dependienta en una tienda de ropa. A veces, cuando se cruzaba con ella en el portal, se le iban los ojos. Ella lo sabía, pero ni siquiera le saludaba. No existía para ella, solo era un pobre gordo que la miraba con timidez y deseo. Le gustaría follársela, pero el solo esfuerzo que debería hacer para decirle algo, para intentar gustarle, le quitaba las ganas. No se veía acercándose a esa chica ni a ninguna otra con cara sonriente, gracioso, decidido, como si todo fuera bien. No, no sería así. Enseguida verían lo que de verdad había dentro de esa cabeza. Un montón de pensamientos embarullados, nada claro, nada bonito, nada alegre. Sin Marta se quedaría solo, quizás para siempre. La idea, a veces, no le disgustaba del todo. No porque Marta le fuera molesta. Era solo que estaba cansado de disimular, de buscar excusas, de no poder decirle que no quería tener un hijo, que estaba bien así. Era eso lo que le hacía apetecible la soledad... ahora que estaba echado en el sofá, en un piso limpio, con el estómago lleno, habiendo dormido con Marta y sabiendo que volvería...

Quizás cambiase de idea si durmiera solo y comiera solo y limpiase solo el piso durante semanas, meses, años... Tal vez, pero no podía saber lo que sentiría entonces. Le bastaba con pensar en el presente. Y no le gustaba. Él estaba a gusto, sí, pero ella no, ella quería un hijo. Quizás fuera un egoísta, aunque, tal vez, también lo era ella si solo le quería por el hijo que pudiera darle. En el fondo, siempre se había sentido desgraciado, por eso no quería tener hijos. No le gustaba el mundo, las razones por las que se movía, la clase de mierda que lo llenaba. Siempre había sido así, por eso nunca había tenido ambición. No, no se podía llamar a eso egoísmo. Era casi una cuestión ética. Solo creía en una forma de salvar el mundo, dejando de parir verdugos y víctimas. Pero no podía decirle eso a Marta. Ella, como la mayoría de la gente, solo comprendía las cosas que le afectaban directamente. Le diría que solo eran excusas, y de las peores. Ella no se remontaba tan alto. Nadie lo hacía. Por eso el mundo funcionaba así, como una secuencia de los mismos errores repetida a lo largo de los siglos. Ella quería un hijo, pensaba en él como en alguien que haría grandes cosas y que ganaría mucho dinero. Era lo que solían pensar quienes tenían hijos. Pero seguramente no sería así. Solo sería un desgraciado más haciendo cualquier cosa para ganar dinero.

La puerta del piso se abrió y se volvió a cerrar despacio. Marta se asomó a puerta de la sala de estar sin hacer ruido. Era pequeña y delgada, lo que le hacía aparentar algunos años menos. Su rubio cabello se alborotaba un poco ondulado alrededor de su cara muy blanca y delgada. Llevaba una camisa clara y pantalones vaqueros que resaltaban su menuda figura. Observó a Pedro para ver si dormía. Pedro dudó un instante en hacerse el dormido, pero abrió los ojos sin levantarse del sofá. La cara de Marta estaba seria. Malas noticias, pensó Pedro.

—¿Cómo está tu madre?

—No sé... no sé qué pensar —Marta se alzó de hombros—, yo no la veo mejor... el médico dice que sí, que a lo mejor no hay que amputar, pero no sé, no sé...

—Si lo dice el médico... —Pedro se incorporó en el sofá apoyándose sobre los codos—. ¿Has comido?

—Sí, un poco, en casa de mis padres —respondió ella, distraída.

—¿No vas esta tarde a la pelu?

—Sí... ahora... a las cinco... es que... tenía que decirte una cosa antes.

La seria cara de Marta hacía intuir que se trataba de un asunto grave, solo podía ser una cosa.

—Mejor lo dejamos para luego, ¿no te parece?

—Es que no me lo puedo quitar de la cabeza.

Se acercó despacio hasta el sofá con las manos juntas delante de su vientre, entrelazando los dedos y apretándolos entre sí con fuerza. Se sentó en el borde del asiento, delante de las piernas de Pedro, girando la espalda hacia él.

—Yo no creo que a mi madre le quede mucho tiempo... mi abuela murió de los mismo, me da igual lo que diga el médico... es una cosa que sé, que siento... por eso... me gustaría que conociera a su nieto, es el único que va a tener.

Calló un instante, fijando en Pedro sus pequeños ojos verdes. Tenían una expresión muy triste. Pedro bufó de fastidio sin darse cuenta.

—Sé que no quieres, pero me gustaría que me dijeras algo.

—Yo no te he dicho que no quiera.

—No lo dices, eso es lo malo.

—Joder, siempre igual.

Ambos callaron. Escucharon a alguien hablar en un piso cercano, una voz fuerte y airada que comentaba cualquier cosa de la tele.

«Calló un instante, fijando en Pedro sus pequeños ojos verdes. Tenían una expresión muy triste. Pedro bufó de fastidio sin darse cuenta.»

—Merezco por lo menos que me digas la verdad.

Pedro no contestó. Volvió a tenderse en el sofá, con la cabeza apoyada en uno de los brazos, mirando al techo de la habitación. Era el momento, uno más, de decir la verdad. Pero no se atrevía. La soledad, ahora, con Marta al lado, no le parecía tan buena como antes.

—Me parece que estás sacando las cosas de quicio.

—Sabes que no, sabes lo que quiero, lo que no sé es qué quieres tú.

Pedro volvió a permanecer callado, fijando ahora su vista en la espalda curvada de Marta, ligeramente doblada sobre su vientre. Ahora no le miraba, tenía la cabeza inclinada hacia el suelo.

—Te quiero a ti —Pedro lo dijo sin convicción, Marta se alzó de hombros.

—Por qué no me dices la verdad.

—¿Crees que te miento?

—Sabes de sobra de qué hablo.

Otro silencio. Pedro cerró los ojos. Todo volvió a reducirse a un confuso murmullo de fondo sobre el que se alzaban voces aisladas. Marta no hacía ningún ruido. Esperaba.

«La expresión de sus ojos le impidió responder a Pedro. Marta se levantó, permaneciendo de espaldas hacia él, junto al sofá. No parecía alterada, solo un poco más triste.»

—Es verdad, no quiero tener hijos —Pedro siguió con los ojos cerrados. Marta tardó en contestar.

—Es lo que sabía.

—¿Entonces? —Pedro abrió los ojos y volvió la cabeza hacia ella. Seguía sin mirarle. Se alzó de hombros una vez más.

—No sé.

—No hace falta tener hijos para ser felices.

—Para ser feliz quién.

Ahora sí se giró hacia él. La expresión de sus ojos le impidió responder a Pedro. Marta se levantó, permaneciendo de espaldas hacia él, junto al sofá. No parecía alterada, solo un poco más triste.

—Tengo que volver al trabajo, se me va a hacer tarde.

—¿Entonces? —volvió a preguntar Pedro, sentándose en el sofá con cara de inquietud. Marta se volvió hacia él. Sus labios se movían, como si pretendiesen articular palabras, al igual que sus ojos, pero ningún sonido escapaba de su boca. Al fin contestó:

—No sé, quizás me arrepienta, pero creo que está claro.

—Vamos a terminar así —la voz de Pedro salía de su boca sin un tono definido, entre la pregunta y la afirmación.

Esta vez fue Marta la que no contestó. Se quedó mirando al reloj de pared, sobre la cabeza de Pedro.

—Es demasiado... Piensa lo que le espera a un niño en un mundo como este.

Marta bajó la cabeza, le miró con cierto desdén burlón. Pero no contestó. Se limitó a decirle que se le hacía tarde y que después hablarían. Se dio la vuelta y se fue.

Pedro permaneció un rato sentado en el sofá, mirando a la pared de enfrente, donde abría la puerta que daba al balcón, sin verla. Le costaba pensar. Era como si la cansina embriaguez de la fábrica volviera a apoderarse de su cabeza. Se había acabado. De eso estaba seguro. Pero pensarlo así no le inspiraba ningún sentimiento. Quizás necesitase tiempo. Quizás. O simplemente era que hacía mucho tiempo que tenía asumido lo que iba a pasar. Ahora estaba tranquilo. Estaba incluso casi alegre. Era una sensación extraña.

Se levantó y salió al balcón. Se recostó en la barandilla, mirando hacia la calle. Había gente caminando por las aceras y pasaban algunos coches. Aunque no fumaba, pensó que estaría bien poder

fumar mientras miraba a la calle así, incluso que le quedaría bien. Quizás empezase a fumar ahora, quizás empezase muchas cosas ahora.

La vecina rubia del primero C salió del portal y empezó a caminar deprisa calle arriba. Estaban a punto de dar las cinco, por eso tenía prisas, para no llegar tarde a la tienda. Llevaba puesto unos ajustados leggins de color rosa que subrayaban las excitantes curvas de su espléndido culo. De repente le pareció extraño que existiera un culo así en el mismo mundo en el que existían fábricas y suicidios y enfermedades que obligan a amputar piernas y relaciones que terminan por no querer tener un hijo. Pensó que en eso consistía la trampa, en dejarse embelesar por culos así... y por las ilusiones con que una mente saturada de historias, canciones y películas lo reviste para que parezca algo más que un bonito culo, un alma, un corazón, miel con azúcar, amor... hasta que, casi sin darte cuenta, acabas esclavizado a un trabajo que te mata lentamente, encadenado a él por el miedo a no tener el dinero necesario para pagar todas las cosas que el amor exige, casa, coche, vacaciones en el mar, cosas, cosas caras, cuanto más caras mejor... miedo a que tu hijo no tenga para comer mañana o no pueda estudiar o no parezca tan rico como los otros niños... miedo, miedo, miedo... No, no es el amor lo que mueve el mundo... es el dinero... pero es el miedo el que hace que todo tenga consistencia, el que encadena al esclavo y permite mandar al señor... Sin embargo, un hombre solo no tiene por qué tener miedo y si no tiene miedo no tiene por qué ser esclavo de nada ni nadie... La coacción deja de funcionar con él... Sí, lo veía claro, dejaría el trabajo en la fábrica... mañana mismo... para qué perder más tiempo... ya buscaría otra cosa, pero más adelante, cuando la necesidad apretase...

Pensó de nuevo en Marta y siguió sin sentir nada. Seguía tranquilo. Solo era otra cosa que se iba a la mierda. Así de simple. Sentía un raro alborozo en su interior, pero era un sentimiento indefinido. Ya no tendría que disimular más. Debía ser eso. Pero, ¿tan poco le importaba Marta? A juzgar por lo que sentía en ese momento, parecía que sí. Podía decirse muchas cosas a sí mismo, que la quería, que la echaría de menos y todo eso, quizás fuera verdad más adelante, con el paso del tiempo, pero en ese instante solo eran palabras. No lo sentía. Al mirar hacia delante, a los próximos días, solo sentía la turbia alegría de no tener que seguir viviendo como llevaba tanto tiempo haciéndolo. Se imaginaba largos días de libertad y holgazanería, sin obligaciones ni mentiras. Empezaba a saborear la oscura libertad de un hombre sin futuro.

© Juan José Sánchez González

Juan José Sánchez González. Villafranca de los Barros (Badajoz). Doctor en Historia del Arte. Además de diversas publicaciones relacionadas con mi profesión, tengo publicados diversos relatos en las revistas literarias *Ariadna RC*, *Almiar*, *Narrativas*, *Relatos sin Contrato (RSC)* y *Pluma y Tintero*, además de en antologías como *El Vuelo de la Palabra*, *el cuento en Extremadura en 2015 y 2016*, en la *1ª y 2ª Antología de relato corto* publicada por Serial Ediciones y *Palabras Contadas de La Fragua del Trovador*.

ABURRIMIENTO

por Ana Patricia Moya

Es lo que tiene el desempleo: te aburres. No sabes qué hacer con tanto tiempo libre. Te planteas si tienen sentido las incursiones diarias a la oficina para estar al tanto de las (escasas) novedades, ya sean cursos de formación u ofertas laborales; algunos individuos prosiguen con las visitas, por si un golpe de suerte les cambia su anodina existencia: respeto su decisión de aferrarse a un clavo ardiendo, por supuesto, pero la realidad ha demostrado que los milagros no existen, y creo, sinceramente, que están malgastando sus energías inútilmente; allí los tienes, esperando a que les toque su número, como si estuvieran en la pescadería o en la carnicería, pendientes de la aparición de nombres y apellidos en las pantallas informativas, frente a una cuadrilla de funcionarios incompetentes, carentes de empatía, con esos rostros de amargados en horario de trabajo, y que al concluir su jornada, fijo que se reirán de la que está cayendo porque tienen el frigorífico lleno. Yo formaba parte de esta manada de hombres y mujeres mustios, un asiduo más que es, para las estadísticas, otro deprimente dato más; transcurrían los meses, y al no obtener respuestas favorables a mis peticiones, abandoné la costumbre y opté por tirarme a la calle, todas las mañanas, a patearme la ciudad, parques y calles, caminar con el objetivo de adelgazar pues la desazón me provoca ansiedad, y producto de ésta, kilos de más acumulándose en mi cuerpo, porque claro, te aburres, te aburres soberanamente, y como no hay nada interesante —de productivo— que hacer, te despatarras en el destartado sillón, bebiendo latas de cerveza de oferta, mirando, embobado, la programación televisiva, abusando de los frutos secos y comida precocinada (lo que permite el presupuesto). A la nada, sin que te des cuenta, la báscula de la farmacia da unas cifras escalofrantes (y que a veces solemos achacar a que la ropa pesa mucho, y nos sonroja admitir que estamos demasiado rellenitos), y al cinturón le tienes que hacer dos o tres agujeritos más. Y como las prendas del armario tienen que durar porque la cosa está fatal, no arriesgas a jugarle la salud (y el dinero, que las tallas amplias son costosas), y por eso, de nueve a una del mediodía, recorres el asfalto, a veces, con tu radio para entretenerte con música o con la tertulia radiofónica de turno (y cuando hablan de política, cambias ipso facto de emisora: uno sale a distraerse, no a amargarse), y otras, sin nada más que unas zapatillas de deporte, cuyas suelas se desgastarán pronto, por el ritmo que llevas. Naturalmente, los paseos matutinos son más saludables y así se controla un estómago adicto a golosinas; la cuestión es cómo despistar al cerebro de preocupaciones en horas posteriores al almuerzo, porque sí, hacer ejercicio es un hábito excelente para la salud, pero en lo concerniente a salud mental, la cosa sigue igual de chungu, y tal como me aconseja un colega que va a un reputado psiquiatra, hay que entretenerse con diversas actividades. Yo, que no tengo ni un duro para pagarme un loquero o tratamientos, ni tampoco pretendo acudir a un especialista de la Seguridad Social para verle la cara a un tipo con título una vez al año, escucho, con sumo interés, lo que mi amigo me cuenta de sus citas en el despacho de su médico (toda una eminencia que cobra cien euros la hora; mi padre, que en paz descansa, me decía que para las enfermedades del coco, o una buena hostia a tiempo para curar la tontería, que sale gratis, o por quince euros contratas a una prostituta para que con un polvo te quite tó: no le faltaba razón al muy bruto, sus lecciones existenciales son un gran legado); y este médico tiene que ser de lo mejorcito en su campo (tiene, aparte de una agenda de pacientes y una tremenda lista de espera), y esta amistad sólo tiene buenas palabras para éste: «me ha cambiado la vida», repite, como un loro amaestrado (sospecho si el que le diagnosticó su depresión y le trata desde hace meses le entrega un sueldecillo por tanta publicidad subliminal), «que no haya trabajo no quiere

«La cuestión es cómo despistar al cerebro de preocupaciones en horas posteriores al almuerzo, porque sí, hacer ejercicio es un hábito excelente para la salud, pero en lo concerniente a salud mental, la cosa sigue igual de chungu.»

decir que se acabe el mundo», «muévete, amplía horizontes», y añade argumentos, en un intento casi paternalista de consolarme; él ha hallado en los crucigramas y en el ajedrez dos pasatiempos estupendos; su mujer, en la misma desagradable situación (aunque todavía percibe un subsidio con el que aguantar un poquito más), ahora, es experta en encaje de bolillos, y como yo, se dedica a ejercitar sus piernas, todas las mañanas, en el campo, y así se ha quedado la señora, todo un figurín, y muy apetecible, por cierto, para su encantador marido. Por lo visto, ahora follan más que nunca, aunque se abastecen de condones gratuitos de los centros de planificación familiar. Ahora, el sexo es la única alegría del pobre (siempre y cuando se haga el amor a oscuras, para no asustarse con la factura de la luz, o no haya sorpresas nueve meses después: eso ya sería la ruina); de corazón me alegro de que el famoso dicho de «follas menos que un casado» sea una anécdota para esta apreciada pareja. Retomando la cuestión inicial de evitar el aburrimiento con aficiones, yo he procurado pasar de la teoría a la práctica, esto es, probar cosas nuevas, pero sin resultados exitosos: he intentado practicar algún deporte e incluso me he informado sobre precios en gimnasios, como fútbol, pero estoy tan reventado de mis caminatas mañaneras que no reúno fuerzas suficientes para el balón, y menos ir a un centro deportivo municipal que, aunque las tasas son una ganga, tengo un límite para el esfuerzo físico; he intentado escribir poemas (algo que me cuesta confesar, porque considero que la poesía es una mariconada supina), y sí, con esos versos de esos que riman, con métrica, estrofas y demás sandeces, y sólo me salen poesías empalagosas, propias de una canción pastelosa de grupo pop para adolescentes; me he querido aficionar a la lectura de novelas de ciencia

«Y mejorar mi vida sexual... una quimera; deberían de alinearse todos los planetas del universo para que alguna borrachilla despistada accediera a ser mi amante por una noche.»

ficción, hasta me he apuntado a un club de lectura en la biblioteca, pero, aunque mis compañeros son la mar de majos y tratamos temas interesantes, no puedo estar durante mucho tiempo con la mirada fija en las páginas, me desconcentro con facilidad, y lo admito, sin pudor, y creo que es por el «trauma» del instituto, que te atiborran de la literatura más coñazo, amén de soporífera, y acabas empachado de Cervantes, Baroja, Garcilaso, Unamuno, Ángel de Saavedra, Mihura, Azorín, Borges, Lorca, y toda la tropa. Y, por supuesto, sopesé la idea de encontrar el amor, buscándome una novia; pero, con la cosa de que soy poco agraciado para ellas

(porque estoy más pelado que una rata, vaya, que feo no soy) y de que las mujeres locales son unas rancias, no soy un ejemplar deseado, ya sabéis, no puedo ofrecer estabilidad y tal, ni un futuro lleno de comodidades. Y mejorar mi vida sexual... una quimera; deberían de alinearse todos los planetas del universo para que alguna borrachilla despistada accediera a ser mi amante por una noche; también implicaría despilfarrar la prestación por desempleo para disponer de los servicios de una experta, y si soy honesto, me estoy hartando de recurrir a la señora mano y el porno para esos íntimos menesteres.

Bien. Como me aburría mucho, mucho, muchísimo, a pesar de que he puesto todo mi empeño en distraerme, he optado finalmente por plantarme aquí, en mi oficina del INEM, para amenazar con dos pistolas de juguete compradas en los chinos, bastante realistas, a todos los aquí presentes: señores que intentan mantener la sangre fría, muchos que no lo consiguen y acaban orinándose encima; señoras histéricas cuyos chillidos agudos me irritan los tímpanos; guardias jurados impresionados, atacados de los nervios porque no saben cómo controlar la situación de pánico; burócratas espantados que se esconden bajo sus mesas o se agachan, cubriéndose la cabeza con los brazos; a gritos, obligo a todos a salir de allí, le arrebató a uno de los encargados de seguridad las llaves para cerrar el local; me quedo solo, bajo las persianas metálicas, dejo mi mochila en el suelo y saco el bidón de gasolina que vierto, de forma repartida, por todos los rincones; al caer la última gota, saco de mi bolsillo un puro de los caros y una caja de cerillas; tataréo una pegadiza canción de uno de mis grupos favoritos («...take me to the magic of the moment on a glory night, where the children of tomorrow dream away, in the wind of change...»); observo de reojo la calle, a través de las rejillas; cada vez se aglomeran más y más personas; escucho, a lo lejos, las sirenas de los coche patrulla de la policía local, *es hora de poner punto final*. Arrojo cerillas en distintos puntos del lugar, con cuidado de no resbalar; y empieza a arder todo, y las llamas y el humo se expanden, y cada vez hace más y

más y más calor, y yo estoy plantado en el pasillo, fumándome el habano, sonriendo como un demente.

Es lo que tiene el desempleo: te aburres, te aburres tanto, tanto, que te da por pensar en hacer tonterías.

Si la palmo, que sean mis muertos los que me aburran, y si sobrevivo, ya encontraré una forma de aburrirme entre barrotos...

© Ana Patricia Moya

Ana Patricia Moya. (Córdoba, 1982). Licenciada en Humanidades por la Universidad de Córdoba (España). Ha trabajado como arqueóloga, documentalista, bibliotecaria, correctora ortotipográfica, diseñadora gráfica, etc. Directora del proyecto Editorial Groenlandia. Ha publicado los poemarios *Bocaditos de Realidad* (Groenlandia Editorial, 2008, reedición del 2012), *Material de Desecho \ Mierda en el corazón* (Ediciones En Huida, 2013) y *Píldoras de papel* (edición española, Huerga & Fierro Editores, 2016; edición chilena, Cinosargo Editorial, en prensa); también ha publicado el libro de relatos *Cuentos de la carne* (Groenlandia Editorial, 2009). Sus poemas y relatos han aparecido en distintas publicaciones, digitales e impresas, de Europa e Hispanoamérica (tales como *La Bolsa de Pipas*, *Saigón*, *Revista Fábula*, *Revista Ohio*, *Elefante Rosa Fanzine*, *Iguazú*, *Impracabeza*, *LaFanzine*, *Gatos y Mangurrias*, *Narrativas*, *Fanzine Vinalia Trippers*, *Mitad Doble*, *Al otro lado del espejo*, *Agora papeles de arte dramático*, *LaRara*, *Revista Excodra*, *Nueva Grecia*, *Feminize*, *Herederos del caos*, *Palpitation Lauri*, *Argonautas*, *La Manzana Poética*, *La Máquina de Escribir*, *Feliz el Cerdo*, *El Ático de los Gatos*, *El coloquio de los perros* (España); *Recours au Poème*, *Triade Magazine* (Francia); *Esperpentia*, *Lakúma Pusaki*, *Cinosargo*, *Dos Disparos*, *Palabras Anónimas*, *La Ira de Morfeo*, *Revista Punzante* (Chile); *Grietas*, *Palabras Malditas*, *Rojo Siena*, *Círculo de Poesía*, *Salto al reverso*, *Revista El Humo* (México), *Deshonoris Causa* (Nicaragua); *Letralia \ Tierra de Letras* (Venezuela); *Revista Remolinos*, *Revista El Cuervo*, *Delirium Tremens* (Perú); *Isla Negra*, *Lamas Médula*, *Mondo Kronhela* (Argentina); *Revista Cronopio* (Colombia), etc). Aparece en distintas antologías literarias ("*Nocturnos: antología de poetas y sus noches*", Editorial Origami, 2010; "*Poetras-tros: por favor, tratad con cariño*", LVR Ediciones, 2011, "*Heterogéneos: poemario colectivo*", Editorial Escalera, 2011; "*La vida por delante: antología de jóvenes poetas andaluces*", Ediciones En Huida, 2012; "*En legítima defensa: poetas en tiempos de crisis*", Editorial Barteibly, 2014; "*Generación 2001: 26 poetas españolas (sin peaje)*", La Manzana Poética, 2014; "*Koiné: antología poética española de autores emergentes*", 2014; "*Veinte con veinte: diálogos con poetas españolas actuales*", Huerga & Fierro Editorial, 2016, etc). Ha obtenido algunas menciones por sus textos (accésit del III Concurso de Relato Breve del Museo Arqueológico de Córdoba, 2008; finalista del I Premio Andrés Salom, categoría poesía, 2011; finalista del I Certamen de poesía y microrrelato Dinamo Literaria, 2015; segundo premio (ex aequo) de poesía del II Certamen "*Por amor al arte*" de Revista Litteratura, 2015; finalista del III premio Francisco Gijón de microrrelatos de historia, 2015; finalista del premio Internacional de Poesía ELLAS, 2016; finalista del MálagaCrea, modalidad poesía, 2016; finalista del VII Concurso de Microrrelatos Canyada D'Art, 2016; etc). Ha sido traducida parcialmente a seis idiomas.

VÓRTICE

por C.A. Villegasuribe

—¿Quién chingados cortó el agua? —gritó Francisco Real desde las duchas comunales del Marcel Proust.

El vozarrón del mexicano recorrió las instalaciones una y otra vez.

—¿Quién chingados cortó el agua? —Y nadie le respondió, pero oyó, alejándose, la voz de Giorgio Madietino. Reconoció al italiano por su timbre agudo e intentó entender, sin éxito, por qué razón se angustiaba.

El sonido del agua y el ensimismamiento en la trama de la novela a la cual intentaba darle un final consistente, verosímil, sorprendente, no lo habían dejado enterarse de los pasos apresurados de sus compañeros abandonando la edificación. Sólo el corte del agua lo sacó de su mundo paralelo e intuyó de inmediato que algo grave había pasado. Pensó en Rebeca. Estaba acostumbrándose a las bromas pesadas de Rebeca Portuondo, «la profeta», e imaginó una nueva chanza de la neoyorquina. Rebeca Portuondo le había augurado en uno de los primeros talleres de escritura creativa «serás un escritor sin finales».

«Entre los dos bandos existía una pugna tácita impulsando las corrientes tumultuosas del aparente y manso río de palabras escritas.»

Francisco Real recordó haber visto a Rebeca Portuondo por primera vez una mañana tropical de verano y llovizna cuando los integrantes de El Tunel Azul regresaban del entrenamiento con Oswald Karlton, pero no pudo imaginar en toda su dimensión la influencia de la neoyorquina en sus vidas. Avanzaban sudorosos detrás del carro de golf y el dóverman de mirada vigilante y colmillos asesinos. De cara a ellos y de pie en la parte trasera del carro de golf, Oswald Karlton, hombre blanco de ojos azules, corte de pelo al rape y uniforme de fatiga, los azuzaba desde un megáfono rojo:

—Las nenas pequeñas no pueden avanzar
Si se quedan las nenas, ninguno podrá triunfar.

y ellos repetían al unísono:

—Las nenas pequeñas no pueden avanzar
Si se quedan las nenas, ninguno podrá triunfar.

Dos semanas antes habían empezado las clases de escritura creativa y ellos se iban acostumbrando a aquella disciplina particular, a las formas poco ortodoxas de enseñanza, aunque todavía no alcanzaban a entender a cabalidad las verdaderas intenciones y la extraña pedagogía del Instituto Internacional de Educación Artística IIDEA. Mientras algunos profesores creían y promovían el acto de narrar como un Don de inspiración divina —Oswald Karlton incluido—, algunos pocos enseñaban la escritura creativa como un artificio de la suma de voluntades. «El arte es un derecho universal con la condición de merecerlo», les habría dicho la profesora Margarita Molinero citando al pintor austriaco Friederich Hundertwasser. Entre los dos bandos existía una pugna tácita impulsando las corrientes tumultuosas del aparente y manso río de palabras escritas.

—Escribir, escribir y escribir con tenacidad
sin pausa y con prisa para el Nóbel ganar.

—Escribir, escribir y escribir con tenacidad
sin pausa y con prisa para el Nóbel ganar.

Aquellos versos cojos, misóginos, homofóbicos, improvisados por Karlton, la respuesta coreada desde el cansancio, los golpes de las zapatillas deportivas sobre el pavimento reventado les impidieron escuchar la música que podría brindarles alguna información adicional sobre la recién llegada, sus gustos,

su comprensión de mundo, su procedencia. En ese momento, sin duda, Rebeca Portuondo y quienes trotaban tras el perro de Karlton habitaban distintos planos de realidad porque el espacio y el tiempo compartidos no eran los mismos.

Rebeca lo supo tiempo después cuando se hubo incorporado a esa rutina: En el recorrido por la Avenida de Los Almendros habían pasado ya tres veces por las instalaciones del IIDEA desde el Auditorium James Joyce hasta el Allmarket Center y vieron una y otra vez las edificaciones semicirculares, más parecidas a una base militar y menos a un centro universitario. Los edificios estaban identificados con nombres de escritores de la literatura universal, moldeados en metal en grandes letras doradas.

Los rostros de la mayoría acusaban el cansancio de los 9 kilómetros recorridos bajo la inclemencia del joven sol de ese verano. Varios le devolvieron a Rebeca una sonrisa cómplice. Algunos levantaron la mano mientras continuaban sin detenerse a saludarla. Sin embargo todos miraron a la alumna recién llegada y elaboraron su personal e inexacta imagen de ella, sus primeros prejuicios.

«Los integrantes de El Túnel Azul constituían un grupo dispar corriendo de manera regular detrás del carro de golf mientras el perro de Karlton los hostigaba con sus ladridos recurrentes.»

Después de doblar por un pequeño bosque, los estudiantes pasaron frente a Rebeca ante la puerta principal. La distancia de la recepción, la voz magnificada por el megafono de Karlton, las pisadas enérgicas sobre el asfalto y los versos coreados les impidieron escuchar la música del All American Project Rejects borbotando a todo volumen del celular de última generación desde el techo corredizo de la limusina blanca. Los chicos de All American Project interpretaban «Beekeepers' Daughter» a golpe de batería, bajo y guitarra eléctrica, mientras en la pantalla del smartphone de Rebeca los actores del videoclip protagonizaban una coreografía

obedeciendo las leyes aleatorias de ese onírico mundo.

Los integrantes de El Túnel Azul constituían un grupo dispar corriendo de manera regular detrás del carro de golf mientras el perro de Karlton los hostigaba con sus ladridos recurrentes. Cerca de ciento cincuenta hombres y mujeres de distintas estaturas y nacionalidades, uniformados con una sudadera azul petróleo, llenando con sus voces acompasadas los primeros aires de la mañana.

Como Rebeca, ellos también fueron recibidos al caer de la tarde en el aeropuerto de una ciudad intermedia después de un viaje con tantas escalas internacionales y nacionales que perdieron la noción de lugar. Viajaron durante varias horas en la limusina blanca decorada con estrellas azules y barras rojas, entre la euforia de sentirse seres especiales, únicos, privilegiados, pero a diferencia de Rebeca habían llegado en pequeños grupos. La puntualidad les brindó la fortuna de largas conversaciones con los otros y la ocasión para establecer relaciones de amistad con las afinidades y desconfianzas naturales del primer encuentro. Aún más, la actitud diligente les evitó la fatiga del viaje tedioso que los llevó a golpe de curvas desde la altiplanicie hasta un paraje impreciso a nivel del mar, en medio de la selva, lejos de cualquier asentamiento humano.

Rebeca los miraba correr con pasos demoledores cuando de repente cambiaron el ritmo, golpearon el asfalto con menos fuerza y avanzaron un poco más lento hasta casi detenerse. Coro, pasos y movimientos concertados para crear un paisaje sonoro surgido de la sincronía y la disciplina. Como en un cardumen ahora todos eran uno: Ellos. Parecían ejecutar una elaborada partitura del grupo popular eslovaco Perpetuum Jazzile, el comienzo de Africa, para ser más exactos.

Estaban en el momento final del recorrido y muy atentos a la pregunta de Karlton:

—¿Quién no tiene el Don?

Y ellos golpeando con mayor fuerza el pavimento respondieron en coros sucesivos y compactos para convertir el ambiente en una cascada de voces y pisadas haciendo tremolar el aire con la respuesta:

—No escribe

—No escribe.

—No escribe.

—No escribe.

—No escribe.

Ese cambio de ritmo disminuía su fortaleza, les echaba encima un mayor cansancio y ganas de abandonar. Pero no podían hacerlo y ellos lo sabían. Karlton les gritaba desde el megáfono a cada momento: ustedes están en un tinglado, en una pelea a muerte por la gloria, sin límite de asaltos. Ya lo sabían y de alguna manera lo disfrutaban. Quienes no resistieran, quienes tiraran la toalla, perderían el derecho a estar allí y ellos estaban dispuestos a dejarse la piel en el intento. El éxito no exigía menos y cada uno de ellos intentaría como mínimo, ganarse el premio Nobel de Literatura. Y no deberían aspirar a menos porque el Espíritu Santo estaría de su lado. La gloria les sonreiría, y sí no les sonreía, ellos deberían estar dispuestos a hacerla sonreír, así fuera a las patadas. Así les gritaba Karlton desde el aparato gangoso, pero todavía más allá, desde su mirada estoica, inflexible, desde su personal comprensión del acto de narrar y las exigencias inclementes que ese acto demandaba.

Volvieron a los pasos atenuados hasta hacerlos casi inaudibles pero cuando ya se apagaban Karlton les preguntó de nuevo:

—¿Quién no tiene el Don?

Y ellos respondieron con toda la fuerza de sus pulmones mientras incrementaban el poder de sus pisadas contra el pavimento y dejaban resbalar la avalancha de respuestas:

—No come.

—No come.

—No come.

—No come.

—No come.

Y así, las preguntas y respuestas coreografiadas una y otra vez hasta doce veces seguidas. Entonces, extenuados, disolvían filas, se tiraban en el prado a descansar y escuchaban los kilométricos sermones de Karlton invitándolos a orar, a pedir el favor del Espíritu Santo para que los iluminara, para que les enviara el Don de la escritura, para que les brindara el éxito. Oswald Karlton tenía la maldita capacidad de un orador religioso, y cada una de las palabras elegidas conmovía a más de uno de aquellos hombres y mujeres. Aleluya. Pero también estaban quienes no se tragaban el cuento, a quienes les parecía sospechoso tanto júbilo, tanta bondad y tanta exaltación del Espíritu Santo. ¡Facho! Y no faltaba entre ellos quienes lo quisieran asesinar. ¡Cabronazo!

«Karlton les gritaba desde el megáfono a cada momento: ustedes están en un tinglado, en una pelea a muerte por la gloria, sin límite de asaltos.»

Y entre esas dos corrientes, y otras más profundas y torrentosas, nadaban los estudiantes de El Túnel Azul, Rebeca entre ellos, tratando de conciliarlas, incluso, imponiendo su voluntad, si fuera necesario.

Por su parte, los estudiantes de la escuela de escritura creativa veían a Rebeca Portuondo siguiendo apasionadamente el ritmo de la música, pero no alcanzaban a escucharla. Ellos sólo podían observar de lejos a la mulata y por eso no supieron cómo ni cuándo la canción cambió radicalmente arrastrando el cuerpo de la joven hacia una cadencia sensual del trópico en las notas de Niña Rasta, de Ganja, i lono li longo li longo li lon sibríbrídon ribaybay ribaybay I lono li longo li longo li lon sibríbrídon ribaybay ribaybay. Y con razón les parecieron fastidiosos, cómicos, ridículos casi, los gestos aislados y los movimientos rítmicos de la joven.

Tal vez por aquellas circunstancias, los integrantes de El Túnel Azul se quedaron desde esa oportunidad con media imagen de la chica de largas trenzas rastafari, gorra de béisbol con la visera echada hacia atrás, enormes ojos verdes, piel achocolatada acentuada por unos labios carnosos realzados por la gracia de su sonrisa perfecta.

Por la distancia no pudieron apreciar un detalle significativo en la chica: a pesar de la fatiga y los ojos cuarteados por los hilillos rojos de cansancio, sus pómulos estaban limpios, sin el menor asomo de maquillaje, incluso las cejas no revelaban la mínima presencia del depilador. Inicialmente no se pre-

ocuparon de la personalidad de la nueva alumna a quien llegarían a llamar, no sin temor y reverencia, «La Profeta».

—¿Quién chingados cortó el agua? —Volvió Francisco Real a estremecer con su vozarrón las instalaciones del Marcel Prost, pero nadie contestó.

Preocupado por las noticias que pudiera llevar la voz de Madietino, Francisco Real, dejó sus vaqueros y su camisa colgados en el gancho de ropa y sólo tomó apresuradamente la toalla con el escudo de las Chivas Rayadas de Guadalajara, terminó de quitarse el jabón del cuerpo, se envolvió en ella y calzó unas botas tejanas. Al salir de la ducha el espejo le devolvió la imagen de un hombre joven en el cuerpo equivocado. Demasiado alto para su nacionalidad y los ojos de un azul irlandés que revelaban sus ancestros europeos. Si no fuera por el mostacho sobresaliendo del rostro se hubiera podido decir que Francisco Real era redondo. Las botas eran demasiado pequeñas para aquel corpachón que recordaba a Obelix, el personaje de las historietas de Asterix.

Francisco Real no se interesó en las condiciones climáticas de aquella mañana tropical de sol inclemente y llovizna pertinaz y salió del Marcel Proust sin otra protección que la bandera del equipo de sus pasiones. Echó a andar, casi a correr, ajustándose de manera recurrente el anudado de la toalla. Cuando se acercaba al Yasunari Kawabata gritó desde su voz de guitarrón mexicano con la intención de detener al grupo. Sólo Olma Cipaguata volteó a mirarlo, y no pudo evitar una sonrisa precaria. Se detuvo a esperarlo. Este hombre está loco, pensó la nicaragiense.

«Al salir de la ducha el espejo le devolvió la imagen de un hombre joven en el cuerpo equivocado.»

—¿Qué haces? —le preguntó sonriente y enfatizando el timbre del mexicano continuó:

—Te vas a resfriar, manito.

Francisco Real detuvo su carrera de mastodonte como si hubiera advertido el despropósito. Los graznidos del uruguayo Roberto Caniglia pasaron de largo junto a ellos cuando Olma Cipagauta le proponía buscar algo para cubrirse.

—Ninguno de los cuates tiene mi medida —respondió Francisco Real.

Sin embargo, ella lo encaminó con suavidad al Yasunary Kawabata. Tropezaron con el afán de Rodrigo Borja, quien apenas los saludo de pasada.

—¿A quién asesinaron?

Ninguno de los dos respondió y los rostros de extrañeza impulsaron a Rodrigo Borja a correr de nuevo detrás de la noticia.

La mano cálida de Olma Cipagauta siguió guiando el corpachón de Francisco Real hacia la edificación. Pero mientras él continuaba interesado en la noticia de Madietino, su cuerpo comenzó a reaccionar ante la conducción tibia de la chica. Subió alelado las escaleras de caracol del Yasunary Kawabata detrás de la joven, sujetando la toalla y tratando de ocultar la tumescencia que empezaba a hacerle el honor al equipo de Las Chivas Rayadas de Guadalajara. Francisco Real no podía creerlo pero estaba pasando. Conducido por la suavidad de Olma Cipagauta volvió a sentir la atmósfera irreal de estar viviendo un sueño. La misma atmósfera fantástica cuando la había conocido al bajar de la limusina. Para crearles a los estudiantes de El Túnel Azul la ilusión de privilegiados, los administradores del Instituto Internacional de Artes, IIDEA, los habían recibido con el estallido festivo de una banda musical, el sonido de las botellas de champaña al descorcharse y un pasacalle colorido con el texto:

«Escritores del mundo, la inmortalidad los espera».

El rostro de ancestros mayas de Olma Cipagauta estaba entre los hombres y mujeres que esperaban. Para él no pasó desapercibida la juventud morena, los labios delineados y los pómulos acentuadamente indígenas de la centroamericana, pero los ojos de la chica apenas brillaron con desencanto cuando lo vieron descender de la limosina y prefirieron detenerse en el rostro del joven estadounidense Charles Smith en una actitud de arrobo que él calificó de colonial. Desde entonces, Olma Cipagauta fue para Francisco Real: La Malinche y alimentó por ella una relación amor-odio que lo consumía en las noches de placeres solitarios. Ahora le parecía irreal caminar detrás del cuerpo menudo y bien torneado

de la chica buscando en las habitaciones del Yasunari Kawabata la ropa de alguno de sus compañeros para protegerse de la intemperie. Habían tenido la oportunidad de encontrarse en muchas actividades académicas pero la relación no había pasado del trabajo propio del taller y el comentario escueto, acertado o no, sobre los textos. Sólo en una de las dinámicas iniciales de presentación Francisco Real pudo conocer algo de la historia de Olma Cipagauta. Se definió como una libertaria escapada de la pobreza. Ella sabía, lo dijo con seguridad, tomar lo que quería y cuando lo quería. Era egresada del programa de Literatura y Letras de la UMANI —Universidad Masónica de Nicaragua—. Editó, de su propio bolsillo, varios folletos de poesía que la decidieron por el estudio de literatura después de haber intentado medicina e ingeniería. Sobrevivía como profesora de colegio antes de llegar a El Túnel Azul. Y aunque había incursionado en cuento y novela sus trabajos no encontraron acogida entre la crítica local.

—Es hija única, y huérfana, es poeta y miembro del Taller Literario El Oso de Anteojos, un alegre grupo Nica de poetas experimentales, y experimentales quiere decir, experimentales, en toda la extensión de la palabra, —habría subrayado con maledicencia Roberto Caniglia, especialista en literatura centroamericana, en alguna de las reuniones informales en El Túnel Azul.

—Ni mujer será —concluyó desde su nariz prominente y con visible mala leche aquel hombre con aspecto de pingüino.

«Experimentales en toda la extensión de la palabra, ni mujer será» resonaban aún las palabras de Roberto Caniglia en el cerebro de Francisco Real mientras avanzaban por el segundo piso en busca de alguno de los cuartos.

—Éste, éste puede servirte —dijo Olma Cipagauta.

«Olma Cipagauta sacó una camiseta universitaria de fútbol americano y la olió con deleite mientras su mirada anhelante cubría de deseo el cuerpo del mexicano.»

El mexicano levantó los ojos y leyó: Charles Smith. «Será chingona la Malinche ésta», pensó y encajó un golpe directo al orgullo propio. La protuberancia en la toalla desapareció y el visible descenso no pasó desapercibido para la mujer, quien, sin embargo, le ocultó una sonrisa maliciosa y lo condujo hasta el fondo de la habitación. Era igual a la habitación de cualquier estudiante de El Túnel Azul: un cuarto alargado de 2,5 metros de ancho, por tres metros y medio de fondo, un camastro individual extensible, colchón resortado, el cubrecama azul petróleo con el logotipo del IIDEA. Lo diferenciaba la mesa con el computador portátil, incrementada con múltiples aparatos titilando incesantes frente al mapa de Estados Unidos salpicado con alfileres de distintos colores. En la biblioteca metálica unas pocas novelas e innumerables libros de texto sobre computación, física cuántica y matemáticas. El carácter psicorrígido del muchacho se apreciaba en la pulcritud del cuarto y en la distribución de su ropa en el closet.

Olma Cipagauta sacó una camiseta universitaria de fútbol americano y la olió con deleite mientras su mirada anhelante cubría de deseo el cuerpo del mexicano. Sin poder definirse entre el apetito y el desconcierto Francisco Real naufragó en los ojos profundos de la cipagauta y una erección volvió a ocupar su cuerpo y a extender la sonrisa en el rostro de la chica. Ella le arrojó la camiseta y él pudo detenerla al vuelo con una mano, sin soltar aún la toalla. La cipagauta sacó otra prenda del closet, un pantalón camuflado, y pareció maullar de placer mientras olía la prenda. Seguro pensaba en Charles Smith. Sus ojos brillaban en la penumbra de la habitación. Esta vez la cipagauta arrojó con mayor fuerza la prenda de vestir y Francisco Real no tuvo otra opción que agarrar la prenda con las dos manos. El esfuerzo lo dejó desnudo y la chica se le acercó con lentitud de gata.

Francisco Real nunca se había sentido indefenso frente a una mujer. La cipagauta —pensó el mexicano— lo estaba conduciendo a un trío simbólico. «Experimentales en todo el sentido de la palabra», volvió a oír la voz de Roberto Caniglia. Detrás de todo este juego estaba la figura, para él inaceptable, de Charles Smith. En sus múltiples cuentos y en la propia novela a la cual trataba de encontrarle un final adecuado él había planteado tríos de dos chicas con un hombre. No se le habría ocurrido plantearlo al contrario. Acostumbrado a llevar la iniciativa era la primera vez que su orgullo de macho se acoquinaba frente a la indefensión. Estupefacto aún, no pudo disfrutar a plenitud los primeros besos de la chica en su pecho, pero empezó a sentir un placer ignorado, el goce de los pezones rítmicamente succionados y estimulados por la humedad de una lengua maestra que lo dejaba al borde del orgasmo

masculino. La lengua siguió su camino y se detuvo repetidamente en el ombligo, penetró una y otra vez en la concavidad como si lo estuviera desvirgando. Aunque quiso hacerlo, no fue capaz de gemir de placer. Él siempre había sido el chingón, nunca el chingado. Los labios de la chica llegaron a su sexo cuando alcanzó la máxima rigidez. Para entonces él se había entregado por completo, soltó las prendas de vestir para agarrarle las orejas y empezó a participar, a ser coautor de la caricia. La condujo con firmeza aumentando el placer mutuo, acercándola y alejándola, produciendo chasquidos rítmicos, mientras el deseo los catapultaba a un torbellino de sensaciones donde eran posibles todos los sonidos de la selva cercana, todas las humedades vegetales de los cuerpos propios y extraños. «Ni mujer será», intentó interrumpirlo la maledicencia de Roberto Caniglia, pero las emociones habían alcanzado el vértice del paroxismo y no le importaron ya las improbables noticias de Madietino, ni las profecías de Rebeca, ni la presencia simbólica de Charles Smith, ni el final de la novela y mucho menos entender cómo, ni por qué, ni quién chingados había cortado el agua.

© C.A. Villegasuribe

Carlos Alberto Villegas Uribe. Escritor, artista, gestor y periodista cultural colombiano. Docente de pregrado y postgrado en las universidades del Quindío, Javeriana y Antonio Nariño. Miembro fundador de la Asociación Colombiana de Caricaturistas: El Cartel del Humor y Gerente de Cultura del Departamento del Quindío. Creó la cátedra Psicogénesis de la risa en la Facultad de Psicología de la Universidad Javeriana. Director de las revistas *Termita Caribe* y del *Boletín de la Red de Estudios Interdisciplinarios sobre la Risa —REIR—*, T.A. en la *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea* en Texas University at El Paso —UTEP—, U.S.A. Como artista plástico ha recibido premios y menciones en los salones regionales del Quindío. Entre sus obras escritas figuran: *Sinfonía Escritural: Hoffman, Hoffman, Hoffman* (novela inédita), *El libro de las palabras innombrables* (novela juvenil inédita), *Gracias por la alas* (Novela inédita); *Bitácora de Ulises* (poemario); *Cartas a Pandora* (Poemario); *Desde Ítaca* (poemario); *Cantos y cuentos de Kantú Konto* (poemario infantil); *La caricatografía en Colombia: Propuesta Teórica y Taxonómica* (investigación semiótica), *Caricatógrafía y Periodismo* (investigación semiótica); *Cuento Contigo*, (colección de relatos); *Videopoesía y otras hierbas* (inédita); *No Me jodan. Literatura Breve*, libro en (P)reparación; *Manifiesto del Mibonachi*, libro en (P)reparación. Ha publicado en revistas nacionales e internacionales. Fue becario de la Unión Europea en el programa: *Becas de Alto Nivel para profesionales de América Latina –ALBAN–* y desarrolló la tesis laureada *Sobresaliente Cum Laude Psicogénesis de la risa, la risa como construcción de cultura para la obtención del doctorado La lengua, La literatura y su relación con los medios de comunicación de la Facultad de Ciencias de la Información en la Universidad Complutense de Madrid, UCM. Estudios de maestría en Creative Writing en la Universidad de Texas en El Paso, UTEP. Ha sido distinguido con la Orden al Mérito Literario, Ciudad de Calarcá 128 años y con el Escudo del Departamento del Quindío por su aporte a la cultura regional.*

EL LÍMITE DEL SUEÑO

por Adán Echeverría

Hay muchas formas de tranquilizar a los estudiantes, había dicho el director en la junta de profesores. No basta querer que el aprovechamiento escolar sólo sea mediante clases y tareas. Hay que llegar hasta muy dentro de sus mentes. Las mentes de los jóvenes son moldeables, pero primero tienen que concentrarse. Los niños de hoy son incorregibles, nada los asusta. No basta amenazarlos. Y si los castigamos, tendremos acá a los padres con sus quejas, o una nota en el periódico. Los padres no los controlan pero quieren que, de la escuela, les devuelvan niños bien portados. Sin supervisión se vuelven flojos, no hacen tareas y su aprovechamiento es nulo. Parece que los padres traen a los niños a la escuela para deshacerse toda la mañana de ellos. Cuando trabajan los dos, lo puedo entender. Pero no los supervisan aunque uno de sus padres se quede en casa. De nada sirve que hayan ampliado las horas en la escuela. Entran 7.30 y salen hasta las cuatro de la tarde, y ni así cumplen con las tareas.

«Pero, maestro, se supone que se quedan hasta las cuatro para que no se marquen tareas. En mi caso, las tareas las hacemos en el salón.» Los maestros dividían sus argumentos. Había quienes trabajaban muy a gusto con los chicos, pero había quienes con sus más de diez años de servicio magisterial, estaban acostumbrados a salir al medio día. «Se supone que salíamos a la una de la tarde, porque no es lo mismo trabajar ocho horas en una oficina, que lidiar ocho horas con cuarenta chamacos. Esta reforma es injusta. Ya quisiera verlos...». Y entre los profesores cuchicheaban: «Ése, aunque trabaje cinco horas siempre se quejaría». «Estuvo de aviador por años; claro que la reforma lo iba a enojar».

El director llamó al orden y continuó: Vivimos nuevas épocas y se ha perdido el respeto a los maestros como a la educación. Pero no hay que seguir alimentando esta animadversión. No soy de los que pretende escapar de clases para ir a marchar y dejar a los alumnos sin escuela. Por eso espero que entiendan mi propuesta. La ciencia ha tenido sus avances y ha demostrado que con la aplicación de ciertos medicamentos los niños siempre pueden hacerse dóciles. ¿No es así, doctor?

«El director llamó al orden y continuó: Vivimos nuevas épocas y se ha perdido el respeto a los maestros como a la educación.»

«Bueno, la idea no es exactamente hacerlos dóciles. En nuestra empresa lo que queremos es que la medicina sirva a la sociedad. En este caso, sabemos que parte del bajo aprovechamiento en el alumado está en su falta de atención...»

«¿Es usted doctor», preguntó la maestra Cecilia.

«No. Soy representante farmacéutico.»

«Un vendedor, vaya.»

«La empresa para la que trabajo tiene como objetivo...»

«¿Sabía usted que se duda del trastorno del déficit de atención?»

«No estamos acá por el TDA. Es un poco más complejo, profesora.»

«Maestra, deje que el compañero exprese sus argumentos. Luego contestará preguntas», la atajó el director y agregó: «Es un programa piloto en el que quiero que la escuela entre. Si se observan resultados positivos, la secretaría de salud y la secretaría de educación pública, podrán implementar un programa a nivel nacional. Además la maestra de educación especial estará supervisando a los alumnos, charlará con los padres de familia, para que todo se haga con supervisión.»

«Sí, pero ni usted, ni la maestra, ni el señor, acá, son médicos; y quieren dar esos medicamentos,

que no son otra cosa que drogas, a los alumnos. Yo no estoy de acuerdo. Y no creo que los padres de familia lo estén. Al menos, yo no les daré nada sin la orden de un médico y la aprobación de los padres de familia».

«Su argumento ha sido escuchado y será considerado, maestra; ahora por favor, ¿podemos continuar con la sesión?», sentenció de golpe el director, un poco harto de ser interrumpido. La joven maestra miró a los demás profesores de la escuela, buscando apoyo entre sus rostros, pero no se inmutaron; muchos ni siquiera la miraban. Apenas llevaba un año en la escuela, y seguía siendo la nueva, la joven, la que entró por la reforma educativa, que la mayoría de los maestros odiaba.

Los profesores, de lo que antes eran los dos turnos del plantel educativo, llevaban reuniéndose los últimos quince días, y esa mañana las reuniones terminaban. Todos estaban un poco apurados por terminar las capacitaciones, cuando el director quiso hablarles en la sala de juntas. Con el nuevo sistema de escuelas de tiempo completo que se implementaría en su plantel, se acababan los dos turnos; y las dos plantas de profesores cubrirían uno solo, con el doble de grupos para cada año de la educación primaria. En una semana comenzarían las clases, y la capacitación del profesorado por parte de los instructores federales, sirvió para actualizar temas, dividir grupos, checar listas de asistencia, y repartir al alumnado por grupos. Una vez que los instructores de la capacitación se fueron, el director les dijo que los esperaba a todos en la sala de juntas; el lunes siguiente la escuela empezaría con un nuevo modelo, y era necesario llegar a un último acuerdo, y quería exponérselos.

«Los profesores, de lo que antes eran los dos turnos del plantel educativo, llevaban reuniéndose los últimos quince días, y esa mañana las reuniones terminaban.»

Aprovechando que el representante médico hizo una pausa en su discurso para contestar algunas preguntas del profesorado, el director tomó de nuevo la palabra: Piensen que es lo más humano; se trata de un medicamento que puede tener a los estudiantes concentrados en su aprendizaje. Un buen alumnado, dará mejores resultados para las pruebas de aptitudes, mejorara el promedio, y seguro tendremos menores quejas de parte de los padres de familia. Es algo a lo que tenemos que recurrir, y no hay vuelta atrás. Preciso es que todos estemos a favor de estos medicamentos. Que

estemos todos conformes y aceptemos. Tranquilizar a los muchachos, nos ayudará a tener una escuela con mayor aprovechamiento. ¿Las secuelas?, no pensemos en ellas ahora, cuando salgan de la escuela ya no serán nuestro problema. Lo verdaderamente importante es reducir las bajas calificaciones que tuvimos el año pasado que nos puso bajo la mira de los supervisores federales. Y si la ritalina nos brinda esa oportunidad, que bien, habremos ganado bastante. Por eso hemos coincidido, la maestra de los grupos especiales y yo, junto con el compañero de la empresa farmacéutica, que los medicamentos son la mejor opción. Empezaremos desde la primera semana. A ustedes les corresponderá hacer ahora un listado de los niños, que el año pasado presentaron peor comportamiento. Y serán asesorados por la maestra Leticia, durante toda la prueba piloto que durará un mes; con ella iré llevando el control. El compañero de la farmacéutica, nos dejará muestras médicas para comenzar. Si al final del mes, vemos una mejora en los niños, ampliaremos el proyecto a todos los alumnos de la escuela.

Unos días antes, cuando apenas el curso de los profesores comenzaba, la maestra Leticia esperaba en un café la visita de su hermano que temprano le había llamado al móvil, para decirle que estaba en la ciudad. Tenían casi cinco años sin verse, ni estar en contacto. Su llamada le había sorprendido y alegrado. Pero fue mayor la inquietud, cuando su hermano prefirió que lo viera en un café en vez de llegar a su casa.

—¿Para qué me citas en este café? ¿Cuándo llegaste a la ciudad?

—Hace unos días. Tengo un buen negocio, y quería platicarlo a solas contigo, en un lugar que fuera menos personal.

—Me hubieras avisado que venías...

—Sólo estaré unos meses acá. Pero déjame te cuento del negocio que tengo. Un amigo y yo, nos hicimos de un lote de medicamentos. ¿Sabes lo que es un lote de medicamentos? Son muchísimas cajas de medicina.

—Las van reportar como desaparecidas.

—Tal vez. Por eso no pienso llevarlas a ninguna farmacia ni hospital, ni dárselas a médicos.

—¿Y qué harás con ellas?

—He pensando venderlas entre los estudiantes. Por eso quiero tu ayuda.

—No quiero meterme en problemas otra vez. Por eso me mudé, para empezar de nuevo donde nadie me conociera.

—No me vengas con eso, hermanita. Todo está cubierto. Yo siempre voy a protegerte y en este negocio, saldremos ganando.

—¿Robaste los medicamentos?

—No los robé. Me hice de ellos.

—Se las quitaste al que las robó, entonces.

—Digamos que el primero que las tenía ya no vendrá por ellas. Y he viajado hasta acá, vendiendo de a poco algunas cajas. Para que te des una idea del valor que tienen.

—¿Cuál es el plan, entonces?

Cuando el representante médico concluyó por fin su charla, con los maestros reunidos a su alrededor en la sala de juntas del colegio, sacó de su maleta algunas muestras médicas, para que vieran de qué medicamento se trataba, unas pastillas rosadas con forma de rombo. Leyó en voz alta algunos precios comerciales de los medicamentos, para hacer hincapié en la ayuda que significaba para las familias este «proyecto piloto» por la inversión que las familias se ahorrarían. Investido en esa bata médica con el mismo logotipo de la farmacéutica de las medicinas que les iba enseñando, el hombre se volvía alguien en quien confiar.

«Investido en esa bata médica con el mismo logotipo de la farmacéutica de las medicinas que les iba enseñando, el hombre se volvía alguien en quien confiar.»

«¿Están ustedes locos? No cuenten conmigo para esto»; interrumpió la maestra Cecilia, poniéndose de pie. La idea de dopar a los alumnos no le parecía una decisión que deberían tomar los maestros de la escuela. Pero el director se había trazado un objetivo y quería alcanzarlo con el apoyo de la mayoría.

«Maestra, por favor, modere su lenguaje y tenga calma».

«Son solo niños y ustedes ¿quieren drogarlos?, y sin el permiso de sus padres».

«A ver, a ver, maestra. Acaso no recuerda usted que en el transcurso del año pasado me envió a más de diez de sus alumnos; acá tengo los reportes de cada uno de los alumnos que atendí, y en una de las columnas, el nombre del profesor que hizo el favor de enviármelo. Ningún grado se salva. Ni el suyo. Atendí niños desde primero hasta sexto año». La maestra Leticia tenía las hojas en la mano, y las pasaba frente a las narices de los profesores.

«Pero por problemas de conducta específicos...»

«Entonces usted me envía sus problemas, pero cuando le traemos una solución, nos acusa de querer hacerle mal a los alumnos», sentenció la maestra Leticia.

«No me malinterprete, maestra Leticia.»

«Ya, Cecilia, ya diste tu opinión, deja que los demás también se expresen», intervino el maestro de Educación Física. «Creo que con un mes de pruebas será suficiente para saber con qué cosa estamos lidiando acá. No creo que vaya a haber ningún problema. Se hablará con los padres de esos chicos problemáticos, ¿verdad?»

«Desde luego que sí, profesor. La maestra Leticia ha estado en constante comunicación con ellos, desde el año pasado. Tenemos incluso registrados a los alumnos que tuvieron que ir al sicólogo y a

los que han ido al siquiatra.»

«Ese es mi trabajo, compañeros», dijo sonriente la maestra Leticia, apoyando las palabras del director; y su sonrisa pareció calmar los ánimos que se habían encendido cuando la profesora Cecilia se levantó de su asiento.

«Si los niños van a mejorar; y los padres están enterados, creo que deberíamos hacerlo», apunto el maestro de educación física y sus palabras fueron aplaudidas unánimemente. «Los niños estarán mejor con el medicamento. Así podrían concentrarse y atender mejor en clase», dijo otra de las profesoras jóvenes. «Sólo a los maestros flojos los alumnos se les salen de control», dijo una más experimentada a quien le quedaba apenas un año de servicio para luego jubilarse. «¿Me está diciendo flojo, maestra?», atajó uno, a manera de broma. «Pues si le vino el saco, póngaselo».

La noche anterior, en casa de Leticia, se había tomado la decisión. Por favor, Francisco, decía la mujer mientras tomaba una ducha. Hazlo por mí. Dame tu apoyo en esto. Mi hermano tiene que acomodar ese medicamento. No me preguntes cómo lo obtuvo, y si lo ayudamos con su venta nos dará ganancias a todos. El plan es este: Haremos una prueba con los niños más terribles de la escuela; solo necesito tu aprobación, para poder entregar cartas membretadas por la escuela, a los padres de familia. Con el membrete y mi firma, más una pequeña charla, estoy segura de que aceptarán el medicamento. Y una vez que empiecen a tomarlas, ¿sabes lo adictivas que son? Entonces enviamos a los padres con mi hermano que se las venderá sin necesidad de receta; eso les ahorrará doctores, y aunque son caras, con mi hermano las conseguirán más baratas que en cualquier farmacia.

«Mi hermano me ha dicho que es una suerte que tenga ese lote de medicamentos en su poder, porque se le puede sacar una barbaridad de dinero.»

Mi hermano me ha dicho que es una suerte que tenga ese lote de medicamentos en su poder, porque se le puede sacar una barbaridad de dinero. Ya después, cuando hayamos vendido todas, los canalizamos a algún médico, y listo. Como las cartas serán falsas, hasta pienso en que mi hermano firme en mi nombre para no comprometerme, y una vez que los padres de familia acepten, quemamos todas las cartas, y si es necesario mandamos a los chamacos al siquiatra. Tiene un lote de medicamentos, ¿sabes cuánto es un lote?, como para ganar un buen dinero, por un año al menos.

Francisco, el director del colegio se sentó en la cama. Mientras escuchaba la voz de Leticia, buscaba por la habitación las prendas de su ropa. Enfrente de él tenía su ropa interior, y entonces recordó que se había sacado el pantalón y la camisa desde la sala, antes de pasar a la habitación. La cena que Leticia había preparado estuvo deliciosa, y aunque ni siquiera se acabaron la botella de vino, se sentía satisfecho de cómo había caminado la velada. Aún tenía en el cuerpo el olor de la maestra, y quería conservarlo, por eso decidió que no quería bañarse cuando ella lo invitó a la regadera. Desde la cena había prestado atención a lo que la mujer le había contado, pero su mente se detuvo unos instantes en «aquel hermano» del cual acababa de enterarse. Para tranquilizarlo, Leticia le mostró fotos de su hermano y ella jóvenes, en aquella ciudad de donde eran originarios. E incluso le marcó al móvil junto a él, para que no hubiera mayor sospecha. Quedaron de verse en el mismo café, ahora los tres, para afinar detalles, siempre y cuando Francisco se decidiera. Y se decidió. «Si las drogas nos van a tener calmados a los chamacos, por qué no»; dijo el director, aún desnudo, y sentado en la cama de la profesora Leticia.

La mujer caminó con el cuerpo moteado a un por el agua de la regadera, se acercó por detrás de él, le cruzó los brazos sobre el cuello; jaló su cabeza, y le dio un largo beso, mientras untaba sus pechos en la espalda desnuda del director:

«Eso es, amor; una vez que los padres vean que sus niños mejoran, querrán comprar el medicamento, y mi hermano se los venderá. Quedó en darme un porcentaje de la ganancia. Ese dinero me ayudará mucho, sobre todo ahora que ya no tengo doble sueldo por la unificación de los turnos. De esta forma ¿quién podrá culparnos?»

«Les pido su cooperación, y claro, su discreción para con el asunto» concluyó el director; dando por finalizadas esas dos semanas de capacitación y acuerdos. Cecilia levantó de nuevo la voz: «Es una locura. No participaré en drogar a los niños del colegio». Fue la única en contra de lo que el director

había decidido. Con tal de llevar la fiesta en paz, todos votaron a favor.

«Espere, maestra —el hermano de Leticia se acercó a Cecilia, mientras ésta guardaba cosas en su bolsa—, no se preocupe, llevo años en este trabajo. Tenga, le traje una taza de café. El ritalín tiene mala fama, pero es muy bueno con los niños, créamelo», dijo el falso representante médico; pero la profesora no se quiso convencer. Sonrió con cortesía, cogió la taza que el representante le ofrecía, y bebió un trago largo del café mientras miraba con desilusión a los demás profesores del colegio apuntar los nombres de los alumnos problemáticos que sacaban de las listas de asistencia. Se despidió de los pocos maestros que quisieron despedirse de ella, mientras iba pensando «Seguro que el director ya está de acuerdo con los vendedores de esos medicamentos». «Esos representantes médicos con tal de vender su producto hacen de todo».

La maestra Cecilia salió asqueada de aquella junta. A su espalda, el resto de la plantilla de profesores había rodeado a la maestra Leticia, para dar los datos de sus alumnos más terribles. «¿Los más terribles? Todos», bromeaba alguno de los maestros; y entre risas de camaradería, Leticia iba apuntando en su libreta el nombre de cada uno de aquellos chiquillos que iban a ser parte de la prueba médica. Para enviarles una carta oficial a sus padres.

«No voy a ocultar que me preocupa un poco la profesora Cecilia. Es joven y por tanto necia. Ella entró con la reforma, así que cree que todos los maestros somos unos flojos, o nos hemos beneficiado del sindicato», decía el director al representante médico, al hermano de Leticia. «Yo que usted no me preocupaba tanto, por ella.»

«Tienes razón; para qué», y el director volvió hacia los demás maestros, que habían convertido en una fiesta el fin de aquella reunión, bromeando y departiendo refrescos, café y algunos pedazos de pastel. Cecilia no quiso quedarse. Apuró su café, y sin darle a Leticia ningún nombre se fue de la escuela refunfuñando, preocupada: «Pero cómo se atreve este director; están todos locos. Mañana mismo voy a dar aviso a la secretaría, a ver si están enterados, y si no, buscaré a la sociedad de padres de familia; no, qué tal si ellos están involucrados igual; la señora presidenta siempre hace lo que el director y su labia le dicen que haga. Iré a los periódicos, a la televisión. No voy a permitir que estén drogando a los chicos».

Apenas pudo llegar a la avenida, el sueño y el cansancio le fueron dominando los reflejos; y cuando iba a tomar la glorieta, que en el centro llevaba una fuente que bañaba a una mestiza, la maestra parpadeó. Ni siquiera se percató del autobús de pasajeros que arrolló su carro por el lado del conductor, matándola de forma instantánea.

© Adán Echeverría

Adán Echeverría. Mérida, Yucatán, (1975). Investigador Posdoctoral en el Instituto de Investigaciones Oceanológicas de la UABC. Doctor en Ciencias Marinas. Premio Estatal de Literatura Infantil Elvia Rodríguez Cirerol (2011), Nacional de Literatura y Artes Plásticas El Búho 2008 en poesía, Nacional de Poesía Tintanueva (2008), Nacional de Poesía Rosario Castellanos, (2007). Becario del FONCA, Jóvenes Creadores, en Novela (2005-2006). Ha publicado en poesía *El ropero del suicida* (2002), *Delirios de hombre ave* (2004), *Xenankó* (2005), *La sonrisa del insecto* (2008), *Tremévolo* (2009), *La confusión creciente de la alcantarilla* (2011) *En espera de la noche* (2015); los libros de cuentos *Fuga de memorias* (2006) y *Compañeros todos* (2015) y las novelas *Arena* (2009) y *Seremos tumba* (2011). En literatura infantil ha publicado *Las sombras de Fabián* (2014).

SOLA

por Javier Úbeda Ibáñez

Corría el año 1989 cuando Juana —pelirroja de ojos verde claro, nariz chata y cara rebosante de pecas— decidió que dejaría su pueblecito gallego y se iría a la capital. No sabía muy bien cómo llevaría su idea a cabo, pero ya lo había decidido.

Tenía veinticinco años y la vida le reclamaba movimiento. En su pueblo escaseaba el trabajo, y no se resignaba a seguir sin hacer nada.

Juana vivía con sus padres y un hermano mayor. Su hermano, Pedro, tenía novia desde hacía diez años, pero el matrimonio, de momento, no parecía entrar en sus planes. Los dos tenían una gran complicidad como hermanos.

Los padres de Juana no querían que se marchara a la ciudad a trabajar, sólo su hermano Pedro la apoyaba en ese sentido. Pero, a pesar de no gustarles la idea, se resignaron. Su madre, Antonia, corrió la voz por el pueblo por si alguno de sus vecinos conocía a alguien en la capital que le pudiera ofrecer un trabajo a su hija. La noticia prendió como la pólvora, y todo el mundo supo allí de las intenciones de la niña de los Fernández. Cada vez que entraba en una tienda o la veían por la calle, enseguida la interrogaban sobre su porvenir: «Juana, ¿cuándo te marchas a la ciudad? ¿Estás segura? ¿Ya has encontrado trabajo?».

Ella solía esquivar las comprometidas preguntas, como podía, contestando con parcos y secos monosílabos.

Un día, mientras comían, sonó el teléfono con insistencia. Antonia lo descolgó. Su sabia intuición de madre le hizo adivinar que con aquella llamada iba a perder a su hija.

Cerca de diez minutos estuvo hablando con su interlocutor, mientras su rostro reflejaba toda una galería de expresiones, que iban desde la tristeza a la sorpresa y desde ésta a la resignación. Acabada la conversación, Antonia se dirigió a la mesa con cara y cuerpo de circunstancias.

«Un día, mientras comían, sonó el teléfono con insistencia. Antonia lo descolgó. Su sabia intuición de madre le hizo adivinar que con aquella llamada iba a perder a su hija.»

—¿Qué ocurre, mamá? —le preguntó su hijo Pedro.

Julio, su marido, la agarró dulcemente de las manos, para dedicarle una mirada cargada de comprensión.

—Era Manolita, la de la farmacia de la cuesta, dice que un primo suyo de Barcelona se acaba de quedar viudo y necesita una persona que le ayude con la casa y con sus dos hijos pequeños.

—¿Vive en la misma Barcelona? —preguntaron al unísono Julio e hijo.

—Sí, así es. Le pagarían un buen sueldo, y tendría que irse mañana mismo para empezar el lunes.

Juana escuchaba con atención.

—Yo quiero ir —soltó enseguida.

—¡Pero si no conoces nada de Barcelona, y encima está muy lejos! —se quejó Antonia.

—Además, no tenemos ningún familiar cerca que te pueda ayudar en un momento de apuro —señaló su padre.

—Da lo mismo, quiero ir. Entendedme, por favor —insistió Juana.

Juana lo tenía claro. En apenas un día organizó su partida, se despidió de sus amigos y conocidos y se marchó a Barcelona. Ella anhelaba salir de su pequeño pueblo, en el que todos sabían de todos, en

el que apenas existía intimidad...

En Barcelona la esperaban el señor Ruiz, un abogado reputado que se había quedado, recientemente, viudo y sus dos hijos pequeños, Mafalda y Noé, mellizos de diez años. La recibieron con cariño; y Juana se sintió pronto una más de la familia.

El tiempo, implacable, voló cerca de Juana sin que pudiera invertir una parte de él en ella misma. Durante ocho largos años se encargó con esmero de la casa del señor Ruiz, y a los dos niños los cuidó como si fueran suyos. Sin embargo, Juana se perdió en la vida de los demás.

Y el tiempo pasó rápido. Mafalda y Noé crecieron y un día se fueron a estudiar a universidades extranjeras, y el señor Ruiz, que tenía novia desde hacía tres años, le anunció que pensaba casarse, y que ya no era necesario que siguiera interna en su casa.

—No te preocupes, te ayudaré a que encuentres un pequeño apartamento. Tu horario de trabajo será de nueve a cinco de la tarde, ¿qué te parece?

Juana no estaba en ese instante en esa conversación, su mente deambulaba por el planeta del desconcierto.

—Sí, está bien —contestó sin saber muy bien ni lo que decía.

«Juana no estaba en ese instante en esa conversación, su mente deambulaba por el planeta del desconcierto.»

El señor Ruiz, Felipe, la ayudó, tal y como prometió, a encontrar un apartamento. Dieron con uno en la zona del Borne, aunque era demasiado caro para los honorarios que iba a cobrar Juana. El señor Ruiz, que tenía prisa por vivir a solas con su nueva esposa, tanto le insistió que acabó al final por convencerla de que se pusiese a vivir allí. Y ella, sin querer, se dejó llevar.

Juana se las apañaba como podía. Su salario le daba para pagarse el apartamento, las facturas y comer. Dos eternos años estuvo sorteando esta ceñida situación económica, y se acostumbró a vivir con lo imprescindible. Su vida era pura repetición —de su casa al trabajo y del trabajo otra vez a su casa—; pero aun así se sentía feliz de no depender de nadie.

Felipe se acabó casando con Luisa. Y un día el bufete le propuso que dirigiese una nueva sucursal que iban a abrir en Canadá, y la pareja estuvo de acuerdo en mudarse a aquel país. La noticia se la dio el señor Ruiz a Juana una aterida mañana de diciembre.

—Lo siento, Juana, pero nos vamos a vivir a Canadá por motivos de trabajo.

Con los ojos vidriosos y las entrañas encogidas preguntó:

—¿Qué va a ser de mí? Aquí no conozco a nadie. Me quedaré sin trabajo.

—Puedes volver a tu pueblo.

—No quiero volver a mi pueblo.

—Seguro que pronto encuentras otro trabajo.

—¿Y no me pueden llevar con ustedes?

—Es imposible. Te pagaré lo suficiente para que puedas mantenerte unos cuantos meses hasta que encuentres otro trabajo. Ten confianza.

No había nada más qué decir; Juana y el señor Ruiz, después de diez años, se decían adiós sin apenas palabras.

De repente, se vio sola en una ciudad que no había tenido ganas de conocer; y se sintió perdida.

Los dos primeros meses que pasó buscando trabajo, fueron intensos y agotadores; la ciudad se la comía viva. De todo ese esfuerzo le salieron algunas casas para limpiar y algunos niños a los que cuidar; meros parches.

El dinero que le había dejado el señor Ruiz se le estaba acabando, y ella continuaba sin empleo fijo,

así que pasó de comer tres veces al día a hacerlo sólo a veces, cuando podía. Perdió mucho peso; ya nada quedaba de aquella sonrosada muchacha gallega que un día llegó a la ciudad con las maletas cargadas de sueños.

Juana le ocultaba a su familia su difícil situación. Porque sus padres eran muy mayores, y se mantenían con apenas una pensión mínima, así que poco podían hacer por ella aunque quisieran, y ella no quería encima preocuparlos. Su hermano, Pedro, que ahora era camionero, la visitó en un par de ocasiones en las que le trajo embutidos del pueblo; embutidos que Juana devoraba con ansia. Pero los hermanos habían perdido la magia y la complicidad de antaño, ahora sólo eran dos desconocidos, pese a que tuvieran la misma sangre.

Cuando sintió que estaba cayendo en picado por el vacío de la miseria, telefoneó al señor Ruiz; éste le dijo que ya no podía seguir ayudándola.

Siete meses terribles estuvo sin poder pagar el alquiler, hasta que la desahucieron.

La primera vez que durmió en la calle, pensó que se iba a volver loca, que al despertar habría perdido la razón y que la encerrarían en un manicomio. Pero no, de momento seguía cuerda y pasándolo mal, ya que no conseguía pegar ojo, cualquier ruido la asustaba y no podía parar de llorar. El amanecer la sorprendía perdida por las calles buscando una mirada que la pudiera reconfortar.

Caminó durante horas sin pensar, asfixiando sus pensamientos con el ruido de los coches que pasaban silbando a su lado y el ajeteo de una ciudad en pleno bullicio matinal. Necesitaba descansar, y se sentó en el banco de un parque solitario. En ese preciso instante los pensamientos angustiosos que llevaba horas intentando despistar, la acorralaron. No había escapatoria posible.

Había dormido en la calle porque no tenía dinero para pagar el alquiler de su casa ni para comer. ¿Qué iba a ser de ella?

No se sentía capaz de superar esa situación, se quedaría en el camino.

No iba a sobreponerse. No encontraba nada, absolutamente nada, que la pudiera rescatar de la desazón que sentía. «No es real. Nada de esto me está sucediendo. Es sólo una brutal pesadilla. Y mañana despertaré en mi cama», se repetía con insistencia, una y otra vez.

Durante semanas deambuló por las calles sin rumbo fijo. Comía de lo que tiraban en los contenedores los grandes almacenes a la hora del cierre. Se lavaba en las fuentes, en los baños públicos y en los aseos de los bares y de los centros comerciales, pero a pesar de eso siempre iba sucia y desaliñada.

Se instaló en un garaje abandonado que daba a una de las principales calles de Barcelona. Cuatro cartones, un colchón agujereado y un cubo para hacer sus necesidades se convirtieron en su nuevo hogar. Por las mañanas, tenía que esconder los cartones para que no se los quitaran, y la ropa que había conseguido salvar del desahucio la llevaba siempre a cuestas, en una mochila que era su única pertenencia.

Por el día vagaba buscando trabajo y temiendo el momento de la inhóspita y despacible noche. Quería escapar de esa situación, pero no sabía cómo. Deseaba no pensar, aplastar sus furias internas. Cada vez estaba más flaca, hasta el extremo de que se le transparentaba ya la piel. Su rostro demacrado se desvanecía, lentamente.

La noche, la temida noche, procuraba pasarla con otras personas que también vivían en la calle, y que se emborrachaban hasta quedarse dormidas. Querían olvidar, y el alcohol les anesthesiaba los recuerdos, el pasado, el presente y el futuro. Juana no había bebido alcohol nunca, pero la primera noche que lo hizo durmió de un tirón, sin que su cabeza la atormentara. Empezó a beber. Hasta entonces no había pedido limosna en la calle para comer, pero ahora sí que lo hizo para beber. Porque beber era sinónimo de poder olvidarlo todo por unos momentos. No ser consciente de su dolor y de su desamparo.

Con el tiempo, el abuso de alcohol acabó pasándole factura y le afectó a su personalidad. Comenzó

«Durante semanas deambuló por las calles sin rumbo fijo. Comía de lo que tiraban en los contenedores los grandes almacenes a la hora del cierre.»

a tener graves problemas psicológicos. Cuando se enteró de que sus padres habían muerto estuvo una semana entera bebiendo sin parar. Alguien la encontró tirada en medio de la calle. La trasladaron al hospital. Hoy, Juana está ingresada en un psiquiátrico. No quiere salir. No quiere regresar a la cordura. Prefiere estar loca antes que volver a vivir en la calle.

© Javier Úbeda Ibáñez

Javier Úbeda Ibáñez. Escritor, crítico literario y miembro del proyecto REMES (Red Mundial de Escritores en Español). Nació en Jatiel (Teruel, España), en 1952. Y reside actualmente en la ciudad de Zaragoza (España). Es autor del conocido libro de relatos breves y poemas *Senderos de palabras* (Pasionporloslibros. Valencia, 2011) y de los cuentos *Daniel no quiere hacerse mayor* (Pasionporloslibros. Valencia, 2011) y *La Elegida* (Pasionporloslibros. Valencia, 2012). Ha publicado numerosos artículos de opinión tanto en prensa digital como en prensa escrita. Además, es autor de numerosas reseñas literarias, relatos cortos y poemas, que han ido viendo la luz en importantes revistas de España como *Almiar*, *Ariadna-RC*, *Culturamas*, *Fábula* (de la Universidad de La Rioja), *Horizonte de Letras*, *La Sombra (de lo que fuimos)*, *LetrasTRL*, *Literaturas.com*, *Luke*, *Magazine Siglo XXI*, *Narrador*, *Narrativas*, *OtroLunes*, *Palabras Diversas* o *Pluma y Tintero...* y también en revistas del extranjero como *Gaceta Virtual*, *Letras en el andén*, *Liter-aria*, *Literarte*, *Poeta* (todas ellas de Argentina) o *Cinosargo* (Chile), *Cronopio* (Colombia), *La ira de Morfeo* (Chile, Argentina y Brasil), *Letralia* (Venezuela), *Letras Uruguay* (Uruguay), *Margutte* (Italia), *Ombbligo* (México), *Resonancias.org* (Francia), *Baquiana* o *Herederos del k(c)aos* (ambas de EE.UU.), entre otras muchas.

LOS ADIOSES

por Alejandro Rosen

Bastaría cualquier cosa, el mínimo pretexto, para que el olor de tu piel desnuda me vuelva a levantar en vilo con sus manos azucaradas por encima de cielos convencionales, de ruinas olvidadas y musgosas, de bandadas de tordos que ennegrecen todo, inaugurando un nuevo día. Bandadas que buscan paliar un hambre casi semejante a la que padezco por tu pubis, por tus pezones, por tus labios de malvavisco, y que choca en los vericuetos de mis laberintos, de los que pudo escapar por un momento cuando dejó de ser hambre, cuando dejó de ser dolor, búsqueda, y se transformó en ternura, lo cual fue en el momento mismo que le dibujaste alas en la espalda, esas alas que le permitieron amigarse perennemente con el fuego.

*

Hay un hombre que derrama sangre muda y sepia mientras besos sin párpados vigilan las larguísimas horas donde no hay, donde ya no habrá dos cuerpos mojado con sudor la oscuridad de unas sábanas heladas. Las caricias aletargadas, los recuerdos que no llegan a enmohecerse le van incendiando el estómago con precisión de cirujano.

Hay un hombre avergonzado por amar, vencido por los adioses, que se va deshojando palabra a palabra mientras, en algún lugar, una flor se seca entre las hojas de un libro.

*

Concibo tu cuerpo como una señal aparentemente inerte, ardiendo incansablemente en medio de un gran viñedo que siempre se ha encargado de calmar mi sed; lugar donde se encuentra la primera piedra de la torre que me ha venido erigiendo. No la eches abajo, no te alejes. No preguntes qué pasará. Te propongo ignorar los sonidos, el tiempo. Muéstrame los miedos que hay en tus manos; prometo acallarlos con besos que desde tus labios de piloncillo se irán deshaciendo como sueños de mariposas, como fuegos artificiales que rayan el silencio, como ese silencio posterior a una lectura amada y anterior al orgasmo.

*

Gracias por haber permitido que después de sentirme tan perdido me recostara entre la suavidad de campos de centeno de tu cuerpo, y allí, contemplando un cielo cristalino, descubriera figuras interminables en las nubes que con sus sombras recorren tu cuerpo, y también que descubriera algodones de azúcar esperándome en cada esquina de mi vida.

*

Mi corazón se detiene por momentos, y en éstos, corre y coloca su oído contra una puerta que, sospecha, te separa de mí. Cree escuchar algo y corre de vuelta entusiasmado, con una esperanza, una esperancita entre las manos que se le deshace en cuanto golpea el siguiente latido, lo cual lo obliga a comenzar de nuevo, una y otra vez. ¿Por qué me niegas tus manos perfectas que cuelgan como exóticos racimos y que se pasean ante mi hambre tan desesperada como un grillo frenético que anuncia la lluvia y nadie ha de escucharlo? ¿qué sería yo sin tu ternura que guía a un ciego sin nombre y que hasta conocerte supe que era yo mismo cuando digo que te amo? Veo el reloj, como siempre es tarde. Como siempre el silencio de mi corazón espía me permite advertir, allá a lo lejos, las pisadas de las nubes, tu respiración acompasada, el crepitar de tu cabello que alguna vez quemó mi rostro mientras dormía.

*

Aún siento y sentiré la espuma de tus labios acariciar una arena que mira sin parpadear al sol, tal y como yo lo hacía contigo. Me ofreciste besos de seda procedentes de lugares a los que nunca podré acceder. Besos que entre una ligera brisa se mezclaban flores, cantos de aves extintas, paisajes imposibles procedentes de una agreste península ubicada en quién sabe qué zona de tu cuerpo. Permaneces y permanecerás en el único sendero alfombrado de mi corazón.

*

Es de noche, y desnudo te pienso entre poros solidarios que se humedecen al unísono, que apuntan hacia ti como enormes girasoles que arden petrificados de deseo. Te veo de igual manera en la metáfora de un verso de Cortázar, que al final de mi prosaica imitación del vuelo de Lindbergh, entre reporteros y fotógrafos que no llegan a explicarse cómo pude llegar hasta, ti, cómo, con tantos elementos adversos, pudimos encontrarnos. Cualquiera diría «pero mira qué huérfano ha quedado». Mentira: estás en todo lo que soy después de tu llegada. Huelo a enamorado, pese a que los lunares de mi cuerpo no lleguen a mencionar tu nombre. Estoy feliz, mientras la gente del mundo me rodea con la boca abierta, en silencio, conteniendo la respiración, sin poder creer en los milagros.

No saben, no pueden saber cuán enamorado me dejas.

© Alejandro Rosen

Alejandro Rosen (44 a. Myrna-0 d. Myrna). Doctor en Ciencias Sociales con especialidad en Comunicación y Política, y en cometer un sinfín de errores. Sus trabajos han aparecido en diversas revistas electrónicas, además de *La Jornada Semanal*, y el periódico *El Financiero*. Tiene dos libros publicados: *Arco voltaico* y *Samaot. Crónicas de un viaje amoroso*. Correo electrónico: uterpandragon@hotmail.com.

SANGRE ENTRE LOS DEDOS ¹

por Carlos Manzano

Las tres horas de reunión me han dejado para el arrastre, como si no tuviera suficientes preocupaciones en la cabeza. López quiere que nos involucremos más en las tareas de reorganización que se ha propuesto —que le han propuesto— llevar a cabo; en concreto, quiere mejorar la optimización de recursos. López es de esa clase de tíos que creen que si usan palabras poco habituales ya están haciendo algo. Estoy segura de que ninguno de los presentes se ha tomado en serio sus tonterías: optimizar recursos, como si en realidad eso significara algo, como si aquello tuviera algún sentido práctico: racionalizar las decisiones, reorientar los flujos, etcétera. Tal vez Roberto sí, quién sabe, a lo mejor él sí se lo ha tomado en serio, pero nadie más. Roberto todavía cree en la puesta en común de perspectivas, en la utilidad de los grupos de trabajo y todo eso. Pero es que Roberto piensa que en el mundo de la empresa hay cosas más importantes que el interés particular, e incluso que hay directivos que anteponen el beneficio de la compañía al suyo propio. De todos modos, nadie ha respondido. ¿Para qué? Al final va a acabar por no hacerse nada, como siempre. Si te mueves, corres el riesgo de caerte. Mejor que sean otros los que se equivoquen. Y de cualquier forma, Marisa y yo somos las que menos tenemos que decir en esto, estamos aquí porque queda bien tener dos mujeres en el consejo de dirección, de esa forma mejoran un poco las cuotas y la empresa da cierta apariencia de modernidad. De sobras sé que apenas nos valoran, lo cual, por cierto, no me viene nada mal. Al fin y al cabo, nadie va a exigir de mí ideas frescas. Prefiero quedarme a verlas venir; es más seguro.

Pero esto es lo que hay. De sobras lo sé, así que me adapto sin mayores complicaciones. Ya no soy una niña y tengo claro lo que cuesta cada avance, cada mínima mejora. Lo malo es el tiempo que toda esta falacia me quita para estar con mi hijo David. Aunque solo sea por aparentar, me tengo que privar de llevarlo al médico cuando le sube la fiebre o acompañarlo a la escuela el primer día de clase. Menos mal que mi madre me echa una mano, porque si no... Un día se lo pedí a su padre, a Ramón, el hijo-puta de mi ex, que si podía acompañar a David al autobús de una excursión que habían preparado en el colegio, uno de esos tontos viajes de un día en que los llevan a comer tortilla de patata a la orilla de no sé qué absurdo pantano, como si no lo conociera de sobras, a su padre, digo, como si no hubiera estado casada ocho años con él; es que a veces parezco tonta. De modo que tuve que recurrir de nuevo a mi madre.

Aun así, muchas tardes todavía me queda tiempo para ir a recogerlo a la salida del colegio. Eso me levanta el ánimo y reduce la vulgaridad de las horas precedentes a simple anécdota. Sé que no soy nada original si digo esto, pero David es la mayor alegría de mi vida, la verdadera columna vertebral que me mantiene en pie, la fuerza que evita que no acabe tirando todo por la borda y mande el mundo a la mierda. Aunque a veces se pone un poquito borde y acaba sacándome de mis casillas, no tengo más que mirar sus ojos vivaces para sentirme la mujer más feliz del mundo. Es cierto que me lo pensé mucho antes de tenerlo —entre otras razones, porque mi relación con Ramón ya iba de capa caída—, pero ahora puedo afirmar con seguridad que fue la mejor decisión de mi vida. De hecho, podría resumir mi existencia en una sola palabra: David.

Nunca me ha gustado tener animales, sobre todo porque te exigen un tiempo y un cuidado que podrías dedicar a otras cosas, a ti misma, por ejemplo, o a salir con las amigas, que tampoco está mal. Pero un día David se empeñó tanto que acabé por comprarle un canario. Supongo que me pillaría desprevenida, o con la guardia baja, qué sé yo, o puede que esa mañana López me hubiera echado un broncazo de la hostia a cuenta de algún encargo mal llevado, ya ni me acuerdo. En realidad, él quería un perro o un gato, incluso una rata, pero claro, nuestra casa es tan pequeña que un perro es imposible, eso hasta él lo sabe, los gatos dan alergia y las ratas son asquerosas, así que se conformó con un canario. Como es lógico, le compré el bicho ese con jaula y todo, si no ya me dirás tú cómo lo guardo en casa. Pero

¹ Relato perteneciente al libro *Lánguidos sueños* (La fragua del trovador, 2016).

para David fue como si le hubiera obsequiado con el objeto más valioso del mundo: nunca hubiera imaginado que un animal tan soso y aburrido como un pájaro le entusiasmara tanto.

Si soy sincera, debería decir que tengo cierta envidia del canario, todo el día brincando de un palo a otro, sin parar de cantar y de cagarse cada dos por tres. Es un poco coñazo, a veces lo que quieres es silencio y no ese piar insistente que parece no tener fin y que acaba poniéndote de los nervios. Pero David está encantado con él, le limpia la jaula todos los días, se queda mirándolo durante horas, le habla, lo mece entre sus manos, lo acaricia. Casi diría que el canario se ha convertido en el ser más importante de su vida. Fíjate que hasta he temido que descuide sus estudios por estar más rato con él. Pero sería injusta si no comprendiera el bien que le hace el animalito, incluso el valor educativo que puede llegar a tener, ese plus de responsabilidad que le obliga a ejercer: tener una vida ajena en tus manos, una vida que depende de ti, de lo que hagas o dejes de hacer. Todo eso lo sé muy bien porque yo misma lo vivo a diario.

Hoy, que estoy realmente cansada, ni siquiera he tenido fuerzas para ir a buscar a David al colegio, así que he mandado una vez más a mi madre. Y ahora, mientras aguardo sentada en el sofá, no puedo apartar los ojos del pájaro. Él vive tan feliz allí, tan ajeno a las miserias de la vida, tan ricamente protegido. No sabe que no viviría ni un segundo si mi hijo no le cambiase el agua todos los días o no le renovase el alpiste, que por sí solo no aguantaría ni una semana. Es curiosa la forma en que te mira el bicho, parece que te conociera de toda la vida, pero en realidad es un imbécil total, no sabe nada del mundo que le rodea, no tiene ni idea de quién es ni de lo que hace, ni siquiera de que su vida depende por completo de la voluntad de mi hijo. La prueba es cómo se asusta cuando meto la mano en la jaula y lo cojo entre mis dedos. Tiene una piel extremadamente suave. Qué ser tan frágil y quebradizo...

Le paso el dedo índice por la cabecita, como si quisiera peinarlo. Si apretara la mano, pienso, apenas viviría unos segundos. Pero no lo hago. En cambio, sujeto su cabecita con los dedos gordo e índice yuerzo unos leves movimientos de su cuello. El pobre intenta zafarse, pero le falta vigor. Creo que se ha dado cuenta de que su vida depende tan solo de un gesto mío. No sé si te merece la pena vivir así, le digo, no sé si te mereces algo. Entonces aprieto los dedos con fuerza, con determinación, y su frágil cabecita explota entre mis yemas, tiñéndolas de un brillante color rojo, sangre sin duda, y también sesos, y puede que hasta algo de globo ocular. Después lo deposito de nuevo en el fondo de la jaula y miro mis dedos. Es sangre, sin duda alguna. Así que los froto suavemente mientras siento cómo el líquido espeso se extiende por la piel.

Entonces oigo la puerta de casa y unos pasos apresurados que se aproximan por el pasillo. Es mi hijo, siempre hace lo mismo cuando llega: quiere ver a su pájaro con urgencia, saludarlo como corresponde. Antes de que le dé tiempo a entrar en el salón se lo digo. Por mucho empeño que ponga una madre, jamás podrá evitarles a sus hijos el contacto con la desgracia y el dolor, la irremediable convivencia con el sufrimiento. La vida es así, y han de aprender a aceptarla desde pequeños.

—Tu puto pájaro se ha muerto, cariño. Pero no te preocupes, ya te compraré otro.

© Carlos Manzano

Carlos Manzano. Nació en Zaragoza (España) en 1965. Ha publicado las novelas: *Fósforos en manos de unos niños* (Septem Ediciones, 2005); *Vivir para nada* (Mira Editores, 2007); *Sombras de lo cotidiano* (Mira Editores, 2008); *Lo que fue de nosotros* (Ediciones Nuevos Rumbos, 2011); *El silencio resquebrajado* (eBooks Literatúrame, 2012); y *Paisajes en la memoria* (La fragua del trovador, 2015), así como los libros de relatos *Estrategias de supervivencia* (Ediciones Certeza, 2013) y *Lánguidos sueños* (La fragua del trovador, 2016). Ha participado en los libros colectivos: *Relatos para el número 100* (Mira Editores, 2008) con el relato "Auxilio en carretera"; *Perversiones. Breve catálogo de parafilias ilustradas* (Editorial Traspies, 2010) con el relato "La prisa es mala consejera"; *Recuerdos del porvenir* (Ediciones Nuevos Rumbos, 2013) con el relato "Cincuenta años de espera"; e *Inventarium* (Margen Cero, 2013) con los relatos "Sangre entre los dedos" y "El privilegio de los demiurgos". Finalista del VIII Premio Onuba de Novela con la obra *El silencio resquebrajado* (2012). Finalista del I Premio Letras de Novela Corta con la obra *Las fuentes del Nilo* (2003). I Concurso Literario Villa de Benasque para autores aragoneses con el relato "El desierto" (2004). Finalista del X Concurso de relatos cortos Juan Martín Sauras con el relato "No declararé en tu contra" (2005). Es coordinador de la revista electrónica de literatura Narrativas.

EL GOLFITO O TRES HURRAS POR LA BANDERA TRICOLOR

por Francisco Martínez Carcelén

Veo cómo gira el pomo de la puerta de mi habitación. La puerta se entreabre un poco y asoma el hocico de *la Comadreja*, *je-je-je-hi-hi-hi*, estúpida risita intermitente.

Hoolaa, Roojo, qué paassa, ¿se pueedee? ¡Oh, Dios, qué grima me da verlo y oírlo, ahí parado bajo el quicio de la puerta! Y es que, como no ignora el desprecio y la repugnancia que me inspira, se cohíbe y no se atreve a entrar, él, alto pero fofo, con su pelo pajizo, su chupada cara de viejo, ojillos minúsculos tras las gafas de culo de vaso, barba de varios días entre blancuzca y gris, y esa baba color tiza solidificada en las comisuras de los labios.

Pero él solo no es más que un animalillo inofensivo y lo bastante cobarde como para no actuar por su cuenta. Y eso es lo malo, lo peor que anuncia su visita: que no viene solo...

—*Pasa, pasa, Bakora, aquí tenemos al Rojo de la Resi. Nos estaba esperando...*

Ahora sí que empiezo a preocuparme. *Bakora*, ese mulo descerebrado, ese chulo de pueblo, ese facha... ese armario musculado de uno ochenta, vestido con pantalones de chándal *verde ejército* listados en rojo y gualda marcando paquete, camiseta de algodón verde claro de manga corta, ajustada para marcar sus pectorales y dejar bien visibles los bíceps; además, la lleva metida por dentro de los pantalones para dejar bien claro que él no tiene michelines como *la Comadreja*, ni siquiera barriguita de la que avergonzarse. Ahí lo tienes, plantado en la pieza, las piernas separadas formando un ángulo de cuarenta y cinco grados, subiendo y bajando los talones al compás de cada una de sus bravuconadas. Y ahí me tenéis a mí, mirándolo francamente preocupado acerca de mi más inmediato futuro. Justo entonces comienza a hablarme:

«Pero él solo no es más que un animalillo inofensivo y lo bastante cobarde como para no actuar por su cuenta.»

—*¡Hombre, si está aquí el comunista este!... La noche es joven, novato, esto —se refiere a las novatadas— aún no ha terminado ¿A que no te lo esperabas, eh, rojillo? Aún nos queda un juegucito, verás qué bien lo vamos a pasar. Ramón —nombre propio de la Comadreja—, ¿vienen ya Palomo y el Huevo con los otros dos? —Efectivamente, vienen. A través de la puerta que Bakora ha dejado entreabierta se escucha a Palomo y al Huevo hablando con el Conguito y Dorotea, estos dos últimos tan novatos como yo. Cuando llegan a la habitación Bakora los saluda alegremente. Observo la creciente sonrisa de la Comadreja, cada vez más a sus anchas ahora que se siente flanqueada y protegida por sus más queridos compinches. Palomo se dirige a mí:*

—*Hola, Rojo, ¿qué tal el submarino?* —El submarino es una de las novatadas más gordas que hemos pasado y además está aún muy reciente: nos bajaron a todos en pijama, de madrugada, al patio de luces y nos descargaron una tonelada de agua a base de cubos desde las ventanas de la resi. Estuvo muy bien.

Palomo se tumba en mi cama dispuesto a disfrutar plácidamente de lo que quiera tengan pensado los cabronazos de sus amigos. *La Comadreja* hace lo propio en la otra cama, mientras el *Huevo* invita a avanzar a *Dorotea* y al *Conguito* hasta donde yo me encuentre. Ya nos tienen a los tres juntitos.

Me fijo en mis dos compañeros de infortunio. *Dorotea* está como casi siempre, con su sonrisilla insolente a la espera del ataque de *Bakora*, a quien se le ha atragantado *Dorotea* desde el primer día. *El Conguito* parece algo acongojado y anda intentando poner en práctica su conocida estrategia de

caer simpático a la vieja guardia, a la nomenclatura del estamento veterano, mientras pasa olímpicamente del resto de los novatos.

Bakora está de humor, tiene ganas de fiesta, no hay duda, se le nota a la legua, y de principio la toma conmigo:

—*Entonces qué, Rojo, ¿tienes chati o qué?* —Tras los interrogatorios de los primeros días él sabe de sobra que sí.

—*Sí* —contesté—, *salgo con una chica.*

—*Pero, ¿está buena la chati esa?*

—*A mí me gusta* —repuse.

—*No te he preguntado, puto novato, que si te gusta, te he preguntado que si está buena.*

—*Sí, no está mal.*

Entonces *Bakora* dice, remedando mi tonillo apocado: *no está mal, no está mal... ¿pero has chingao ya con ella o qué?*

Yo hubiese querido decirle: *a ti no te importa una mierda*, pero no parece el mejor momento para sincerarse, así que concluyo: *eso..., eso es personal.*

<hr/> <i>Dorotea mira a Bakora sin titubeos, y este piensa sin duda que ha llegado el momento que tanto ha estado esperando.</i> <hr/>	Él estalla en una carcajada. — <i>¡Personal</i> —dice mirando a los otros—, <i>dice que es personal! ¡Vamos, hombre, no me jodas: que si te la has chingao, ti-ra-do, fo-lla-do, puto novato! ¿Entiendes castellano, fi-ló-lo-go?</i> — <i>No, aún no</i> —musité mi respuesta a la primera de sus preguntas. — <i>Dorotea, bonita, ¿tienes tú chati o no?</i> —pregunta ahora <i>Bakora.</i> — <i>No</i> —miente <i>Dorotea.</i>
--	---

Bakora no está seguro de si *Dorotea* le está tomando el pelo o no, así que opta por una salida fácil:

—*No me extraña, con lo feo que eres, quién coño se va a fijar en ti, je, je, je...*

Bakora deja salir la rabia y la frustración que siente a causa de *Dorotea*, a quien no ha podido doblegar en todas las novatadas.

A *Dorotea* no le hacen mucha gracia estas últimas palabras del *capo di tutti capi* de la *resi*, pero contra lo que este espera, mi compañero aborta el rictus de enfado que empezaba a esbozar y se coloca de inmediato una sonrisa bobaliconamente insolente: ha constatado desde hace días que eso pone de los nervios a *Bakora*.

—*¿De qué te ríes? ¿Se puede saber de qué te ríes, idiota?*

—*No me insultes* —le contesta en apariencia tranquilo *Dorotea*—. *Yo no te he insultado a ti. Una cosa son las novatadas y otra que me faltes al respeto.* (Confieso que yo no veía la diferencia, pero me abstuve de comentarlo).

Dorotea mira a *Bakora* sin titubeos, y este piensa sin duda que ha llegado el momento que tanto ha estado esperando:

—*¿Qué* —dice—, *me vas a pegar o qué? ¡Pero si no tienes ni media hostia...!* —Ha pronunciado las frases lentamente, regodeándose en la situación que está a punto de provocar.

—*Prueba a ver* —responde mi amigo—. *Seguro que me das unas cuantas, pero de vacío no te vas a ir...*

Bakora, furioso, da media zancada y se encara con *Dorotea*. El filo de una cuchilla de afeitar no pasaría por el espacio que queda entre sus respectivas narices. *Dorotea* traga, imperceptiblemente, un poco de saliva, pero se mantiene firme y ¡guay!, vuelve a dibujarse con asombrosa calma la in-

solente sonrisa que pone enfermo a *Bakora*, que no puede más, que lo va a enganchar, que lo engancha de las solapas de la chaquetilla del pijama. *Palomo* y *la Comadreja* se interponen de inmediato. El primero aparta amistosamente a *Bakora*, el segundo se lleva a *Dorotea*, al que le han subido los colores y suda. Se quita el sudor de la cara con el dorso de la mano, pero la mano no se lleva la sonrisa, que permanece incólume. *Palomo* dice que a qué viene tanta historia y tanta leche, que él ha venido a pasar un buen rato y a despedir las novatadas con sus novatos. Se le nota que lo dice para que no vayan a mayores. El *Huevo*, que ha estado observando el rifirrafe con gusto, dice ahora que ya está bien, y se dispone a sumir encantado el oficio de maestro de ceremonias en el juego al que han venido a jugar y que nosotros aún desconocemos.

El *Huevo*, que podría ser perfectamente un personaje de *Martínez el facha*, con su escasísimo pelo echado hacia atrás con gomina sobre su espléndido cráneo ovoide y reluciente, sus gafas oscuras y su banderita de Falange en la correa del reloj, nos ordena que coloquemos las dos mesas de estudio una seguida de la otra en alargado rectángulo: la pista de juegos. Se despoja de su jersey azul marino y se queda en mangas de camisa, casi parece un árbitro de boxeo —tan sólo le falta la pajarita—. Con regocijado brillo en los ojos va a explicarnos la mecánica del juego. Pero *Bakora*, que aún está excitado, le interrumpe. Está observando la pequeña foto de don Manuel Azaña que tengo pinchada en la pared. Luego observa mi póster del Che y maliciosamente me mira y dice: *aquí tenemos las pelotitas de golf, seguro que al Rojo no le importa prestárnoslas un momentito, ¿eh, Rojo? ¿A que no te importa?*

—*No, no me importa* —digo, temiendo que ahora la tome otra vez conmigo. Pero él se limita a desprender dos de las chapas fijadas en el póster. La primera es una banderita republicana que él, con parsimonia y delectación, se coloca sobre la palma de la mano y la muestra a los demás—, *putos rojos de mierda, ¡cómo os zumbó Franco la badana, eh!* —Ahora desprende la ácrata—: *na, anarquista también... A ver, explícame* —prosigue—, *tú que eres de letras* —cuando pronuncia la palabra *letras* la unta en una grasienta mantequilla rancia, ácida, elaborada a partes iguales con sentimientos de inferioridad, desprecio y rencor—, *¿qué coño es eso de la anarquía? ¿Que no manda nadie? Vamos, no me jodas...*

Bakora coloca las dos chapas en paralelo al borde de la primera mesa. El Huevo deposita otra que ha traído él, una bandera española con el águila imperial.

«*Prefiero morir de pie que vivir siempre de rodillas*», lee en el póster. Indecisión. Conoce la historia del Che. No sabe qué decir. No se le ocurre ningún comentario hiriente. Afecta satisfacción y dice: *al piojoso este se lo cargaron los americanos, ¿no Rojo? ¿Dónde fue? Ah, sí, en un país sudamericano...* Desea decir el nombre, pero no lo sabe o lo ha olvidado, y eso, aparecer como un ignorante, le jode mucho. Se vuelve hacia mí, *¿dónde lo mataron a éste? En Bolivia, digo. Na, en Bolivia, na menos, donde Cristo perdió el gorro...*

—*Bueno* —dice *la Comadreja*—, *ya está bien de palique: a jugaaaar...*

Bakora coloca las dos chapas en paralelo al borde de la primera mesa. El *Huevo* deposita otra que ha traído él, una bandera española con el águila imperial. Ahora parece que sí, que nos va a explicar en qué consiste el juego, el juego del golfito...

Se trata de que cada uno de nosotros desplace lo más lejos posible a través de la pista de juego cada una de las chapas... con la polla. Yo soy la chapa tricolor, *Dorotea* la ácrata, *Conguito* la rojigualda.

No esperábamos algo así, estamos desolados, la vergüenza nos turba de tal manera que no decimos nada, solo miramos hacia el suelo y de reojo a las mesas donde las chapas están en sus marcas. Veo estupor y muda indignación en los rostros de mis compañeros de terna. *Conguito* intenta disuadirles con peloteo entre servil y zalamero. No sirve de nada. Al final los tres aceptamos resignados.

Sin embargo, en este justo momento de aceptación se opera en mí un insospechado cambio. De repente, sin que yo sepa de dónde viene, una profunda sensación de tranquilidad, suficiencia y desparpajo se adueña de mí. Es toda una liberación. Tal vez mi inconsciente haya decidido que ya está bien de aparentar sumisión e inferioridad, tal vez desea poner rápido fin al bochorno y a lo grotesco.

El caso es que sin que nadie me lo pida u ordene me desabrocho la bragueta y ni corto ni perezoso, en medio de la sorpresa de los circunstantes, con los ojos puestos en la chapita tricolor, me la saco y la acerco al borde de la mesa sin llegar a tocarlo y desde allí propino tal prepucial zurriagazo a mi querida chapa que la mando casi al otro extremo. Mientras los veteranos prorrumpen en exclamaciones de asombro y sorpresa, yo sonrío completamente aliviado y con una punta —nunca mejor dicho— de orgullo.

Ahora le toca el turno a *Dorotea*. Se decide a actuar con una mezcla de renuencia y desgana calculadas, la suficiente como para conservar el orgullo propio, pero sin dilaciones que irriten al respetable público. Golpea su chapa, que queda unos diez centímetros detrás de la tricolor. *Bakora* lo llena de improperios y comentarios despectivos, pero *Dorotea* sabe que ya se ha quitado de en medio y no le entra al trazo. Ahora va el *Conguito*. Se le ve ansioso, y es que no va a ser fácil superar a la banderita republicana. Además, sabe que los veteranos están pendientes de él. *Conguito* golpea, pero el águila no vuela lejos, más bien alicorta y renqueante queda algo por detrás de *Dorotea*. Bronca y abucheos. Ahora ya no sólo sonrío para mí, sonrío abiertamente —la primera vez en muchos días— y, medio en broma, medio en serio, vuelvo a mirar la pequeña foto de don Manuel y le digo, me digo: ¡esta vez sí hemos ganado, don Manuel!

© Francisco Martínez Carcelén

Francisco Martínez Carcelén. Nací en la ciudad de Albacete en 1967 —disculpen el pareado—. Soy Licenciado en Filología Hispánica por la UNED. Trabajo como profesor de Lengua castellana y Literatura en el IES Federico García Lorca de mi ciudad. Ahora mismo estoy estudiando un master en Literatura, también por la UNED, del que me queda una única asignatura, que espero aprobar este curso. Mi historial de publicaciones es escaso: anteriormente solo he publicado dos relatos cortos en la revista *Almiar*. Y esto es todo.

Francisco Javier Aguirre

Logroño (España), 1945

<https://www.facebook.com/javieraguirregonzalez>

* * *

Nacido en Logroño (La Rioja) el 15 de agosto de 1945. Estudió el Bachiller en Logroño y Zaragoza. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid (1969). Diplomado en Aptitud Pedagógica por el I.C.E. de la misma Universidad (1970). Master en Documentación por la Biblioteca Nacional de Madrid (1976).

Fue profesor de Letras en los colegios SEAT (Barcelona, 1964-1965) y SAN ESTANISLAO DE KOTSKA (Madrid, 1970-1972). Perteneció por oposición al Cuerpo de Ayudantes de Archivos, Bibliotecas y Museos (1966), y al Cuerpo Facultativo de Archiveros y Bibliotecarios del Estado (1978). Trabajó en el Departamento editorial de Espasa-Calpe de 1972 a 1976. Fue director-gerente de Ediciones Albia (Grupo Espasa-Calpe), en Madrid, de 1976 a 1978.

Fue director de la Biblioteca Pública del Estado en Teruel, del Centro Provincial Coordinador de Bibliotecas y del Archivo Histórico Provincial en la misma ciudad, de 1978 a 1988, que estaban unificados en la llamada Casa de Cultura (plaza del Seminario). En la primera legislatura autonómica (1983-1987), fue simultáneamente director del Servicio provincial de Cultura y Educación en Teruel. Durante su gestión, se independizaron en sendos edificios el Museo Provincial, el Archivo Histórico Provincial, el Centro Provincial Coordinador de Bibliotecas y el Instituto de Estudios Turolenses que estaban reunidos en la Casa de Cultura, que quedó íntegramente destinada a Biblioteca Pública del Estado, con importantes reformas y ampliaciones. También se crearon en la provincia 28 bibliotecas municipales y una biblioteca infantil en el barrio del Ensanche de la capital. Igualmente se limpiaron, ordenaron, catalogaron, clasificaron y microfilmaron todos los fondos archivísticos anteriores al siglo XVIII existentes en 46 municipios de la provincia, además de procesarse del mismo modo los archivos de las Comunidades históricas de Albarracín (en Tramacastilla) y Teruel (en Mosqueruela).

Posteriormente fue jefe del Servicio de Archivos, Bibliotecas y Museos del gobierno de Aragón (1988-1995) en Zaragoza. Fue consejero científico del Instituto de Estudios Turolenses, órgano de Cultura e Investigación de la Diputación Provincial de Teruel, especializado en el campo de Archivos y Documentación, de 1979 a 2008. Fue miembro y vicepresidente del Centro de Documentación Bibliográfica Aragonesa desde su fundación en 1988 hasta su disolución en 2008. Ha coordinado el equipo de trabajo para el desarrollo cultural en las cárceles de Aragón, de 2009 a 2013, a resultas del convenio firmado entre el Ministerio del Interior y el gobierno de Aragón. En 2012 recibió por parte del Ministerio del Interior del gobierno de España la medalla de bronce al mérito social penitenciario por su labor cultural en las cárceles de Aragón.

Jubilado en septiembre de 2013 por el gobierno de Aragón, en la actualidad está adscrito como voluntario a Cruz Roja Española, continuando con su labor de fomento de la lectura y desarrollo cultural en las cárceles de Daroca y Zuera.

Su vida laboral ha girado alrededor del libro: bibliotecario, traductor, editor, periodista y escritor. Ha publicado abundantes trabajos profesionales de su especialidad. Ha traducido una treintena de libros de filosofía, psicología, historia, narrativa, música y humanidades, editados por Espasa-Calpe, Albia, Iberonet y Obelisco. Ha dirigido o coordinado una docena de colecciones literarias en editoriales de Madrid y Zaragoza. Ha colaborado en multitud de publicaciones periódicas y revistas culturales. Ha participado en programas radiofónicos y televisivos sobre novedades bibliográficas. Escribe y publica narrativa desde 1977. Ha participado en numerosas antologías de relatos. Ha prologado un buen número de libros ajenos.

Es miembro de la Asociación Aragonesa de Escritores desde su fundación en 2003, habiendo pertenecido a la junta directiva de 2003 a 2012. Actualmente es socio de número.

Es también miembro de la Asociación Aragonesa de Amigos del Libro desde su fundación, habiendo sido galardonado con el premio honorífico 'Búho', por el conjunto de su obra, en 2005.

Es asesor permanente del club de lectura de La Almunia de doña Gomina desde 1998, habiendo sido reconocido con el premio honorífico 'Godina de las Letras' en 2013, galardón con el que también han sido honrados en los años sucesivos los escritores Antón Castro, Agustín Sánchez Vidal y José Luis Gracia Mosteo.

En el mismo género de actividad, ha coordinado durante diez años el concurso 'Cuentos junto a La laguna', en el ayuntamiento de Berruenco, habiendo propiciado igualmente iniciativas de este carácter en varios ayuntamientos aragoneses (Albarracín, Fonz, Hecho, Mosqueruela, Sallent de Gállego, etc.), así como en la XX Feria del Libro Aragonés de Monzón (2014).

En la actualidad, además del mencionado trabajo como voluntario en las cárceles en temas literarios y musicales, mantiene sus colaboraciones con el Auditorio de Zaragoza, iniciadas en 1998, como redactor y presentador de programas; colabora en el diario Heraldo de Aragón como crítico musical y literario; realiza funciones de crítico teatral en el diario digital Zaragoza Buenas Noticias y publica quincenalmente un artículo de opinión en el diario Aragón Digital.

Al mismo tiempo interviene frecuentemente como presentador de libros narrativos o poéticos, y ha escrito numerosas reseñas en diferentes medios, así como algunos prólogos a obras ajenas.

Ha coordinado varias series literarias, destacando 'Personajes' en Ed. Delsan, las colecciones 'Cantela', 'Redallo', 'Mandoble' y 'Esbozos', de Ed. Certeza, y la colección 'Trípode' de Ònix Editor.

PUBLICACIONES

Publicaciones de carácter profesional:

Han aparecido a lo largo de los años más de sesenta trabajos (libros, bibliografías, ponencias, artículos, etc.) de carácter profesional, destacando:

- *Libros para universitarios* (Madrid, INLE, 1972)
- *Aprender en la Biblioteca* (Zaragoza, ICE, 1982)
- *Bibliografía de la 'Miscelánea Turolense' y de la biblioteca del Instituto de Teruel* (Zaragoza, CDBA, 1993),
- *Catálogos de los Archivos Municipales Turolenses*, 5 v. (Teruel, IET, 1982-1990), que finalizan con el CD-ROM correspondiente al:
- *Archivo de la Comunidad de Teruel, en Mosqueruela* (Teruel, IET y CDBA, 2005). En CD-ROM.
- "Teruel en la Literatura", texto publicado en la *Historia ilustrada de Teruel* (Teruel, Diario de Teruel-IET, 2002)
- "La literatura en el Matarraña", texto publicado en *Comarca del Matarraña* (Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2003), pág. 195-202.

Publicaciones de carácter turístico:

En algunos casos con enfoque profesional o literario.

- *Puertas Abiertas. El patrimonio monumental revitalizado* (Zaragoza, Biblioteca de Cultura Aragonesa, 2003)
- *Moncayo mágico* (Zaragoza, Monte Solo, 2005). En colaboración con José Antonio Román Ledo.
- *Guía de Teruel y provincia* (Zaragoza, Marboré, 2007)
- *Remansos. El Matarraña y la Terra Alta. Crónica de un territorio mágico* (El Vendell, March Editor, 2011)
- Ha publicado reportajes turísticos en libros colectivos de la editorial Anaya-Touring, así como en las revistas vegetales 'Trébede' 'Aragón Turístico y Monumental' y 'Viajar por Aragón'.

Publicaciones narrativas:

- *El Avispero* (Madrid, Sedmay, 1977),
- *Tres de cuadrilla- "Cuentoriles"* (en colaboración con Ignacio Aldecoa y Ricardo Vázquez-Prada; Madrid, Espasa-Calpe, 1990; nueva edición de 'Cuentoriles' en Zaragoza, Cantela, 2006),
- *Operación Niebla*, -Premio de Francisco Umbral- (Logroño, Chapiteles, 1990; nueva edición en Zaragoza, Redallo, 2006),
- *Los duendes del Matarraña* (Zaragoza, Mira, 1991; nueva edición en Zaragoza, Unaluna, 2006)

- *La última cena* (Zaragoza, Mira, 1992),
- *Magia en la fuente de Fonz* (Zaragoza, Mira, 1993),
- *Tiempo de delirio* (Zaragoza, Crónicas del Alba, 1993),
- *Cónclave en Illueca* (Zaragoza, Mira, 1994)
- *El hombre-pep y otras magias* (Zaragoza, Mira, 1995)
- *Nuevas leyendas del Monasterio de Piedra* (Zaragoza, Mira, 2000). En colaboración con José de Uña Zugasti
- *Operación Drake* (Barcelona, Casals, 2001),
- *A ras de cielo* (Barcelona, Obelisco, 2001),
- *Relatos de La Muela* (Ayuntamiento de La Muela, 2003, en colaboración con José de Uña Zugasti)
- *Florentino Ballesteros, un corazón en la arena* (Zaragoza, Delsan, 2004)
- *El látigo del Diablo* (Zaragoza, Cantela, 2004).
- *Noches del Matarraña* (Zaragoza, Unaluna, 2004)
- *Los peregrinos de Valdejalón* (Zaragoza, Unaluna, 2005)
- *Tirana Memoria* (Zaragoza, Unaluna, 2006)
- *Los follets del Matarranya* (versión catalana de *Los duendes del Matarraña*) (El Vendrell, March Editor, 2009)
- *La dama del Matarraña* (El Vendrell, March Editor, 2009)
- *Del Matarraña a New York* (Zaragoza, Certeza, 2011, en colaboración con Angélica Morales)
- *Desertores de Dios* (Zaragoza, Nuevos Rumbos, 2012)
- *Morituri* (Zaragoza, Teleo, 2012)
- *Morituri* (Literatúrume, Zaragoza, 2013, con José Manuel Ubé). *Edición digital*
- *Latripatías* (Literatúrume, Zaragoza, 2013, con José Manuel Ubé). *Edición digital*
- *Cupido en el Matarraña* (Lleida, Ònix, 2014)
- *El Pentáculo francés* (Zaragoza, Certeza, 2014, con Luis Bazán, José Ángel Monteagudo y Raúl Tristán)
- *Musgo Caliente* (Lleida, Ònix, 2015)
- *El Alma del almendro* (Zaragoza, JQ, 2015; álbum infantil ilustrado por Quintín García Muñoz)
- *Los limones de Mallorca* (Zaragoza, JQ, 2015; álbum infantil ilustrado por Quintín García Muñoz)
- *Corazón con corazón* (Zaragoza, 2015; álbum infantil ilustrado por Quintín García Muñoz)
- *Microclimax* (Zaragoza, Teleo, 2015, con José Manuel Ubé y Angélica Morales)
- *Iberterra* (Lleida, Ònix Editor, 2016). Novela.
- *Gineceo* (Lleida, Ònix Editor, 2016, con Kumiko Fujimura y María Pérez Collados)
- *Yaliso* (Lleida, Ònix Editor, 2016, con Alejandra Sáenz y Jesús V. Aguirre)

Ha participado también en varios libros colectivos de relatos y poesía, entre otros:

- *Invitación a la lectura* (Zaragoza, 1994)
- *Palabra revelada* (Zaragoza, 1996)
- *Visiones: Bécquer y Veruela* (Zaragoza, Delsan, 2002)
- *Visiones: San Juan de la Peña* (Zaragoza, Delsan, 2004).
- *Zaragoza, de la Z a la A* (Zaragoza, DPT, 2004)
- *Ducha escocesa –autor y coordinador–* (Zaragoza, Certeza, 2008)
- *Relatos para el número 100* (Zaragoza, Mira, 2008)
- *Poesía a la Frontera* (El Vendrell, March Editor, 2011)
- *Tren de Val de Zafán* (Zaragoza, Gara d'Edicions, 2011)
- *Cuentos desde la Diversidad* (Zaragoza, Los libros del Innombrable, 2013)
- *Recuerdos del porvenir* (Zaragoza, Nuevos Rumbos, 2013).

* * *

NARRATIVAS: *¿Cómo resumirías tus comienzos literarios y el camino recorrido hasta ahora?*

FRANCISCO JAVIER AGUIRRE: Casi todo en la vida tiene su origen en la infancia. Mi afición literaria ha ido por ese rumbo. Familia y primeros años de colegio fueron impulsores importantes. Dos personas me animaron a escribir, aunque en ambos casos de forma indirecta: mi padre desde niño y un profesor de literatura a los 12 años. Tras una etapa de formación intensa, básicamente en la universidad, en la que no desarrollé la creación literaria, volví a ella de forma espontánea cuando había ya cumplido los 30. Sobrevino luego un paréntesis de 10 años (1978-1988) en los que estuve plenamente dedicado a tareas profesionales. A partir de 1990 reencontré la afición, y desde entonces no he dejado de escribir y publicar.

N.: *Has escrito libros de temática muy diversa y de géneros variados tanto en contenido como en intención. ¿Qué temas te interesan más a la hora de construir tus relatos y tus novelas? ¿Qué te gustaría que encontrase el lector en un libro de Francisco Javier Aguirre?*

FJA.: Ciertamente he cultivado casi todos los géneros narrativos, desde el costumbrismo complaciente hasta el surrealismo extremo, pasando por la literatura erótica o el relato irritante. Mi principal intención ha sido encontrar mi propia voz, al margen de modas o intereses comerciales. Algunos de mis textos nacieron para testimoniar mi aprecio a unas personas o mi interés por un territorio. Estoy satisfecho de toda mi producción; cada libro tuvo sentido en su momento.

N.: *A lo largo de tu vida has desempeñado diversas funciones en el sector editorial. ¿De qué manera dirías que ello ha influido en tu trabajo como escritor?*

FJA.: Mi experiencia editorial fue intensa durante el tiempo que trabajé en Espasa-Calpe y sus filiales en Madrid, la primera de las cuales dirigí. Fijé claramente entonces mis expectativas literarias, descartando convertirme en un escritor profesional, atento y sometido a temas y enfoques predeterminados. Mi trato con una extensa nómina de autores de todo tipo, desde los declaradamente serios hasta los descaradamente comerciales, me sirvió para decantarme hacia una literatura independiente que expresara en cada momento mi propia visión de la realidad.

N.: *Algunas de tus publicaciones, tanto en lo que se refiere a tu faceta de editor como de escritor, consisten en trabajos multidisciplinares que engloban dibujo, pintura, collage, poesía y narrativa. ¿Qué es lo que te interesa de la puesta en común de todas estas disciplinas?*

FJA.: Desde el principio sentí mucho interés por vincularme con las artes plásticas, que siempre he admirado pero nunca he sabido cultivar. Se trataba de encontrar un complemento a mi propia percepción de la belleza. He colaborado con muchos artistas que han ilustrado tanto las cubiertas como el interior de algunos de mis libros. La última singladura en este campo ha sido la creación de la colección 'Trípode', en 2015, con ÒNIX EDITOR, en la que participo con artistas plásticos y poetas (la poesía tampoco se me ha dado bien nunca) para conseguir el objetivo expuesto anteriormente.

N.: *Otra de las características que comparten algunas de tus publicaciones es la coautoría e incluso la «triantoría». ¿En qué medida afecta al resultado final la existencia de varios autores trabajando en una misma obra o qué ventajas puede aportar en comparación con la clásica actividad solitaria del escritor?*

FJA.: Al margen de la participación individual en bastantes libros colectivos de relatos, me ha interesado contrastar mi forma de expresión literaria con la de otros autores, en algunos casos con gran diferencia de edad, como en *Del Matarraña a New York*, que escribí al alimón con Angélica Morales de la que me distancia un cuarto de siglo. Fue una ocasión para aprender de la fresca expresiva que propicia la edad, al mismo tiempo que de la percepción femenina de las cosas. La otra experiencia fue compartir con Luis Bazán, Raúl Tristán y José Ángel Monteagudo un libro, *El Pentáculo francés*, en el que los cinco relatos fueron escritos, de forma entre simultánea y sucesiva, por los cuatro autores. También puedo citar el libro *Ducha escocesa*, que coordiné en homenaje a José Antonio Román Ledo, recién desaparecido, intentando que los 25 partícipes recreáramos de algún modo su estilo reproduciendo la estructura de dos obras anteriores suyas, *Gaseosas de papel* y *Yogur griego*, cuya edición yo había propiciado como coordinador de la colección 'Cantela' en la Editorial CERTEZA.

N.: *Una de tus actividades más destacables es la que llevas a cabo en diversos centros penitenciarios, proponiendo clubes de lectura con los internos que suelen contar también con la presencia de los propios autores. ¿Podríamos decir que la literatura tiene, en alguna medida, cierta*

capacidad liberadora?

FJA.: Desde hace mucho tiempo está considerada la *biblioterapia*, dentro y fuera de las cárceles, los hospitales, las residencias y otros centros de reclusión temporal, como uno de los vehículos de regeneración del espíritu. Los ocho años que llevo trabajando en las cárceles aragonesas en este sentido, han sido de los más fructíferos de mi vida a efectos de satisfacción personal, vivencias humanas y conciencia solidaria. Los clubes de lectura, así como los talleres literarios y otras actividades vinculadas al libro y a la música, en las que han participado más de un centenar de personas (narradores, poetas, actores, artistas, profesores, músicos, cantautores y expertos varios), siempre de forma solidaria, han dado resultados sorprendentes.

N.: *¿Qué importancia le das al estilo a la hora de escribir?*

FJA.: Es algo fundamental desde mi perspectiva. Soy un enamorado del lenguaje y trato de utilizarlo de forma elegante y creativa. La literatura adocenada, tópica, clónica, sin estilo propio, atenta solo al argumento, a la intriga, a la recreación histórica o a las tramas que imponen las modas del momento, no me interesa en absoluto, por famosos que sean sus autores y por muchos comentarios que despierten a través de una publicidad basada a menudo en meros intereses comerciales.

N.: *¿Qué hay en la cabeza de Francisco Javier Aguirre antes de ponerse frente a una hoja en blanco? ¿Cómo concibes tus historias?*

FJA.: Supongo que como en el caso de muchos escritores, mis inspiraciones literarias proceden de la observación y de la reflexión sobre lo visto, escuchado o leído. Todo lo que he escrito tiene un contenido personal que en ocasiones responde a la amistad hacia unas personas, la relevancia de un tema o la admiración por un territorio. He llegado a escribir textos destinados, aunque sea secretamente, a una sola persona, comprendiendo que pueden ser leídos por alguien más que hará su propia interpretación.

N.: *Como lector, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en castellano y tus autores favoritos?*

FJA.: Mis preferencias en la literatura castellana se orientan hacia aquellos autores que tienen un estilo propio, definido y reconocible. Insisto en que es más importante para mí el lenguaje que la trama de una novela. Podría citar a unos pocos autores contemporáneos, pero para evitar suspicacias me referiré únicamente a dos que tienen ya puesto definitivo en la historia: Valle-Inclán, entre los españoles, y Juan Rulfo, entre los latinoamericanos.

N.: *Por último, ¿en qué proyectos literarios está ahora trabajando Francisco Javier Aguirre?*

FJA.: Además de continuar con la colección 'Trípode', cuyos primeros cuatro números están ya terminados, el quinto en plena realización y el sexto en avanzado estado, tengo entre manos tres novelas testimoniales derivadas de mis experiencias carcelarias, una de ellas terminada y las otras dos en proceso. También estoy revisando textos anteriores en los que no he logrado todavía encontrar el punto de satisfacción que toda obra literaria debe provocar inexcusablemente en el propio autor antes de darla a conocer.

* * *

Relato

LOS DEMONIOS COMEN SAL ¹

por Francisco Javier Aguirre

Atiende, Mijail: soy Antonio Castor. Me envían José Bordás y Elio Clemente, que ya decaen víctimas del doloroso pasmo que les provoca esta tierra y están ausentes los dos. Al paso que van las

¹ Este texto pertenece a una novela inédita y antigua titulada *La sequera*. Algunos fragmentos han ido apareciendo en forma de relatos o en colaboraciones sueltas.

cosas no tardaré en imitarles. Ya te anticiparon ellos que el nombre de este desierto es nuevo. Te contaré lo que sé. El cambio lo ha hecho el jerife Salam en su segundo mandato para tratar de darle alguna personalidad al territorio, eso dijo cuando lo promulgó. Había que seguir los pasos de las taifas vecinas que hoy forman Jalifatos independientes. Todo debía ser distinto. Nueva fachada para las cosas, perros viejos con collares relucientes y mucha nomenclatura pía. Acomodándose también al incremento poblacional del territorio, gente de nuevas costumbres y de peso específico creciente con sus vestimentas, sus fiestas, su lenguaje y sus reivindicaciones históricas. Aunque en realidad hay una mezcla de todo, porque el origen del nuevo nombre del territorio tiene su misterio y un cierto encanto frutal, como verás.

En uno de sus periplos americanos, tras ser desbancado de su primera presidencialía en lo que hoy se llama Nagoragorana, al finalizar el pasado siglo, había estado recorriendo el futuro jerife las islas, cayos y arrecifes del Caribe como experto en las maniobras comerciales que allí desarrolla el Imperio. Después de las inspecciones, despachos y demás actividades oficiales en las que servía de perri- llo el tal Buco, vino la hora de la holganza. Al apuesto especialista en maniobras y estraperlos se le ofrecieron las ocasiones de rigor. Damiselas, mozuelas de avío y toda una turba de mujeres con la virtud chispeante seguían su rastro otoñal. Se prendó así de una guajira mulata que jineteaba en unas playas próximas a las estribaciones de la sierra de Guaniguanico. Era el espía alto, en parte macilento y poco dado al gesto alegre, pero la avispada hembra se había esmerado en el oficio de seducir hombres maduros, gente de posibles. Tras los frenéticos trajines y el regocijo consiguiente, quedó prendado y prendido el futuro Salam de los cálidos encantos de la niña. Siendo absolutamente impropio que el romance continuase a plena luz porque peligraba el éxito de la misión diplomática, el asistente Buco le susurró que debía extremar las precauciones y dejar el jolgorio para ocasión más propicia.

Comprendió el enamorado que se jugaba demasiado en aquellas veleidades, y así se lo hizo saber al asistente para que discretamente comunicara a los dueños de todos los negocios que se había terminado el festejo. Pero en su fuero interno se juró consagrar las sonoridades de aquellos días cuando llegara el momento y recuperara el mando en su país, una vez concluida la misión de espionaje que tenía encomendada. Se imaginó gobernando de nuevo el pedazo de tierra, cada vez más desierta, del que procedía y decidió que cambiaría los términos de todo, empezando por el nombre del país y por su propio nombre. El futuro se planteaba con aires de manzana y de cereza y con cierta brillantez pluscuamperfecta. Seguro estaba porque el Imperio procura siempre buen retiro a sus lacayos: cuanto más lejos, más valentón el tipo y más seguros ellos.

Allí y así surgió la primera idea del cambio que tras la reconquista del poder ha impuesto al malhadado territorio, hoy llamado Nagoragorana. Nació de ese repiqueteo onomatopéyico adornado por aquellas gentes del Caribe con lengua de trapo y terciopelo que tanto hubieron de sufrir a causa de las estrategias que se traían los mandas del mundo al despuntar el siglo. Buco estaba al margen de todo, cierto es. Si hubiera adivinado las intenciones de su jefe, tal vez la realidad fuera aún más espantosa. Se conoció el origen del cambio por la indiscreción del propio jerife que no había conseguido arrancar de su corazón de cañamo los mimís de aquella niña. Lo balbució todo en una tarde beoda de tormenta a dos de sus sicarios. Cuando lo supo Buco, era tarde ya para sacarle partido.

Un segundo elemento había ido reforzando la idea del futuro gobernante sobre la modificación del nombre de este viejo territorio. Surgió del rótulo del aeroplano que lo transportó de una isla a otra haciendo sus inspecciones secretas para los mandamases del Imperio. Terminadas las tareas oficiales, partía de noche en busca de guajiras cada vez más sombreadas con las que acunar el vacío que le había dejado en la isla principal la hechicera de Guaniguanico. Había sido bautizado el aparato volador con el nombre de Naganagani, en honor a una princesa taína de la antigüedad criolla. Debió impactar de tal modo el membrete en los ojos mestizos del apuesto caballere, que secretamente lo asignó para siempre a su primer amor. También esto se ha sabido por su propia indiscreción y ya es milagro que no hayan terminado llamándose las precarias riberas de este desierto, con las que tanto especula ahora la coalición del Guindo, Nueva Guaniguanico o Naganagani Beach.

Hay, pues, que ponerse a temblar, muchacho, porque el jerife Salam ha vuelto. Con él están de regreso el vicario de Geodráulica, bachiller Vicente Viélori, al que todos llaman Esfinge Hueca por

razones derivadas de su enorme panza y de su quietud insustancial. Han vuelto también varios vicevicarios, entre los que destaca un pendejo sonrosado llamado Ángel Masés, botarate de pelo cano cuyo descriptor científico sería *Cretinus Cretinus*, no puede haber para él otra razón bautismal; ha llegado acompañándole Mary Tiranzo, la Bicha, una arpía implume y con faldas hasta más abajo del subsuelo —faldamentos fundamentales los llama Tricio Alpir, ese soñador empedernido—, una sujeta peliaguda, un lloriqueo con patas de alambre, un muñidor de ponzoña.

Hay que precaverse, te lo advertí. ¿Acaso es posible adivinar lo que puede esconder la Bicha de tobillos para arriba, en el caso de tenerlos? Porque no descartes la posibilidad, en medio de tanta desventura, de que toda ella sea seco aire. Y no te estremezcas ante la mirada fétida que Alipio Ram, por sobrenombre Bortolino, esconde parapetada bajo el peluquín en forma de hongo chato con que sobrelleva su permanente invierno. Tampoco te intimide el colmillo tieso que enseña Carlos Escuín a guisa de saludo en la covacha de conspirar que comparte de nuevo con su julai en la satrapía de Fatonia. Ni te amilane el paso panzudo de Domingo Buco tratando de alcanzar posiciones para salir en la foto junto al jerife Salam, aunque sea con la jeta oblicua.

No, no te rindas ante tan grandes necios. Pero ten el ojo avizor, que estos mentecatos no paran en miramientos ni en melindres cuando se trata de sacar provecho, así caigan por el suelo todas las torres de todos los templos de Zaturnia que han sido requisados por orden del jerife Salam para uso y disfrute de los cofrades de la Orden Dórica.

© Francisco Javier Aguirre

30 AÑOS DEL SUPLEMENTO “CUADERNOS DEL SUR”. DE LA POSMODERNIDAD A UN REALISMO DIVERSO EN LA NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

por Pedro M. Domene

«Los caminos que la ficción ha ofrecido a sus lectores durante tres décadas, y la perspectiva de la cita semanal o quincenal del suplemento de libros de un diario con 75 años de historia como *Diario Córdoba* son la garantía suficiente como para establecer un canon abierto de la narrativa española y/o andaluza que pueda traducirse en una visión plural, o apunte sobre las corrientes y las propuestas culturales dilatadas durante este tiempo. El suplemento, *Cuadernos del Sur*, nace a finales de 1986, tras una consolidada democracia, y con libertad absoluta para propiciar un debate plural sobre esos cambios que se produjeron en la narrativa a partir del concepto de «nueva legalidad» cultural que amparaba cualquier opinión al respecto; y fue así como el suplemento se convirtió en un escaparate capaz de ofrecer debates y conmemoraciones, publicar monográficos, entrevistas y noticias bibliográficas que, desde el ámbito regional, calan en el nacional. Algunas monografías han retratado el panorama narrativo del extenso período de 30 años, aunque siguen escaseando ensayos de envergadura en torno a corrientes y propuestas, o se echan en falta estudios de fondo sobre algunos nombres: Merino, Millás, Mateo Díez, Pombo, Puértolas, Marías, Vila-Matas, Díaz-Mas, Muñoz Molina, o Martínez de Pisón. En la segunda mitad de los ochenta, comenzados los noventa tuvimos conciencia de pasar de un acentuado franquismo a una posmodernidad que ofrecía obras de carácter más individual, y una literatura menos clasificable. Los rasgos de la novela en la democracia fueron definidos como «nueva novela», «última narrativa», «narrativa joven», «narrativa postmoderna» o «nueva narrativa» cuando se agrupó la obra de jóvenes narradores, y se hablaba de novelas poemáticas, imaginativas o lúdicas debido a esa apertura hacia ámbitos culturales mayores, de contactos con literatura extranjera, o el abandono de una ideología partidista, o se titulaban «novela y vida», «espacio y tiempo en la narrativa», «tramas y géneros», incluso en los últimos tiempos, «una definición de la novela».

Se estableció una relación comercial entre el escritor/ lector, y una nómina irrumpe en el panorama narrativo y figura como motor del cambio social experimentando. Se publicaron novelas de variada factura, *La media distancia* (1984), de Alejandro Gándara, *El rapto del Santo Grial* (1984), de Paloma Díaz Mas, *La ternura del dragón* (1984), de Ignacio Martínez de Pisón, *El año de Gracia* (1985), de Cristina Fernández Cubas, *El Sur* (1985), de Adelaida García Morales, *Luna de lobos* (1985), de Julio Llamazares, *La dama de viento Sur* (1985), de Javier García Sánchez, *Historia abreviada de la literatura portátil* (1985), de Enrique Vila Matas, *El pasaje de la luna* (1985), de Miguel Sánchez Ostiz, *La sonrisa etrusca* (1985), de José Luis Sampedro, *La orilla oscura* (1985), de José María Merino y, otras notables como *Beatus Ille* (1986), de Antonio Muñoz Molina, *La noche del tramoyista* (1986), de Pedro Zarraluki, *Opium* (1986) de Jesús Ferrero, *El hombre sentimental* (1986), de Javier Marías, *La claqué* (1986), de Juan Miñana, *Los delitos insignificantes* (1986), de Álvaro Pombo y *Burdeos* (1986), de Soledad Puértolas, *La fuente de la edad* (1986), de Luis Mateo Díez, *Las edades de Lulú* (1989), Almudena Grandes. Este boom de «jóvenes» motivó que mimados por editoriales, prensa y lectores, se iniciaran en nuevos caminos. La narrativa de la democracia es una novela breve, de ciudad que retrata particularidades, con personajes solos o aislados, se interroga sobre, el amor, el odio, el dolor, o el destino y surge la renovación de una época, una novela como acto de responsabilidad e indagación en ese territorio: Belén Gopegui *La escala de los mapas* (1993), José Ángel González, *Un mundo exasperado* (1995), Menchu Gutiérrez *Viaje de estudios* (1995), Andrés Ibáñez *La música del mundo* (1995), Juana Salabert *Arde lo que será* (1996), Fernando Aramburu, *Fuegos con limón* (1996), Antonio Orejudo *Fabulosas narraciones por historias* (1996) y Rafael Chirbes *La larga marcha* (1996).

Cuando el modelo narrativo tendió a disolverse y el experimentalismo quedó caduco, llegó una visión introspectiva, lírica, costumbrista, una tildada novela-reportaje, generacional y la metanovela, con representantes tan ilustres como Enrique Vila-Matas. Y una clasificada policíaca, apoyada por medios de comunicación, calificada como la adaptación de un género foráneo, una literatura menor, de fácil lectura, pero que aporta argumento, intriga, temas morbosos o desenlaces efectistas, cultivada por autores de prestigio hoy, Mendoza, Muñoz Molina, Chirbes, Martínez Reverte y los clásicos, Manuel Vázquez Montalbán, Francisco González Ledesma, Andreu Martín, Juan Madrid, Carlos Pérez Merinero, o el más prolífico Lorenzo Silva.

LOA DE LA CRÍTICA

El reseñismo, según Ignacio Echevarria, es un extraño híbrido que surge, precisamente, entre la crítica de libros y el periodismo, aunque es verdad que este último determina esa base sobre la que deberá servirse el crítico, y seguir las estrategias que deben emplearse para elaborar su trabajo. El medio impone, en ocasiones, unas severas limitaciones que condicionan al reseñista y actúan como una especie de caja de resonancia que repercute en sus lectores; pero el crítico cabal, no acata siempre las condiciones sino que se adapta y ofrece su mejor visión. La reseña, el comentario o el escolio, se convierte así en otra forma legítima de escritura, y muestra el entusiasmo esgrimido por un lector atento que muestra su pasión en un contagioso acercamiento a la lectura y su significación múltiple. Sería difícil cuantificar en estos 30 años de *Cuadernos del Sur* las reseñas, entrevistas, aniversarios, monográficos o temas diversos que se han ido sumando a sus páginas, pero tal vez una publicación como *Cuadernos del Sur. Un episodio clave de la crítica literaria en el periodismo cultural* (México, Caudal, 2016), de Antonio Rodríguez Jiménez, su director desde que se fundara en el Diario Córdoba en noviembre de 1986 hasta noviembre de 2008, ofrece una excelente perspectiva y un minucioso análisis a lo largo de estos años, y sin duda pone de manifiesto el valor de una entrega semanal o quincenal subrayando el valor de un suplemento como significación crítica y posibilidad intercultural que desde el ámbito de la prensa ofrece a sus lectores diversos planos para la reflexión sobre la literatura, la creación y el arte. Pero, un suplemento como *Cuadernos del Sur* nació y pervive porque informa y hace reflexionar sobre tomas de actualidad literaria, sobre arte, historia, pensamiento y otras áreas de conocimiento, además de convertir sus páginas en un permanente debate sobre fenómenos creativos y críticos.

ALGUNOS NOMBRES

Los héroes de las novelas de Juan José Millás (Valencia, 1946) coinciden con la época descrita, refieren hechos cotidianos de su generación. El problema para él y sus personajes sigue siendo el curso de las distintas etapas de la vida, la evolución de la misma o de la sociedad. Millás sugiere la imagen del «doble», ese otro yo que cobra significado en la dualidad que desarrolla un mínimo asunto. Sus argumentos concretan una cualidad: la extrañeza. *Tonto, muerto, bastardo e invisible* (1995), muestra esa asfixiante exhibición de los recursos empleados y, *El orden alfabético* (1998), o *No mires debajo de la cama* (1999), el hallazgo de una nueva vía de expresión de sus obsesiones. *Laura y Julio* (2006), *El mundo* (2007) y *Lo que sé de los hombrecillos* (2010), *La mujer loca* (2014) y *Desde la sombra* (2016), insisten en sus extrañezas. Enrique Vila-Matas (Barcelona, 1948), es el caso de escritor oculto hasta que captó la atención de un lector inteligente porque ofrece fábulas repletas de literatura, casos atípicos de personajes envueltos en sucesos extraños: *Historia abreviada de la literatura portátil* (1985), le abrió el camino de una renovada línea. *Hijos sin hijos* (1991), *Lejos de Veracruz* (1995), *Extraña forma de vida* (1997), desdramatizan historias de escritores desnortados, o *El viaje vertical* (1999), el viaje ficticio, como esa realidad moral, a partir de una estabilidad abruptamente interrumpida. Sorprendentes, *Bartleby y compañía* (2000), *El mal de Montano* (2002), *Doctor Pasavento* (2005) y *Dublínescas* (2010), ingeniosas novelas empapadas de buena literatura, repletas de humor. Sus últimas entregas, *Aire de Dylan* (2012), *Kassel no invita a la lógica* (2014) y *Marienbad eléctrico* (2016). La tentadora versatilidad del género autobiográfico, las obras de Javier Marías (Madrid, 1951), *Negra espalda del tiempo* (1997), mezcla la crónica, el testimonio y la reflexión ensayística. La crítica recibió con expectación, *Corazón tan blanco* (1992)

y *Mañana en la batalla piensa en mí* (1994), muestras de esa temática entre el secreto y la progresión de la verdad, la exploración indecisa de episodios ocultos. Con *Tu rostro mañana*, *Fiebre y lanza* (2002), *Baile y sueño* (2004), *Veneno y sombra* y *adiós* (2007), iniciaba la construcción de un nuevo mundo narrativo, sutil e inquietante, estrecha relación que lleva a sus textos, en semejanza y variedad. *Los enamoramientos* (2011) y *Así empieza lo malo* (2014), completan su narrativa hasta el momento. Luisgé Martín (Madrid, 1962), publicó su primer libro en 1992, *Los oscuros*, una singular colección de cuentos, y las novelas, *La dulce ira* (1995), *La muerte de Tadzio* (2000) y *Los amores confiados* (2005). Sus últimas novelas *La mujer de sombra* (2012), acogida unánimemente como una obra maestra, *La misma ciudad* (2013), *La vida equivocada* (2015) y recientemente, *El amor del revés* (2016).

NARRATIVA EN EL SUR

Mucho más comprometido, conmovido por su propia historia personal y colectiva se muestra Antonio Muñoz Molina (Úbeda, Jaén, 1956), desde un primero *Beatus Ille* (1986) o las siguientes *El invierno en Lisboa* (1987) y *Beltenebros* (1989), calificadas como «la esencia del paradigma moderno». Muñoz Molina muestra esa innegable aptitud para captar un presente ético e ideológico con manifestaciones tan oblicuas y dispares como la realidad misma; su mundo no resulta pasivo, ni neutral: *El jinete polaco* (1991), o *Plenilunio* (1997), cuestionan algunas de esas ideas que circularon en la sociedad española: la aceptación de la violencia, natural e inevitable, el desprecio, la celebración de la crueldad o el miedo del desvalido ante los poderosos, un mensaje aun válido que llama a la responsabilidad de cada cual. *Sefarad* (2001), es una novela de novelas, y sus últimas entregas, *El viento de la luna* (2006), *La noche de los tiempos* (2009) y *Como la sombra que se va* (2014), subrayan una creciente voluntad creadora. Antonio Soler publicaba *La noche* (1986) y ha seguido un fructífera obra, *Las bailarinas muertas* (1996), *El camino de los ingleses* (2004), *Una historia violenta* (2013) y *Apóstoles y asesinos* (2016), Eduardo Mendicutti, *Siete contra Georgia* (1987), Justo Navarro *El doble del doble* (1988), Juan Campos Reina con *Santepar* (1988), Gregorio Morales, *La cuarta locura* (1989) y José María Riera de Leyva *Lejos de Marrakech* (1989). Juan Eslava Galán, *En busca del unicornio* (Premio Planeta, 1987), Ana Rossetti, *Plumas de España* (1988); y en los 90, Manuel Talens *La parábola de Carmen la Reina* (1992), y una interesante promoción de jóvenes irrumpía desde diversos ámbitos, caso de Isaac Rosa, *La malamemoria* (1999), *El vano ayer* (2004), *El país del miedo* (2008), *La mano invisible* (2011) y *La habitación oscura* (2013).

En la década de los ochenta se vuelve a la concepción de un género: el cuento, campo de experimentación y fantasía: lenguaje, tono y estructura narrativa, elementos esenciales para una variedad de tendencias: *Las otras vidas* (1988) de Muñoz Molina, *Cuentos de asfalto* (1987), de Juan Madrid, relatos de atmósfera policíaca. Y una nueva generación de narradores andaluces que irrumpe con fuerza: Hipólito G. Navarro, Juan Bonilla, Andrés Neuman, Félix J. Palma, Felipe Benítez Reyes, José Manuel Benítez Ariza, Guillermo Busutil, Fernando Iwasaki, Ángel Olgoso, Joaquín Pérez Azaústre, Vicente Luis Mora, Eva Díaz, Lara Moreno, Elvira Navarro que han probado suerte con la novela y su resonancia en el panorama narrativo español es hoy importante. Hipólito G. Navarro se caracteriza por su imprevisibilidad, su humor campea junto al absurdo, *Los últimos percances* (2005), *El pez volador* (2008) y *La vuelta al día* (2016), diferentes en estructura y contenido; el jerezano Juan Bonilla reflexiona sobre los mecanismos de la violencia o el enfrentamiento entre realidad/ ficción, *El estadio de mármol* (2005), *Tanta gente sola* (2009) y *Una manada de ñus* (2013); Andrés Neuman establece cierta distancia con su ironía, y esa perspectiva de fondo que resulta de la imagen proyectada entre dos espejos, *Alumbramiento* (2006) y *Hacerse el muerto* (2011). Félix J. Palma dibuja una realidad que nos devuelve a otra cara repleta de espejos cóncavos, *Las interioridades* (2002) y *El menor espectáculo del mundo* (2010); Guillermo Busutil ensaya una técnica realista, propia del lenguaje periodístico, con un ritmo ágil y fresco, *Drugstore* (2003) o *Nada sabe tan bien como la boca del verano* (2005), con *Vidas prometidas* (Tropo, 2011), realiza un brillante ejercicio reflexivo sobre la realidad contemporánea, y *Noticias del frente* (2014). Desde Almería a Huelva, pasando Málaga, Granada, Córdoba, Sevilla, Cádiz o Jaén, una firme apuesta literaria para el siglo XXI, lo mejor de la narrativa breve contemporánea, Javier Mijé, Miguel Ángel Muñoz, *El síndrome Chéjov* (2006), *Quédate donde estás* (2009) y *Entre malvados* (2016), Javier

Puche, *Seísmos* (2011) y *Fuerza menor* (2016), y la sevillana Marina Perezagua, *Criaturas abisales* (2011) y *Leche* (2013).

© Pedro M. Domene

Pedro M. Domene. Nació en Huércal Overa (Almería) en 1954. Profesor de Lengua y Literatura. Colabora asiduamente en publicaciones literarias especializadas de España, México y Estados Unidos. Crítico literario en el suplemento Cuadernos del Sur del diario Córdoba y en las revistas Mercurio, Turia y Literal, Latin American Voices (Houston). Autor de varias antologías y publicaciones sobre narrativa contemporánea, *Narradores españoles de hoy* (1997), *Lo que cuentan los cuentos* (2001), *Microrrelato en Andalucía* (2008) y *Disidencias (en la literatura española del siglo XX)* (2010). Ha reunido sus ensayos en el volumen *Imposturas* (2000) y publicado obras de ficción para jóvenes como *Después de Praga nada fue igual*, II Premio de Narrativas Juvenil *Los Pedroches*, *Conexión Helsinki* (2009) y *Las ratas del Titanic* (2014). Acaba de publicar la novela *El secreto de las Beguinas* (Editorial Trifaldi, 2016).

ESCRITORES ERRABUNDOS, POETAS AVENTUREROS

por Jesús Greus

«Viajar vuelve a los hombres discretos.»

Cervantes

Hay escritores que experimentan una irresistible necesidad por huir de su tierra, de paisajes consabidos, del calor y las comodidades del hogar. Movidos por un ardor aventurero, se lanzan a descubrir mundos ajenos, razas, pueblos, costumbres, culturas, lenguas y experiencias vitales. En palabras de Byron: «*Todo antes que conjugar, de la mañana a la noche, el maldito verbo aburrirse*». Para estos escritores viajeros, el extrañamiento alimenta su literatura.

Ilustre exiliado fue el propio Lord Byron: aburrido de la enorme y sombría abadía Newstead heredada en Inglaterra, donde vivía entregado a una «vida de molusco», abandonó su país natal para siempre, aunque ni él mismo lo supiera entonces. Como es bien sabido, primero huyó a Suiza, donde residió un tiempo junto al lago Lemán. Desde allí viajó por toda Italia y se estableció un tiempo en Venecia, donde alquiló el bellissimo palacio Mocenigo, a orillas del Gran Canal. Lo llenó de pájaros, perros, dos monos, una zorra y un lobo, a más de gallinas, pavos reales y catorce sirvientes. ¡Así, cualquiera! Aquella vida suya errabunda la resumió en un verso alusivo al viaje perpetuo: «*Once more upon de waters! yet once more!*» De aquella Venecia decadente y sugestiva de azares sin fin, entre canales y callejas húmedas, hastiado de tres años de correrías amorosas a bordo de negras góndolas, el poeta terminó por huir una vez más, errante impenitente y siempre insatisfecho, para sumarse a la romántica causa de la lucha por la independencia de Grecia. Arrebatado por aquella causa ajena, vería el fin de sus días en Missolonghi, sin llegar a conocer la independencia del país por el que luchó. Era un romántico empedernido. En un momento de su vida escribió: «*el león está solo, y yo, también.*»

Otro británico, Lawrence Durrell, huyó de las tristes brumas inglesas, con su madre y hermanos, para residir en Corfú, experiencia que recogió su hermano Gerald en aquel delicioso librito de precoces memorias titulado *Mi familia y otros animales*. Lawrence Durrell vivió después un tiempo en Chipre, y recorrió medio mundo como agregado diplomático. En sus últimos años se retiró a la Riviera francesa. Fue toda su vida, en fin, un nómada. En las notas para su obra Clea dejó escrito: «El arte no es tal a menos que amenace tu propia existencia.» ¿Por qué reducir, pues, la propia vida? ¿Por qué no vivir diferentes existencias, si, al fin y al cabo, y como dijo su propio personaje Pursewarden en el *Cuarteto de Alejandría*, «hay tantas realidades como imágenes?» Así, el escritor aventurero no se conforma, a menudo, con una sola vida, con un solo hogar. Recorre, incansable, paisajes, mares y horizontes que pertenecen a otros. Su pasión es el camino, el traslado permanente, una existencia de caracol con la casa a cuestas.

Curiosamente, los autores españoles que residieron fuera de España lo hicieron movidos, principalmente, por la necesidad feroz del exilio político. El primero más notorio quizá sea José María Blanco-White, quien huyó a Inglaterra durante la ocupación francesa en el siglo XIX, si bien fue el suyo un placentero y casi voluntario destierro. En cambio, tras la caída del Rey francés José I, dos autores se vieron obligados a exiliarse por el motivo contrario, acusados de afrancesamiento: Juan Meléndez Valdés y Leandro Fernández de Moratín. Más tarde, en época del romanticismo, el dramaturgo y político liberal Martínez de la Rosa hubo de huir a Francia para escapar al absolutismo de Fernando VII. Por su parte, el Duque de Rivas se exilió en Londres, donde entró en contacto con los poetas románticos. Viéndose obligado al abandono de su propia lengua, se quejó en verso: «Esta

muerte muda, en que el habla se extingue por falta de su natural aliento, ¿a quién pueda afectar más sensiblemente que al poeta?» Otro exiliado romántico, el político y poeta Alcalá Galiano, quien también buscó refugio en Inglaterra, se lamentó: «En la patria que amé sólo me miro / de nuevo desterrado.»

A principios del siglo XX, Valle-Inclán sí abandonó España por mero afán de aventura. Recorrió de joven casi toda Hispanoamérica, y se alistó en el ejército mexicano para sofocar una rebelión de indios. También Baroja vivió una breve temporada, de joven, en el Tánger español, que describió como «concierto tangerino desorganizado». Bautizó al Zoco Chico como «la Puerta del Sol de Tánger.» No le faltaba razón.

Pero, con la Guerra Civil, se reproduce el fenómeno del exilio político. Juan Ramón Jiménez, a quien sorprendió la guerra fuera de España, aprovechó para no regresar, permaneciendo en Estados Unidos y en Puerto Rico. Machado, tras la Guerra Civil, hizo lo propio en Francia. Ramón Gómez de la Serna huyó a Argentina, de donde jamás regresó, y Luis Cernuda se fue a vivir a Inglaterra, Estados Unidos y, por fin, México. El historiador Salvador de Madariaga se exilió en Inglaterra. Ramón Sender se extrañó a México y a Estados Unidos, donde residió casi todo el resto de su vida. El destierro influyó en su literatura, como en la de tantos otros. Así, en México escribió su novela *Epitalamio del prieto Trinidad*, ambientada en un sofocante ambiente insular y caribeño, muy al estilo de Joseph Conrad. «La emigración ha idealizado un poco en mí las raíces españolas —declaró el autor desde el exilio—. Por eso a veces me da miedo volver a España, porque estoy enamorado de España como todo español emigrado.» Unamuno, que no fue gran viajero, declaró con acierto: «Se viaja no para buscar el destino sino para huir de donde se parte.»

Otro caso, rara avis, de emigrante voluntario fue el valenciano Blasco Ibáñez, peregrino que recorrió medio mundo, ya fuera como conferenciante o por placer. Detestando aquella vida paleta de cafés que hacían los intelectuales españoles, y dispuesto a alcanzar el éxito internacional, se fue a vivir a París. La realidad es que su mayor éxito de ventas lo obtuvo en Estados Unidos con su novela *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Terminó viviendo en la Costa Azul. En su libro de viajes titulado *Oriente* dejó escrito: «Cuando se viaja se abandonan las ciudades, por gratas que sean, con alegría. Es la curiosidad que se despierta de nuevo, el instinto ancestral de cambio y movimiento [...] ¿Qué habrá más allá? ¿Qué nos espera en la próxima etapa?»

A otros autores les llamó el orbe musulmán, como a Jean Genet, que residió un tiempo en Marruecos y está enterrado, de hecho, en el cementerio español de Larache. Fue un vagabundo irredento. Nunca tuvo una cuenta bancaria. De joven, recorrió Europa sobreviviendo como ladronzuelo y chaperero, experiencia que recogió en su cruda obra *Diario de un ladrón*. En París ingresó numerosas veces en la cárcel, condenado por robo y mendicidad. Siempre provocador y rebelde, fue defensor de la causa palestina y amigo de los árabes. Viajó por Palestina, Jordania y Líbano, estancias que describió en su obra *Un cautivo enamorado*. En Marruecos no tenía domicilio fijo: Tánger, Larache, Rabat. «Sin amigos, sobre todo sin amigos,» declaró el autor ambulante a finales de los años 1980 acerca de su estancia en Tánger. Y aún más: «Por la noche recorría la ciudad. Dormía contra un muro, al abrigo del viento.» Eterno inadaptado.

Paul Bowels, a su llegada a Marruecos, llevó una vida errante con su mujer Jane entre Tánger, Fez, Rabat y Marrakech. «Casi nunca pasábamos más de una semana en el mismo sitio,» confesó en sus *Memorias de un nómada*. Bowels, tan viajero toda su vida, tenía una peculiar teoría: «El criterio decisivo en cuanto a la viabilidad de cualquier sitio como lugar habitable es la calidad del sueño.» Como es bien sabido, el autor norteamericano terminó sus días en la ciudad de Tánger, aquella urbe mítica por la que pasó en su día medio mundo del arte y la literatura, y donde fue asiduo a fiestas y saraos mundanos, como aquella organizada por Cecil Beaton en las Cuevas de Hércules, donde sólo se sirvió «champaña y hachís». Bowels, paradigma del expatriado voluntario, terminó por no regresar a su patria. Su vida no tenía vuelta atrás. Como sucede a tantos emigrantes, en su país natal se sentía desplazado: para él no tenía sentido el regreso, ni siquiera para morir. Murió en su adorada Tánger.

Juan Goytisolo, otro peculiar exiliado deliberado, ha pasado media vida en la ciudad ocre de Marrakech, tras haber residido en Tánger y en Casablanca. Su domicilio, sosegado y volcado hacia un

patio interior, está inmerso en el indescifrable laberinto de la ya casi milenaria medina sureña. Algunos dicen de él que es más marroquí que los propios marroquíes. Se crio de niño en Barcelona, luego, huyendo del régimen franquista, se exilió en París, donde vivió muchos años con su mujer, así como cierto tiempo en Nueva York. Por eso mismo declaró: «Toda mi vida ha sido un intenso viaje tanto en el plano físico como en el cultural y moral, y ese tránsito incesante ha enriquecido mi existencia.»

André Gide opinaba que «el hombre no puede descubrir nuevos océanos a menos que tenga el coraje de perder de vista la costa.» Movido por esta idea, viajó, en compañía de su amante, el joven director de cine suizo Marc Allégret, por diversos países del África, experiencia que recogió en sus diarios titulados *Viaje al Congo* y *Regreso del Chad*. En ellos criticaba, si bien con mesura, no fueran a acusarlo de antipatriota, el sistema colonial de su país, que explotaba a los nativos obligándoles a trabajar en las plantaciones masivas de caucho. Simpatizante del comunismo, fue invitado a recorrer varias ciudades de la Unión Soviética, en una turné de conferencias. Quedó muy desilusionado por el estalinismo, y a su regreso a Francia publicó su obra crítica *Regreso de la U.R.S.S.* Durante la II Guerra Mundial huyó a Túnez y a Argel. También residió, ya anciano, en diversos lugares de Italia, entre otros la bella Taormina, al sur de Sicilia, villorrio colgado a vista de pájaro sobre el Mediterráneo azul.

Itinerante como nadie fue Herman Melville, quien nutrió su literatura de sus viajes de juventud como marino por los mares del Sur, entre las islas Marquesas, Tahití y Hawai, en aquellos tiempos infestadas de tribus caníbales. Llama la atención esta frase suya: «Más vale dormir con un caníbal sobrio que con un cristiano ebrio.» Ya sabría él porqué lo diría. Acerca de su pasión por viajar, declaró: «Me atormenta una sempiterna comezón de cosas remotas. Adoro navegar por mares prohibidos y fondear en costas salvajes.» Entre otra suerte de embarcaciones, Melville se enroló a menudo en navíos balleneros. Como es bien sabido, su célebre *Moby Dick* está basada en una historia real.

También Mark Twain tuvo una vida agitada: viajó al Oeste en tiempos de la Fiebre del Oro y fue minero en Virginia City, Nevada. Fracasado el intento, abandonó las minas y pasó a trabajar como redactor en el periódico local de la ciudad. Después se trasladó a San Francisco, donde encontró trabajo de nuevo como periodista. Fue luego navegante en el río Mississippi, de donde surgieron algunos de sus mejores relatos. Una vez casado, residió en el estado de Nueva York y en Connecticut. Después vivió durante varios años con su familia en Francia, Alemania e Italia. Twain predijo que su muerte coincidiría, así como sucedió con su nacimiento en 1835, con la reaparición del cometa Halley en 1910, y así ocurrió: murió al día siguiente del día en que el Hally estuvo más próximo a la Tierra. En opinión del escritor, «el viajar es malo para el prejuicio, la intolerancia y la estrechez de mente.»

Entre los escritores rusos, es peculiar el caso del ludópata Dostoievski, quien vagó con su mujer por media Europa, gastándose en casinos el poco dinero que tenían. Por lo que se deduce de los diarios de su viuda, el gran escritor era un tipo despreciable.

Un caso de paradigmático aventurero fue el de Ernest Hemingway, quien residió en numerosos lugares, dentro y fuera de su país. La suya fue, sin duda, otra de esas vidas ambulantes. Durante la Primera Guerra Mundial viajó a Italia para ofrecerse voluntario al ejército. Fue destinado a conducir una ambulancia en el frente italiano. Gravemente herido, fue hospitalizado y se vio obligado a regresar a su país. Aquella experiencia la recogió en su conocida novela *Adiós a las armas*. Siempre anhelante de huir de su tierra, decidió instalarse, como joven corresponsal, en París, donde hizo sus primeros pinitos literarios. Más tarde, ya famoso, fue inveterado aventurero y cazador en África, a más de residente a las afueras de La Habana, allá en su Finca Vigía. Durante la II Guerra Mundial, y so pretexto de salir a pescar, navegaba por el Caribe en su embarcación *Pilar*, a la caza de submarinos alemanes. Bajo sueldo del gobierno norteamericano, de mil dólares mensuales, Hemingway organizó una red de pescadores espías, atentos a avistar submarinos enemigos en los cayos y costas cubanas, información que el escritor transmitía a la Embajada de los Estados Unidos. Esta experiencia la recogió en su novela *Islas en el golfo*. Porque Hemingway escribía casi todo lo que vivía, al menos cuanto mereciera la pena de ser relatado.

Rilke viajó incansable por Europa. También recorrió España, donde, entre otros lugares, se enamoró de la bella ciudad andaluza de Ronda. En ella, por cierto, estuvo a punto de suicidarse. Otro poeta, Rimbaud, hastiado de la poesía, de su tumultuosa relación con Verlaine y de una vida disoluta en París, ebrio de ajeno y de hachís, viajó primero por Europa, para después alistarse en el ejército colonial holandés, con el que fue destinado a Java. Más tarde residió un tiempo en Chipre, donde ejerció de capataz en una cantera. Terminó por huir a África, donde primero viajó por las costas del Mar Rojo, dedicado al comercio del marfil. En su cuaderno apuntó que recorría caminos, bajo un sol abrasador, que inevitablemente recordaban «al horror de los paisajes lunares.» A pesar de la dureza de aquellos parajes, no podía evitar el antiguo poeta sentir una atracción casi suicida por el vacío y por el viaje. «Estoy condenado a errar», anotó en un cuaderno. El aislamiento de aquellos lugares era tal en aquellos tiempos, que aún confesó: «puedo desaparecer en medio de estas tribus sin que nadie tenga noticia.» Establecido más adelante en Harar, actual Etiopía, se dedicó al tráfico de armas, que le reportó pingües ganancias. Su físico abrasado por el sol y las brisas africanas apenas guardaba ya algún parecido con aquella tez rubicunda y angelical de su adolescencia. Un carcinoma le obligó a regresar a Francia, donde murió, en Marsella, a los treinta y siete años. Aventurero contumaz.

Algunos autores echan raíces en tierra exótica. Gerald Brenan, por ejemplo, descubrió su particular rincón idílico, en 1920, al Sur de Granada, en Las Alpujarras. Él la definió así: «Es ésta una tierra en la que crecen conjuntamente el sentido de la poesía y el sentido de la realidad.» Nueve años después, otro autor británico, Robert Graves, se instaló en el pintoresco pueblito de Deià, situado sobre un risco en la costa norte mallorquina. Según confesión propia, fue Gertrude Stein quien le aconsejó en París: «Mallorca es el paraíso, si puedes resistirlo.» Se trasladó allí con la familia, y resistió el paraíso el resto de su vida. Su casa, convertida hoy en museo, está abierta al público. Es una vivienda payesa y sencilla, sin pretensiones, circundada de olivares centenarios bajo imponentes montañas de roca viva. No obstante idolatrar su pacífico retiro mediterráneo, Graves declaró que para él siempre fue importante viajar, y añadió con ironía: «Uno debe percatarse de cómo es realmente de sórdida la vida urbana.»

En sagaz opinión de Henry Miller, que vivió sucesivamente en Brooklyn, París, Grecia y California, «nuestro destino de viaje nunca es un lugar, sino una nueva forma de ver las cosas.» Y es bien cierto, pues el viaje implica descubrir otras culturas, otras costumbres, otras actitudes. Lo dijo Anaïs Nin con dejo poético: «Viajamos, algunos de nosotros por siempre, para buscar otros estados, otras vidas, otras almas.»

Para algunos escritores fue cierto aquello que estimó T.S. Elliot: «Importa el viaje, no la llegada.» En efecto, algunos de ellos fueron impenitentes viajeros baqueteados por brisas tropicales y por encrespados oleajes. Fue el caso del escocés Robert Louis Stevenson, quien abandonó su patria por razones de salud. Primero residió con su esposa norteamericana en el Lejano Oeste, para trasladarse después hasta la Polinesia, en el Pacífico Sur, de cuyas islas y mares hizo el escenario de muchos de sus relatos y novelas de aventuras. Stevenson fijó su residencia en la isla de Vailima Upolu, en Samoa Occidental. Fue muy querido por los aborígenes samoanos, quienes lo apodaron en su lengua *Tusitala*, o sea, «contador de historias.» Stevenson resumió su filosofía de trotamundos impenitente al declarar: «Por mi parte, no viajo para ir a ningún lugar. Viajo por viajar. Lo importante es moverse.» Y aún añadió en tono exaltado: «Todo lo que pido es el cielo sobre mí y un camino a mis pies.» Epítome de nómada pertinaz.

No podemos olvidar a otro autor de relatos de aventuras en la mar, Joseph Conrad, polaco nacionalizado inglés y magistral narrador. Él, que experiencia tenía en el asunto, expresó: «El mar no ha sido nunca amigable con el hombre. Como mucho, ha sido cómplice de la inquietud humana.» Sin duda, lo fue de la suya. Conrad se alistó en la marina mercante británica, en los tiempos de mayor esplendor del Imperio Británico, lo que lo llevó a recorrer las costas del África, el río Congo, el océano Índico, los mares del Sur, el archipiélago malayo, Sudamérica y el Sur del Pacífico. «Mi ambición —admitió— no sólo era ir más allá de donde ningún hombre hubiera llegado con anterioridad, sino lo más lejos que un hombre pudiera llegar.» Una vez retirado de la mar, y felizmente casado en Inglaterra, Conrad se estableció en el condado de Kent, donde llevó una vida sedentaria, arrebatado por sus recuerdos de aventuras en la mar, de maremotos y huracanes, de relatos peregrinos escucha-

dos de labios de marinos y de tantos personajes de dudosa catadura como se cruzó en los puertos de medio mundo y a bordo de navíos mercantes, durante largos y tediosos días de navegación. Hombreros aquellos marcados por sinsabores debidos a sus rudas experiencias de desterrados forzosos. Quizá por eso escribió Conrad: «Creí que era una aventura y en realidad era la vida.» Resumió sus largas vivencias marítimas y coloniales asegurando que «nada hay más seductor, decepcionante y esclavizador que la vida en el mar.» Él sabría.

Truman Capote, siempre inquieto, manifestó: «¡Qué idea tan deprimente! Verte atado a un solo lugar. Después de todo, durante treinta años he vivido en todas partes y he tenido casas en todo el mundo.» Otro autor itinerante fue el austríaco Peter Handke: durante varios años de su vida careció de residencia fija. Se entregó a una suerte de huida permanente por medio mundo, residiendo y escribiendo en hoteles anónimos, entre calles ajenas y extrañas. Huidizo fantasma.

Hay numerosas razones, en fin, para emprender un viaje sin retorno. Graham Greene opinaba que «viajar permite huir de la rutina diaria, del miedo al futuro.» Sea como fuere, en todos estos casos, la literatura se nutrió de la vida y los azares de aquellos vagabundos impenitentes y desterrados voluntarios. Según manifestó Juan Goytisolo, «*cuando la vida entra en la literatura se convierte ella misma en literatura.*» Por concluir esta relación de autores errabundos, Hans Christian Andersen, quien tanto nos hizo soñar de niños con sus cuentos peregrinos, declaró contundente: «Viajar es vivir.»

© Jesús Greus

Jesús Greus. Nació en Madrid. Licenciado por el Institute of Linguists de Londres. Fue colaborador de los periódicos ABC, Diario 16 de Baleares, El Día del Mundo, Libération du Maroc y, actualmente, de diversas revistas literarias digitales. Trabajó, además, como traductor para editoriales de Madrid. Es conferenciante, músico, gestor cultural y guionista. Como escritor, ha publicado: *Ziryab*, 1988. *Junto al mar amargo*, 1992. *Así vivían en al-Andalus*, 1988. *Claro de luna*, poesía. *De soledades y desiertos*, 2001, teatro. *Laberinto de aljarafe*, 2008, relatos. *La palabra perdida*, ensayo. *The Tower of Babel*, 2012, ensayo. *Las 1001 Noches, ese fantasma literario*, 2013, ensayo y *Aquella noche en el mar de las Indias*, 2015, novela.

PROEMIO DE UNA HISTORIA QUE VERSA SOBRE EL ARTE

por Imelda Ortiz González

...y aun a mí no se me deben negar, por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia; aunque bien sé que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudan, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con atención la leyere. Pasó, pues, el hallarla en esta manera:

y como yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles,...

Don Quijote de la Mancha, Miguel de Cervantes Saavedra

Sucedió en 1995, a punto de caer al letargo bajo el ardiente y agobiante sol del altiplanero desierto potosino, donde parece que pocas cosas sucedieran; no pasó inadvertida la apertura del diplomado que mi casa de estudio y trabajo se disponía ofrecer: la Especialidad en Historia del Arte Mexicano. El proyecto sonaba bien y más con la coordinación de Eulalia Arriaga Hernández, licenciada en Filosofía y Antropología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Consolidó los temas con el apoyo de reconocidos maestros con formación, salutífero viento de renuevo. Valía la pena probar la veracidad y la calidad del proyecto, no resultó ser un espejismo más en el desierto. Recordé mi trabajo en aquella coordinación de un programa de arte, hacía ya algunos ayer, y otras labores más; recordé el significado del reto.

Después de la interiorización que significó el estudio de la historia de México con selectivo enfoque, el arte, y de haber cumplido con la estructura curricular, sin alternativa salvo decidir el tema del examen ritual. Segura de la inclinación hacia las manifestaciones artísticas del mortecino siglo veinte (y las que vengan), propuse al coordinador del siglo XX un abanico de opciones de las que, confieso, todas habían sido vividas: El Complejo Vial Reforma y Uresti, el proyecto ganado por unanimidad con el concurso de dieciocho ternas: la propuesta urbana y arquitectónica de la regeneración de ocho manzanas en el cinturón del centro histórico de San Luis Potosí; o, por qué no, la historia académica de mi casa —algunos de ellos en avanzado proceso de investigación—, y por último, el elegido. De más está decir que el asesor, pensando en la preponderancia del tema, eligió el Edificio Alfa Corporativo en Monterrey y su obra plástica incorporada por las variadas e intensas líneas que ofrecía.

Del por qué propuse el tema seleccionado, es necesario remitirles a dos sucesos. Primero, el día en que Jorge Warnholtz me confió la Coordinación del Programa de Artes del Proyecto Ejecutivo Alfa Corporativo, no esperaba tal distinción. Al preguntarle por la razón del nombramiento, respondió que estaba seguro de la capacidad en poder llevarla a cabo con la dignidad requerida, en el entendido de la decisiva presencia femenina: doña Mária Garza Sada, en el patrocinio familiar y Sharon Jasnocha, en el diseño artístico; «con usted se complementa el triángulo femenino del arte en el proyecto, estoy seguro que no nos hará quedar mal», enfatizó. Recapacité en la trascendencia de la obra artístico-arquitectónica y en la responsabilidad de la coordinación. En adelante, con el rigor de la conciencia científica que este significativo suceso despertara, no habría detalle por trivial que pareciera, que escapara de un acucioso registro. Y, posteriormente, el día en que Warnholtz depositó en mis manos, en el pasillo de la oficina temporal de obra, copia de la relación de búsqueda de quien haría posible la ventana con la firma Tamayo, el «cristalizador» de la magna obra corporativa, entre otros documentos. «Le hago entrega de esta documentación, para que pueda darle una apropiada continuidad al vitral de Rufino Tamayo», dijo al entregármela. Días después partiría definitivamente de las oficinas del pro-

yecto y de la ciudad de Monterrey, por motivos ajenos a los laborales. Hasta no hace mucho tiempo, se desempeñó como Asesor Técnico del Departamento Nuevos Proyectos de Servicios Liverpool, con su oficina en el Complejo Santa Fe de la ciudad de México. Algunas de estas copias en el momento las conservé con la certidumbre de que «algo» estaba pasando, si se le quiere llamar conciencia histórica. Imposible no apreciar lo valioso de la relación del vitral Tamayo; difícil no valorar el espíritu gerziano contenido en el proyecto escultórico suspendido. El hecho es que, aun sin ellos, la tarea de investigación habría sido factible de seguir a través de la vital memoria y de los contactos establecidos en aquel tiempo.

Así que, para empezar, contaba con copia de la relación de búsqueda de la obra Tamayo; copia de los documentos, de los originales que intenté devolver a Gerzso cuando le fue cancelado el proyecto escultórico —aquellos por los que nadie volvió a preguntar—; agenda y directorio personal; un folleto informativo e introductorio del Edificio Alfa Corporativo, alguna u otra copia deshilvanada y la memoria de los sucesos. Asombrosamente, esta parte de la documentación había resultado más o menos ilesa de las catástrofes que han azotado una apacible existencia: la inundación del despacho y biblioteca en junio de 1986; el descomunal secuestro comunal sufrido en solitaria condición de parto, el miércoles 18 de mayo de 1994 en la Escuela del Hábitat de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí; finalmente, y lo más abrasante, el incendio que casi consume mi área de trabajo —el avance, los documentos y las unitarias diapositivas relativos a este tema incluidos—, a las 19:00 horas del domingo 22 de noviembre de 1998. Lo mejor de todo es hoy, poder escribirlo, haber superado al inaplazable parto, tomar las debidas precauciones que las imposibles de prever son azar.

A la sombra de la figura espectral de la frontera norte de México, y en el marco de referencia expuesto, me abandoné a la indagación de los orígenes de la sociedad que ha generado tan sorprendente auge artístico-cultural y de la empresa familiar de la que emergen muchos de los empeños más representativos. Elaboré un modesto ensayo, en el que traté de hilar la gran variedad de temas insoslayables que el objetivo eje demandaba; de no haberlo hecho en la forma que lo hice, el panorama histórico y científico se habría visto disminuido notablemente. Luego, alertada por el imperativo llamado de atención de los asesores ante la cantidad de dones: don Alfonso, don Eugenio, don Roberto, don..., inquisitiva que soy, lejos de eliminarlos, profundicé en lo intrínseco de su sentido; descubrí una fuente viva de recursos que, en la variedad y la variabilidad de los significados, la palabra prodiga; acabé por señalar con matices más intensos las líneas de la estructura de la investigación. Ustedes dirán.

Recurrí a las más diversas lecturas, la mayoría de ellas sugeridas cuando no intuitas en las entrevistas y las revisiones hechas. Aún más, propuse indagar la veracidad de las aseveraciones de algunas fuentes de apoyo; las que decían que Alfonso Reyes jamás se había ocupado de inquirir en su terruño de tan ocupado que lo mantenía la materia helenística. La apariencia de los hechos resultaba significativa. Hoy, a la luz de lo colegido, es de apreciar que Reyes en el trasfondo de sus estudios ocultó a la insulsa intromisión de la superficial lectura un enorme sentido de pertenencia regional y la precaución con la que veía las relaciones bilaterales entre Estados Unidos y México. ¿No lo evidenció por finura? Tal vez. O quizá por lo mucho que debió pesar en su ánimo las derrotadas ambiciones paternas. Imposible dejar de advertir una vez que se afina el sentido que, al hablar de la categoría secular de la vecindad en la *Religión griega*, entre líneas veló las sempiternas relaciones entre Norte y Sur. ¿Acaso, al hablar de la transculturación de las diversas regiones helénicas no señala también las existentes entre el Norte y el Sur europeo; el mundo nórdico y el mundo latino?, ¿británicos e ibéricos?; ¿la relación que prevalece en América, entre estadounidenses (sajones, holandeses, polacos y otros más) y latinoamericanos?; «Invasores e invadidos, vecinos seculares ‘se conocían las mañas’... Por eso pudo haber cambio y mezcla entre las creencias.»¹

Después de leer una y otra vez a Reyes, el siguiente paso fue sumergirme en las vetas literarias que Jorge Luis Borges ofrece. En ellas encontré, además de días y de sueños de días placenteros, el calificado apoyo de la línea que ya estaba gobernando mi escrito.

Los griegos hablan de generaciones que cantan, Mallarmé
habla de un objeto, de una cosa entre las cosas, un libro.

¹ Reyes Ochoa, Alfonso (1964), "Religión griega", *Obras completas de Alfonso Reyes*, vol. XVI, 1ª reimp., México: Fondo de Cultura Económica, pp. 439-441.

Pero la idea es la misma, la idea de que nosotros estamos hechos para el arte, estamos hechos para la memoria, estamos hechos para la poesía o posiblemente estemos hechos para el olvido. Pero algo queda y ese algo es la historia o la poesía, que no son esencialmente distintas.²

La historia se ha visto disminuida con la falta de encanto, pensemos en la gran cantidad de investigaciones que, si bien están aceptablemente documentadas, conducen al soporífero tedio, como si la vida padeciera de planimetría. Ocasionalmente, cuando el tema tratado pudiera resultar de interés, para algún investigador con verdadera vocación, no pasaría de convertirse en fuente de apoyo y así, ocupar los anaqueles de algún archivo medio muerto. La historia recrea la conciencia de la existencia al asumir la esencial responsabilidad de esclarecer la vida, proponiendo una reordenación de datos, humana y metodológicamente perfectible, con un nuevo y más completo panorama que transforme el entorno humano en uno más comprensible. Debe hallar el sentido de los sucesos continuos que de tanto repetirse llegaran a convertirse en laberintos sin salida; cuando la sucesión de hechos se desfiguraran en vicios y los vicios en lugares comunes, el historiador ahonda en las raíces de los mecanismos de las acciones, para enseñar a repetir aciertos y evitar errores. Al esclarecer esquemas ayudará, como *Dedalus*, a romper insanas inercias y hará del mundo un mejor y más habitable lugar. No habría por lo tanto, y en acuerdo con Borges, nada más vulgar que pretender escribir la historia del arte en la ausencia de encanto; del arte, sólo con arte se debe hablar y al escribir se debe cantar y encantar.

Tal y como lo encontré, otro testimonio de calidad, recordemos las reflexiones que sobre el tema hace Novalis, Friedrich Leopold von Hardenberg.

Es lo mismo que ocurre con la mayoría de la gente que escribe historia: es posible, incluso, que posean habilidad en el arte de narrar y aun que sean prolijos hasta el aburrimiento; con todo, olvidan precisamente lo más interesante, aquello que hace que la historia sea historia, aquello que enlaza los acontecimientos más dispares en un tono ameno y lleno de enseñanzas. Cuando reflexiono en todas estas cosas, pienso que un buen historiador tiene que ser además un poeta, porque sólo los poetas poseen el arte de enlazar convenientemente unos hechos con otros. Muchas veces, en sus narraciones y fábulas, he experimentado un sosegado placer viendo su fino sentido del misterio de la vida. En sus cuentos hay más verdad que en las crónicas de los eruditos.³

La responsabilidad de un historiador con una orientación definida es todavía mayor. Consideremos que al hacer historia del arte, se concibe al hombre en su dimensión ritual. Si es, como lo es, la muerte lo omnímodo en la existencia humana, el arte es lo único que reivindica la vida del hombre; el arte captura el espíritu del hombre, en ello radica su responsabilidad social. Las visionarias producciones goyescas, por ejemplo, no nada más dan cuenta de la existencia del momento, el espacio y del remanente inconsciente de la especie humana en Francisco de Goya y Lucientes (léase ente sensible); estas creaciones tienen su origen en otras producciones, pero a su vez le abrieron camino a las que le siguieron y las que le seguirán seguidas de otras que les sucedieron en la cadena de manifestaciones plásticas: la creación humana sin fin. Casi parafraseando a José Gorostiza, en una *Muerte sin fin*.

La historia aquí recreada fue abordada con sentido crítico, con sentido académico. A qué objetivo llevaría, finalmente, la simple y llana recreación de los hechos que encuadran una específica generación de obras plásticas que en sus entrañas anidan secretas intensidades universales; secretos que reflejan lo universal en lo humanamente expresado. Para qué servirían las memorias, las confidencias, las revelaciones y hasta los hallazgos si nos llevaran a ningún lugar. Entonces, ¿cuáles serían los frutos de la documentación recabada?... ¿Cuál otro podría ser el fin último de la historia del arte?

² Borges, Jorge Luis (1998), *Siete noches*, 11ª reimp., México: Fondo de Cultura Económica, p.14.

³ Novalis, Friedrich Leopold von Hardenberg (1985), *Himnos a la noche / Enrique de Ofterdingen*, trad. Y notas Eustaquio Barjau, México, Ed. Origen, p. 99.

Una disculpa anticipada si en este trabajo no encuentran lo deseado, tal vez un solo tono de hilo: laudatorio, incriminador, o cualquier otro. Tratándose de un intento por recrear los hechos que sucedieron en él, y alrededor del tema, en una serie de sucesos con humanas intervenciones, incluido el enfoque autoral, no está de sobra evocar lo veleidosos que suelen ser los actos humanos, a veces intensos, a ratos ausentes, pero siempre presentes y, por supuesto, significativos. Con cuántos matices nos llegan a sorprender, cuando una de las tres copias terminadas de mi escrito a revisar continuó en un azaroso traslado de taxi su propio y solitario viaje, quizá sin retorno, en lo más desconocido de Buenos Aires; apenas recuperada del sobresalto cuando inexplicablemente, en la sala de otro tutor, durante su veraneo en Europa, se traspapeló una segunda copia... Hay algo que sí auguro, difícilmente se extraviarán en el «hilo» de la trama y mucho menos perderán el interés del tema.

Cómo olvidar a Tamayo, del primer encuentro con el personaje, mediante la recreación de la maqueta para construir la litórica escultura *Homenaje al sol*; litórica en cuanto a la guía de iluminación cultural que su prometeico alzado ha representado para el Grupo Industrial Alfa, en particular y en general para la ciudad de Monterrey. Realizada a la luz del implacable foco del tiempo, de un viernes de las 17:00 horas al lunes siguiente a las 8:00 horas. Corría el mes de octubre de 1979. Maqueta que, el novel escultor, absolutamente aprobó. En esos momentos, sobre los planos del edificio conocido como «La Sorianita», reubicaba escritorios y credenzas para el nuevo personal contratado en Hylsa, Hojalata y Lámina, Sociedad Anónima. Necesitaban la fabricación de la maqueta para la aprobación autoral y recapacitaron en la arquitecta que mediante trazos, acomodaba y reacomodaba imaginarios muebles, pensaron, sería capaz de interpretar las «rayas» del pintor...

© Imelda Ortiz González

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Borges, Jorge Luis (1998), *Siete noches*, 11ª reimp., México: Fondo de Cultura Económica.
- Novalis, Friedrich Leopold von Hardenberg (1985), *Himnos a la noche / Enrique de Ofterdingen*, trad. y notas Eustaquio Barjau, México: Ed. Origen.
- Reyes, Alfonso (1964), "Religión griega", *Obras completas de Alfonso Reyes*, XVI, 1ª reimp., México: Fondo de Cultura Económica

Imelda Ortiz González. Arquitecta, Historiadora del Arte Mexicano y crítica de arte contemporáneo, museóloga, profesora e investigadora de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, UASLP, México. Aficionada a leer, a escribir, a impartir y a asistir a valiosos cursos de literatura y arte de la casa de estudios. Ha publicado en la revista "Universitarios Potosinos". El libro de poesía: *Del otro lado de la luna* (2005), Unión de la Asociación del Personal Académico-UASLP. Premio Arena de la Unión de Asociaciones del Personal Académico de la UASLP: *Las vetas del Centenario en San Luis Potosí, 1592-1910* (2009). Han publicado su obra en *Arquitectos Mexicanos* de Eduardo Langagne (2003), Universidad Autónoma Metropolitana-Colegio de Arquitectos de México-Sociedad de Arquitectos Mexicanos. Primera arquitecta contratada en Hylsa Corporativo, en Monterrey. Coordinó el Programa de Arte del Corporativo Alfa, según diseño Skidmore, Owings & Merrill, SOM, con las obras: vitral *El universo* de Rufino Tamayo; escultura de Gunther Gerzso; escultura de Luis López Loza; Eduardo Tamariz, Sebastián... (1980-1981).

EL CUENTO: ARTIFICIO DE LA PALABRA

por Carlos Alberto Villegas Uribe

La voluntad de narrar es una condición humana ya evidenciada en las cuevas de Lauscaux. El lenguaje marcó la diferencia entre los homínidos y los animales y sirvió de instrumento para crear los grandes metarrelatos. En el ensayo: «chisme y relato» el cuentista colombiano Julio César Londoño señala: «Yuval Noah Harari (Sapiens, de animales a dioses) reconoce que el lenguaje del hombre primitivo tenía dos grandes líneas, información y ficción. Era informático para decir, por ejemplo, “¡Cuidado, hay un león en el río!”. La ficción la utilizaron para exagerar las hazañas de una jornada de caza, inventar dioses, justificar jerarquías y joder al débil». El lenguaje es el sustrato de enormes redes simbólicas. Para Yubal esas redes simbólicas dieron origen a las grandes civilizaciones y marcaron el camino del homo sapiens de animales a dioses.

En el proceso de transformar la palabra hablada en palabra escrita, la voluntad de narrar del ser humano se convirtió en artificio, es decir, arte y oficio. El artificio de la palabra -el lenguaje oral- conduce al ser humano al arte de la palabra escrita: la literatura. Un largo proceso de especialización en el artificio que lleva a la configuración de los denominados géneros literarios: poesía, cuento, novela, minificción. No debe extrañar por ello que escritores y teóricos reflexionaran y crearan diversas preceptivas del cuento. Horacio Quiroga, por ejemplo, propuso un «Decálogo del perfecto cuentista» y en uno de sus preceptos establece: «Cuenta como si el relato no tuviera interés más que para el pequeño ambiente de tus personajes, de los que pudiste haber sido uno. No de otro modo se obtiene la vida en el cuento».

Toda antología es precaria e incompleta. Procurar una antología del cuento obliga a cometer un triple artificio: no solo creer que una antología es objetiva, sino pensarla autónoma y suficiente. Toda antología, además del conocimiento que el objeto precisa, padece del gusto del antologista. He allí la fuente de su precariedad, la esencia de su artificio. Ello sin contar con el tercer trípode de toda antología: el artificio del otro como lector, sin el cual ninguna antología sería posible.

Respecto al cuento como artificio de la palabra, el gran cronopio Julio Cortázar asevera: «El signo de un gran cuento me lo da eso que podríamos llamar su autarquía, el hecho de que el relato se ha desprendido del autor como una pompa de jabón de la pipa de yeso». E insiste sobre el consejo de Quiroga: «La noción de pequeño ambiente da su sentido más hondo al consejo, al definir la forma cerrada del cuento, lo que ya en otra ocasión he llamado su esfericidad; pero a esa noción se suma otra igualmente significativa, la de que el narrador pudo haber sido uno de los personajes, es decir que la situación narrativa en sí debe nacer y darse dentro de la esfera, trabajando del interior hacia el exterior, sin que los límites del relato se vean trazados como quien modela una esfera de arcilla. Dicho de otro modo, el sentimiento de la esfera debe preexistir de alguna manera al acto de escribir el cuento, como si el narrador, sometido por la forma que asume, se moviera implícitamente en ella y la llevara a su extrema tensión, lo que hace precisamente la perfección de la forma esférica».

El singular escritor mexicano Juan Rulfo no duda en extremar la condición del cuento como artificio y al escritor como ese prestigeador que prolonga el artificio de la imaginación y sin temor se autocalifica como mentiroso: «Uno de los principios de la creación literaria es la invención, la imaginación. Somos mentirosos; todo escritor que crea es un mentiroso, la literatura es mentira; pero de esa mentira sale una recreación de la realidad; recrear la realidad es, pues, uno de los principios fundamentales de la creación. (...) Para mí el cuento es un género realmente más importante que la novela porque hay que concentrarse en unas cuantas páginas para decir muchas cosas, hay que sintetizar, hay que frenarse; en eso el cuentista se parece un poco al poeta, al buen poeta.»

Por su parte, Jorge Luis Borges, el hacedor de laberintos, al reflexionar sobre su proceso creativo determina la condición ineludible del artificio de contar: «Empieza por una suerte de revelación. Pero

uso esa palabra de un modo modesto, no ambicioso. Es decir, de pronto sé que va a ocurrir algo y eso que va a ocurrir puede ser, en el caso de un cuento, el principio y el fin. (...) es necesario que el escritor que escribe una fábula “por fantástica que sea” crea, por el momento, en la realidad de la fábula.»

Y el colombiano, Premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez señala la exigencia perentoria del artificio de contar: «Si uno quiere ser escritor tiene que estar dispuesto a serlo veinticuatro horas al día, los trescientos sesenta y cinco días del año. ¿Quién fue el que dijo aquello de que si me llega la inspiración me encontrará escribiendo? Ése sabía lo que decía. Los diletantes pueden darse el lujo de mariposear, de pasarse la vida saltando de una cosa a otra sin ahondar en ninguna, pero nosotros no. El nuestro es un oficio de galeotes, no de diletantes».

© Carlos Alberto Villegas Uribe

* * *

BIBLIOGRAFÍA

Borges, Jorge Luis et Ferrari Osvaldo. *Diálogos*, Seix Barral, Barcelona, 1992,

Cortázar, Julio. 1963. *Rayuela*. Madrid: Cátedra.

———. *Bestiario*. 1951. Buenos Aires: Ed. Sudamericana

———. *Historias de cronopios y famas*. 1962. Buenos Aires, Minotauro

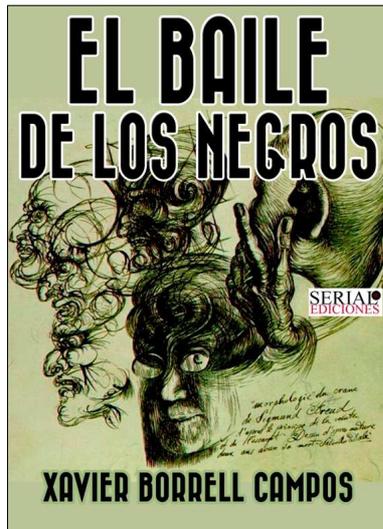
García-Márquez, Gabriel. *Cómo contar historias. Palabras de García Márquez en un taller literario*. Redacción. Nalgas y Libros. 5 septiembre, 2016.

<http://nalgasylibros.com/como-contar-historias-palabras-de-garcia-marquez-en-un-taller-literario/>

Rulfo Juan, *El desafío de la creación*, Suplemento Confabulario, Diario El Universal, México.
<http://confabulario.eluniversal.com.mx/le-tengo-temor-al-lapiz/>

Piglia Ricardo, *Los dos hilos: análisis de las dos historias. Tesis Sobre el cuento*. AulaLetralia.
<http://www.letralia.com/aula/magister/060101piglia.htm>.

Carlos Alberto Villegas Uribe. Ph.D. en la Lengua, la literatura y los medios de comunicación, Universidad Complutense de Madrid. Estudios de Maestría en Creative Writing, Texas University at El Paso.



EL BAILE DE LOS NEGROS, de Xavier Borrell

Serial Ediciones
Fecha de publicación: 2016
106 páginas
ISBN 9788460890188

* * *

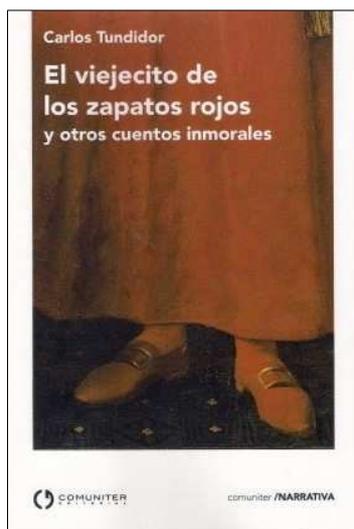
El baile de los negros (Serial Ediciones, 2016) es una pequeña (por las páginas: 100) muestra de las habilidades narrativas de Xavier Borrell, periodista y activista cultural (*Propera parada, cultura* de Radio Cubelles y *Sospechosos habituales* de RN3; comisario de Cubelles Noir y director de la colección *Pan Negro*) y autor de las novelas *Amores inciertos* y *El canto de la ira*.

Entre los diez relatos que figuran en esta breve antología, que pertenecen a géneros literarios diversos y están ambientados, mayoritariamente, en barrios de Barcelona y sus suburbios, que Xavier Borrell conoce bien, destacan *Atraco en los Mares del Sur*, que es un homenaje a Manuel Vázquez Montalbán a través de un atraco chapuza llevado a cabo por chicos del barrio en los tiempos de la heroína; *Estío vibrante*, una pieza erótica que reúne los ingredientes canónicos de este tipo de relatos y está narrado de forma explícita; *Dioses encontrados*, una fábula muy actual que tiene como epicentro la actual amenaza yihadista; *Agua*, el tierno relato de un crío que se enamora por primera vez; y *Comedia violenta*, en el que Xavier Borrell homenajea en clave negra el festival que dirige en Cubelles y al internacional payaso Charlie Rivel que nació allí de casualidad.

Un ramillete de relatos, los que forman *El baile de los negros*, que se leen de una sentada, amenos, bien contruidos, quizá apuntes para próximas novelas, que hablan del buen hacer narrativo de este escritor catalán que es un entusiasta del género negro.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com.es>



EL VIEJECITO DE LOS ZAPATOS ROJOS Y OTROS CUENTOS INMORALES, de Carlos Tundidor

Editorial Comuniter
Colección: Narrativa
404 páginas
Fecha de publicación: 2016
ISBN 978-84-16565-16-0

* * *

Publica Carlos Tundidor dos novelas y un libro de relatos (hasta cierto punto también novela) en la editorial zaragozana Comuniter. La trayectoria literaria del autor es reciente, pero muy consistente, con raíces antiguas y profundas. Sus textos no son fruto de la improvisación, ni de un capricho autocomplaciente. Por el contrario, están al servicio de la filosofía humanista y expresan las inquietudes de una persona instalada en una realidad que refleja con rigor las

circunstancias del presente. Un rigor que exige considerar la vida en su amplio espectro, incluyendo lo serio y lo cómico, lo trascendente y lo banal.

No es frecuente la acumulación literaria que suponen tres obras independientes en un solo volumen, pero así lo ha decidido el editor. Al menos se trata de narrativa, porque en alguna ocasión se

han introducido en el mismo saco la prosa y el verso. En cualquier caso, la triplete nos permite profundizar más en la temática del autor.

La literatura de Carlos Tundidor tiene un perfil definido con varios modos de expresión. Vamos a encontrar en ella un espíritu analítico, crítico y combativo, atento a la realidad próxima tanto como a la remota. Las tramas que desarrolla en sus novelas y relatos tienen ese aliciente, el de ser modernas, el estar instaladas en un tiempo accesible a todos los lectores. El pasado inmediato, el rabioso presente y un futuro previsible son el armazón cronológico de su construcción novelesca.

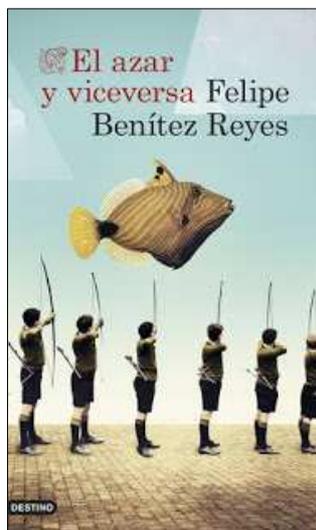
La primera de las obras que figuran en este volumen, «El viejecito de los zapatos rojos», refleja con espíritu crítico una situación reciente y le aplica una notable dosis de fantasía para proyectarla al futuro. El autor juega con el interés del lector por los personajes, sobre todo por el protagonista, un sujeto de rabiosa actualidad dentro del panorama político español; tipos con nombre supuesto, pero de fácil identificación. En ellos se ceba el autor, sin tapujos, sin concesiones, con una divertida comicidad, dejando al descubierto la miseria que les envuelve, con espíritu crítico y voluntad contestataria. La combinación entre lo real y lo fantástico está bien conseguida.

Algo semejante ocurre en la segunda novela, «La milagrosa transmutación de Amaya y de Lorenzo», que se mantiene en las mismas coordenadas fantasiosas, estrafalarias y cómicas, aunque los protagonistas no tengan la misma relevancia pública.

En cuanto a la tercera obra incluida en el volumen, hay que señalar su desconexión temática y ambiental con las novelas que le preceden. «Cuentos inmorales de hoy (Los 7 pecados capitales y uno más)», no es un simple acarreo de relatos dispersos, porque la estructura ideada por el autor los dota de cierta unidad, en el sentido narrativo, al formar parte de un todo que los engloba: un viaje iniciático —el Camino de Santiago— que tendrá un trágico final.

El espíritu analítico, crítico y contestatario que impregna toda la obra de Tundidor está servido por unas tramas ágiles, un lenguaje depurado y un trasfondo irónico que, sin llegar a la causticidad, imprime una enorme vivacidad a sus textos. Siempre con ciertos ingredientes cómicos que sazonan y amenizan la lectura.

© Francisco Javier Aguirre



EL AZAR Y VICEVERSA, de Felipe Benítez Reyes

Editorial Destino
Colección: Ancora & Delfin
512 páginas
Fecha de publicación: 2016
ISBN 9788423349913

* * *

Había oído que la última novela de Felipe Benítez era una especie de Lazarillo de Tormes en versión moderna, ambientada en su pueblo, en Rota. Bien, eso quiere decir que la novela tiene más de una lectura o que el que me lo dijo se siente obligado a clasificar lo leído dentro de algún canon fácilmente identificable. Podía haberlo hecho en el de los antihéroes, en el de las personas normales a las que el azar lleva de un lado a otro y que unas veces caen de pie y las más, de culo, cuando no de rodillas. El hecho de que el protagonista, desde su adolescencia, ande de la ceca a la meca bajo el auspicio o la sombra —mala sombra, la mayor parte de las veces— de gentes con poca ventura en todos los órdenes y pase calamidades a calderadas no quiere decir que siga los pasos del famoso lazarrillo medieval. No tiene el mismo estilo, a pesar de que sus infortunios y algún golpe de suerte bordeen ambientes sociales de la frontera. Algo hay en común, más allá de las adversidades que la vida le ofrece tras cada esquina: es una magnífica novela.

El azar y viceversa nos ofrece la visión de una época que viene a ser la del propio autor. Escrita en primera persona puede pasar por una autobiografía, que para eso está la novela, para decir la verdad que no nos cuenta la historia. No resultaría difícil imaginar que alguna hazaña personal y de sus amigos habrá metido entre la maraña de ficciones que va desenredando. Para los que vivimos aquellos

años, la novela nos sirve, primero para reavivar los recuerdos, para volver a situarnos en una época y lugar (aunque no sea Rota) y bañarnos de nostalgia, que no hay quien esquite la traición de esta amiga. En segundo lugar, para darnos cuenta, una vez más (debe ser necesario que nos lo repitan con frecuencia, pues nos negamos a admitirlo) de lo hermoso (y lo irremediable) que es soñar. Y lo jodido que es el amanecer. No obstante, siempre cabe la posibilidad de que el azar, tan insistente en la desgracia, algún día dé la vuelta y descubramos que ha trabajado a largo plazo aunque a corto nos fundiera a chispazos. Depende de cómo le haya ido a cada uno. (De Antonio, Toni, Rányer distintos nombres de nuestro personaje, no voy a destripar la trama). La narrativa de la épica, hecha a base de una ficción de victorias, ya queda poco y Felipe, como tantos, prefiere una mirada sobre la gente que va por la calle en la que la alternancia de triunfos y derrotas constituye la sal de la vida.

Un dato a tener muy en cuenta: Benítez Reyes es un maestro en el arte de la ironía y nos lo demuestra una vez más en esta obra, de la misma forma que ya nos lo había demostrado en los relatos de *Cada cual y lo extraño*. No hay página en la que no gocemos de algunos toques magistrales en este sentido. Por otra parte, el género autobiográfico (ficticio o no) puede caer en una sucesión de anécdotas más o menos felices que solo un buen pulso narrativo es capaz de salvar de esta deriva para convertirlas en una historia viva e interesante. Felipe lo consigue. *El azar y viceversa*, todo un regalo para los sentidos. Voy a darle un nuevo repaso, con eso lo digo todo.

© Antonio Tejedor García

<http://lagartosquebrada.blogspot.com.es>



EL VENDEDOR DE MARIPOSAS, de Oscar Bazán Rodríguez

Izana editores
Colección: Narrativa Izana
300 páginas
Fecha de publicación: 2014
ISBN 9788494065781

* * *

El vendedor de mariposas es la segunda novela del vallisoletano Oscar Bazán Rodríguez (Valladolid, 1978). Ya en su primera novela, *El tren gris* (2008), da señales de una narración artesanal, en la que cada línea se trata con esmero literario. Esta segunda obra, publicada por la editorial madrileña Izana, supone la confirmación de un estilo propio por parte del autor. Esta obra fue seleccionada

finalista en la 68 edición del premio Nadal. Con una clara influencia de la poesía — visible con más transparencia en uno de los personajes centrales, trasunto del poeta Luis Cernuda— el lenguaje navega entre bellos pasajes de amor y oscuras referencias diabólicas. Todo se cubre con una capa de melancolía que recuerda en cierto a autores como Jeanette Winterson, o al Rodrigo Fresán de *El fondo del cielo*. Conciso y contenido, la calidad y la destreza demostradas en esta novela son indudables.

La lectura de *El vendedor de mariposas* supone un viaje a través de un medido claroscuro. Una imagen que se repite en sus páginas es la de una calle dividida entre luz y oscuridad; del mismo modo las escenas y los personajes son luces que se pueblan de sombras, o al contrario: «Bombillas de colores colgaban de los cables del teléfono, alumbrando únicamente una parte de la callejuela. (...) En las sombras eran visibles los fillos de las casitas, sólo las huellas y el silencio. Se me ocurrió que tal vez era allí donde deberíamos estar nosotros» (146). Los personajes de la novela se muestran escindidos en valores opuestos que los conceden una originalidad y hondura inusuales. En esta relación dialéctica entre el bien y el mal que presenta la novela, la oscuridad sería el elemento primigenio de la historia. El protagonista, Adriano Jacquier, se encuentra al final de su carrera universitaria de derecho. Asolado por la trágica desaparición de su antiguo compañero de piso —asesinado en la calle a golpes por su orientación sexual en pleno auge del movimiento «skinhead»— se ha vuelto una persona solitaria y silenciosa. Gracias a los contactos laborales de su

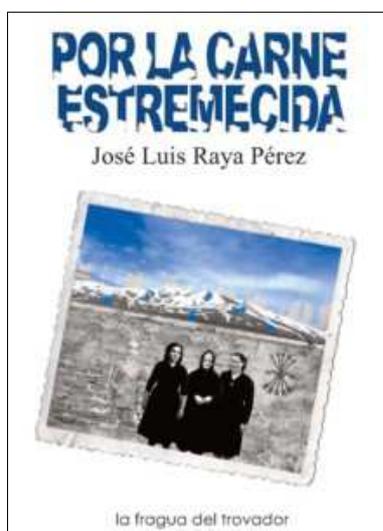
amigo Juan, ambos entran a trabajar en una extraña oficina de ventas dirigida por dos personajes de tintes demoniacos: Ramón y James (Jaime) Colter.

La oscuridad es una fuerza que va en aumento, tanto en tamaño como en intensidad. Desde la primera venta de Adriano, en la que tiene que enfrentarse a un supuesto maltratador de menores, hasta la escena final en una acequia de Valladolid que refleja un infierno de metal y de arena, semejante a los paisajes desolados de J.G Ballard. Adriano va acomodándose a su papel de vendedor y voluntariamente se entrega a la crueldad de sus actos sin plantearse la razón que los impulsa.

Se juega con el concepto de un hipotético «gen del mal» que, como el veneno de una mordedura, puede transmitirse en la sangre. El contrapunto del veneno demoniaco que subyuga al protagonista se encuentra en otro de los personajes: María. Esa mujer que conoce en Perú durante uno de sus primeros viajes como vendedor va a desempeñar la engañosa labor de mantener la humanidad de Adriano a flote mientras navega entre la barbarie de sus acciones. María se convierte en una debilidad voluntaria a la que Adriano se aferra a pesar de las muchas contradicciones con las que el autor la caracteriza. «El único corazón que salvaría» (258) apunta Adriano cuando la propia María le pregunta qué ve cuando la observa. Los pasajes que la describen alcanzan cotas de una belleza sorprendente teniendo en cuenta la agresividad de las escenas más sobrecogedoras. Una de las características más notables de la novela es que no se propone dar ninguna solución a las dudas que plantea. Desde el principio se evidencia su ambigüedad voluntaria. De este modo, al lector se le da la posibilidad de inventar la explicación a sus misterios, la lógica tras las macabras misiones de venta de Adriano, la verdad de los personajes que intervienen con una dualidad asombrosa; y esa libertad imaginativa es algo que escasea en la literatura de los últimos años.

El contraste narrativo, junto a la ambigüedad de su historia y un simbolismo prominente añaden a que la experiencia de la lectura de *El vendedor de mariposas* sea algo muy especial. Arranca como una novela negra y en sus casi 300 páginas visita la literatura romántica y fantástica, hasta que anida en el terror y termina con un poso de tristeza al entender los mensajes universales que se ocultan en todo ello: la pérdida paulatina de humanidad que la vida puede imponer en nosotros, y la lucha contra un mundo envilecido.

© Filiberto Mares Hernández



POR LA CARNE ESTREMECIDA, de José Luis Raya Pérez

Editorial La Fragua del Trovador
Fecha de publicación: 2016
666 páginas
ISBN 978-84-15044-66-6

* * *

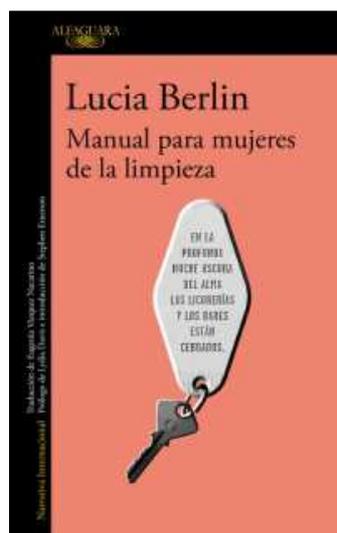
Las fotografías son un magnífico acicate para la memoria. Y, elegidas con cuidado, también pueden representar un buen resumen de la vida de las personas, de sus amoríos, sus éxitos, sus mentiras y sus fracasos. En *Por la carne estremecida*, novela de José Luis Raya Pérez recientemente publicada por la editorial zaragozana La Fragua del Trovador, las fotografías van agitando en la memoria del narrador el recuerdo de las diversas vicisitudes de su existencia, vividas tanto por él mismo como por las personas que lo han rodeado; al comienzo de cada capítulo, cada fotografía aparecerá como síntesis de los hechos que se van a narrar y abrirá la espita para que el protagonista vaya evocando cada uno de los lances que lo han marcado. Podría ser, por tanto, una historia biográfica, una extensa epopeya individual a modo de las grandes aventuras clásicas, aunque muy apegada a la realidad de lo mundano. Pero además *Por la carne estremecida* también puede entenderse como una detallada narración de la vida de muchos seres anónimos a lo largo de los últimos años en nuestro país, un ajustado muestrario de lo que significó vivir en el medio rural para muchas familias españolas que, directa o indirectamente, sufrieron la derrota y la pobreza más extrema.

Ya desde su niñez, la vida de Tiburcio, el narrador-protagonista, se verá marcada por las consecuencias de la guerra fratricida que asolaron España en la segunda mitad del siglo XX y, por tanto, por el poder inmisericorde ejercido por el bando vencedor, la iglesia católica y la arbitrariedad caciquil, llegando incluso a padecer una seria cojera de por vida a resultas de la paliza que le propina de niño el viejo y violento maestro.

Pero hay un aspecto que afectará decisivamente a la vida del protagonista, y que además entrará en serio conflicto con sus profundas y arraigadas creencias espirituales: su declarada homosexualidad. Ser homosexual e hijo de una familia represaliada por el franquismo es una dura losa de la que Tiburcio apenas podrá librarse a lo largo de su vida. Aleccionado por su nuevo maestro, don Rafael, que ha venido al pueblo a sustituir al anterior, el protagonista hará suya esa máxima que dice que solo sobrevive el que mejor se adapta. A partir de entonces, su vida será un ejercicio constante de disimulos, siempre pendiente de esconder sus inclinaciones eróticas y sus relaciones amorosas, aunque intentando al mismo tiempo no traicionarse a sí mismo ni las creencias que, desde muy joven, han calado con fuerza en él.

Es *Por la carne estremecida* una novela extensa, que supera las seiscientas páginas, pero donde los acontecimientos se suceden a ritmo vertiginoso, sin decaer en ningún momento, contados con la agilidad suficiente para que el lector apenas tenga necesidad de hacer un receso, y que presenta una radiografía bastante certera de lo que ha sido este país a lo largo de los últimos ochenta años. Un relato descarnado sobre la reciente intrahistoria de España.

© Carlos Manzano



MANUAL PARA MUJERES DE LA LIMPIEZA, de Lucia Berlin

Editorial Alfaguara
Colección: Contemporánea
Fecha de publicación: 2016
432 páginas
ISBN 9788420421605
Traducción: **Eugenia Vázquez Nacarino**

* * *

Alfaguara nos trae una pequeña joya de algo más de 400 páginas, una epifanía del relato corto, género denostado por las editoriales, titulada *Manual para mujeres de la limpieza*. Descubrimos a Lucia Berlin, porque hasta ahora esta escritora norteamericana (Juneau, 1936-Marina del Rey, 2004) de vida azarosa y físico sofisticado (la foto de solapa del libro hace que la confunda con Suzanne Pleshette,

solo que Lucia Berlin es incluso más guapa e interesante, o era, o es, puesto que los escritores tienen el don de la inmortalidad y nunca mueren, y por eso siempre se habla de ellos en presente) era una absoluta desconocida entre nosotros.

Desconfío, por sistema, de los descubrimientos literarios, incluso de los post-mortem. Desconfío de los éxitos que vienen impuestos desde fuera, por las leyes del mercado que imperan en la literatura, como en el cine, como en la vida cotidiana. De la literatura como producto huyo. Pero, por una vez, me equivoco, o no me equivoco porque cogí ese libro de la mesa de novedades en una librería de Barcelona sin dudarle, tras leer la primera página, y me lo llevé conmigo sin apenas saber nada del fenómeno. Fenómeno después de muerta. Pero bueno, los escritores no mueren, y siguen publicando (Roberto Bolaño) después de ser enterrados.

Lucia Berlin está entre Antón Chejov y Raymond Carver, es decir, está en las alturas literarias, en el cielo, entre los grandes maestros del género corto. Los 43 relatos (escribió 76 y los empezó a publicar a partir de los 24 años) que conforman este libro exquisito son, exactamente, fragmentos de la vida de la autora. Lucia Berlin, como Paul Auster, como Enrique Vila-Matas, literaturaliza su propia existencia, relativiza las vicisitudes de su azarosa vida (¿se puede escribir desde la felicidad?) mediante una espléndida forma narrativa, siempre en primera persona, porque es ella la que está en cada uno de sus relatos, es ella la que nos está explicando su vida y la de los que la rozan,

una vida que seguramente se habría apagado antes de no haber existido la literatura como terapia curativa, y nos habla de sus oficios, múltiples y variados a lo largo de su existencia; de sus adicciones, al alcohol, sobre todo; de sus amores fugaces; de su propia decadencia que la aproxima al fin. Y lo hace con lucidez e inteligencia, con un cierto distanciamiento, sentido del humor, ternura y talento innato como prosista.

Manual para mujeres de la limpieza, el relato que sirve para titular la antología, ofrece una serie de consejos para las mujeres que se dediquen a las faenas domésticas, como hizo ella. Si Paul Auster viajaba por los apartamentos en donde vivió, Lucia Berlin lo hace por las casas en las que sirvió, y sus dueños. *Las raras veces que Ter leía un libro, arrancaba las páginas a medida que las pasaba y las iba tirando. Al volver a casa, donde las ventanas siempre estaban abiertas o rotas, me encontraba un remolino de hojas en la habitación, como palomas en el aparcamiento del Safeway.* En la casa de Linda y Bob reina el desorden: *Pero Linda y Bob son buenos amigos, de hace tiempo. Siento su calidez aunque no estén ahí. Esperma y confitura de arándanos en las sábanas. Quinientas del hipódromo y colillas en el cuarto de baño.* A través de esas casas, Lucia Berlin habla de la sociedad americana, de sus adicciones al trabajo, al sexo, a las drogas. *En cada una de esas casas donde trabajo hay un arsenal de anfetaminas o sedantes que bastaría para dejar fuera de circulación a un ángel del infierno durante veinte años.* Y sabios consejos, claro, para las advenedizas: *Procurad trabajar para judíos o negros. Te dan de comer. Pero sobre todo porque las mujeres judías o negras respetan el trabajo, el trabajo que haces, y además no se avergüenzan en absoluto de pasarse el día entero sin hacer nada de nada. Para eso te pagan, ¿no?*

Lucia Berlin fue profesora, también. En *El Tim* narra su experiencia en un colegio religioso y su enfrentamiento a un chico díscolo. En *Llegó el sábado*, relato carcelario, habla de su experiencia impartiendo talleres literarios entre los reclusos y del triste final de DJ, su alumno más aventajado, que muere nada más obtener la libertad condicional. Pero la autora no ahonda en el drama, huye de los subrayados, relativiza.

De su experiencia como enfermera brotan algunos de los mejores relatos del volumen. *Nunca se oyen sirenas en las salas de urgencias; los conductores las apagan en Webster Street. Veo con el rabllo del ojo las luces rojas de las ambulancias de ACE o United cuando dan marcha atrás (Apuntes de la sala de urgencias). Me gusta mi trabajo en Urgencias. La sangre, los huesos, los tendones me parecen afirmaciones rotundas. No deja de asombrarme el cuerpo humano, su resistencia.* Curiosas preferencias: *Lo mejor de las muertes de los gitanos es que nunca hacen callar a los niños. Los adultos aúllan y lloran y gimen, pero los niños siguen correteando por ahí, juegan y ríen sin que nadie les diga que deben de estar tristes y ser respetuosos.* Y el alcohol, claro, la soledad hopperiana, la marginalidad: *El miedo, la pobreza, el alcoholismo, la soledad son enfermedades terminales. Urgencias, de hecho.* Al tema de los hospitales vuelve en *Mijito*, sobre una pobre muchacha mejicana que tiene un bebé pequeño que no sabe cómo cuidarlo. Lucia Berlin es una escritora social, con sensibilidad extrema, pero no alardea.

En algunos relatos echa mano del humor surreal, se refugia en el absurdo, como en *Temps perdu: ¿Y si nuestro cuerpo fuera transparente, como la puerta de una lavadora? Qué prodigio, observarlos por dentro. Los deportistas correrían con más ahínco, bombeando sangre a toda máquina. Los amantes harían más el amor. ¡Hostia! ¡Mira esa descarga de semen!* En *Mamá* hace gala de un cierto surrealismo y un retorcido sentido del humor que lleva a la irreverencia en un país de tradiciones religiosas enquistadas. El humor otra de las constantes de esta narradora infatigable. Sin humor no se podría vivir. Sin humor y sin relativizarlo todo, sobre todo las desgracias. *Nuestra madre se preguntaba cómo serían las sillas si dobláramos las rodillas al revés. ¿Y si a Jesucristo lo hubieran electrocutado? En lugar de llevar crucifijos en las cadenas, la gente iría por ahí con sillas colgando del cuello.*

En *B.F y yo*, ironiza sobre la manía norteamericana por nombrar a las personas, y a las ciudades (L.A., N.Y., S.F.), simplemente por las iniciales. B.F. es el electricista que acude a su llamada para un arreglo casero, y Lucia Berlin, L.B., afina la pluma para ofrecernos una detallada descripción física del sujeto, no muy halagüeña, por cierto. *Era un hombre enorme, alto, muy gordo y muy viejo. Incluso desde fuera, mientras recobraba el aliento, noté su olor. Tabaco y lana sucia, sudor rancio de alcohólico.* Palabras justas, medidas, pero suficientes para imaginarnos a B.F.

Alcohol. Vodka, whisky o lo que sea. El infierno del alcohol empapa buena parte de los relatos. Imaginemos a Lucia Berlin en *Días de vino y rosas*, siendo Lee Remick. Todos los personajes de esta autora nacida en Alaska y padre dedicado a la minería, incluida ella, beben, tienen una dependencia con la botella. En *Inmanejable* Lucia Berlin se retrata a sí misma de modo despiadado. Los

problemas con el alcohol ocuparon buena parte de su vida, aunque terminó desenganchándose. *En la profunda noche oscura del alma las licorerías y los bares están cerrados. La mujer palpó debajo del colchón; la botella de medio litro de vodka estaba vacía. Salió de la cama, se puso de pie. Temblaba tanto que tuvo que sentarse en el suelo. Respiraba agitadamente. Si no conseguía pronto algo para beber, le darían convulsiones o delirium trémens.* Lucia Berlin salía de su alcoholismo y volvía a caer, hasta que lo dejó atrás definitivamente. ¿Se puede escribir desde el alcohol? Malcom Lowry lo hacía. En 502 afirma Lucia Berlin: *La mejor ciudad es Albuquerque, donde en las licorerías hay ventanillas para comprar desde el coche, así ni siquiera te has de quitar el pijama.*

Y, de nuevo, humor. *Bella Lynn era mi prima, y quizá la chica más bonita del Oeste de Texas. Había sido primera majorette en el instituto de El Paso y Miss Sun Bowl en 1946 y 1947. Más tarde se fue a Hollywood para convertirse en una estrella de cine. La cosa no cuajó. El viaje empezó mal de entrada, por culpa de un sujetador. No llevaba relleno, sino que lo hinchaba de aire, como un globo. Dos globos (Atracción sexual).*

Macadán es tan breve (cuatro párrafos) como intenso. *A mí me gustaba masticar el hielo cuando se terminaba la limonada, meciéndome con mi abuela en el balancín del porche. Desde allí mirábamos a la reata de presos que pavimentaban Upson Street. Un capataz vertía el macadán; los convictos lo apisonaban, con un compás pesado y rítmico. Las cadenas y los grilletes entrechocaban; el macadán caía con un rumor de aplausos. ¿William Faulkner, John Steinbeck o Erskine Caldwell?*

Perdidos es un relato negro, clásico, dentro de las convenciones del género. En *Triste idiota* la autora habla de su estadía en México, país con el que estaba muy familiarizada porque hablaba perfectamente español y parte de su vida vivió en la frontera. Y hay numerosas expresiones hispanas en sus textos. *La soledad es un concepto anglosajón. En Ciudad de México, si eres el único pasajero en un autobús y alguien sube, no solo se sentará a tu lado sino que se recostará en ti.*

El antologista deja para el final sus piezas más lúgubres. *Hasta la vista* es uno de los relatos más tristes y desoladores del volumen. La autora evoca su relación con un antiguo amante. *Lo llamaba cuando empezábamos a ser amantes, adúlteros. Sonaba el teléfono, su secretaria contestaba y yo preguntaba por él. Eh, hola, me decía. ¿Max? Me flaqueaban las piernas. Me daba vueltas la cabeza en la cabina telefónica.* La evocación de un pasado apasionado se contrapone a un presente en el que el apuesto amante es una ruina física y de su apostura no queda ni rastro. Paso del tiempo que se hace más crudo en *Volver al hogar* (¿qué hogar?), en donde ahonda en su propia decadencia. Lucia Berlin no tuvo una vida fácil, y no fueron muy felices sus últimos momentos. *La primera vez que los vi fue de casualidad. Había ido al centro y me quedé en el balancín del porche de la entrada con mi tanque de oxígeno portátil a contemplar la luz del atardecer. Suelo sentarme en el porche trasero, adonde llega el tubo que uso normalmente.* Ni rastro de conmiseración, ni autocompasión. Y el tema de la vejez está presente también en *Espera un momento*, otro de sus relatos desoladores: *Me he hecho vieja. Sin previo aviso, de repente. Me cuesta caminar. Incluso se me cae la baba. No cierro la puerta con llave por si me muero mientras duermo, aunque es más probable que siga decayendo hasta que me metan en algún sitio donde no estorbe.*

Manual para mujeres de la limpieza es como si Edward Hopper se pusiera a escribir. Un libro que es una instantánea lúcida y despiadada de un país que es un falso paraíso a través de 43 apuntes de la vida de una norteamericana. Literatura de lo cotidiano con una mirada llena de sensibilidad. Superlativo.

© José Luis Muñoz

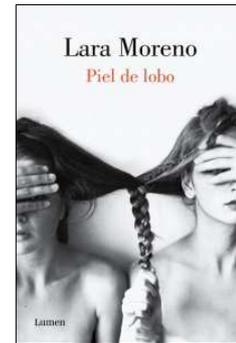
<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com.es>

Piel de lobo

Lara Moreno

Editorial Lumen, 2016

Un viejo caballito de plástico blanco y azul espera a las dos hermanas cuando entran en casa del padre, un hombre solo que murió hace un año, dejando tras de sí pocos recuerdos y algunas manchas de café en el mantel. Sofía y Rita han venido al pueblo para recoger lo poco que queda de aquellos años en que eran niñas y pasaban los veranos allí, en el sur, cerca de la playa. Rita, tan esbelta ella, tan hermosa, tan lista, parece dispuesta a despachar el asunto y volver a lo suyo, pero Sofía sabe que esa casa será el refugio donde ella y Leo, su niño de cinco años, van a instalarse para curar un desamor que la ha dejado sin fuerzas. Allí se quedan madre e hijo, paseando esa nueva vida por las calles donde se abren las primeras sombrillas, masticando arroz y fruta limpia, intentando imaginar un futuro que tenga sabor. ¿Y Rita? Rita se va pero vuelve porque hay recuerdos que queman y el rencor pide paso. Finalmente, encerradas en esa casa que parecía muerta, las dos hermanas nos van a contar una historia dura, algo que nadie quería saber, un secreto del que quizá sería mejor olvidarse, y que solo la buena literatura sabe rescatar para que ese dolor, esa rabia y la ternura que de repente asoma sean también nuestros.



La lengua de los ahogados

Fernando Clemot

Editorial Menoscuarto, 2016

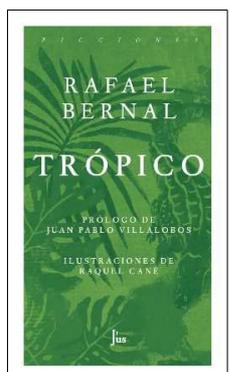
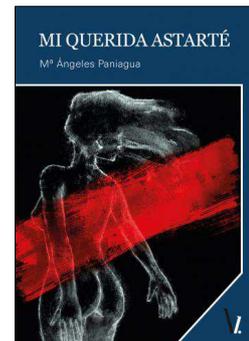
Fernando Clemot ha reunido en este libro un compendio sobre la naturaleza humana. Sus dieciséis historias forman un poliédrico universo de emociones, expresadas con firme y tenso ritmo narrativo, combinando ironía y elipsis, ambigüedad y lirismo. El lector hallará en ellas recuerdos trágicos, ajustes de cuentas sentimentales, reacciones de visceralidad, geografías equívocas, situaciones absurdas, batallas perdidas con venganzas exiguas, visiones espectrales, habitaciones indiscretas, infidelidades y chantajes... todo ello relatado con su sello original e inconfundible. Clemot es autor de las novelas *El libro de las maravillas* (2011), *El golfo de los Poetas* (2009) y *Polaris* (2015) y de los libros de relatos *Safaris inolvidables* (2012) y *Estancos del Chiado* (2009),

Mi querida Astarté

M^a Ángeles Paniagua

Ediciones Oblicuas, 2016

La desaparición de Elisa no se habría descubierto tan rápidamente de no haber sido porque el avión en el que debía viajar ha sufrido un trágico accidente. Cuando la policía le devuelve el equipaje a Alberto, su marido, este descubre en un estuche media docena de *pendrives*. Poco a poco, a través de ellos, irá conociendo a Astarté, el otro yo de Elisa, una mujer enganchada a webs adultas, desinhibida, deseosa de conocer y disfrutar un nuevo mundo que la deslumbra y la atrapa, y enredada en una complicada relación que la llevará a un desenlace inesperado. *Mi querida Astarté* son las reflexiones de una mujer que, llegada la mediana edad, se da cuenta de que no ha cumplido sus sueños de juventud y descubre (o cree) que aún está a tiempo de llevarlos a cabo.



Trópico

Rafael Bernal

Editorial Jus, 2016

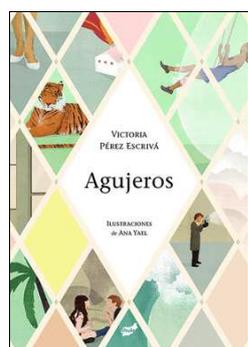
Trópico despliega con asombroso vigor todos los destellos de una prosa exacta y una perspicacia sutil. Hay dos escenarios, el interior y la costa de Chiapas, que encarnan alegóricamente la pureza serrana y la corrupción cenagosa, el vicio y la virtud. Atrapados en esa dualidad fatídica, los individuos se alzan o derrumban frente al mal. No tienen escapatoria, pero son dueños de sus actos, amos y esclavos de su destino. Esa paradoja es la vida y es este libro. «Rafael Bernal agita la mano y disipa la bruma para que podamos contemplar nuestra realidad (la realidad chiapaneca, que tan poco ha cambiado poco en setenta años), para que podamos vislumbrarla en todo su oscuro fulgor.» (Juan Pablo Villalobos).

La noche y yo

Juan Carlos Méndez Guédez

Editorial Páginas de Espuma, 2016

Con pasión y riesgo, así parece escribir siempre Juan Carlos Méndez Guédez, uno de los más valiosos narradores hispanoamericanos de la actualidad. Con emoción, intensidad y seducción están escritas —y es lo que transmiten— los tres relatos que forman *La noche y yo*, que en el fondo bien podrían ser una única conversación cruzada con otras conversaciones alrededor de una historia de amistad y sexo y abandono y reunión; o varias historias de recuerdos y deseos, arrepentimientos y decisiones e insomnios; o una historia de Caracas lloviendo, o de Madrid lloviendo o, incluso, de Bir Tawil con lluvia, y de noche, «la noche como un cuchillo que abre en dos el vientre de un pescado»; y una historia o varias de libros subrayados, de lecturas y lectores, de gente que vive por los libros y desde los libros, porque —como señala uno de los narradores de *La noche y yo*— solo en lo que leemos fuera somos capaces de reconocernos dentro.



Agujeros

Victoria Pérez Escrivá

Thule Ediciones, 2016

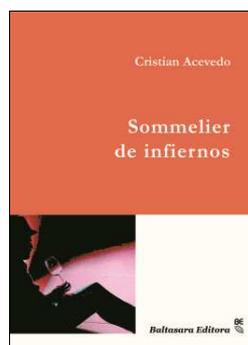
Agujeros es una recopilación de relatos con los que Victoria Pérez Escrivá asalta al público adulto con una narrativa que mezcla humor y absurdo. El libro se divide en tres partes. En la primera parte, *Náufragos*, se da noticia de diferentes inadaptados, como en 'Gris', donde una familia gris compra una vivienda por el botón que permite naufragar y les obliga a confesar sus más íntimos y terribles secretos. O como en 'Náufragos', en que un hombre perdido en una isla en medio del océano tira del botón cuando ve llegar a su familia a nado y consigue perderla de vista a costa de caer en el desierto que orilla un nuevo mar. La segunda parte, *¿Sabes cuánto te quiero?*, versa sobre diferentes aspectos del amor, como 'Cicatrices', que trata de un beso indeleble que no deja de crecer. En 'Corazón', una mujer, para comprarse una nevera, ha vendido el corazón de su antiguo novio, que viene a recuperarlo. La tercera parte, *Agujeros*, cierra el libro con un relato sobre cómo los otros nos ayudan a cerrar los agujeros que se producen en nuestras vidas.

Chicos y chicas

Soledad Puértolas

Anagrama, 2016

En este extraordinario libro de relatos —el séptimo en su haber—, la voz narrativa de Soledad Puértolas se expresa en tercera persona y cobra el tono de las narraciones clásicas, cuando el narrador, por encima de todo, perseguía la magia, la seducción inherente a la misma narración, independientemente de lo que se contara. Sin embargo, la cercanía que implica la primera persona, los relatos contados por quien los protagoniza, no se ha perdido. Ha alcanzado un matiz nuevo. Quizá de mayor serenidad, de mayor hondura. Sin que falte el humor, que recorre todos los relatos, y que en algunos de ellos hace que se acentúe nuestra sonrisa.



Sommelier de infiernos

Cristian Acevedo

Baltasara Editora, 2016

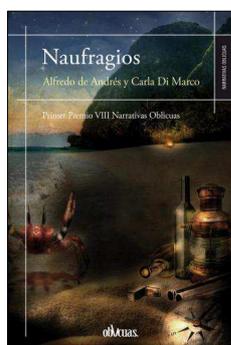
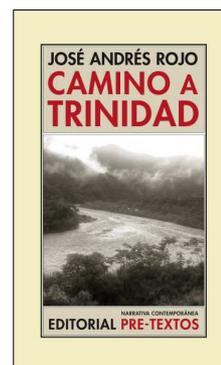
En los cuentos de *Sommelier de infiernos* se abordan situaciones reales como una entrevista de trabajo, una visita familiar, una niña que acumula mentiras, y tantas otras más, que se van transformando en desconcertantes y terroríficas. Con una prosa despojada de todo artificio el autor nos introduce en un mundo imaginario del cual es difícil salir. «A lo de la abu Noelia no voy más. Y no porque sea el lugar más aburrido del mundo: sin tele, sin compu, sin juegos de mesa. Ni muñecas, ni nada de nada. No, a todo eso ya me acostumbré. Si hasta dormir la siesta ya no me parece tan raro como las primeras veces». Así comienza «Última visita» y sólo al leer los párrafos finales entenderemos el porqué de la negación del comienzo, aunque nos llame la atención una erre propia de un error de tipo.

Camino a Trinidad

José Andrés Rojo

Editorial Pre-Textos, 2016

El narrador de Camino a Trinidad regresa después de una larga ausencia a La Paz (Bolivia) con la idea de reconstruir el viaje que hizo por un río amazónico desde Puerto Villarroel, en el Chapare, hasta Trinidad. Fue en el año 1977, durante la dictadura de Hugo Bánzer. El amigo con el que compartió aquel trayecto desapareció un par de años después en el Caribe y nunca más se supo de él. Han pasado tres décadas desde que recibió aquella aciaga noticia y piensa que si investiga lo que pasó con su amigo quizá pueda entender qué ocurrió con las ilusiones que ambos compartían entonces. Así que vuelve atrás tirando del hilo de aquel remoto viaje en el que no dejaron de barajar el desafío de transformar radicalmente el mundo, fascinados con la idea de la revolución. En el retorno a aquellos tiempos y lugares se irá encontrando con algunas vidas rotas, con la fracasada aventura de la guerrilla de Teoponte, y acabará por enredarse en la evocación de las tristes circunstancias en las que Nietzsche concibió Así habló Zaratustra, el libro que descubrió por aquellos días. El recorrido le va revelando cuán escaso es el margen de maniobra del que dispone cada individuo frente al insoponible peso y la influencia del «espíritu de una época».



Naufragios

Alfredo de Andrés y Carla Di Marco

Ediciones Oblicuas, 2016

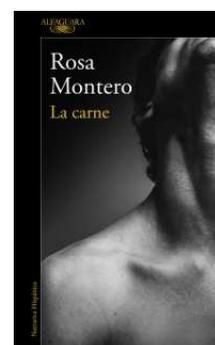
Un hombre solo, en una isla desierta, víctima de un naufragio. En el centro de la isla hay una selva, como en todas las islas, de color verde pájaro. Y en el centro de la selva una laguna en cuyo fondo habita la inexistencia junto a peces que se olvidan de sí mismos. Y también hay playas de arena blanca donde los cangrejos alzan sus pinzas al universo... Un hombre solo que observa la llegada a su orilla de los restos del naufragio: botellas que llena con tiempo, anteojos, escopetas, tigres, violines... Un hombre que espera o que no espera, escribiendo sobre la arena palabras que sabe que las inalterables olas del mar borrarán. Que espera o que no espera una voz, una última llamada, la vela blanca de ninguna salvación.

La carne

Rosa Montero

Alfaguara, 2016

Una noche de ópera, Soledad contrata a un gigoló para que la acompañe a la función y así poder dar celos a un examante. Pero un suceso violento e imprevisto lo complica todo y marca el inicio de una relación inquietante, volcánica y tal vez peligrosa. Ella tiene sesenta años; el gigoló, treinta y dos. Desde el humor, pero también desde la rabia y la desesperación de quien se rebela contra los estragos del tiempo, el relato de la vida de Soledad se entretiene con las historias de los escritores malditos de la exposición que está organizando para la Biblioteca Nacional. *La carne* es una novela audaz y sorprendente, la más libre y personal de las que ha escrito Rosa Montero.



El hombre de lenguas

Andrés Ehrenhaus

Editorial Lom, 2016

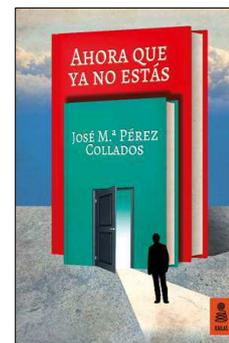
Los once relatos reunidos en este volumen bajo el título *El hombre de lenguas*, sin duda pondrán nervioso a más de un corrector literario o amante del uso correcto del idioma, y en tal sentido puede que para ellos este no sea el libro más recomendable de leer... La escritura de Andrés Ehrenhaus se compone de relatos delirantes, imaginativos, lúdicos, absurdos, tan ciertamente inverosímiles que llegan a ser divertidos, de un humor a veces ingenuo, otras algo mordaz y que dejan traslucir un delicado-brutal aroma a humor negro. Pero eso no es todo, la provocación de sus textos no solo está dada por estas características, sino por el modo en que conjuga relato y escritura. En el territorio de Ehrenhaus no existe una manera correcta o buena de escribir; simplemente existe la necesidad de decir, de contar, de hacer literatura en todas sus posibilidades y su libertad. Aquí el único criterio válido es que todo es incorrecto, arbitrario, dudoso y refutable en la lengua, y más en la literatura; en este lugar no hay autoridades fiables.

Ahora que ya no estás

José María Pérez Collados

Kalias Editorial, 2016

A José le llega un regalo por correo. Es una novela. Al leerla descubre, aterrado, que en aquel libro se narra su propia vida. ¿Quién se la ha enviado? ¿Con qué motivo? En el libro también se cuenta otra historia: la de su autor, Fernando. Una tarde Fernando regresa a casa y encuentra el cuerpo inerte de su esposa, que se ha suicidado. ¿Cómo es posible que no sospechara nada? ¿Quién era ella realmente? El recién jubilado comisario Alfonso teme la soledad. Por algún motivo que no comprende siente piedad por Fernando y decide ayudarlo a descubrir los secretos de la vida de su esposa. José M.^a Pérez Collados es Catedrático de Historia del Derecho en la Universidad de Giróna. Dirige la Revista de Cultura Jurídica *Ius Fugit* y es director de Ediciones Nuevos Rumbos.



Niños héroes

Diego Zúñiga

Literatura Random House, 2016

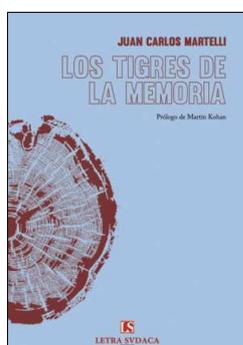
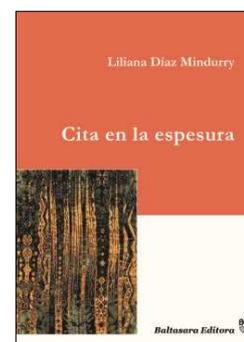
Departamentos, caminatas por la ciudad, la toma de un colegio y el rapto de unas estudiantes, la vida cotidiana en un hospital público, el fracaso de una promesa futbolística, una amistad obsesiva entre el narrador y Catalán, la promesa frustrada de la literatura chilena, presente en algunas de estas historias. Los relatos que componen *Niños héroes* muestran facetas y claroscuros de la infancia como de una juventud distante de las promesas y sueños de sus protagonistas. Con prosa ágil y con un estilo que se restringe en descripciones pero que opta por la fuerza de las historias y de sus personajes, Diego Zúñiga se desprende del norte chileno e incursiona en la ciudad, mirada bajo los curiosos ojos de arriesgados adolescentes.

Cita en la espesura

Liliana Díaz Mindurry

Baltasara Ediciones, 2016

Y es que el misterio atraviesa la novela hasta el último párrafo. ¿Quiénes son Pilar, Silvio y Marcos? ¿Quién disparó los tres tiros? ¿Quién arrastró a quién hacia el homicidio? Hay narraciones que son como el mapa de un tesoro, donde cada detalle está señalando ese tesoro que se anuncia desde el inicio mismo de la historia. En otras, más sutiles, no hay flechas indicando burdamente dónde se encuentra lo que se busca. El plano muestra todo, menos el tesoro. Se genera entonces una búsqueda, un recorrido que obliga al lector a seguir, a crear con la lectura, y el tesoro aparece en los rincones menos pensados del plano. Porque el plano *es* el tesoro. Quien logra crear ese relato, es algo más que un escritor. Algo más, acaso, que un poeta. Muy pocos narradores, de tanto en tanto, lo consiguen. Liliana Díaz Mindurry lo consigue siempre.



Los tigres de la memoria

Juan Carlos Martelli

Letra Sudaca Editores, 2016

Indagar en la memoria es exponerse a los peligros que la habitan y que acechan en lo más recóndito de sus dominios. El pasado no es una ilusión —como tal vez lo sea el futuro—: es un animal agazapado dispuesto a saltar sobre nosotros en cualquier instante. Cralos, héroe de esta novela, ha intentado alejarse de sus zarpas y fauces, pero pronto comprenderá que a la bestia la lleva consigo. Así, la escritura se vuelve el único mecanismo posible para exorcizar el peligro, aunque de forma ambivalente, puesto que el lenguaje, lejos de clausurar, es una constante puerta de acceso que, además, no da garantías: «A veces dudo que todo haya sucedido así», confiesa

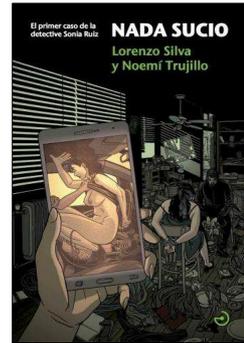
Cralos, que debe aferrarse a dos o tres certezas para creer que no todo fue una ilusión y que la amenaza también aguarda afuera, a la vuelta de cada esquina. *Los tigres de la memoria* de Juan Carlos Martelli, novela casi perdida y olvidada —como su autor—, ganó el Primer Premio Sudamericana-La Opinión en 1973, con un jurado compuesto por Rodolfo Walsh, Juan Carlos Onetti, Augusto Roa Bastos y Julio Cortázar.

Nada sucio

Lorenzo Silva y Noemí Trujillo

Editorial Menoscuarto, 2016

Sonia Ruiz, detective improvisada al borde de la quiebra, afronta aquí su primer caso junto a su joven amigo Pau Soria. Su inquebrantable confianza mutua, que a menudo aparece velada, será su única baza para enfrentarse al sucio mundo del acoso laboral que aborda esta novela. Con esta obra, Lorenzo Silva y Noemí Trujillo superan clichés del género, apelando al lector con una historia urbana contemporánea contada con calor y crudeza... como una nana despiadada. 'Nada sucio' refleja que legalidad y moralidad son hoy mercancías sujetas a cotización variable en una sociedad donde sigue habiendo buenos y malos, aunque cada vez resulta más difícil distinguirlos.



Lo que olvidamos

Paloma Díaz-Mas

Anagrama, 2016

Con mirada atenta y sutil, con una emotividad desprovista de afectaciones, Paloma Díaz-Mas indaga en el cruce entre dos relatos, dos pasados (el familiar y el colectivo, el político y el personal), que persigue encarnados en objetos, historias, recuerdos. Ante la doliente constatación de la caducidad de la memoria, *Lo que olvidamos* —honesto y veraz, intimista, absorbente— exhibe su voluntad de restaurarla, de reevaluarla y restituirla, y lo hace con talento, energía y solidez, confirmando las entusiastas valoraciones de que ha sido objeto la trayectoria de Paloma Díaz-Mas hasta ahora: «Díaz-Mas es una escritora extraordinaria, leerla siempre es un placer» (Adolfo García Ortega, *El*

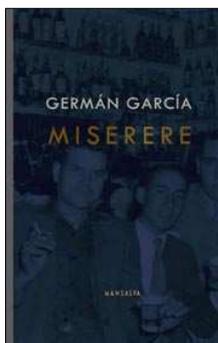
Norte de Castilla); «En Paloma Díaz-Mas sería impensable un libro sin riqueza conceptual y elegancia estilística; es decir, pensado para todos los que aman la literatura» (*Leer*); «Abre nuevos terrenos en cada obra» (William R. Risley, *World Literature Today*); «Verdadero dominio del arte de contar» (Iñaki Ezquerro, *El Correo Español*).

Toda la vida

Héctor Aguilar Camín

Literatura Random House, 2016

Serrano, Felo, Pato y Liliana entrañan una red de silencios, traiciones y obsesiones cruzadas por los años que la muerte de un conocido desatará de nueva cuenta. Fábula sin moraleja sobre los abismos del amor fatal, la ambición y el delirio, *Toda la vida* es también un recorrido nostálgico por los territorios perdidos de la vida bohemia de la ciudad de México, una indagación literaria sobre cómo se escriben las novelas y un recordatorio de la podrida relación entre la policía y la política en el México del viejo régimen. Después del éxito de *Adiós a los padres*, la celebrada novela autobiográfica de Héctor Aguilar Camín, *Toda la vida* marca su regreso a la ficción en estado puro donde las palabras trabajan al servicio de una perturbadora historia de amor, celos y poder que no dejará indiferente a ningún lector.



Miserere

Germán García

Editorial Mansalva, 2016

El secuestro de Adolf Eichmann por la Mossad durante el gobierno de Frondizi, el asalto al Policlínico Bancario, la *Dolce Vita* criolla con sus fiestas negras, el asesinato de Norma Mirta Penjerek y sus implicancias políticas, la aparición del petitero grupo Ta-cuara, contados por la voz irónica de alguien cuyo Virgilio son las mujeres; una suerte de Antoine Doinel a la Truffaut que entra y sale con inteligencia de las coaliciones masculinas guerreras pero que parece permanecer siempre del lado de Ellas —musas, iniciadoras, anfitrionas—. *Miserere* es también una autobiografía falsa, la que se escribe con lo que no se ha vivido y que no por eso puede traducirse en ficción. Si fuéramos colonizados diríamos que *Nanina*, el libro que Germán García publicó a los veinte años es nuestro *De-mian* o nuestro *El gran Meaulnes* pero preferimos considerarlo un *Raucho* o una *Juvenilia* para atorrantes, aunque mucho más letrada puesto que fue escrita en una ciudad cuyos bares y librerías ofrecían más lecturas críticas que la universidad y más maestros que profesores.

Los amantes anónimos

Salvador Gutiérrez Solís

Editorial Stella Maris, 2016

Carmen Puerto, una inspectora de policía de mediana edad, vive desde hace seis años recluida en su casa sevillana. Le ha alquilado los bajos de su casa a Jesús Fernández, un tranquilo y apocado peluquero que se encarga de hacerle la compra y mandársela a través de un montacargas interior, y desarrolla toda su actividad como policía a través del portátil y el móvil. A pesar de esta extraña forma de relacionarse con el mundo y del error que supuestamente cometió en su última investigación, su superior no se ve capaz de prescindir de ella y menos cuando se le presenta un caso complejo. En un mismo día aparecen distintos restos humanos congelados en tres ciudades también distintas: Barcelona, Madrid y Sevilla. Carmen Puerto contará con la colaboración de su ex compañero Jaime y de Julia, convertidos en sus ojos y sus oídos, para resolver el enigma.



Poste restante

Cynthia Rimsky

Editorial Entropía, 2016

«¿Rimsky o Rimski? La diferencia entre la última letra de su apellido y el que encuentra en un álbum de fotos perdido lleva a una mujer a cruzar el océano en busca de un origen. La enumeración caótica es la figura retórica de todos los viajeros: mercados de Lévi-Strauss, bazares de Bowles, nombrados como cifras de una conquista por asimilación. La viajera de Rimsky parece comprender por despojamiento. Sus enumeraciones no atesoran, se despojan en nombre de una disposición hospitalaria a lo nuevo, donde la curiosidad se sobrepone a todo temor o arrepentimiento. Escrito con una hipnótica perfección, al borde de la miniatura, *Poste restante*

está hecho de epifanías calmas, lejos de la exaltación maníaca del viaje *beat* o del sesgo de denuncia del viaje guevarista. Observaciones delicadas pero políticas, sin afán de leer en el Otro buscando domesticar su sentido.» (María Moreno).

La orilla de los encantados

Pablo Forcinito

Editorial Metalúcida, 2016

«Ya conocemos a Paraná. Un Hyde en estado puro, a la altura de los grandes monstruos del slasher. Si en sus dos primeras novelas (*En tu mundo raro y por ti aprendí* y *Paraná*), Pablo Forcinito exploró la formación de la mente de un serial killer, *La orilla de los encantados* cierra la trilogía con el desmoronamiento de esa conciencia. Una novela sobre la locura, los demonios y los fantasmas que mantienen a los monstruos de pie. Porque el mundo no es un lugar seguro y también el mal puede encontrarse con orillas más turbias. Paraná está de regreso. Y, como nunca tiene suficientes orejas en su colección, ahora quiere las tuyas.» (Leandro Ávalos Blacha).



Los libros del agrimensor

Mario Bellatín

Ril Editores, 2016

«Todo, desde el epígrafe, está en su lugar. La fábula funciona a la perfección. Hay un escritor que realiza su obra enmascarado en la figura de un agrimensor; figura que simula un linaje con su padre, asumido también como agrimensor, a partir de las lecturas compartidas de *El castillo*. Desde estos deslizamientos identitarios de los personajes podríamos hacer una lectura del libro visto como un triángulo en cuyos vértices se ubiquen el Padre Agrimensor, el Hijo Escritor Agrimensor y el Agrimensor K. Dicha lectura estaría encaminada a revisar e introducir esquemas cuyo epicentro dé cuenta de las correspondencias e inversiones que Mario Bellatín establece con algunas señas particu-

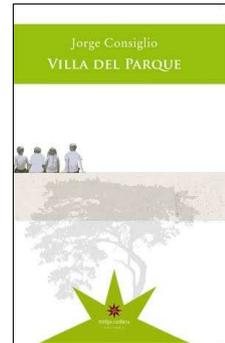
lares de la novela de Franz Kafka: la imposibilidad de la escritura, sus dificultades operativas —el agotamiento físico que conlleva la construcción de una obra—, problemáticas que aparecen apenas mencionadas. La escritura, según el artista agrimensor, ya está hecha y por ello cada libro ha perdido su carácter de pieza individual; los libros lucen desprovistos del sentido que los hombres notables del poblado intentan, sin éxito, restituir: solo puede esperarse un orden físico, puro valor objetual de la especie libro (el destino será el mueble que pueda contenerlos).» (Carlos Ríos).

Villa del Parque

Jorge Consiglio

Editorial Eterna Cadencia, 2016

En estos cuentos, Jorge Consiglio da vida a personajes tan disímiles como complejos, y lo hace con una maestría extraordinaria. Un nieto de inmigrante que heredó el sentido de la urgencia de su abuelo, sufre un infarto. A partir de entonces lo invade un resquemor, siente que el mundo podría cambiar de estado o de forma, incluso desaparecer, y en esa levedad el conflicto lo sorprende aún más y la tensión se le puede volver inmanejable. Un hombre en el living de su casa de la infancia, en medio del desorden de las reparaciones, consigue sin buscarlo, solo con el trabajo físico, experimentar una percepción distinta del tiempo, algo como el pasaje de una vida provisoria a una definitiva, sin estridencias, pero que trae nuevos vínculos clave para su destino. Jessica Galver, con sus 207 kilos, le tiene menos miedo al dolor físico que a su angustia, y firma un protocolo para someterse a un tratamiento tan tortuoso que lleva al desconcierto y al límite tanto a la paciente como al cuerpo médico. Personajes que nos recuerdan que los vínculos entre las cosas son empecinadamente misteriosos, que hay otra forma de realidad en la que, como un mal irremediable, el cuerpo dispone, y entonces cambia la mirada y un simple cansancio puede llegar a alterar incluso la geografía.



Cuarteto de cuerdas

Javier Ors

Editorial Berenice, 2016

Un boxeador de color que toca la trompeta en una nación marcada por el racismo; un campeón que sucumbe al ambiente nocturno en el Madrid de los años ochenta y acaba convirtiéndose en un juguete roto; un púgil que, desobedeciendo los consejos de sus amigos, se da la vuelta al llegar a la frontera y decide quedarse en un país inmerso en la represión de su posguerra, y, cerrando este cuadrilátero narrativo, la relación imposible entre un joven con talento para el ring, una mujer fatal y un gángster que domina la ciudad con puño de hierro. Estas son las nouvelles que forman Cuarteto de cuerdas, un libro donde los mejores no siempre triunfan y los peores golpes siempre

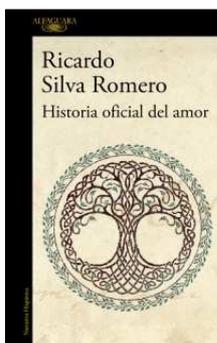
se reciben fuera de la lona.

Asamblea ordinaria

Julio Fajardo Herrero

Libros del Asteroide, 2016

Una pareja comienza a sufrir las consecuencias del desempleo y la precariedad; él decide incorporarse a una nueva organización política mientras que ella procura en vano que todo siga igual. El empleado de una moderna empresa trata de conciliar la arrebatadora fascinación que le provoca su jefe con el progresivo deterioro de sus condiciones laborales. Un joven sin cualificación se queda en paro y, para ahorrarse el alquiler, decide irse a vivir con su tía septuagenaria; la convivencia entre los dos hará aflorar serios conflictos pero también, quizá, una nueva forma de entendimiento. Los cambios causados por la crisis nos afectan más profundamente de lo que pudiéramos pensar: influyen de manera decisiva en cómo nos relacionamos y en la percepción que tenemos de nosotros mismos, provocando enfrentamientos y reacciones que en otras circunstancias nos hubieran parecido impensables.



Historia oficial del amor

Ricardo Silva Romero

Alfaguara, 2016

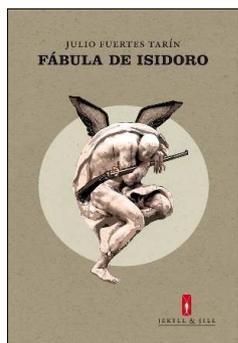
La suerte de los Silva Romero es el logro de un padre físico que lee el futuro y una madre abogada que libra a los suyos de las bajezas de la política. Pero su pasado está lleno de fantasmas: Romero Buj, el tío, asesinado por fanáticos de la lucha comunista, y Romero Aguirre, el abuelo, un destacado líder liberal que va de la gloria a la decadencia, son dos sombras que los siguen. Recorrer el árbol genealógico de la familia que protagoniza Historia oficial del amor es ver a sus padres y a sus hijos sobrevivir a la historia de Colombia: de los días de la «ola verde» al Frente Nacional, de la toma del Palacio de Justicia al Bogotazo, esta novela que avanza hacia el pasado a veces es tragedia y a veces es comedia, pero es siempre una historia de amor.

Árboles sin sombra

Graciela Pino Gaete

Editorial Cuarto Propio, 2016

Árboles sin sombra son once cuentos a través de los cuales Graciela Pino nos arroja, inmisericorde, a los complejos universos en que se desenvuelve nuestra cotidianidad en una «normalidad» aparente. Los secretos familiares, la ambigüedad, el hábito de no llamar las cosas que nos incomodan por su nombre, los prejuicios, el tapar lo que no queremos o no podemos ver en nosotros y nuestro entorno, cobran inexorablemente su precio. Cada relato nos lleva a la ruptura del orden personal y social que hemos construido dando espaldas a la realidad, que aparece siempre cuando menos se lo espera.



Fábula de Isidoro

Julio Fuertes Tarín

Editorial Jekyll & Jill, 2016

La madre de Wynston espera a su hijo a la llegada del colegio para hacerle una tirada de cartas del tarot de Jodorowsky y darle la merienda. La emisión televisiva de un partido de fútbol crucial se ve interrumpida por una transmisión violenta en la que dos encapuchados flanquean a un rehén medio apiolado en una silla: el presidente del gobierno español. «De alguna manera, Fuertes consigue dar una sensación de consistencia a lo que es a todas luces un absurdo. Personajes que cambian de nombre sin perder por ello lo que más los define. Lugares que son intercambiables entre sí porque, una vez reducidas a lo mínimo, todas las ciudades parecen iguales, todos

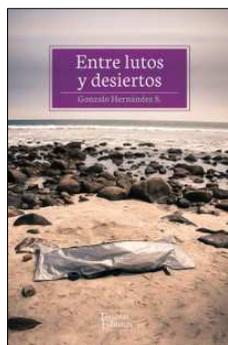
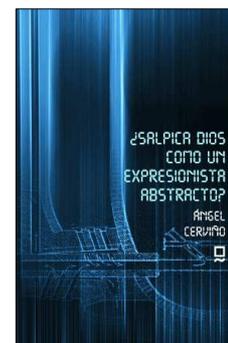
los soldados son iguales, todos los inmigrantes son extranjeros y todas las diferencias que usamos como puntos cardinales en nuestros mapas mentales son constructos culturales y, por tanto, accesorios y artificiales.» (Sergi Viciano en *Fantífica*).

¿Salpica Dios como un expresionista abstracto?

Ángel Cerviño

Editorial Balduque, 2016

No sé si ya lo he dicho antes: trabajo de narrador omnisciente —icon algo hay que ganarse la vida!— y mi misión, como es público y notorio, consiste en saberlo todo acerca de la historia de que me ocupo en cada momento; los vericuetos encubiertos de la acción o las condiciones atmosféricas de cada escenario no deberían tener secretos para mí, he de estar también advertido del disimulado afecto o la animadversión declarada que los personajes se profesan, de sus fobias y filias más privadas; mi tarea es ordenar y dosificar, siguiendo prefijadas pautas y estrategias, la información que el autor se muestre dispuesto a suministrar al lector. Nada debería escapárseme, al menos ése era el plan, pero me temo que el artillero ya no funciona exactamente así en los últimos tiempos, a veces tengo la sensación de que ellos —los personajes— van por libre y hacen lo que les da la gana, incluido jugar conmigo al escondite, como acaba de verse.



Entre lutos y desiertos

Gonzalo Hernández

Tajamar Ediciones, 2016

El detective Gustavo Huerta ha vuelto a sus andanzas de pequeño delincuente, conductas que en Colonia de perros —la novela en la cual lo conocimos— pretendió abandonar. Convertido en microtraficante de marihuana y viviendo en una población de Copiapó, esta vez debe indagar en una desaparición de la que se siente responsable. Francisca, su novia, no está en casa cuando él regresa de un viaje a Ovalle para abastecerse de drogas, al cabo de un par de días decide asumir la investigación y, mientras esta se desarrolla, teme que pueda haberle ocurrido lo peor. En el trayecto y entre borracheras, bruma de marihuana y los equívocos habituales de su actuar, debe

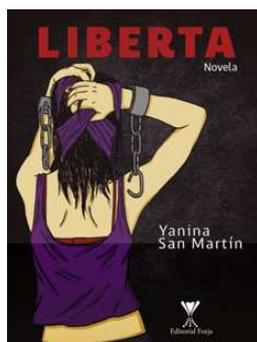
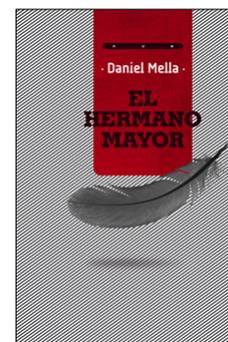
enfrentarse a una trama de corrupción política y económica, de sadismo perpetrados por sujetos limítrofes y sus banalidades del mal, para buscar en el giro final la redención desde la más extremas de las marginalidades, pese a que esta vez deberá pagar por sus estropicios y heterodoxos métodos. Nuevamente, con los recursos que le permite el género y con su acostumbrada agilidad narrativa, Gonzalo Hernández aborda una lectura crítica de la sociedad y la política, sometidas al poder del dinero.

El hermano mayor

Daniel Mella

Editorial Hum, 2016

Durante el verano de 2014, uno de los más tormentosos de los que se tiene registro en nuestras costas, Daniel Mella perderá un hermano. Haciendo uso de la memoria y de la ficción, *El hermano mayor* es la exploración urgente de ese vínculo fraternal y de los efectos que dicha muerte tendrá en su círculo más íntimo, una exploración que lanzará al autor hacia el pasado y el centro mismo de sus obsesiones. Daniel Mella es uno de los escritores clave de la literatura uruguaya contemporánea. Publicó *Pogo*, su primera novela, a los 21 años, a la que seguirían *Derretimiento*, *Noviembre*, y el libro de cuentos *Lava* (Premio Bartolomé Hidalgo, 2013). Coordina talleres literarios y es colaborador habitual de El País Cultural y la Revista Lento.



Liberta

Yanina San Martín

Editorial Forja, 2016

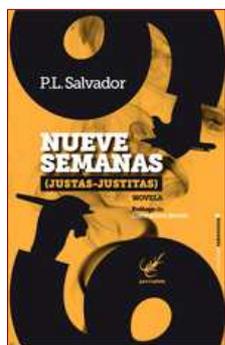
El primer año en la universidad trae consigo un sinfín de descubrimientos, algunos más extremos que otros; se abre un mundo nuevo, dejas atrás, de cierta manera, «el nido»; tal vez, para otros, llega la tan ansiada libertad y empiezas a ver el mundo de forma distinta, fuera de la protección 24/7 de los padres. Para otros, tal vez la gran mayoría, se define al ser adulto y se re-descubre en todo sentido; los cuestionamientos propios de la adolescencia salen a flote, las convicciones se hacen más fuertes, conoces a los que se transforman en los amigos de la vida y empiezas a liberarte de lo que te destruye o te carcome. *Liberta* es eso, y un poco más...

Mirar de lejos

Daniel Escolar

Libros del Zorzal, 2016

Las ruinas, los sobrevivientes, los muertos. El polvo apretado entre los cerros, las cumbres del Tontal, los días, las noches, el aroma a menta, a tomillo, a tierra reseca, las piedras calientes, el sol. La puerta rota que brilla al fondo del palier, la noche en el mejor restaurante kosher de Praga, la casa del médano detrás de la obra abandonada, el transatlántico de Amarcord navegando sobre la arena, las luces de neón del telo de Parque Patricios, las luces de neón de todos y cada uno de los telos de la ciudad. Y la novela, la otra, la que estaba guardada en un cajón del escritorio y no tenía final. De manera deslumbrante, *Mirar de lejos* recrea los lugares, los momentos y las voces que rodean una historia personal llena de interrogantes: una novela inconclusa, existencias incompletas, memorias fragmentarias. Aquí se expresan, con gran inteligencia, las respuestas que surgen a lo largo de la intensa búsqueda de su protagonista, cuando las palabras que se han perdido resuenan y la propia vida cobra un sentido que estaba oculto u olvidado.



Nueve semanas (justas-justitas)

P.L. Salvador

Editorial Pez de Plata, 2016

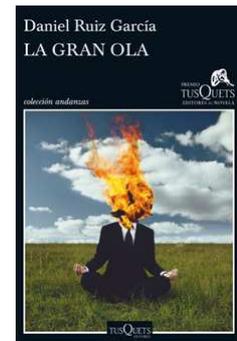
Ésta es la historia de Bloss Ñejer, un golfo irresistible que siempre vivió de las mujeres porque ellas se lo permitieron. Nació guapo y con talento, pero él no tiene la culpa. Tampoco tiene la culpa de ser escritor. Maldita sea, lo necesita. Necesita escribir. Necesita registrar sus sensaciones en una libreta-diario. Bloss es un canalla, un tipo burlón que le planta cara a la vida enseñando los dientes. Apretando los dientes. El éxito es esquivo y la vida golpea. Pero de uno de esos golpes (un golpe de suerte) nacerá un nuevo estilo literario cuyo poder de seducción va más allá de los lectores y de la propia literatura. Un estilo inimitable, que todos imitarán. Un estilo contagioso, indecoroso, sedicioso. El estilo de un hombre al que ya le toca ganar. Así pues, experimentemos... «Una novela redonda y azul como un limón desternillado, agrio, inmoral y sabroso. Una novela fuera de la ley. Una novela absolutamente inesperada». (Constantino Bértolo). P.L. Salvador ha publicado *Donde la brisa te habla*, *El séptimo sentido*, *Nadando contracorriente*, *Egregios* (Premio I Certamen Literario Imprimatur) y *De lobos (divergentes)*.

La gran ola

Daniel Ruiz García

Editorial Tusquets, 2016

Julián Márquez está al límite. Y no sólo por sus problemas domésticos, que son considerables, sino por los del trabajo. Director de una de las divisiones comerciales de Monsalves, una empresa familiar en expansión, recibe presiones de la compañía por que los números no cuadran. Casi nada cuadra en su vida, confundida siempre con el trabajo. Porque vivir es sobre todo sobrevivir. Algo que sabe bien el recién incorporado Ribera, comercial inmobiliario venido a menos tras la crisis del ladrillo y un buscavidas que ve ahora la gran oportunidad de volver a remontar. En Monsalves se encuentra con que los empleados viven sometidos a las nuevas formas del mundo laboral de la mano de Estabile, un *coach* que quiere revolucionarlo todo según las técnicas del pensamiento positivo. *La gran ola* representa una visión ácida y sin paliativos de las nuevas empresas, cautivadas por los rutilantes y no del todo saludables mantras de la motivación, el liderazgo o la capacidad de superación, y retrata, de manera imborrable, los estragos que en algunas corporaciones han dejado los últimos años de crisis económica. XII Premio Tusquets Editores de Novela.



Los buenos amigos

Use Lahoz

Editorial Destino, 2016

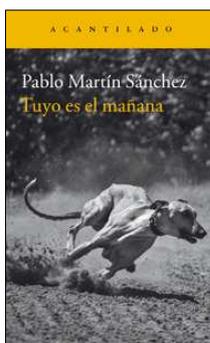
Corren los años cincuenta y con tan solo ocho años Sixto Baladía verá cómo los felices días en su pueblo natal de Aragón llegan a su fin. Después de que la inesperada y repentina muerte de sus padres en un incendio le deje huérfano, sus tíos, acuciados por la falta de posibilidades económicas, lo enviarán al orfanato de San José de la Montaña, en la gran ciudad, siempre más próspera que la mayoría de las provincias del interior de España. Ahí es donde dará comienzo de nuevo su vida, y conocerá a Vicente Cástaras, un niño poco mayor que él, carismático y embaucador, que pronto se convertirá en su líder, su inseparable amigo y su protector. Pero el tiempo pasa veloz, y al crecer los que en su día fueron amigos del alma, casi como hermanos, verán como los primeros amores crearán recelos, fisuras y sentimientos de traición que los separarán para siempre. O así, por lo menos, lo creen ellos. El azar hará que sus vidas vuelvan a cruzarse treinta años después, y la nostalgia de aquellos primeros años en los que fueron inseparables pronto se convertirá para Sixto en una pesadilla de la que querría poder despertar, una persecución silenciosa en la que los roles de cada uno volverán a la superficie, y los conceptos de amistad, fidelidad, éxito y triunfo serán puestos en cuestión.

Incertidumbre

Paco Inclán

Editorial Jekyll & Jill, 2016

El autor de *Tantas mentiras* se sumerge en nuevos escenarios para ahondar en las contradicciones de la condición humana, especialmente en las suyas propias. Es así como sufre el conflicto norirlandés en sus carnes, se integra en un grupo de cruising de visita en Formentera, sale en atropellada búsqueda del brazo derecho de san Vicente Mártir, se cita con el ganador del concurso de letras para el himno de España o pone en riesgo su vida, amenazada por la generosidad ancestral que le brindan los habitantes de una isla del Pacífico. Situaciones que generan un estado de incertidumbre: ¿esto está pasando? Y si es que sí, ¿por qué demonios?



Tuyo es el mañana

Pablo Martín Sánchez

Editorial Acantilado, 2016

«Hoy vas a nacer. No deberías, pero lo vas a hacer. No deberías porque el infierno está ahí afuera. Hay manifestaciones día sí y día también. La gente habla de elecciones. De atentados. De amnistías.» La medianoche del 18 de marzo de 1977 la suerte de un bebé que se desliza por el cuello del útero de su madre quedará ligada a las vidas de seis individuos. Tuyo es el mañana es la obra de un hábil demiurgo que, al inscribir las diversas y coloridas voces de los personajes en la secuencia del tiempo y el espacio, recrea la imbricada trama de azares de que está hecha la vida y nos descubre un magnífico jardín de senderos que convergen.

La hora de despertarnos juntos

Kirmen Uribe

Editorial Seix Barral, 2016

A Karmele Urresti la guerra civil la sorprende en su Ondarroa natal. Mientras la población huye al exilio, ella decide quedarse curando a los heridos y tratando de liberar a su padre, que ha sido encarcelado. Al final de la guerra debe abandonar su tierra y partir hacia Francia, donde pasa a formar parte de la embajada cultural vasca. Allí conoce al que será su marido, el músico Txomin Letamendi. Juntos recorren media Europa hasta que, a punto de caer París en manos de los alemanes, huyen a Venezuela. Pero la Historia irrumpe de nuevo en su vida. Cuando Txomin decide sumarse a los servicios secretos vascos, la familia regresa en plena Segunda Guerra Mundial a Europa, donde él realiza labores de espionaje contra los nazis hasta que es apresado en Barcelona, bajo una dictadura a la que no sobrevivirá. Karmele tendrá que arriesgarse y partir, sola esta vez, con la esperanza ciega de quien deja atrás lo más preciado. La gran novela sobre la historia vasca, española y europea del siglo XX hasta nuestros días.



Los usurpadores

Jorge Zepeda Patterson

Editorial Destino, 2016

A punto de concluir el mandato del presidente Prida, se desencadena una feroz lucha entre los tres candidatos al puesto. Los aspirantes mueven ficha, pero si bien las estrategias políticas y sociales deberían ser el límite, uno de ellos, un militar fanático arropado por algunos compañeros, traspasa todas las líneas rojas orquestando una masacre en la Feria del Libro de Guadalajara con el objetivo de desestabilizar el país. De nuevo Los Azules, el grupo de amigos de la infancia que ocupan cargos de poder, serán parte involucrada en la trama tratando de averiguar quién está detrás del atentado y qué relación guarda éste con el tenista de élite Sergio Franco, a quien un sicario

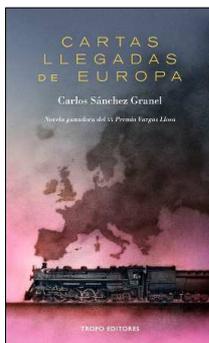
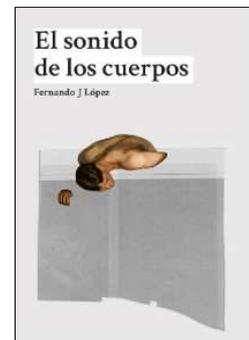
ha tratado de asesinar.

El sonido de los cuerpos

Fernando J López

Editorial Dosbigotes, 2016

El suicidio de Jorge, un director de cine en su mejor momento creativo, sume a Mario en un estado de perplejidad absoluta, donde se debate entre la desolación y la rabia. Incapaz de entender el porqué de la decisión de su pareja, intenta encontrar alguna respuesta en el cuaderno en que Jorge había empezado a esbozar las escenas de su próxima película. Lo que Mario no puede imaginar es que esas páginas acabarán conduciéndolo hasta Alma, una periodista obsesionada por desvelar la identidad de un asesino que graba pentagramas en el cuerpo de sus víctimas. Juntos comenzarán un particular descenso a los infiernos donde, además de desentrañar las causas de las muertes que los rodean, habrán de enfrentarse a la verdad sobre sí mismos. Y sobre los nombres —y los cuerpos— que suenan en sus vidas.



Cartas llegadas de Europa

Carlos Sánchez Granel

Tropo Editores, 2016

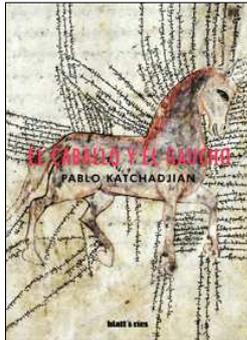
Cartas llegadas de Europa es la historia de un joven argentino que visita Europa a finales de los años treinta con la intención de conocer el viejo continente y hacer negocios con diversos fabricantes de vidrio. Por carta mantendrá siempre informado a su hermano sobre los acontecimientos culturales y políticos de los que será testigo: la nueva música de moda, las corrientes filosóficas imperantes y la violencia ideológica naciente, preludio de la Segunda Guerra Mundial. Su periplo le conducirá desde Buenos Aires a París, y de ahí a Praga, en un arco temporal comprendido entre marzo de 1938 y noviembre de 1940. En el transcurso de su viaje conocerá el amor a través de dos mujeres bien diferentes: *Fräulein Beck*, que le ayudará en sus negocios, e *Irenka*, una *femme du monde* y miembro de la resistencia checa que lo llevará a enrolarse en una peligrosa aventura de final inesperado.

Voces para un tímpano muerto

Miguel A. Zapata

Editorial Talentura, 2016

Voces para un tímpano muerto es un osario lleno de gritos, un mapa para perderse en el regazo de algún dios esquizoide, un manual de espejismos caracoleando dentro de cualquier retina. Como en el fondo de un océano apocalíptico o en las arrugas sin nombre de ciertas ancianas, en este libro hormiguean deleites furibundistas, trastornos oníricos, metafísica alucinatoria, arquitecturas evanescentes de la palabra o cuentos fronterizos. ¿A quién obedecerán las voces cuando no haya nadie para oír-las? Quizá se ordenen en fábulas como éstas. «Brillante tratamiento del lenguaje. Extraordinario ejercicio de estilo». (Javier Goñi, *Mercurio*).



El caballo y el gaucho

Pablo Katchadjian

Editorial Blatt & Ríos, 2016

El caballo y el gaucho es un libro de relatos que pueden ser cuentos, ensayos, fábulas, poemas en prosa, leyendas. Cada relato desarrolla plenamente una idea y postula un mundo complejo que se resuelve en pocas páginas. El método, desde el título, es dialéctico. La vida y la muerte, los sueños y las guerras, los ancestros y el amor, la lógica y el sentido, el arte y la creación, el poder y la escritura. Estos temas, que nos vienen del orden de la lengua y la cultura, no siempre están planteados en cada relato como dualidad, muchas veces un relato resuena en otro y aparece el espejismo de una explicación, de una síntesis. Pero la tradición dialéctica es

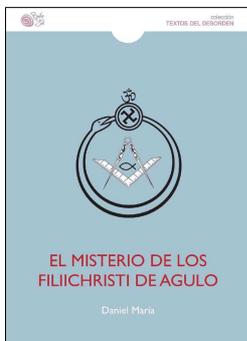
en realidad para este libro el filón inagotable y la oportunidad de la literatura. Memorias falsas, escenas, leyendas, anécdotas se descuelgan con toda la fuerza del relato sobre ese tesoro civilizado de las contradicciones y lo vuelve a su estado salvaje. Como cada vez que se aburre de sí misma, la literatura sale en *El caballo y el gaucho* a renovarse buscando cuentos perdidos en las grandes explicaciones del mundo.

Nuestra historia

Pedro Ugarte

Editorial Páginas de Espuma, 2016

Una historia de ciudades densas y abigarradas, donde la gente se sabe anónima en un mundo demasiado grande para almas pequeñas. Un libro poblado de personajes retratados en sus virtudes y defectos, en su afán cotidiano y en sus obsesiones, en sus aciertos y en sus errores, en la búsqueda frustrada —o el hallazgo imprevisto— de la felicidad. Pedro Ugarte vuelve a la escena del cuento con una propuesta intimista: sus páginas se revelan como una reflexión sobre la felicidad, esa percepción sujeta a todo tipo de opiniones y planteamientos. Esta exploración se desarrolla en el paisaje de la sociedad actual, una sociedad golpeada por una crisis económica, cuyos efectos se extienden a todos los órdenes de la vida. El resultado, sin duda, es el mejor libro de cuentos de Ugarte y uno de los mejores libros que hemos leído sobre los tiempos que nos han tocado vivir. *Nuestra historia*.



El misterio de los filiichristi de Agulo

Daniel María

Editorial Baile del sol, 2016

En los años veinte del pasado siglo surgió en Agulo, un pequeño pueblo de la isla de La Gomera, una congregación teosófico-cristiana denominada los filiichristi. Sus principales miembros escribieron novelas, ensayos, poemarios y artículos en prensa donde reflejaron su interés por las ciencias ocultas, la teosofía, el esoterismo, la hipnosis, la masonería, la brujería y la sabiduría oriental. Pronto crearon en Agulo un halo de leyenda, que llega hasta nuestros días, por sus reuniones secretas, sus vidas ermitañas y sus capacidades para la adivinación y el contacto con los muertos. Sin embargo, la Guerra Civil acabó abruptamente con el proyecto de los filiichristi,

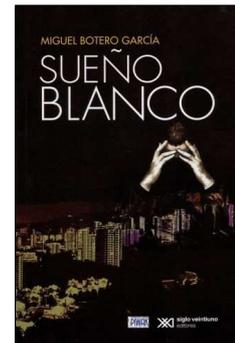
que ya estudiaban la posibilidad de asentarse en el corazón del Garajonay, hoy Parque nacional declarado Patrimonio de la Humanidad. Casi noventa años después, Daniel María ha seguido el rastro de silencio de los filiichristi a través de sus obras y de la memoria colectiva de Agulo. ¿Quiénes fueron los filiichristi? ¿Qué papel representaba cada uno de ellos en el grupo místico de La Gomera? ¿Qué escribieron e investigaron? ¿Cuál fue el destino de sus componentes durante la represión franquista?

Sueño blanco

Miguel Botero García

Siglo XXI Editores, 2016

Pese a que la historia narrada por un adolescente se desarrolla en Medellín a fines del siglo XX, su tema es afín a muchos países de Latinoamérica y su situación es actual. La aparente superficialidad de la historia y su ritmo repetitivo tejen una trama desquiciante en la que el protagonista oscila entre el alcohol, las drogas, el rock y la búsqueda del amor. La descripción de Medellín y Cali y la atmósfera del sinsentido cobran un particular interés al estar construidas con un estilo intimista y una perspectiva distanciada que elude el dramatismo que la novela encierra. *Sueño blanco* fue galardonada con el Premio Spiwak 2016.



Homo Tenuis

Francisco Jota-Pérez

GasMask Editores, 2016

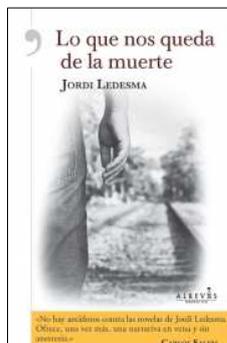
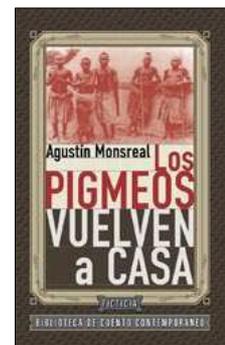
Homo Tenuis es una obra de teoría-ficción centrada en la figura del SlenderMan (el «Hombre Esbelto») como elemento ficcional que, habiendo trascendido su condición de leyenda urbana radicalmente nativa del siglo XXI a través de su naturalización y absorción en el consciente colectivo, ha dejado de ser verosímil para convertirse en verificable; esto es, el Slenderman como objeto hipersticioso, una superación de la superstición, una suerte de profecía cultural autocumplida. A partir de una introducción en el concepto de hiperstición tal como éste se entiende en el campo de la teoría cultural de vanguardia, y de la autopsia del objeto hipersticioso, se formula un estudio del modo en que ciertas ideas, por mucho que en un principio se presenten como aterradores espejismos, son capaces de demostrarse lo suficientemente poderosas como para transformar el mundo y todo lo contenido en él de forma en absoluto metafórica.

Los pigmeos vuelven a casa

Agustín Monsreal

Editorial Ficticia, 2016

Es de sobra conocido que Agustín Monsreal, uno de los hermanos mayores de la cuentística mexicana, hace con la palabra, la frase o el párrafo, minificciones con la exactitud de un relojero suizo, cuyos segundos trascienden la anécdota a veces de manera sorprendente, a veces asombrosa, siempre lúdica en su malicia literaria. Después de que en 2004 develara la existencia de Los hermanos menores de los pigmeos, poniendo de cabeza al mundo del microrrelato, hoy, no conforme con ello, da la noticia que Los pigmeos vuelven a casa, hecho que, tal vez, sirva para reestablecer el orden de la literatura mínima, ésa que con unas cuantas pinceladas llena los ojos, la mente y el corazón de toda clase de prodigios.



Lo que nos queda de la muerte

Jordi Ledesma

Editorial Alrevés, 2016

A principios de los noventa, la muerte de un joven altera la rutina y la convivencia entre los vecinos de una población de la costa mediterránea que ha vivido una enorme transformación urbanística y sobre todo demográfica en los últimos cuarenta años. Este inesperado suceso despierta unas sospechas que luego se convierten en conjeturas, pero las respuestas no siempre son sencillas, y menos en pueblos donde a fin de cuentas todo el mundo se conoce, por lo que el vértigo y la confusión convierte a sus protagonistas en extraños de sí mismos. Jordi Ledesma, a través de un narrador en primera persona omnisciente, construye un texto de impacto y realista que recrea

un período reciente de nuestra historia y nos relata magistralmente cómo el pueblo y sus habitantes se han transformado y esconden en muchas ocasiones un lado más oscuro. Con un estilo muy cuidado y un amplio abanico de personajes, el autor proyecta y reflexiona más allá de las conductas humanas para zambullirse en los sentimientos, el egoísmo y las discordias de una sociedad dividida donde no es lo mismo vivir en la primera línea de mar que en la segunda..

El pulso de la desmesura

Amelia Pérez de Villar

Fórcola Ediciones, 2016

En su primera novela, Amelia Pérez de Villar se enfrenta al eterno y nunca resuelto problema de nuestra identidad personal y de la propia imagen, de la mano de una persona presa de una peculiar obsesión. Adopta para ello una forma original y de gran intensidad, un registro difícil y arriesgado: el descorazonador y trepidante monólogo de una mujer, de quien apenas conocemos más que su nombre y la inicial de su apellido: Lola B. Ella se convierte en el arquetipo de la mujer, una especie de «Juana nadie», que desde tiempos de la mitológica Penélope, la paciente esposa de Ulises, espera y desespera por el comienzo de su propia odisea. «Una obra audaz y arriesgada, con buen ritmo, llena de sugerencias y muy bien escrita. Una novela que no parece una ópera prima, sino un trabajo de madurez.» (Fernando Castillo). «Escrito con tanta agudeza como poderío, este libro forma parte de esas ficciones admirables que nos convencen de que no hay demasiada diferencia de intensidad entre la literatura y la auténtica vida.» (Guzmán Urrero, *The Cult*).



Dios es una dama con moño

Isabel Camblor

LcLibros.com, 2016

La fotografía de una mujer asesinada en el bolso de su compañera de trabajo alerta a Julia, maquilladora, quien emprende sus pesquisas con la ayuda de su madre, vidente, y del novio de su sobrina, que se gana la vida escribiendo epitafios; así como de su mejor amiga, cuya jornada laboral transcurre en la calle posando como estatua. Todos los indicios apuntan como próxima víctima a la sobrina de Julia, circunstancia que obligará a este estrafalario grupo a iniciar la persecución de la supuesta asesina, una petulante regidora de televisión. Isabel Camblor retrata nuestro mundo a través de esta delirante parodia que lleva al lector de la sonrisa a la carcajada. Si Almodóvar nos si-

túa en un mundo aparentemente excéntrico pero real, Isabel Camblor, con su voz fresca y precisa, nos devuelve al surrealismo que llevamos dentro.

Dos gotas

Ana Francés

Editorial Amarante, 2016

Dos gotas no es una novela de intriga, tampoco de amor, aunque tanto una como otro salpican muchas de sus páginas; tiene personajes que enamoran y se dejan enamorar; sorpresas que no son siempre regalos y escenas que regalan sonrisas. *Dos gotas* te hace viajar, repetidamente, por la geografía española, o pasear por Francia —desde Normandía hasta el valle del Loira—, sabiendo que estás de paso, que no hay ninguna puerta cerrada, ninguna mudanza hecha; sabiendo que, en cualquier momento, volverás a cualquiera de los tiempos y lugares en que discurre la novela... Dos gotas solas no hacen un río, pero esta novela es un río que te lleva.



Patatas de perro

Carlos Droguett

Editorial Malpaso, 2016

Ésta es la historia de Bobi y Bobi no es un niño cualquiera: ha nacido con unas «robustas y orgullosas, enhiestas y casi fieras» patas de perro. En casa duerme en el suelo, no lleva zapatos y es alimentado con carne cruda. En el colegio es objeto de burlas y agresiones físicas. Durante algún tiempo es convertido, incluso, en una dolorosa atracción de circo. Y sin embargo hay algo en Bobi, mitad perro, mitad humano, que nunca termina por ser domesticado. Esta feroz alegoría de la exclusión social, publicada por primera vez en 1965, fue durante muchos años una novela secreta, un libro de culto que no había trascendido un ámbito reducido. Sin embargo, según gran

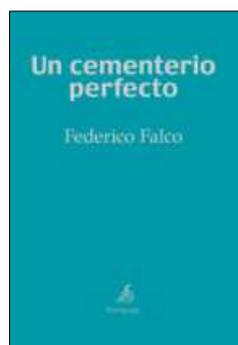
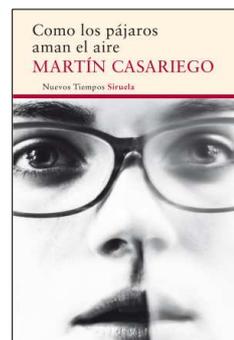
parte de la crítica *Patatas de perro* es una de las mejores novelas chilenas de todos los tiempos. Carlos Droguett fue narrador y ensayista. Entre su amplia obra narrativa se encuentran las novelas *Sesenta muertas en la escalera* (1953), *Eloy* (1957), *El hombre que había olvidado* (1968), *Todas las muertas* (1971) y *Matar a los viejos* (publicada póstumamente, en 2001). Premio Nacional de Literatura en 1970.

Como los pájaros aman el aire

Martín Casariego

Editorial Siruela, 2016

Fernando lleva una existencia solitaria. Huyendo de su vida anterior, se ha trasladado a un pequeño apartamento en el barrio de Lavapiés. Perdido, recorre las calles con una cámara de fotos y unas gafas que pertenecieron a su padre recientemente fallecido, buscándole en los rostros de las personas a las que retrata. Su deambular le llevará a conocer a Irina, una joven lituana recién llegada a Madrid. A partir de entonces, sin abandonar el fantasmal puzzle de un hombre muerto, verá cómo su existencia da un giro al tratar de completar otro aún más complicado: el de la misteriosa mujer que acaba de conocer. Al fondo hay un mundo oscuro pero Fernando no puede renunciar a la luz que ha comenzado a iluminar su vida...



Un cementerio perfecto

Federico Falco

Editorial Demipage, 2016

La solitaria señora Kim contempla la nieve caer, sin más ocupación que maldecir a sus vecinos, hasta que de pronto ve a una mujer correr desnuda entre los copos. Después de anunciar a sus padres que abandona la fe cristiana, Silvi se encapricha de un mormón con quien anhela iniciarse en el sexo. El viejo Wutrich busca desesperadamente a quien se case con su hija, a cambio de darles un techo a los dos. Con una extensa carrera a sus espaldas, el señor Bagiardelli acaricia por fin su más preciado anhelo: llegar a diseñar el cementerio perfecto. Federico Falco es poeta y narrador. Ha publicado los libros de cuentos *La hora de los monos*, *00 y 222 patitos*, así

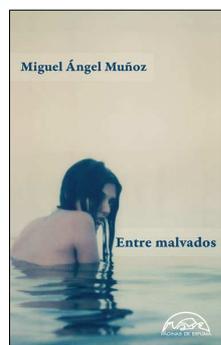
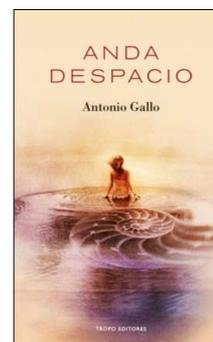
como la nouvelle *Cielos de Córdoba*.

Anda Despacio

Antonio Gallo

Tropo Editores, 2016

Eugenio es un hombre de costumbres fijas. Después de cenar, siempre sale a pasear. Y le gusta hacerlo solo, y recorrer las mismas calles de siempre. Lo hace desde hace años. La cotidianidad, lejos de ser una losa para él, es una garantía de felicidad. Pero una noche se pierde en su ciudad. Las calles que tan bien conoce se vuelven cambiantes, desaparecen, haciendo que le resulte imposible encontrar su camino de vuelta a casa. Al principio, como la Alicia de Lewis Carroll, sólo le importa salir de ese universo similar al suyo que sólo está lleno de paradojas lógicas y absurdos. Pero a medida que transcurre el tiempo y comienza a olvidarse de sus afectos, de su vida rutinaria, comienza a preguntarse de qué está hecha la realidad, de qué los sueños... Novela finalista del Premio Tristana de Novela fantástica de Santander, 2015.



Entre malvados

Miguel Ángel Muñoz

Editorial Páginas de Espuma, 2016

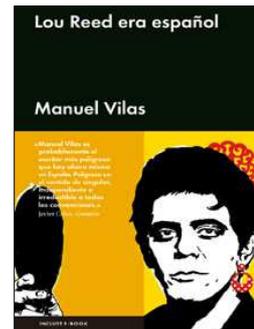
Vivimos rodeados de maldad, acobardados por la violencia, temerosos de todo lo que pueda ocurrirnos a nosotros y a quienes queremos. Lo vemos en la televisión, en los periódicos: maltrato, asesinatos en serie, abusos, terrorismo. Miremos donde miremos habitamos con ello y, sin embargo, no sabemos en realidad dónde se esconde el verdadero horror o qué podemos esperar de los auténticos causantes del mal. ¿Y si siempre hubiesen estado aquí? ¿Y si hacemos la vista gorda al acoso escolar y este no es sino el mecanismo infalible para perpetuar la violencia? ¿Y si ponemos cara a un asesino célebre, como Manson, pero olvidamos que parte de nuestra educación la heredamos de alguien tan cruel como Rousseau? ¿Y si todos nuestros miedos no fueran sino terrores primigenios? ¿Y si los causantes del mal fuéramos nosotros mismos? Con este tercer y valientísimo libro de cuentos, Miguel Ángel Muñoz nos pone cara a cara, hasta hacernos caer de bruces, con la maldad (...), y lo hace con todo el riesgo posible: aunque no queramos verlo, tenemos derecho a vivir con miedo, a tener miedo. Porque vivimos entre hijos de puta. *Entre malvados*.

Lou Reed era español

Manuel Vilas

Editorial Malpaso, 2016

Bienvenidos al maravilloso mundo de Manuel Vilas. Y bienvenidos, en paralelo, a los alucinantes viajes de Lou Reed por España. Porque este libro son dos, montados como una sola película. Por un lado, tenemos al joven Manuel Vilas que escucha en su Barbastro natal, en los franquistas años 70, la voz del rockero estadounidense y experimenta una revelación, una epifanía. Por otro, a Lou Reed, que viaja por España para regalar conciertos y para descubrir un país oscuro y luminoso, con mucho duende, muy salvaje. Y así, en contrapunto, iremos viendo cómo Vilas crece y va a conciertos de Reed y se enamora y compra discos y se mueve por las ciudades españolas como de oca en oca. Y cómo Reed dialoga demencialmente con camareros y con músicos, y con guardias civiles y con amantes, mientras come y quema kilómetros y canta, sobre todo canta, vaya voz. La España Salvaje es un libro de viajes y un libro de memorias. Es una reconstrucción verosímil y alocada de capítulos biográficos de una estrella del rock, y también una reconstrucción aproximada y tierna de episodios biográficos de una estrella de la poesía. Es poema en prosa y es prosa con música. Es guitarra y literatura de alta graduación alcohólica. Son dos destinos vitales que nunca llegaron a tocarse, pero que fueron afines. Es una larga carta de amor de un escritor cosmopolita, que entiende que la mitología española de los siglos XX y XXI está conformada tanto por Luis Buñuel como por Jim Morrison, tanto por Pablo Picasso como por Lou Reed.



El secreto de Dedalus

Óscar Bribián

Saco de Huesos Ediciones, 2016

¿Qué te sucedería si, debido a un percance, sufrieras un brote psicótico? Sergio Dedalus es, pese a sus excentricidades, una persona relativamente normal. Juega al ajedrez a diario contra sí mismo y mantiene una actitud muy crítica hacia sus vecinos y compañeros de trabajo. Pero un ajuste de plantilla y el fallecimiento de un familiar cercano desembocarán en una experiencia nocturna que lo sumirá en una auténtica batalla contra la demencia, sus miedos internos y una pulsión sexual contenida. Novela finalista del Premio Nacional Domingo Santos de Novela Fantástica en el año 2012, *El Secreto de Dedalus* bebe de autores tan dispares como Joyce, Samuel Beckett o Bukowski. Una atrevida muestra de surrealismo, humor entremezclado con suspense y terror psicológico escrita en primera persona. No te dejará indiferente.

Mañana

Juan Ramón Vaquero Martín

Ediciones Alféizar, 2016

Mañana es una obra cuya lectura no deja a nadie indiferente. Estamos ante una novela corta en la que es muy difícil diferenciar lo veraz de lo irreal. Aquí nada es lo que parece ser. La realidad está desfigurada por la imaginación, mientras que la ficción muchas veces no se distingue al estar absolutamente contaminada por hechos reales. Se trata de un doble relato narrado en paralelo sobre una sorprendente historia que transcurre en apenas una semana (que gira en torno a un cuadro de Jackson Pollock, el arte, la literatura, la crisis económica o la amistad) entremezclado con el repaso a una época llena de seres enternecedores a través del tormento interior del personaje que habla en primera persona.



Big Bang 13

Angelique Pfitzner

Serial Ediciones, 2016

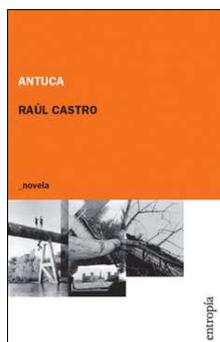
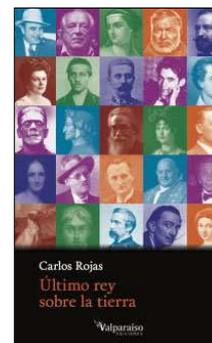
Con Big Bang 13, la escritora Angelique Pfitzner, nos pone delante de las miserias humanas, abriendo una ventana, ante nuestros ojos como lectores, al abismo humano formado por nuestras propias debilidades. La locura, los vicios, los deseos más oscuros, el maltrato, el amor descarnado en alas de posesión, la muerte... Todo ello, relatado en 13 historias que reflejan, como en un espejo, la sociedad en la que vivimos hoy en día y esas escenas, cotidianas, que hace que mires hacia otro lado. Aviso: si empiezas, ya no podrás volver a atrás...

Último rey sobre la tierra

Carlos Rojas

Valparaíso Ediciones, 2016

«La obra narrativa de Carlos Rojas es una de las cumbres de la literatura española de la segunda mitad del siglo XX. Último rey sobre la tierra es un libro inusual, de los que ya no se escriben ni se publican. Original y perfecto en la forma, dueño de una tensión que entrelaza el alma del pasado siglo con el mundo clásico, recorre la Europa de entreguerras para mostrarnos la angustia de haber nacido en otro tiempo, el drama del olvido, el abandono y la muerte. Ganador de premios como el Planeta, el Nadal o el Nacional de Literatura, Rojas es un escritor total, que convierte en propio lo que pertenece al mundo y lo entrega al lector mostrando el milagro de la literatura. Como señala Edith Grossman, "Carlos Rojas es el escritor de más extensa capacidad imaginativa y creadora de la post-guerra civil española, el grupo llamado Generación del 50. Y ciertamente también es uno de los novelistas más extraordinarios del siglo XX en cualquier idioma".» (Fernando Valverde).



Antuca

Raúl Castro

Editorial Entropía, 2016

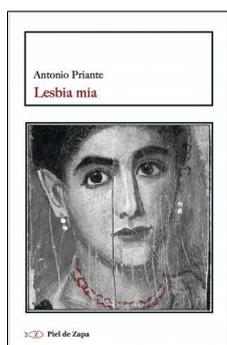
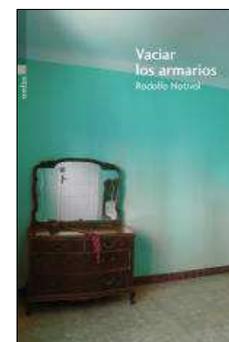
Antuca es un nombre de mujer, de una mujer referida en una novela a seis voces, masculinas y femeninas, que se alternan en la posesión de un relato común. Antuca como punto de fuga de un disuelto grupo de amigos que atravesaron los años sesenta explorando las posibilidades de una década de fórmulas abiertas, y que se reencuentran veinte años después; en cierto modo iguales, pero, a la distancia, violentados por la pérdida. Con una articulación polifónica que simplifica su compleja arquitectura en una secuencialidad adictiva, Antuca se desentiende de la didáctica sobre la historia política, imbricándola de manera tácita en la carga subjetiva de sus personajes, hasta configurar un estudio dinámico del deseo. La vibrante escritura de Raúl Castro —un motor narrativo que en sus altas revoluciones admite, también, la reflexión y la quietud— hace de *Antuca* una obra mordaz, lírica y de salvaje melancolía.

Vaciar los armarios

Rodolfo Notivol

Xordica Editorial, 2016

Marina, la segunda de nueve hermanos, echa la vista atrás al cabo de los años y en un largo monólogo va desvelando, poco a poco, la historia de su familia. Con sus luces y sus sombras, los recuerdos afloran con la naturalidad de quien cuenta de la única forma posible lo sucedido. Igual que cuando se vacía un viejo armario familiar, las palabras y los acontecimientos de toda una vida quedan expuestos de nuevo a la luz: los juegos infantiles, la complicidad y las diferencias entre hermanos, la casa donde crecieron, una madre de carácter agrio que irradia una poderosa presencia, los distintos caminos que tomaron al hacerse adultos. Y al fondo, la necesidad del cariño y la incapacidad para mostrarlo, La búsqueda de la felicidad, las manos tendidas y las palabras que no se dijeron. En *Vaciar los armarios*, Rodolfo Notivol narra de forma magistral historias tan universales como las de todas las familias, y tan particulares como las que solo ocurren en la nuestra.



Lesbia mía

Antonio Priante

Editorial Piel de Zapa, 2016

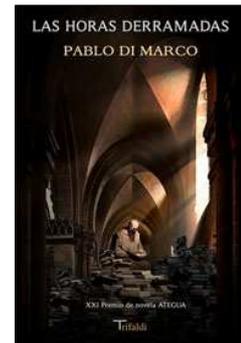
La acción transcurre en Roma a mediados del siglo I a. C. y está centrada en la vida del poeta Catulo y en su amor por la mujer a la que poéticamente llama Lesbia. Figuras esenciales son los amigos del poeta, cada cual con su propia visión del mundo y de la historia concreta que ante sus ojos se desarrolla, y ciertos personajes públicos (César, Cicerón, Clodio), que parecen moverse por ideas, ambiciones, resentimientos y pasiones de todo tipo, cuando quizá no son más que instrumentos de un Destino que está labrando el poder y la gloria de Roma. Y es que *Lesbia mía* no es solo una historia de amor y de política; es, sobre todo, una meditación sobre algunos de los misterios esenciales de la existencia humana: la Mujer (mítica, pero también real), el Amor, el Arte, el Destino.

Las horas derramadas

Pablo Di Marco

Editorial Trifaldi, 2016

En *Las horas derramadas*, novela atravesada por elementos propios de la literatura fantástica, se cuenta la historia de Gabriel Desalvo, un hombre cuya sensibilidad lo convierte en un ser vulnerable. Relegado de la vida, perdido en el tiempo, ya anciano vuelve a una sociedad ahora sumida en el desprecio de lo que él más ama. Y, en ese regreso, a Desalvo le toca contemplar todo aquello que no pudo ser: comprende que su ausencia de décadas es un símbolo de cobardía, pero ya no le quedan años para remediar todo lo que perdió. Atrás quedaron la fe, el arte, la amistad y el amor de una mujer que siempre siguió esperándolo. XXI Premio de novela Ategua.



El pulso de mi sangre

Elena Laseca Ferrández

Mira Editores, 2016

La nieta mayor de Beatriz Golmayo rescata del olvido familiar —un olvido intencional— la historia de una abuela de la que apenas tiene recuerdos. Nacida en una casa señorial en un pueblo de la Castilla profunda, Beatriz, la hija única de unos padres jóvenes, ricos y profundamente enamorados, parece tener escrito el destino en letras de oro. Pero el azar es caprichoso y, desde el mismo momento de su nacimiento —un frío treinta de noviembre de mil ochocientos noventa y cinco—, su vida estará marcada por la tragedia. Beatriz representa la dignidad de una mujer que no pierde la compostura nunca. Y la lucha por la supervivencia. La lucha, sobre todo, de las mujeres cuando

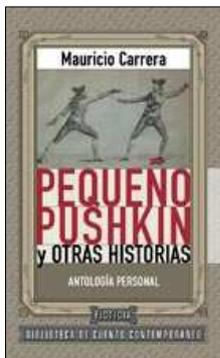
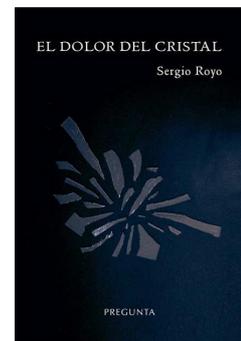
no hay nada de lo que echar mano, cuando todo parece perdido. Esta lucha callada y discreta sin la cual el mundo ya no sería mundo. Solo de vez en cuando Beatriz se permite bajar la guardia durante un instante para preguntarse en qué momento se perdió la felicidad que le tenía reservada la vida, dónde se truncaron todas aquellas promesas.

El dolor del cristal

Sergio Royo

Pregunta Ediciones, 2016

Hay cosas para las que no estamos preparados hasta que nos suceden. Vamos encadenando decisiones en un aparente juego de azar y, de repente, un imprevisto ahoga nuestra rutina. Los relatos de este libro recogen algo de aquello que no queremos que exista pero existe, reflejando que no siempre una pérdida es una derrota. Con gran sensibilidad, Sergio Royo nos adentra en historias que nacen desde una emoción y en las que una reflexión salpica la trama, alcanzando una inusual intensidad. *El dolor del cristal* es el primer libro de relatos del joven escritor y profesor Sergio Royo.



Pequeño Pushkin y otras historias. Antología personal

Mauricio Carrera

Editorial Ficticia, 2016

Los relatos reunidos en esta *antología personal* abordan aspectos que tienen que ver con los intereses de cualquier tipo de lector, pues exploran la médula de la vida misma, su esencia y su sentido: la búsqueda de un destino personal, la insatisfacción de permanecer en el mismo sitio, la soledad y el ansia de compañía, el retorno al origen, el afán de justicia, la atracción por la aventura. Mauricio Carrera es un narrador que no retrocede ante la vibración de las emociones, al contrario, parece sumergirse en ellas con la intención de provocarlas en sus lectores, y lo consigue sin esfuerzo aparente mientras, junto con sus personajes, nos empuja a llevar a cabo viajes interminables, a la conquista de la mujer deseada, a aprender a capotear las tragedias con

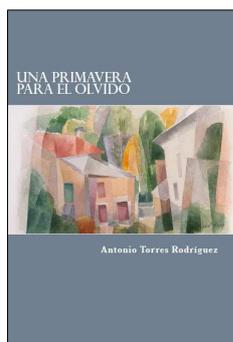
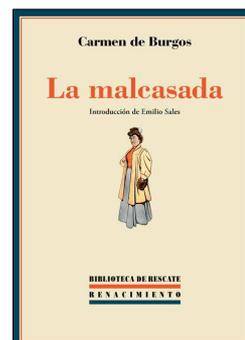
ironía, sentido del humor y una pizca de cinismo. Relatos largos, a medio camino entre el cuento y la novela breve, las doce piezas reunidas en *Pequeño Pushkin y otros relatos* se toman el tiempo necesario para que el tono y la atmósfera de la historia nos envuelvan al grado de identificarnos con los protagonistas —casi siempre trotamundos, casi siempre enamorados—, y vivamos con ellos las peripecias a que los somete la imaginación de su creador.

La malcasada

Carmen de Burgos

Editorial Renacimiento, 2016

La historia sitúa en un primer plano a Dolores, personaje cuya onomástica acaso posee un valor simbólico, pues las imaginadas mieles del matrimonio pronto se trocaron para ella en decepción y cárcel opresiva. Sin embargo, el relato trasciende la anécdota conyugal que asfixia a una mujer de gran sensibilidad para convertirse en crítica mordaz de una sociedad provinciana remisa a desprenderse de sus miserias. A través del caso personal que irá tiñendo de sombras la existencia de la protagonista, empujándola irremisiblemente hasta los abismos del dolor, la autora propone un retrato lleno de claroscuros, del que apenas se libra un paisaje al que la autora ha insuflado su ternura evocativa. Carmen de Burgos «Colombine» (1867-1932) fue representante de las corrientes de pensamiento libre de entonces y llegó a publicar más de un centenar de novelas y numerosos libros de viaje, biografías y estudios sociales.



Una Primavera para el Olvido

Antonio Torres Rodríguez

Ediciones Alféizar, 2016

Una primavera para el olvido es la historia imaginada de una revolución social, desarrollada en un pueblo donde las injerencias culturales externas apenas han influenciado. Narrada en clave de humor y con trasfondo crítico. Antonio Torres Rodríguez cultiva diferentes géneros literarios, que van desde la novela y el relato al ensayo relacionado con las culturas mesoamericanas y los pueblos y pobladores indígenas de América Latina. Entre sus títulos más conocidos encontramos: *De Par en Par*, *Las Alas del Destino*, *La Reina del Puerto*, *Una Primavera para el Olvido*, *Mesoamérica - Retrato Cultural del Territorio*, *Centzuntli*, *Al Sonar de las Marimbas*, *Miradas Impacientes I, II y III*, o *El maleficio de Bolívar*.

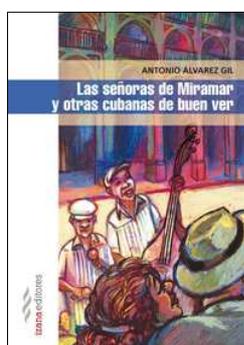
I, II y III, o El maleficio de Bolívar.

Espejos del tiempo

Raimundo Lozano Velloso

Editorial Lastura, 2016

Manuel Vicent dijo, según se recuerda en las páginas de este libro, que las placas de la memoria, como las imágenes de cualquier fotografía, siempre se revelan en la oscuridad. En *Espejos del tiempo* encontraréis un revelado leve de imágenes aparentemente sencillas en las que el líquido revelador no ha cubierto todas las esquinas. Sin embargo, sabemos que se esconde mucho más en el negativo. Estas fotografías son, fundamentalmente, historias que han significado luces y sombras en la vida de nuestro autor. Son, como la vida, una búsqueda de la complejidad que se esconde tras la vida sencilla.



Las señoras de Miramar y otras cubanas de buen ver

Antonio Álvarez Gil

Izana Editores, 2016

Los personajes de esta entretenida novela viven, aman y trabajan en la Cuba de hoy; están inmersos en sus amores y pasiones y en las dificultades de una sociedad que los obliga a reinventarse para satisfacer sus necesidades materiales. Entre ellos hay gentes provenientes de las altas esferas del poder; pero también de las capas más débiles de la población. Todos, sin embargo, tienen algo en común: tratan de salir adelante en un país difícil de comprender para quien no lo viva en su cambiante día a día. Algunos «solamente» fracasan, mientras que otros llegan a perderlo todo en el intento. Los héroes de la trama recurren a las armas que cada cual posee,

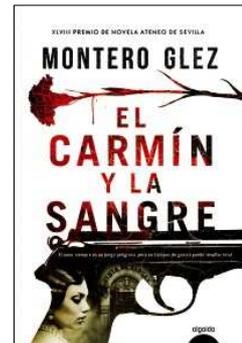
desde las relaciones en la cúspide del gobierno hasta la inteligencia natural para los negocios o el uso de los encantos corporales que les ha dado Dios. Al final, aquí nadie es del todo bueno o malo, pues en esta trágica historia cubana la mayoría de los valores éticos se han convertido, desde hace mucho tiempo, en categorías relativas.

El carmín y la sangre

Montero Glez

Editorial Algaida, 2016

Novela de espionaje con trasfondo político e histórico: la Guerra Civil, la II Guerra Mundial y la lucha entre el comunismo, los Aliados y el fascismo. El comandante Ian Fleming —que luego se hará famoso por ser el creador de James Bond— es durante la II Guerra Mundial un agente al servicio de Su Majestad, destinado en Gibraltar con el fin de ayudar a que el Mayor Donovan logre convencer a los norteamericanos para que entren en la Segunda Guerra Mundial. Además, tendrá como misión hacer lo posible para que Gibraltar no sufra los ataques aéreos. Fleming llega en febrero de 1941 al islote, donde conoce al General Clive Gerard Liddell, el gobernador de Gibraltar. También conocerá a la bailaora, Juana la Petenera. Fleming y la Petenera unirán sus destinos y sus cuerpos, incluso Fleming llegará a enamorarse de ella, pero las posiciones irreconciliables que la guerra les infunde harán imposible un entendimiento.



La máquina enfurecida

Eduardo Cano

Editorial Talentura, 2016

En las antípodas del realismo sucio, mágico o de cualquier otro tipo, *La máquina enfurecida* contiene 22 relatos escritos a lo largo de una década. Cada uno de ellos trata de ser intervención, un acontecer sobre el papel. Es un libro de peripecias mínimas, donde predominan el lenguaje, lo no dicho, el gesto lírico, y la voz sobre la trama. Pero también pretende ser «un hacha que quiebre el mar helado que llevamos dentro». La rabia antinatural de las gaviotas hace que los atiborrados turistas dejen sus cámaras para armarse con fusiles de asalto en la masacre («Si vais a Brighton»).

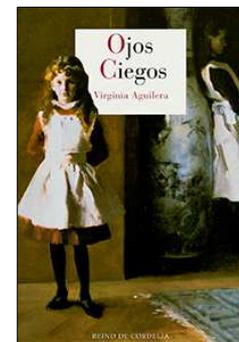
La angustia de la muerte se hace una bandada de pájaros insomnes, que ocupa un árbol centenario en el jardín («Me conocía ya muy bien»). En un mundo parecido al nuestro («Medusianos») un padre de familia ingiere una vaca entera de un bocado, y el sexo solo se practica tras la rotura previa de los codos de los amantes.

Ojos ciegos

Virginia Aguilera

Editorial Reino de Cordelia, 2016

A finales del siglo XIX una mujer desaparece en *Alegría*, falansterio perdido en la montaña de Teruel en donde sus habitantes conviven de acuerdo a las teorías del socialista utópico Charles Fourier. Para investigar el caso, hasta allí se desplaza un juez, prácticamente ciego, auxiliado por una joven de 17 años que le sirve de ojos y de secretaria. Las pesquisas se hacen difíciles y lentas ante el muro de silencio bajo el que parecen resguardarse todos los testigos. Sin embargo, la experiencia e inteligencia del magistrado y la intrepidez de su joven ayudante van sorteando las dificultades para averiguar que, bajo la apariencia de estabilidad y buena convivencia, el falansterio oculta una sociedad podrida y miserable donde impera el terror. XIX Premio García Pavón de Narrativa Policiaca.



Las pelirrojas no se arrojan al vacío

Julián Ibáñez

Editorial Cuadernos del laberinto, 2016

Garrido no tiene escrúpulos. Hizo que se los extirparan cuando decidió ser paparazzi. Acude al velatorio de un empresario de medio pelo para ver si caza algo que vender y es testigo de una escena que nunca debió haber visto: la viuda del difunto —una pelirroja voluptuosa— dejándose querer por un desconocido. Dispara su cámara dos veces y sale de allí sin saber la identidad del amante de la pelirroja. Ya en su apartamento, comprueba que no ha logrado captar la escena, que las fotos no valen. Ha apretado el disparador demasiado tarde; pero la pelirroja no lo sabe y le ofrece una gran cantidad de dinero y «todo lo que quiera». Poco a poco, el paparazzi se va dando cuenta de que el tipo desconocido es alguien con mucho poder que —desde las sombras— también quiere hacerse con las fotografías inexistentes, y no le importará matar para conseguirlas. Porque la vida es como un casino: la banca siempre gana.

Una verdad improvisada

Carmen M. Cáceres

Editorial Pre-Textos, 2016

Todo comienzo de un amor es, como dice el hermoso título de este libro, una verdad improvisada en la que se entremezclan, por un lado, las expectativas hacia el futuro, y por el otro, la necesidad –no siempre fácil– de asumir el pasado. Clara, aprovechando una enfermedad que deja temporalmente sin habla a Bruno, se sumerge en esa investigación de los primeros años de un amor adulto, un tipo de relación que no nace sólo con la fuerza de la novedad sino también con los celos inevitables, la inseguridad, el descubrimiento siempre tentativo de la persona a quien se está comenzando a amar...

Una verdad improvisada tiene el pulso narrativo de las grandes prosistas frontales del siglo XX: Marina Tsvietaieva o Natalia Ginzburg, y también su honestidad desarmante.

Carmen M. Cáceres se revela con este debut, más que como una promesa, como una voz perfectamente formada. Carmen M. Cáceres nació en Posadas (Argentina) en 1981. *Una verdad improvisada* es su primera novela.



Teoría del ascensor

Sergio Chejfec

Editorial Jekyll & Jill, 2016

«Adicto a Chejfec. Me atrae su narrativa en voz baja y el frío trato irónico que le da a la literatura, a la que sin embargo ama. De sus relatos no olvido un ascensor y un vecino invisible en el cuento que abre *Modo linterna*, ni tampoco la felicidad de aquel narrador, tan satisfecho por el hecho mismo de esperar un ascensor, y quizás también por la posibilidad de que en lo alto espere la realidad más densa y resistente. *Últimas noticias de la escritura*, *Mis dos mundos*, *Sobre Giannuzzi*, están entre sus obras más turbadoras. ¿Es narrador o ensayista? Ahí a veces dudo, como ahora mismo; titubeo bastante, nunca sé qué decidir. Pero no importa. Después de todo, a él le atraen las indecisiones». (Enrique Vila-Matas).

Los niños están locos

Héctor Manjarrez

Ediciones Era, 2016

El territorio de la infancia es misterioso. (...) El mundo de los varones, en particular, es el mundo de la patraña y la fanfarronada, la ignorancia y la jactancia, la violencia y el encubrimiento. Eso que designamos con la palabra machismo y que —aliado con el matriarcado modoso— se propaga en un sinnúmero de imposiciones y complicidades y ritos de iniciación que nuestros hijos, esos inocentes, aprenden a temer y al mismo tiempo a imitar. Poco a poco, las niñas y los niños ya están locos: en ellos se encarnan las creencias y la credulidad de una época. Son las cobayas con las que la sociedad experimenta, y Héctor Manjarrez nos hace sentir con mucho tacto —con tristeza y destreza— cómo aprenden a acostumbrarse los chicos a hábitos que al principio les producían azoro y miedo.



Luna de perigeo

Elena Casero Viana

Ediciones Enkuadres, 2016

Un estudio realizado por la Universidad de Kyoto concluye que la luna influye en el estado anímico de personas y animales. Los lobos aúllan más, los sapos se reúnen para procrear, los tejones se muestran tímidos, los corales libidinosos, los escorpiones adquieren un tono azulado y los gatos se vuelven más torpes. En ciertos lugares se les puede observar correr por los tejados sin cesar de maullar como demonios. El vecindario se convierte en el reflejo de la alteración psíquica, de tal manera que algunas vecinas cocinan de forma rara y humeante. Se produce una concatenación de hechos fortuitos, el calor produce insomnio y hasta los mosquitos parecen alocados. Una niña baja las escaleras volando y en las calles se encuentran muñecas caminando. Eulogio, el del quinto, sortea la soledad diaria haciendo interminables colas. Matías se convierte en hombre lobo. Hay quien asegura haber visto naves extraterrestres. Un profesor desaparece en extrañas circunstancias. Y los enanos de Blancanieves... eso es otra historia. Cosas normales de la vida.